

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

EN ESTE PAIS!...

(certified copy)

NOVELAS Y CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS

FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

38

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

LA BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA CREADA POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL, PONE AL ALCANCE DEL PUEBLO, EN EDICIONES ECONOMICAS, LAS OBRAS QUE POR SU VALOR Y VARIEDAD CONSTITUYEN UN CLARO PANORAMA DE NUESTRA CULTURA.

La Biblioteca Popular Venezolana
comprende las siguientes series:

Roja: Novelas y Cuentos.

Azul: Historia y Biografías.

Marrón: Antología y Selecciones.

"EN ESTE PAIS!..."

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

TITULOS DE LA BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

SERIE ROJA: Novelas y Cuentos

- 1.—Las Memorias de Mamá Blanca. — Teresa de la Parra.
- 4.—Tío Tigre y Tío Conejo. — Antonio Arráiz.
- 7.—Cantaclaro. — Rómulo Gallegos.
- 9.—Peregrina. — Manuel Díaz Rodríguez.
- 11.—Leyendas del Caroní. — Celestino Peraza.
- 13.—Memorias de un Vividor. — F. Tosta García.
- 15.—Las Lanzas Coloradas. — Arturo Uslar Pietri.
- 17.—Las Sabanas de Barinas. — Capitán Vowell.
- 18.—El Mestizo José Vargas. — Guillermo Meneses.
- 22.—Cubagua. - Orinoco. — Enrique Bernardo Núñez.
- 25.—Por los Llanos de Apure. — F. Calzadilla Valdés.
- 38.—En este país! . . . — Luis M. Urbaneja Achelpohl.

SERIE AZUL: Historia y Biografía

- 2.—Mocedades de Bolívar. — Rufino Blanco-Fombona.
- 5.—José Félix Urvía. — Juan Vicente González.
- 8.—Sucre. — Juan Oropesa.
- 12.—Hombres e Ideas en América. — Augusto Mijares.
- 19.—Al Margen de la Epopeya. — Eloy G. González.
- 21.—El Regente Heredia. — Mario Briceño Irigorry.
- 24.—Vargas, el Albacea de la Angustia. — Andrés Eloy Blanco.
- 28.—Historia de Margarita. — Francisco Javier Yanes.
- 30.—Cinco Tesis sobre las Pasiones y Otros Ensayos. — Ismael Puerta Flores.
- 33.—El Misterioso Almirante y su enigmático descubrimiento. — Carlos Brandt.
- 37.—Andrés Bello. — Rafael Caldera.
- 39.—Venezuela Heroica. — Eduardo Blanco.

SERIE MARRON: Antologías y Selecciones

- 3.—Cuentistas modernos. — Julián Padrón.
- 6.—Cancionero Popular. — José E. Machado.
- 10.—Afloranzas de Venezuela. — Pedro Grases.
- 14.—Poetas Parnasianos y Modernistas. — Luis León.
- 16.—Crónica de Caracas. — Aristides Rojas.
- 20.—Poesías y Traducciones. — J. A. Pérez Bonalde.
- 23.—Folklore Venezolano. — R. Olivares Figueroa.
- 26.—Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela. — Joaquín Gabaldón Márquez.
- 27.—El Paso Errante. — Pedro-Emilio Coll.
- 29.—Antología de Andrés Bello. — Pedro Grases.
- 31.—Geografía Espiritual. — Felipe Massiani.
- 32.—Sones y Canciones y Otros Poemas. — Alfredo Arvelo Larriva.
- 34.—Comprensión de Venezuela. — Mariano Picón Salas.
- 35.—Jagüey. — Héctor Guillermo Villalobos.
- 36.—¡Canta, Piralero! — Manuel Felipe Rugeles.
- 40.—Establo. — J. A. de Armas Chitty.
- 41.—Doctrina. — Cecilio Acosta.
- 42.—Antología. — Francisco Pimentel (Job-Pim).

V 863.42
272
1950
9.2.
BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

38

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL

"EN ESTE PAIS!..."

NOVELAS Y CUENTOS

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
DIRECCION DE CULTURA

Caracas - Venezuela
1950

INDICE

I N D I C E

Capítulo I.—Invocación.—Los Macapos	13
Capítulo II.—Guarimba	24
Capítulo III.—Los Pichirres	32
Capítulo IV.—En pos de las crías	46
Capítulo V.—Allá arriba, en el tope	60
Capítulo VI.—Cigarrones del Avila	69
Capítulo VII.—Alrededor de la Ermita.....	78
Capítulo VIII.—Alrededor de la Ermita	102
Capítulo IX.—Ruisseñol	118
Capítulo X.—El áureo tintineo	129
Capítulo XI.—¡Hazte General!	139
Capítulo XII.—Al son del tambor	163
Capítulo XIII.—La sangre del alcarabán	173
Capítulo XIV.—¡Qué vida!	187
Capítulo XV.—A la hora de la marcha	201
Capítulo XVI.—La araña	221
Capítulo XVII.—La decisión	233
Capítulo XVIII.—Las aspas	265
Capítulo XIX.—En la paz del Archivo!	277
Capítulo XX.—Las nupcias	297

CAPITULO I

INVOCACION

Oh! rústica doncella de mis amores, tiéndeme tu mano de capullos, para alcanzar la espiga de oro, símbolo de la abundancia en el granero aborígen y de ensueño, gloria entre las gentes de nuestra raza. Tu nombre es apenas conocido y apenas si cuenta amadores entre los liróforos de la nación. Mas llegará un día en que el mármol te glorifique, la prosa te vista y cubra como una enredadera con su manto florido y el verso, con sus lenguas de oro, tu fama dilate del uno al otro extremo de la tierra nueva. Acógeme y guíame, que contar deseo a mis hermanos, en humilde prosa, una simple historia, trasunto de nuestra vida y de nuestros sueños. Préstame aliento para llevar tu nombre adelante, adelante, más allá, más allá de las castas cumbres que sorprenden en su cuna al sol.

LOS MACAPOS

—Dónde se habrá metido el animal?

Y en la semi-obscuridad que precede al día, un bulto se alejaba en una u otra dirección. De la montaña comenzaba a desgajarse la neblina. El día anterior cayó una larga *invernada*, un lloviznar lento, monótono, desespe-

rante, y el valle despertaba entumecido. Denso velo ocultaba los hombres y las cosas. La voz tornó a decir más enconada:

—Dónde se habrá metido el animal? ¡Caray!

Abajo se apretujaban las nieblas y en la calva del Avila jugueteaba la luz tenue de un sol cautivo.

—Barroso, Barroso; ooh! Barroso! Si ha reventao la sogá! ¡Quién coge a este animal?

El buey huía retozón con 'el cabo de sogá a rastras. Siempre que se soltaba era lo mismo: corría, saltaba, hacía grandes estragos en la sementera y daba más guerra para cogerlo que a un toro, a pesar de ser el buey más viejo y manso de Guarimba.

Un mocetón alto y fornido daba tales voces, en aquel amanecer húmedo y friolento. Se llamaba Paulo Guarimba. La faz era ovalada y tristona, con una tristeza displicente, que parecía arrancar de las entrañas hacia fuera y eso siempre que los párpados caían sobre los ojos y la vista vagaba errabunda, pues cuando miraba de frente, los ojos de un verde y amarillo indefinidos tenían una expresión ruda y fiera bajo las cejas gruesas y castañas. En la nuca, asomaban por entre el pañuelo con que protegía la cabeza, mechones de pelo amarillento, de un color de oro muerto, tostado, melcochudo y áspero como la greña de un africano... Gritó de nuevo al buey:

—¡Sooo! Barroso. ¡Ja, caray! En este país hasta el Barroso jeringa.

El buey, con la penca encaramada, escapó hacia unas sementeras que rasgaban la tierra con los dedos verdes de sus reventones. El mozo exclamó, colérico:

—¡Jaa, Barroso! Me la vas a pagáa.

Se quitó las alpargatas. Arremangó con furia los calzones hasta los gruesos muslos. Echó a correr por entre

“EN ESTE PAÍS!...”



los matojos del barbecho, húmedos y crecidos. Saltaba los mogotes como zorro en huída y perdió el sombrero. El buey entró con la cabeza en alto y venteando por las tierras negras que los reventones agujereaban. Paulo, en el claro, distinguió el cabo de sogas que resbalaba lento, y sin tiempo para agacharse a cogerle, saltó a sujetarle con el talón grueso y chato. El buey partió violento, y el mozo vino a tierra. La sogas pasaba por encima de su brazo, quemándole; en el aire le echó una manotada y le clavó los dientes blancos, cerrados y fuertes, y así, sobre la tierra blanda y humedecida, lo arrastró el buey hasta que, apoyándose en los codos, lo contuvo. Se enderezó sobre la tierra. El día era en el valle: nubecillas ligeras corrían deshaciéndose en las colinas del Sur. Paulo, braceando la sogas, atrajo hacia él el Barroso. Era un buen ya hecho, habituado al yugo y al arado, a la garrapata y a la mosca en la esterilidad de los sequeros. Salientes los músculos, redondas las ancas y el cerviguillo como el de un cebú, macizo. Los cachos gruesos, los candiles apuntando al cielo, en los que llevaba dos nudos de sogas. En el testuz, un mechón dorado, rojizo, le venía a los ojos y le daba un aspecto fiero en el englobamiento de su mole pesada y majestuosa.

—Barroso, bien jarto estás.—Y agarrándole por el cacho le largó una cachetada. El buey retrocedió. Afincando el cuerpo con todas sus fuerzas, sobre el cacho, el mozo gritó, apretando los dientes:

—¿No me conoces? —y le soltó una patada en las narices. Al buey le faltó el aire; alzó angustioso la cabeza y estuvo quieto como un corderillo.

—Ahora, el Melao, ¿dónde estará el Melao?—Y tirando del buey, le sacó fuera y lo ató al tronco de un sauce desmirriado, cabeceante y cuajado de rocío.

En un barbecho distante, el Melao al sol humeaba. En su lomo, un tostado garrapatero esponjado, se espulgaba.

En el barbecho, las arañas extendían su telares y a la luz suave era un extenso campo trémulo de aljófara.

Paulo marchó directo hacia el buey. A su paso, los matos se movían, las arañas huían rápidas y el rocío rodaba por sus carnes duras.

El Melao era para el Barroso. Alto y mazudo, pero de índole blanda y reposada, sin rebeldías ni entusiasmos que le llevaran a reventar la sogá para correr, bravucón en un alarde de libertad pueril.

Bajo el sauce les unió los cachos. Dóciles y calmudos, a sus voces, le seguían.

—Anda, Melao! Ven, Barroso!

Juntó a un puentecillo de troncos de sauce, retoñados con la humedad de la acequia, hizo alto Paulo. Por él se adelantó presuroso. Tras unas malvas y saúcos retorcidos, un rancho se acurrucaba, descuajaringándose con los años. Una rosalera trepadora se extendía en un enrejado de caña y sus mil guías locas se echaban sobre el tejado, donde en corona de verdes hojas, lucía, en perenne florescencia, manto níveo. Se llegó el mozo al rancho y empujó la carcomida puerta en busca del yugo y la garrocha. Era aquél el nidal de los Guarimba, oscuro y húmedo. Ellos levantaron la horconadura, clavaron la cumbreira, amasaron el barro con la paja brava de las sabanas y rellenaron el cañizo del bajareque. Y todo esto antes, mucho antes de que la acequia corriera farfullando a su puerta. Los Guarimba y su rancho se perdían en el origen de la estancia.

¿Qué amo les señaló aquel sitio? ¿Qué amo los cristianó? Porque los Guarimba no lo negaban; los abuelos fueron esclavos, y su vida y suerte siempre estuvo pegada a aquella tierra de la que formaban parte como los árboles que habían visto crecer y los peñascos que rodaron de la montaña. Allí se encontraron con la azada en la mano,

“EN ESTE PAÍS!...”

el yugo, el arado, el amor y la muerte. Guarimba era ellos, y ellos, Guarimba. Los amos, vendíanles junto con la tierra y los animales. Ellos pasaban indiferentes de unas manos a otras, convencidos de que, mientras existiesen, permanecerían unidos a aquella tierra como el alma al cuerpo. Sólo un orgullo les cegaba: ser las mejores azadas, los más listos gañanes, los más entendidos concedores de las mudanzas del tiempo. Ellos, antes que nadie, oían el trueno anunciador del lejano invierno y el saludo del renacuajo; conocían el rumbo de las nubadas de verano; pronosticaban el pausado acomodarse del nubarrón cargado, deseoso por desahogar los hinchados senos; el alba participábales la humedad o sequedad del día y vaticinaban el resultado de las cosechas, sin que jamás fueran desmentidos. No tenían historia que contar, amaban y morían así como el rosal echa rosas y se seca y florece el verbazgo de olor. Comenzaron a blanquear con Juan, el arpista, un abuelo de Paulo, que apareció entre ellos, como en el nidal de muchas aves acaece emplumar un extraño pichón. El arpa le hizo famoso, sin dejar de ser un buen Guarimba. El plantó la blanca rosalera y el rancho tuvo nuevas y desconocidas alegrías, Paulo era el último vástago de aquella cepa humilde. Su padre, antiguo mayordomo de Guarimba, al morir, lo encomendó a sus amos de entonces, los Macapos. Apenas si cabía en un canasto cuando los Macapos lo ampararon. Creció a su lado. Pasó por la escuela, pero ante todo, fué un Guarimba, un cogedor de cabañuelas, que presentía en el silencio de la noche estrellada el trueno anunciador del lejano invierno y el saludo del renacuajo.

Con el yugo sobre el hombro y empuñando la garrocha atravesó de nuevo Paulo el puente. Los bueyes, sin moverse, dejábanse enyugar. La coyunda, como una cinta, pasaba de una cornamenta a otra, asegurando el yugo sobre la nuca y los frontines rojos. Los bueyes, sumisos, dejaban hacer, rumiando, rumiando. Ni asomos de rebeldía mostraba el Barroso. A la voz de Paulo que ya los llamaba

con la garrocha, marcharon en busca del arado sabino, que el día anterior, a causa del lloviznar constante, quedó en el barbecho.

El barbecho era un pan, aquel barbecho de entraña dura, sellado de rabo de zorro. El agua le había calado y las espesas cepas caían desmayadas sobre la reja.

Los bueyes marchaban lentos, afincando los remos, sin bajar ni subir en demasía la cabeza y el puyón se entraba en la tierra, hondo. Paulo llevaba el arado sin ladear, sin moverse, firme y recto y la tierra se esponjaba y abría suavemente como un pan en el horno.

En el copo de un tiamo, una bandada de conotos ponía gran algarabía; eran aves de paso a las tierras cálidas, hurentes, donde cuaja tempranera su almendra el cacao, y la vainilla embalsama el bosque.

El sol ardía y el cielo estaba limpio de nubadas, brillante.

Por el callejón de la estancia asomó una calesa. A la entrada se había formado un hoyancón con el debordamiento de la acequia. Los peones paleaban el desagüe y apilanaban material para el relleno. Los caballos metían el pecho y se encabritaban a los latigazos del cochero, sin sacar la calesa, atascadas las ruedas. A los irritados denuestos del auriga y al mordiscante chasquido del látigo sobre los lomos tensos, Paulo detuvo la yunta y clavó en tierra la garrocha, que se agitó trémula, como una llama. Se acercó pronto a la calesa. Los del interior clamaban, desconcertados: Paulo! Paulo! El mozo se arrimó sorprendido, sonrió plácido y los ojos, en un fugaz arroboamiento, se dulcificaron, como si una niebla de amor los velara. El coche se tumbó sobre un lado; acudió a levantar la rueda, y en un esfuerzo vigoroso, lo enderezó en el aire. Arrancaron los caballos jadeantes al restallar del látigo. Se dejaron ver fuera del vehículo unas manos que sa-

“EN ESTE PAÍS!...”

ludaban, dando gracias y los griticos locos de unos chiquillos sonaban allá dentro, como badajeo de aleluya.

Paulo buscó el sol en el cielo. Sus ojos, dorados, no cegaban al pupilar de fuego. Las once son ya, dadas, —se dijo interiormente—. Los peones del desagüe se echaban al hombro las blusas y las herramientas y marchaban riendo a la pulpería nueva, donde el amargo tenía demonio. Bajo un cedro reverdecido, Paulo dejó los bueyes a la sombra. Y fué hacia la calesa, detenida en espera de que desfogasen los caballos, para ganar el repecho pedregoso del callejón.

Venía lento, cavilando. No se explicaba aquella vuelta repentina de la familia. Ni un aviso, ni nada; de sopetón se le presentaba. Si hacía quince días estuvo en Caracas y en la casa todos estaban buenos! Josefina pasaba su catarrón, que pescó a la salida del teatro, según dijo misia Carmen, por no cubrirse la cabeza con el chal. Tan metido estaba en sus pensamientos, que no reparó en el coche, que venía tras él, sino cuando el jadeo de los caballos resopló a sus espaldas. Se apartó a una orilla; eran las gentes de servicio. Con los bamboleos del carruaje reían con gran aspaviento. Dolores, la barrigona, con ojos dormidos, le miró dengosa, en un mirar pedante de mulata descontenta.

—Aparta!—le gritó.

El se volvió a un lado, indiferente.

Ella sacó la lengua roja e intranquila, como una culebrilla coral, en la oquedad sonrosada de la boca, y torció los ojos.

En la subida alcanzó Paulo a los de la calesa. Ahora iba poco a poco, lentamente, como si evitara las sacudidas al caer en las rodadas que en aquellas tierras reblandecidas dejó el carretaje. Se detuvo el vehículo en el soportal. Un hombre alto, de gesto imperioso y espeso, mosta-

cho retorcido, como el de un señorejo en abril, puso el pie en el estribo y la calesa osciló sobre sus goznes. Era don Modesto Macapo.

Saludó a Paulo.

—Aquí otra vez. Josefina, mal.

Abrió grandemente los ojos brillantes en un mirar inquisidor.

—¿Y qué tiene?

—Locuras! locuras!

Desde el coche, dos chiquillas gemelas se lanzaron a sus brazos.

—Paulo! Paulo!—Gozosos le besaban las mejillas y acariciaban el rostro con sus manitas de marcados hoyines sonrosados. María de las Nieves y Dulce-Amor.

Devolvía él las caricias. Eran buenos amigos. Dábales el gusto y perseguíanle ellas como dos mariposas en las largas estadas de la familia en la estancia.

Una voz seca y disgustosa reprendió severa:

—Morochas! Morochas! dejen a Paulo! No le fastidien ya!

Y doña Carmen Perules de Macapo sacó fuera del carruaje su hermoso busto.

Era pequeña, muy apretada de carnes, con hoyuelos en los codos y el pié precioso, pequeñico, asomando bajo el ruedo violáceo de las enaguas de seda. Sus carnes eran almendras amasadas con rosas. Los ojos negros, grandes y aterciopelados. La frente estrecha y las cejas ligeramente arqueadas y suaves. La boca diminuta y la barba redonda con una ligera hendidura. El cuello corto, algo papujado, ceñido por una gargantilla de corales. Desdeñosa y hostil en el gesto y las maneras, y el timbre de la voz, ingrato.

“EN ESTE PAÍS!...”

Al ganar tierra, se llevó a los ojos el impertinente y vuelta a Paulo, le señaló la calesa.

—Ahí está Josefina. No se puede valer. Sácala. Alzala por debajo de las almohadas.

Tomó en sus brazos el mozo a la niña con gran cuidado, como si temiese se fuera a deshacer en sus manazas rudas. Ella nada decía, pero en su semblante consunto, las dos llamitas de los ojos, le miraban lánguidamente con una dulzura profunda e infinita. El creía caminar entre nubes, tembloroso, como si se le fuese a escapar de entre los brazos, y en un desfallecimiento morboso, la colocó en la silla de extensión, que Dolores, la barrigona, arrastraba, saliéndole al encuentro.

—¡Hombre! Con ese cuerpote y no tiene fuerza...

Y él, trémulo, como si hubiese cargado con el Avila a cuestras, se enjugó la frente sudorosa.

Misia Carmen Perules de Macapo era de la vieja y conocida familia Perules, gente de rancia oligarquía con el grillo constante de la nobleza de origen y abolengo. Aunque el abuelo de la casta fué cierto andaluz albéitar, de morenas facciones y cerradas barbas tapizándole la cara, jaranero, con las castañuelas y la guitarra, dispuesto, hasta en la misma hora de la muerte, a poner a bailar la alegría en el alma de las mozas. El tal se tropezó con una india vallera, vendedora de cachapas, famosa por el garbo y las redondeces de las carnes canelas. Cuando ésta, con el cesto en la cabeza y el blanco paño en hombros, arrollado al cuello, atravesaba la plaza, el bestiaje humano se recogía sobre sí mismo y la dejaba pasar, cerrando tras ella en un susurro lujuriente, como oleada que se retira en arenosa costa sonajando los pedruscos. (De la abuela tenía misia Carmen, los hoyuelos de los codos y los andares remilgados). Se fué el andaluz tras la golosina y la moza lista le llevó a la aldea por la vereda del altar, que no era plaza que rendían meras castañuelas y guitarri-

llas. Andando el tiempo, el andaluz fué amo de caballos de alquiler, de casas y de haciendas y la familia entró por la arcada áurea de las onzas en la raigambre de los linajudos de la ciudad. Cuando el aguardiente de España se le subía al andaluz a la cabeza, en el atrio de la iglesia o en los días de olla de algún santo casero, le excitaba la imaginación, en fabla pintoresca y pirotécnica se echaba a volar por la vieja Andalucía y embelesaba a sus oyentes con las historias de su solar antiguo, y los viñedos de los suyos y su escapada a América huyendo a los sortilegios de Pandereta, una moza que era chispas. De tanto contar que los abuelos se presentaban al Rey con gorros metidos hasta las orejas, que comían en un mismo plato cuando aún no habían inventado el tenedor y el tener en las venas sangre real, porque a uno de la casta, en tiempos de moros, le dió los pechos una infanzona (desde entonces el escudo tuvo dos colinitas reales), llegó a creerlo, los de su casa veneraban aquel origen semi-real del abolengo andaluz. Las pasadas grandezas eran ovillo sin fin, y periquitos van y periquitos vienen y el albéitar no acababa, porque el aguardiente de España le ponía lumbre en los ojos.

En una bajada de Reyes, el año de . . . un domingo muy claro y dorado, le abrasó el alma al Macapo la nieta del andaluz. Entonces misia Carmen derretía y sembraba desasosiegos hondos e incurables.

El Macapo fué aceptado con agrado entre los Perules. Traía todo cuando podían desear: dineros y abolengo, los Macapos, los Macapos, solía decir solemnemente D. Modesto, al tratar asuntos de familia, abandonaron su solar de Castilla la Vieja cuando la conquista, porque el Rey se empeñó en casar al mayorazgo con una dama de la Reina, que no era cristiana vieja. Sin embargo, el abuelo llamábanlo unos, el vizcaíno, otros, el gallego, muchos, Antón, el canario. Pulpero entendido, llevaba las cuentas trazando con carbón palotes en las paredes de su buhonera. Hizo humilde y honradamente su caudal y legó a la Patria nue-

“EN ESTE PAÍS!...”

va un General, un Doctor y una monja. Toda gente buena y sencilla. Pero don Modesto, hijo del Doctor y una criolla abúlica, fecunda como una acure, gran consumidora de café a buchitos y dada al ensueño de las grandezas y los pergaminos, heredó de la madre el amor por estas cosas, creció oyéndolas, desde cuando la dormían en el balanceo de la mecedora. El Macapo, por lo demás, era hombre enérgico y muy hábil; entre los suyos no servía para nada cuando mocito, pero, a la muerte del padre, se quedó con todos los bienes de la familia. Ya para aquel entonces era un comerciante de crédito y su nombre sonaba como una esperanza pública.

Así se juntaron aquellas dos almas, espigadas casi en las mismas condiciones y todas aquellas quimeras se consolidaron y fueron parte integral de sus mismas naturalezas. Tales eran los dueños de Guarimba, en el lindo valle del Avila.

CAPITULO II

G U A R I M B A

Guarimba!

¿Quién denominó así la estancia?

Vaya usted a saberlo.

Guarimba fué siempre lugar sagrado. En el inseguro juego de la vida, como en aquel otro bullanguero y candoroso de la infancia que comienza: "Gárgaro malojo, que te pica el ojo", los asediados, los menos listos, cuando nada esperan, cuando se ven vencidos, a-ella se acogen presurosos. A su amparo termina toda persecución. Guarimba era inviolable. Ante ella, las hirvientes olas que amenazaban tragarse a los montes, dulcemente aplayan. Quien tal nombre dió a la estancia, quiso seguramente burlar a su destino. Ampararse en la paz de su refugio, contra ¡quién sabe qué encancerada pena! hado adverso, o bien, siguiendo el amable consejo del bucólico, hacer de ella, lugar de castos y sanos regocijos, por donde lentos fueran los días transcurriendo. Pero en estos míseros tiempos, quién ha de dar en la clave del misterio? Por cuántas manos pasara Guarimba, hasta llegar a las de su actual poseedor, don Modesto Macapo!

Entre la espesa arboleda que cobijaba el cafetal, se vislumbraba la casa de la estancia. Un largo callejón de frutales rumorosos, poníala en contacto con el camino real. Tierras de labrantío, negras y jugosas, se extendían a ambos lados de los frutales, como las negras madejas de una doncella, a los lados la indecisa línea que en dos las parte.

La casa se conservaba la misma desde los tiempos coloniales. En el soportal colgaba la campana y al badajo sostenía la última cuerda con que el amo se hizo oír de sus mandingas. Maciza y resistente, sus gruesos muros, los sobrecargados techos, los salientes y tendidos aleros, rodeábala de una atmósfera arcaica y secular. Cómoda y espaciosa en sus adentros, amplias ventanas se abrían en sus dormitorios, donde la luz llegaba siempre suave, sin claridades violentas. En la cocina, bajo la anchurosa campana, podía conservarse el tasajo de toda una res. Era un rústico tazón, que por las noches plateaba la silente luna y el sol doraba con el día. Ni mohos ni colgajos de telaraña afeaban sus rincones. Por sus puertas y ventanas, como que se escapaba y diluía en la serenidad del ambiente, una onda de paz e íntimo sosiego.

Como corre la brisa mañanera sobre los yerbazgos, oreándolos a su rápida y suave caricia, así se propagó por aquellos campos la ingrata nueva de haber traído los Macapos a una de sus hijas, de gravedad.

Vecinos, colindantes, medianeros, no tardaron en ofrecer sus servicios. Las gentes humildes, traían rústicos medicamentos que sanaban como por encanto, oraciones y amuletos de cuya rara virtud daban testimonio ciegos y cojos, paralíticos y tullidos. Todas aquellas honradas gentes contribuían con su granito de buena voluntad, por ver de sanar a la niña, como por pascua florida, gozosas desmochan sus rosales, para ornar la pesebrera, donde ha de pernear el adorable chiquillo de María.

Entre los que sólo traían frases de puro consuelo, porque nada tenían o porque estuviesen convencidos de que nada hacía falta en casa de los Macapos, se encontraba el matrimonio Pichirre: don Toribio y su mujer, doña Epifanía. El, enclenque, cargado de espaldas y cegato. Ella, ciega y cachorra.

Por la tarde, en cuanto comenzó a bajar el sol, a refrescar el aire, a canturrear más suavemente el agua en las acequias, se presentaron en Guarimba. Ella, en bata morada, de las de faja en la cintura y dos cintas para atar. Envuelta en un blanco pañolón de crespón que amarilleaba de tanto dormir en el baúl y soltaba los hilos de seda y plata del frondoso pino, que en él extendía su ramazón y colgaba sus piñas. El, en chinelas azules con flores bordadas en rojo y verde. Calzones color de pulga, oscura blusa de dril, muy planchada, donde el hierro al pasar dejó lamparones. Apoyábase en un grueso paraguas descolorido y llevaba de la mano a la Pichirre.

En llegando, exclamaron los vejetes:

—Alabado sea Dios!

Desde el soportal, misia Carmen, saliéndoles al encuentro.

—¡Por siempre en esta casa!

Con el decir lento y solemne de los ciegos, manifestó la Pichirre:

—Hoy fué cuando lo supimos. Ignorábamos la gravedad. ¿Qué mal tiene la niña?

—Los médicos no atinan; muchas cosas.

Sentencioso, observó el Pichirre:

—La edad, ¿no será la edad?

Se le arrebolaron las mejillas a misia Carmen.

“EN ESTE PAÍS!...”

Carraspeó la ciega.

—Toribio, tienes unas cosas!

Misia Carmen, tratando de eludir:

—No hay remedios en la botica que le presten.

—Qué mal será el tuyo! Hágala ver de la isleña Consolación. A mí me curó la pena del estómago, dejándome toda la noche un pichón vivo, abierto por la mitad.

—Jesús! doña Epifanía!

—No se alarme, Misia Carmen, es remedio de brujos. Pero, después de Dios, me desbarató el nudo que me subía de abajo para arriba.

Curioso e inquieto inquirió el Pichirre:

—¿Qué se ha hecho el amigo don Modesto?

—Anda por el establo, con don Gonzalo Ruiseñol, enseñándole el toro americano que recibió ayer.

En esto llegaban don Modesto y Gonzalo. A cada paso se detenían y hablaban, hablaban con entusiasmo de las mejoras que introducirían en sus vacadas. Don Toribio les salió al encuentro, estrechó la mano que le extendía don Modesto, y saludó a su sobrino.

—Ya saliste con una de las tuyas. Así le habrás puesto la cabeza a don Modesto, cuando ya compró toro. Ten lista la carreta. En cuanto se asiente el verano tendrán carne los zamuros.

—De dónde saca usted eso, tío?

—De dónde! No eres tú el loco que está botando los dineros que no trabajó, en pitos y flautas?

Se mordió los labios Gonzalo y con un sonreír irónico, replicó:

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

—No hago sino emplear mi dinero en los que creo buenos negocios y no dejarlo enmohecer, como dicen de otros.

Precipitado contestó el Pichirre:

—A quién te refieres? No será a nosotros! De Dios abajo, todo el mundo lo sabe. No poseemos sino los cuatro terrones a que arrancamos el sustento.

Malignamente especificó Gonzalo, retorciendo las guías del bigote:

—No determino la persona; hablo sólo de los que esconden las morrocotas bajo la cama.

Amostazado, observó el Pichirre:

—A las gentes no hay que creerles. No dicen que tenemos mucho dinero y que lo enterramos?

Con gran sorna soltó Gonzalo:

—Piedras que ruedan...

Como relámpagos sobre aguas muertas, parpadeaban los ojos vacíos de la ciega y su habla se desató colérica.

—Señor entrometido, lo que hacemos es no malgastar lo nuestro. Buenas cuentas has de entregar tú. Fueras hijo mío y te pondría como unas sedas. Te enseñaría a respetar a los mayores. Anda, anda que te pongan al sol los trapos de la cama...

El mozo sintió la sangre subir violenta y turbadora. Temió un desatino y se despidió de don Modesto y misia Carmen con forzada sonrisa.

Aquello era lo de siempre: donde se topaban tíos y sobrino, había reprensión de parte de éstos, a causa del carácter emprendedor de Gonzalo y pullas e invectivas de la otra, fundadas en la tacañería de los viejos, quienes veían con horror las más ínfimas y necesarias comodidades de la vida, porque con ellas no crecía sordamente el montón.

“EN ESTE PAÍS!...”

En alejándose Gonzalo, rompió a hablar el Pichirre.

—Oíganlo, como de boca de oleado: lo que es éste se arruina. La culpa no es de él, sino de mi cuñado. Al bendito hombre se le ocurrió hacerlo Doctor en tierras. ¡Qué disparate!

Era Gonzalo hijo del viejo Ruiseñol, hombre emprendedor y apasionado. Mitad caballero, mitad rústico, pues cuando no se hallaba en su hacienda entregado a las labores del campo, dicharachero y vigilante, se le encontraba en el foro, con algún embrollado litigio entre manos. Pleiteaba por el placer de pleitear, de cometer, de moverse y de hurgar, de dar salida a la exuberancia de actividad que le ahogaba en la quietud de su casa de campo, cuando las tierras se vestían. Y cuando tras su otro gran placer, roturar campos y levantar cosechas, venían las dulces treguas, los largos días de espera, se largaba a la ciudad y removía apolillados asuntos, apadrinaba fósiles esperanzas en clientes hambreados, pleiteaban millones, por lo que tenían de quimérico y maravilloso, litigios y litigantes. Era un conquistador de vellocinos. Nacido en los primeros días de la República, fué de aquella generación robusta, apegada a la tradición castiza, que charlaba en latín y se afeitaba el bigote, más cuidadoso de su fama que doncella de su honra. Desgraciada generación que sonó hacer de la patria una Roma en los buenos tiempos y que fué consumida por la anarquía sin dejar más que vástagos enfermos y hogares que se derrumban, porque el frondoso árbol de la tradición que los amparaba se va cayendo a pedazos, al ceder el beneficio de la luz y la gloria del espacio al resalvo, bajo el cual han de guarecerse las generaciones futuras. Con nuestro amor, con el polvo de nuestros muertos, el llanto de nuestros ojos, aporquemos el árbol nuevo, que ha de extender su fuerte ramazón sobre el pasado, el presente y el porvenir de América.

Su opinar vehemente, en aquellos días anárquicos, llevó al viejo Ruiseñol lejos de la Patria. Mas en el exilio, su

actividad encontró asidero, y toda entera la aplicó a formarse una idea exacta de la agricultura moderna, tan lejos de nuestro empirismo y charlatanería. Porque la condición primordial para ser un buen agricultor, entre nosotros, es la de abrutarse lo antes posible hasta convertirse en experto cogedor de cabañuelas y en sagaz y astuto guerrillero en los días de recrudescencias bárbaras. Hacerse a la vida recia y primitiva, humilde y cruel de nuestros labriegos. Tener siempre ante los ojos el espantajo de la miseria, como justa e inevitable consecuencia de todo esfuerzo mal dirigido. Levantar inculta, con las asperezas de la tierra, la familia, aunque no sea escasa la hacienda y ella asidua al trabajo. Porque, de una parte, el agiotismo, el comercio con sus inconsiderados recargos, la carestía del dinero, la falta de respeto a la propiedad, la deficiente aplicación y distribución de los impuestos, la carencia absoluta de economía rural, la inseguridad de la vida en los campos y los gravámenes y demás tretas que en el silencio de las jefaturas y sacristías astutamente se mantienen en acecho con múltiples pretextos, y de otra parte, la mala sombra, la guerra con sus servidumbres, amenazas, atropellos, apenas si dan tiempo y medios al agobiado agricultor para cumplir sus estranguladores compromisos y ahogos. En sus trojes, oh! ironía, siempre queda el grano averiado para el consumo de los suyos!

En conocimiento de estas y otras tristes realidades, de vuelta de un largo viaje, de esperanzas y de ensueños (de lo que siempre han vivido todos los venezolanos), el viejo Ruiseñol, convencido de que, ante todo vano ensueño industrial, estamos llamados a hartar por luengos siglos, con nuestro pan y nuestra carne, las hambres viejas de remotos pueblos, se empeñó en hacer de su hijo un agricultor como los que acababa de admirar por aquellas tierras. Y lo empaquetó a los Estados Unidos del Norte en busca de la ciencia de aquellos hombres que iban derramando la abundancia, en eriales y desiertos en donde sólo se oía, en el agreste silencio, el grito desapacible de las fieras.

“EN ESTE PAÍS!...”

Muerto años después el viejo Ruiseñol, vino Gonzalo a ponerse al frente de una de las más ricas haciendas que embellecen los maryaes del Guaire.

Era Gonzalo algo fascistor, mas, ¿cuál es aquel que sale en plena juventud a recorrer tierras extrañas, a perfeccionarse en algún arte o ciencia, que al volver a esta rincónada donde sólo quedaron los que no pudieron hacer otro tanto o los que como los crustáceos viven pegados a las peñas, cuál, digo, es aquel que no trae sus migajas de vanidad en el repleto saco de sus sueños? Pero como nuestra rústica gente no comprende nada de estas cosas, hasta cierto punto necesarias, hizo de Gonzalo el blanco de sus burlas. Hasta su misma persona la veían con malos ojos, y de su ciencia y afanes, reían. ¡Qué especie de agricultor, que no andaba sino de polainas y gruesos zapatos, para no humedecerse los pies! ¡Que no apearse la corbata ni el prendedor de perlas! ¡Tener la cabeza metida en una campana! ¡Las manos de una niña blancas y suaves! Mírelo como traza acequias con anteojos! ¡Y que cabalgar de aquí para allá en un machazo que necesita una escalera! Eso no podía ser nunca un agricultor ni nada, pues malgastaba el tiempo criando pollos y pavos en jaulas, como si fueran pájaros. ¡Usted habrá de ver! Si no era sino un puro *patiquín*...

Tal era el retrato que de cuerpo entero hacían de Gonzalo Ruiseñol sus vecinos y sus tíos los Pichirre, en su sordo recelo campesino contra toda innovación.

Sobre los campos morían las luces de la tarde. La masa colosal del Avila levantábase a los ojos, suave, en la diaphanidad del aire. Los Pichirre se despedían calurosamente de los Macapos. A poco, por un caminejo que bordeaba unas sementeras de yuca, se les vió aparecer y alejarse como dos guiñapos, farfullando, en busca de su triste y lóbrego albergue.

CAPITULO III

LOS PICHIRRES

De que sí eran puros aquellos aires, y saludables las aguas del Tócome, no cabía duda: con sólo ver a Josefina se patentizaba el prodigio. De enteca y macilenta se iba rellenando de carnes nuevas y sonrosándosele la piel.

Josefina, rosa tempranica del jardín caraqueño, aunque enferma, era una preciosa niña. Menudita, frágil, cual un juguete de aparador; de esbelto y gracioso talle, cual alta vara de cebadilla, con sus diez y seis años, era una flor de granado, delicado panal de rubitas.

Josefina, merced a las gotas de sangre nueva que iba recuperando, alejaba de sí, aquel encogimiento de nicua que se doblega dulcemente a la caricia solar; y tornaba a su ánimo aquella locuacidad y travesura propias de las muchachas que aún juegan a la muñeca, y alborozadas, ríen, cantan, aturrullan y saltan al más leve motivo, como jóvenes cabras asustadizas. Dichosa edad, en que las almas nuevecitas, ajenas al dolor, abiertas a todas las sensaciones, se esparcen como un perfume. Bella edad, en que poca cosa nos parece los lomos de la tierra para albergue de la dicha que soñamos.

Los Macapos, con tales mejoras no cabían de contento. Para ellos la niña había resucitado y en su paternal rego-

“EN ESTE PAÍS!...”

cijo habían llegado a ofrecer toda una fiesta a Nuestra Señora del Carmen, en la aldehuela de Los Dos Caminos; aldehuela que en el encuentro de dos carreteras, desparra-
ma sus techumbres rojas y levanta su gloriosa Ermita; delicioso lugarejo, que si bien puede caber en un canasto, en el clásico día de su patrona, es enjambre de ericas que jabardea.

Para obtener tan pronto restablecimiento, nada de régimen; sino zabullirse, cuantas veces se le ocurría a Josefina, en las claras linfas del Tócome; tragar todo el día por los reventaderos de sol; atapuzarse de guayabas pintonas y guayabitas arrayán, de pomarrosas y jojotos chamuscados en el fogón, libre el cuerpo de ligaduras, como el ánimo de ansiedades, viviendo como viven las florecitas del campo bajo el inmenso cielo azul.

Cuando el sol comenzaba a calentar la tierra, o cuando declinaba con la tarde tibia, olorosa a renuevos virginales, Paulo Guarimba venía por Josefina. En el viejo burro cano de la Estancia, fañado de una oreja a causa del tabardillo, la llevaba de paseo, al través de los campos, a los caseríos cercanos o a las estancias vecinas, donde amos complacientes agasajaban a la niña, presentándola la fruta más hermosa de sus frutales o la flor más preciada de sus rústicos jardines.

¿A dónde vamos hoy?, decían las morochas a Josefina, comiéndosela a caricias, mientras Paulo enjalmaba al cano y con su saco de cobija preparaba mullido asiento a la niña.

—Hasta casa de los Pichirres, pues, ya está muy adelantada la tarde para ir más lejos,—díjolas Josefina, anudando bajo su menuda barba las rojas cintas de su sombrero de cogollo de amplias alas.

—¿Y si nos sale el loco?,—observaron las morochas.

—¡Si allá no hay loco!

—Sí... aquel...!

—Magalo...!

Así llamaban al menor de los Pichirres, Magdaleno, un hombrazo fornido, ágil como un mono, estrábico de ambos ojos, algo fallo de entendederas y dado a repentinos emberenchinamientos, quien con su azadón al hombre, su camisola de lonilla hasta las rodillas, era el mejor perro de presa de la estancia, pues allí vivía, como un báquiro en su madriguera, enconado y huraño; llegándose cuando le caían algunos centavos en la faltriguera, hasta la pulpería más cercana, donde se atragantaba de aguardiente y rellenaba la boca de puro tabaco de mascar.

Con su triple carga salió el cano aquella tarde, camino de la estancia de los Pichirres, pues las morochas, que nunca se quedaban atrás, se hicieron sitio: la una, en la grupa, la otra, en la delantera.

—¡Quién lo iba a creer, Paulo, que volviéramos a andar por estos sitios!,—dijo Josefina en tono cariñoso y con semblante regocijado, contemplando el agreste paisaje de la travesía, puesto que dejando la carretera se habían aventurado por unos matorrales de sequero, siguiendo un deshecho que acertaba la caminata.

—De verdaíta, Josefina. ¿Recuerdas? Detrás de aquellos guaratarones fué donde te picaron los lambiojos, huyéndole a don Toribio, cuando le robamos las moras.

—¡Nunca las he vuelto a comer más dulces! ¡Qué sabrosas! ¡Y qué cueriza!, cuando ahogándose de rabia nos acusó el viejo Pichirre.

—¡Si tú quieres, Josefina...!

Y no hubo tiempo para más, que ya estaban en el tranquero del corral, a donde llevaba el deshecho. Y con doña Epifania de frente, quien a fuer de ciega tenía los oídos finos.

“EN ESTE PAÍS!...”

Hasta un centenar de gallinas rodeaba a la ciega, en el abierto corral, cercado por el Poniente con estacones y alambrado; hacia el Sur, cerrado a espaldas de doña Epifania, por la cocina, a todo el ancho de la casa, prolongándose la enramada hacia el Naciente, donde se hallaba el pesebre y la corraleja, con cuatro becerros tísicos. Separados de éstos y de las vacas por tranqueros, había una mula carretera maneta, una burra y su pollino, y una potranca corneta desmadrada, de luengo mechón sobre los ojos, ligera en alumbrar con los cascós y gran raboteadora. Al Norte, y a ambos lados del tranquero que daba entrada por aquella parte, había una tropa de totumos, de desparramado follaje, retorcido tronco, lozanos, aunque con amputaciones de brazos y hondas cicatrices, causadas por el enclavado alambre, que cuando más engrosaba el tronco, más se embutía. Bajo el más frondoso de esos totumos, se hallaba el chiquero con su pestilente lodazal; más allá, en un estacón pegado a una cadena, el voluminoso berraco, de parada cerda, colmillo ahumado, tragón y de pocas pulgas.

De su mapire arrojaba doña Epifania puñados de maíz a las gallinas; introducían el desorden en las compactas filas, los marranos de la última cría, no sin recibir sus buenos picotazos en los húmedos hocicos. Guardando equilibrio en los alambres de la cerca, batía el gallo sus alas y a todo pulmón lanzaba su agudo y penetrante grito; y una que otra gallina satisfecha, andaba por el ramaje de los totumos cacareando en busca de su habitual dormitorio.

Andábase, pues, todo aquel corral revuelto, con estrépito de alas, gruñir de marranos, asnales sinfonías y lamentos de becerros; cuando los de la cabalgata se detuvieron en el tranquero, a dos pasos de la ciega. Y el burrico cano, que todo había sido pujos en la travesía, comenzó, aunque cargado de años, oyendo la sinfonía de sus congéneres, en alto la cabeza, recogido el labio superior, hecha la nariz un puño, anhelando meter la cabeza por

entre las varas, hacer el tercio a sus compañeros de saba-
na y de idílicas querellas.

—¿Toribio, traes el burro hechor?—exclamó la ciega al
solfeo asnal.

—No es don Toribio, —contestó Paulo—, sino la niña
Josefina y las morochitas que vienen a hacerle una visi-
tica.

—¿Josefita, la de don Modesto?—inquirió la ciega.

—Ella mismita.

—Pues corre las varas y amarra tu burro, que por ahí
anda el hechor, haciendo de las suyas desde esta mañanita
que reventó la sogá.

Tranquero adentro, los de la cabalgata, la ciega los guió
al corredor delantero, donde se dejó caer en su silletón
de vaqueta, llamando de nuevo a don Toribio. Pero el vie-
jo Pichirre, no dando oído a sus voces, continuaba imper-
térrito su quehacer.

Allá en la arboleda se divisaba a el Pichirre, en mangas
de camisa, con un “pelo de guama”, cuyo pelambre color
de fuego había sustituido la mugre, metido hasta los ojos.
Con una caña-brava en la una mano pasaba de un naran-
jo a otro recontando, quién sabe si por la centésima vez
en aquel día, el áureo fruto de los naranjales. De poder el
vejete, hubiera contado todos los terrones, las yerbecitas
de los campos, las gotitas de agua y puesto la ración a los
tordos reales y a las paraulatas ajiceras. Nada de lo que
producían sus tierras dejaba de ser contado, no una, sino
mil veces, y de todos aquellos numerosos recuentos, deja-
ba constancia a modo de ñapas, en las paredes del case-
rón.

—¿Y qué me cuentan?—manifestó la ciega viendo que
don Toribio no hacía caso de sus voces, y prosiguió: —Ya
están infestando el pueblo las gentes de Caracas, corotos

y más corotos sólo se ven por todas partes; no sería nada, si fuera gente buena, pero ¡ah mi hija! es gentusa, gentusa. Ahora sí que de sopetón comienzan a meterse en las casas ajenas; pero lo que es a Toribio no se la hacen. Ya esta mañana le salió al encuentro a una pandilla y de la mitad del callejón la devolvió con su guitarrita.

—Todos los años vienen de temperamento algunas familias,—observó dulcemente Josefina al sermón de doña Epifania.

—Lo que es en esta casa, —continuó la ciega— no se le alquila a nadie. Que acaben con el pueblo!

Y ya doña Epifania, suelta la lengua, dió comienzo a la murmuración. Historias tras historias, vida y milagros, de cuantos desde sus mocedades a la fecha, habían morado en sus contornos. Lejos del pueblo, aislado en aquel caserón húmedo, con las puertas siempre cerradas por temor a los ladrones, sabía cuanto pasaba tanto de puertas adentro como de puertas afuera. Llegábanle hasta las historias de la ciudad, por boca de la gente rústica, deformes, atrasadas, y ella se complacía en redondearlas, comentándolas. Era un viejo cronicón, donde entraba, no lo noble sino lo negro y triste de la vida. Hablaba, hablaba hasta que se le apagaba la voz.

Cuando menos lo esperaban, se presentó don Toribio en el corredor, sudando a chorros, y plantándose delante de la ciega, díjole hecho una furia:

—Dos mil quinientas naranjas, Epifania, y ayer dos mil quinientas cincuenta, ¿qué te parece?

Y cuando así se expresaba, veía a todos los allí presentes, con un mirar inquisidor, descortés e insolente, como diciendo: ¿Quién de vosotros ha sido el que se ha atrevido a tanto?

Mas la ciega con su hablar calmoso repuso:

—Ese debe ser Magalo, quien se las ha comido o malbaratado como acostumbra. Aquí no ha venido nadie en todo el día, pues estas niñas acaban de llegar, terminó diciendo apresuradamente.

—Ah, Magalo! ¡Magalo! que no sirves para nada, —se lamentaba el Pichirre;— lo que es esta si que no te la dejaré pasar; ¡yo desvelándome y tú acabando con todo! ¡hasta cuándo! ¡hasta cuándo!

Entre refunfuños y amenazas, salió el Pichirre en busca de Magalo, dando con él en un tablón cercano donde araba con dos bueyes magros que de puro viejos soltaban los pelos, y tan llenos de achaques como sus dueños y tan escasos de fuerza, que Magalo, las más de las veces los ayudaba a sacar el arado, tirando junto con ellos del yugo.

En mal hora se toparon los hermanos en aquella ocasión: bramaba Magalo, que no era otra cosa su hablar sino bramidos, pues ni palos, ni pica, ni quebradura de rabo, movían a levantar a uno de los bueyes, que se había echado rendido a la fatiga.

Ahogaba la indignación a don Toribio, amenazaba con los puños, zapateaba, y enronquecido gritaba: “¡Animal, que me matas los bueyes!” Y vociferando, vituperaba la conducta de Magalo, con cuantos peros, vulgares y groseros se le venían a las mientes, pero de lejos, retrocediendo cada vez que su hermano hacía algún brutal ademán.

Cuando a Magalo se le revolvían las bilis, no era prudente acercársele; el hércules, el embrutecido, más de una vez se había vuelto contra el hermano, ciego, inconsciente, temblándole las carnes como una bestia feroz, ora con el azadón, ora con la pica, resquebrajando los bejucos que encontraba al paso, lanzando gritos agudos, penetrantes, salvajes. En ese estado de violencia, menester era dejarle calmar, desahogar toda su rabia en los animales, en los troncos, en cuanto estuviera a su alcance, so pena de ser

vuelto añicos entre aquellas manazas hechas a derribar samanes y apamates.

Pero como en todos los seres inconscientes, aquellos ímpetus desaparecían con la misma prontitud con que estallaban, tornando a ser dócil, calmudo, manejable y hasta bonachón con asomos de sonrisas juguetonas en la boca, que ponían miedos en los chiquillos y hacían santiguar a las mujeres.

Si aquellas tierras de labrantío eran un manchón de verdura, si bajo los yerbazales del Pará desaparecían los bordes de las acequias, si en el fogón la leña nunca dejaba de chisporrotear alegremente cuando era menester; sólo se debía a los vigorosos brazos de Magalo, que no conocían el reposo bajo el agujijón constante del Pichirre, quien sabía insinuarse en aquel cazurro ánimo.

Mas la inquina lugareña, so capa de compasión y humanidad, deseosa siempre de hacer rabiarse por lo menos al viejo Pichirre, no muy bien quisto en el lugarejo a causa de su picharrada, tomaba de su cuenta a Magalo, e insidiosa, encendía el recelo en el fondo de aquella alma, que en su estado normal era blanca y trasparente como un pedazo de cristal; y dale que dale, mete la mano allá en lo hondo, revuelve, estruja, muele, exprime, no abandonaba la víctima, sino cuando las bilis se rebosaban y roíanle las entrañas, como el zumo cáustico de la cocuiza.

Cuando los insidiosos del lugar tropezaban con Magalo en algún solitario callejón, soplabanle al oído sigilosamente, con mucho amor, parrafadas como la que va de muestra:

—No seas tonto, Magalo, déjate de virotadas, ¿hasta cuándo te estás moliendo los huesos para que ellos aparezcan como los únicos dueños? Ni por pascua una ropita te compran, andas como un espulga perro, y trabajas más que un burro de trilla. ¡Ah hombre bien zoquete! ¡Fuera yo para que tú vieras!

Y con esos y otros discursos, y un cuarto de aguardiente requemándole las entrañas, Magalo andaba por aquellos campos, con un genio de todos los demonios, encolerizándose: o porque le picaban las hormigas, o alguna traviesa mosca se posaba en la roma punta de su nariz.

En verdad, el Pichirre empleaba a su hermano, como una fuerza bruta en los trabajos más rudos, engañándolo con baratijas: un pañuelo de seda, unas alpargatas de color, simplezas que él había ganado mil veces y que para obtenerlas, se le obligaba a estar días tras días, encorvado sobre la tierra, con el sol reverberante a las espaldas. La superchería del Pichirre consistía en no llevarlas a cabo si eran de más valor, siendo aún más grande su maña para embaucarle de nuevo. El simplecillo Magalo, viendo desvanecerse aquellas promesas, daba calor a las nuevas alucinaciones, alimentábalas hasta el momento de abandonarlas como a las otras, pero mientras tanto, el Pichirre le chupaba los jugos y él seguía sin sentir siquiera el sollamársele los lomos bajo el dardeo solar, abriendo surcos y soñando...!

Los Pichirres, como para escudar su avaricia y acallar la maledicencia de las gentes, hacían aparecer más falta de sentido de lo que era, a Magalo; y cuando irónicamente algún vecino se refería a éste, doña Epifania, a modo de aclaratoria, se manifestaba de la siguiente manera:

“Para lo que él hace, y para la vida que él lleva. Porque él no hace sino locuras, y lleva una vida de flores viviendo de sus rentas, como que si el pan bajara del cielo, sin preocuparse de los compromisos en que nos vivimos ahogando, con las malas cosechas y los pícaros que nos han dejado en cueros. ¡Usted verá que no puede ser mejor! Además, él no necesita de nada; come hasta reventar y de ropa, no se diga, le basta con la de Toribio, para la vida que se hace en estos montes”. Así se expresaba la ciega, aunque los calzones del viejo Pichirre no le llegaban a Magalo ni a las rodillas, ni las camisas le cerraban en

“EN ESTE PAÍS!...”

el pecho, y para evitar esos y otros inconvenientes, llevaba siempre encima su camisola de lonilla, que le tapaba hasta donde no le alcanzaban los calzones de rebote.

En desfogándose Magalo, no tenía ni barruntos de mal genio sino asomos de remordimiento. En el fondo de aquella alma sin luz, había yacimientos de amor, que el cariño de los suyos nunca se había preocupado en trabajar, dedicando aquel ánimo, haciéndole menos áspera y más llevadera la vida a aquel hombrazo recio de entendederas pero blando de entrañas. Deshacíanse, pues, las rabetas de Magalo en caricias, y a los golpes, sucedíanse un resobar de verdugones y frases halagüeñas.

Como se vió en el trifulcón de aquella tarde, luego que sé hubo convencido de sus inútiles esfuerzos por poner en pié al magro buey. Hecha la cara un puchero, saliéndosele las lágrimas, que caían sobre los mismos verdugones que había dejado en aquellos enflaquecidos lomos, tornaba a enfurecerse como acusándose de su brutalidad. Compungidos, y llenos de piedad aquellos ojos, que parecían mirar hacia dentro, hacia el abismo del alma, ese pequeño mundo tan lleno de misterios como el otro.

De ese como resblandecimiento de su ser, se valía el Pichirre para dominarle, y con frase melosa decíale:

—¡Hermano, tienes manos de hierro! Mira, con otra zumba se mueren. Vamos, Magalo, no te aflijas y terminemos el trabajo, a ver si esos bichos comen algo.

Reconciliados los hermanos, a su mutuo esfuerzo se enderezó el debilitado buey; pero con traza de quedarse ahora como pegado a los terrenos, o de volverse a desplomar si se le esforzaba en demasía. Viendo lo cual el Pichirre, que no era hombre para dejar las cosas a medio hacer, después de muchos tanteos, convencido de que Magalo no podía esta vez, como en otras anteriores, hacer de buey y de gañán a un mismo tiempo, por no tratarse de tropiezos

del momento, sino de tirar largos surcos y a cordel, buscó la ayuda de Paulo en estos términos:

—Paulo, Paulito, ven acá muchacho, mete la mano en esto, a ver si es verdad que eres la flor de los gañanes. En mi tiempo, con cuatro rempujones quedaba un tablón con más surcos, que canelones la cabeza de una novia.

Remolón se acercó Paulo, con una cara de majador de hierro. Bien conocidos se tenía él al Pichirre y su maña; y no sólo él, sino todo el peonaje del lugar, pues si pagaba un jornal, quería sacar tres de ñapa. Mientras le trabajaban estaba él ahí, lamentándose sin cesar de los vicios de la época. Variaba de medianeros para cada cosecha, porque no había quien le aguantase ni desenredase sus cuentas, por lo cual gran parte de sus tierras yacía en el abandono.

A las excusas de Paulo, contestaba el Pichirre, entregándole la garrocha y diciéndole: “Anda, anda, coge el arado, que Magalo tirará del yugo junto con los bueyes. Anda, que voy a llevarles unas moritas a las niñas”. Y así diciendo, a blandos empujoncitos le fué llevando hasta dar con Magalo, y los magros bueyes.

Para obsequiar a las morochas, se acercó con Toribio a un moral de bejuco que tendido en una troje maduraba al sol su centenar de racimos. Después de mirarlos, cortarlos y espulgarlos, salió al fin del recuento y repulgo con doce moras de las más aguadas, de las que ya estaban para caer de por sí, y entregándoselas a las morochas, hecho unas pascuas, dijo:

“Aquí tenéis seis moritas dulces para cada una, muy escasas por estas tierras”. Y al dejárselas en manos, las cerraba el puño apresuradamente, como temiendo que algún pajarraco le jugara alguna mala partida. Y volviéndose a Josefina, sentenciosamente añadió: “Usted, niña, bueno es que ni las pruebe; su salud es muy delicada y

“EN ESTE PAÍS!...”

no quiero que se diga que usted salió con un empacho de mi casa”.

—Gracias por su cuidado—le contestó Josefina, sazonado su dicho con una sonrisilla, en la que se traslucía: “Usted, señor Pichirre, sí que es la mismísima madre de la pichirrada”.

—Ya está puesta la comida, Toribio,—dijo en esto la ciega, añadiendo: —¿No gustas, Josefina?, es comida de pobres.

—¡Gracias, doña Epifania!

—¿Y qué es eso, mujer? no dejes caer la loza, como que no sabes lo que estás haciendo!—exclamó doña Epifania al oír el ruido de un pocillo, que a la sirvienta, una vieja reumática, se le había caído de las manos, y prosiguió: —Mira, Josefina, no lo vas a creer: aquí no hay un pocillo ni una taza presentable, los unos sin asa, las otras desportilladas. ¿Y qué se va a hacer? Entre Magalo, que todo lo zumba, Toribio, que yo no sé qué tiene en esas manos que no agarra, y para más desgracia, yo, ciega y esta mujer descuidada, de toda la buena loza de la casa, de las cuarenta y ocho piezas que heredó mi madre de su abuela, no hay una que no se haya hecho añicos.

—Lo mismo sucede en casa, doña Epifania, tienen que estar reponiendo todos los días—, manifestó Josefina.

—Esto no es razón, así no puede haber ahorro. Yo que tuve la dicha de gozar de los buenos tiempos de mi madre, recuerdo que los corotos pasaban nuevecitos de padres a hijos; la buena loza no se veía afuera sino en los días de solemnidad. Esa sí que era gente cuidadosa, metódica, ahorrativa, por lo cual, una familia se sustentaba con cualquier cosa, pero en cambio no había tanto perendengue ni monerías como hoy. Mi madre, con ser quien era, no tenía a menos decirle a un negrito manumiso que tenía: “Bartolo, coge el gallo y la gallina y lléválos a la puerta del

almacén de don Fulano, que están descargando maíz, para que aprovechen los granos que se caen". Pero hoy... se roban la gallina, niña.

Unas tras otras iba engarzando la Pichirre, las pichirradas de su parentela, cuando se presentó Paulo Guarimba, con el burrico de diestro, diciendo a Josefina: "Nos vamos, que ya está el sereno encima; échate mi saco de cobija sobre los hombros para que no te haga daño".

—¿Y qué hubo?—inquirió don Toribio, con la boca llena, pues se atapuzaba un plato de caraotas negras, lustrosas y blanditas y más gustosas que almendras.

—Ya está todo—contestó Paulo, ayudando a montar a Josefina en el asno.

—¡Adiós! decían las morochas.

—Que Dios las lleve con bien,—contestaba la ciega pasándose el dorso de la mano por la boca, hecha un espejo de luciente grasa.

A todas esas decía el Pichirre: "¡No te pierdas, Paulo!"

—¡Qué te lleve el demonio!—contestó el otro entre dientes, largándole un astazo al cano, que sumió la barriga y se fué de lado con riesgo de dejar la carga en el camino.

Se reía Josefina; aplaudían las morochas y Paulo se desfogaba en estos términos:

"Yo no sé lo que se habrán pensado estos viejos, pero no pierden la ocasión de ponerme a sudar. No tienen reparo de que uno tiene encima la ropita limpia; pero lo que es esta vez se las he hecho a esos viejos pichirres". Y cuando así se expresaba, presentaba a Josefina tres racimos de moras y la decía: "Míralas! qué hermosas y qué maduras! me las he robado como aquellas otras, por las que nos dieron meremere con pan caliente. Mañana es día en que se

“EN ESTE PAÍS!...”

muere el viejo, la ciega le echa la culpa a Magalo y Magalo desloma los bueyes”.

Seguían las risas, Josefina se hartaba de moras, como cuando chiquilla, Paulo echaba pestes y el viejo burro cano se iba como quejando con la carga.

CAPITULO IV

EN POS DE LAS CRIAS

En cuanto ordeñó Paulo las vacas, las morochas se apoderaron de él; asediábanle, tiraban de su capote gris. Habían madrugado más que de costumbre, todo porque las llevara a ver las crías de conejos que don Gonzalo fomentaba en La Floresta, la estancia más reverdecida de aquellos campos. Y no era para menos su empeño cuanto no oían de la mañana a la noche sino hablar de aquellas crías de patos, pollos y conejos, semilleros de agudos comentarios entre los conterráneos de Gonzalo, mal avenidos con la irrupción de innovaciones con que el joven agrónomo aguijoneaba la modorra y apatía de sus ánimos.

En abierta pugna andaban las ideas de Gonzalo con la de la mayoría de sus vecinos. Vislumbraban éstos la utilidad, pero faltábales el entusiasmo, la fe en ellos mismos y en su fatalismo esperábanlo todo de lo imprevisto, incapaces de salir al encuentro de la misma dicha bajo el temor constante del fracaso de sus esfuerzos y esperanzas. Parecíales cosa imposible, sin resultados prácticos del momento, interesarse por los métodos y procedimientos que centuplican la producción agraria. En su interior, a cada paso, veían ante ellos obstáculos que juzgaban insuperables. Rudos propietarios con rudos mojines, ro-

“EN ESTE PAÍS!...”

tundos y doctorales, negaban el beneficioso empleo de útiles y métodos modernos, aferrados a usos y costumbres añejas. Otros, almas muertas o desalentadas, en quienes la indiferencia cegó la iniciativa, se contentaban con ir tirando de la vida buenamente como matalote, estrellados los lomos de rojas mataduras, el carro de sus penalidades. Y había también hombres enérgicos y dispuestos a oír la buena nueva, pero descreídos y desilusionados. Si en este país falta todo, —decían— ¿qué hacer con métodos si carecemos de la base esencial, una nueva cepa de campesinos? El labrador no existe; su hogar y sus tradiciones se extinguieron. La inseguridad de los campos le arrojó a las ciudades, en la ruina de su voluntad y de su predio. ¿Para qué engañarnos? No somos sino montoneros homicidas, acampados en valles y lomas, dispuestos siempre a la agresión y al saqueo. No perdamos el tiempo dando calor a un muerto. Salga el sol por donde saliera, hagamos unos reales, y ¡abur!...

Y Gonzalo, confiado y candoroso, iba contra todas aquellas preocupaciones y prédicas, abatimientos y desconfianzas, animando a unos, aconsejando a otros, reconquistando voluntades y energías a la vida, que es armonía, lucha y esfuerzo; a la buena y dulce vida, estropeada y malgastada en nuestra ciega inquina a la exuberancia con que nos rodea, en un espléndido desbordamiento de vigor y de salud. Si hacen falta agricultores, —decía— los crearemos. La ciencia agronómica es la riqueza agrícola; todo útil moderno representa un ahorro positivo, un capital necesario. El método es el camino más corto para alcanzar la prosperidad.

A veces cuando el nervio de los años soltaba la compuerta de los sueños y trataba de nuevos cultivos y su ensanche, salíanle al encuentro con el rosario de sus objeciones, los viejos esquilmadores de la tierra. ¿No habían ellos conocido el desastre de los algodonaes, que dejó en la miseria a centenares de familia, para irse a meter aho-

ra en pruebas? ¡Que cada cual muela como pueda! ¿Sembrar trigo? Que lo traigan de los Estados Unidos; para comerlo malo, poco y caro, que siga el entierro! Todo lo nuestro es lo peor! Eso es muy bueno: el buen pan hace al pueblo fuerte.

—Sí, sí! Si se cultiva todo el trigo que consumimos, se emplearían muchos brazos de los que piden trabajo al Gobierno, porque no lo tienen. Ciertamente, cada cultivo trae consigo nueva industria. En verdad, el impuesto que paga el trigo en las Aduanas, lo recaudaría el Estado de otro modo. Muchas ventajas para todos. La verdadera riqueza... —Y al despedirse, reían a sus espaldas.

—Este hombre es un loco; él solo haría la felicidad de todos los hombres. —Y el compadrazgo reía y soboreaba alguna copita del claro, del que destilaba, el viejo alambique lleno de impurezas.

En el fondo, no les faltaba de un todo su migaja de razón: en aquellos tiempos rudos y embrionarios apenas si uno que otro agricultor se daba cuenta de la ciencia agronómica. En los periódicos se hablaba mucho de ella; los aficionados a tales estudios contribuían con lindos artículos, verdaderas églogas, para ser leídos a los acordes de rústica marimba, bajo el follaje de los árboles. Los viejos agricultores prudentes, de retorno de una escapada a Europa o a los Estados Unidos, importaban, por vía de ensayo, una incubadora o una vaca. La incubadora, después de una prueba desastrosa, hecha una tarde entre amigos, se arrumaba en un rincón; la vaca o el toro, después de exhibirse una semana, iban a parar a manos rudas de vaqueros, quienes les daban, por lo menos, lo que les hacía falta por el momento, que era la hierba. El café era el único cultivo que llamaba la atención. Y con instalar una buena oficina, el cafetero no se preocupaba de más nada, ni de por qué bajó o subió el precio del artículo. Esas fluctuaciones eran, según él, cosas del comerciante y del Brasil. Una onza más o menos, no es nada para un

“EN ESTE PAÍS!...”

buen venezolano. En síntesis, en días tales se instaló Gonzalo en la hacienda de sus padres, con todo el candor de los innovadores y la energía fanática de los convencidos.

Distribuía Gonzalo entre sus caporales las faginas de la mañana, cuando se presentaron los de la caravana, como de costumbre, en el borrico cano, anunciándose con el cascabeleo de su alegría.

Les salió al encuentro y celebró su visita.

—Si parecen ustedes unas ninfas que robaron a Pan el borrico.

Inconscientes reían las morochas. Josefina, hecha una flor de granado, se apoyó en la mano de Gonzalo para saltar al suelo, sin saber qué contestar al cumplido.

Se dirigían hacia la casa, entre los saltitos y risas de María de las Nieves y Dulce-Amor. Atravesaron el jardín con que la había hecho preceder Gonzalo; en arriates crecían rosas y dalias, tulipanes y matas de aroma. El soportal convidaba al descanso con la muelle dulzura de su ambiente, resguardado de los ardores solares por una roja trinitaria que mano experta clareaba con frecuencia para que a través de la hojarasca espesa llegara la luz en mortecinos destellos. Las encaladas paredes lucían cuadros de asuntos campestres. Una zagala de los campos conducía una bandada de patos hacia una verde pradera. Abajo, en el centro del marco, en una plancha de cobre, tenía un nombre bárbaro. Junto a una ventana, encerrado en gruesas cañuelas doradas, un viejo pastor oía muy atento, rodeado de sus ovejas, los sonos de una flauta que soplabá, apagados los ojos, un zagal que parecía ser su nieto. Y en el dulce idioma de la Italia meridional, decía la inscripción: “El flautín de los sueños”. En un marco sencillo, una tela larga y estrecha, representaba el Avila, bajo el vapor de una gasa sonrosada y desvaída; a sus pies se extendía una sabana cubierta de capín en

plena florescencia y entre las espigas violáceas asomaban las estrellas blancas y verdosas del amarrabuey. Era la gasa sutil, aérea e irreal y la sabana y el Avila a través de ella tenían la belleza y el encanto sugestivo y lánguido de un ensueño. El pintor titulaba el paisaje: "Visión de Otoño", y era obra de autor anónimo, que traía a sus hermanos nuevos ojos para ver las bellezas de la tierra.

Sobre los lomos del pequeño muro que encerraba el soportal, macetas de flores esparcían su aliento cálido y penetrante, y matas de hojas de belleza rara, en aquellos rincones del valle, prestábanle frescura con sus hojas vistosas y anchas, felpudas, rizadas, de plata y de oro, en una sin igual variedad de formas y matices gratas a los ojos y suavizadoras del ambiente, porque a la casa la amparaban sólo algunos árboles, que el hacha de Gonzalo derribó los jibosos y los grotescos de arquitectura y reservó para su admiración los altos y esbeltos, frondosos y bamboleantes, pirámides de hojas, sombrillas de verdor, hopos enhiestos y cabeceantes. Lo demás eran tierras de cultivo, las bajas, tupidos cañamelares; las altas, barbechos y sabanas estériles, soledades que se perdían a los pies del Avila. Un canapé antiquísimo, todo de madera, con incrustaciones de nácar, sillas de extensión, cómodos butacones de cuero y paja de enea, hacían más grata la permanencia en el soportal. Desde allí, el ojo vigilante de Gonzalo se complacía en seguir el ondular de los cañamelares del valle, las profusas arboledas sombrías que ocultaban las casas de los propietarios y los extraviados ranchos del peonaje, bajo la epifanía de algún bucare o la sombra de un caobo majestuoso y centenario.

Se instaló Josefina en el viejo canapé; las morochas buscaron su calor y se arrimaron a sus lados.

—Han madrugado ustedes.

—Tenías ellas gran deseo en visitarle.

“EN ESTE PAÍS!...”

—En ver las crías de conejos y los pollos pelones,
—exclamaron las morochas.

Gonzalo rió, franco y cordial.

—Ya los veremos, moninas!

Acodado en el pretil del soportal, declaró Pablo Guarimba:

—Si me han vuelto loco toda la mañana; son muy curiosas, don Gonzalo.

—Así son las niñas. Bendita curiosidad que las hace amar las simples cosas y a veces las mantiene sin dormir ni comer, noches y días, presas en su encantamiento.

Josefina, reidora, observó:

—Pero si la curiosidad es un feo pecado. Los curiosos son insoportables.

—La curiosidad es una cosa y los curiosos otra. La curiosidad es la que nos inicia en el conocimiento de la vida. Ojalá mis vecinos conservaran fresca la sana curiosidad de las morochas. Cuando nuestra curiosidad nos abandona, estamos perdidos.

—Y no la tienen y viven hablando de usted?

—Pero no es la curiosidad sino la malevolencia la que me vigila y burla.

Sin ambages, rudamente, afirmó Paulo:

—De usted se burlan, don Gonzalo. En la pulpería no se habla sino de sus cosas.

—Oiga, Josefina, Paulo es como el agua, claro.

—Para lo que se le importará a usted lo que digan.

—Ya llegará el día en que se les seque la garganta. No es con palabras como se combate a los hombres, sino

con hechos. Sus palabras se las llevará el viento; mi esfuerzo no ha de perderse. Podrán hasta negarlo, pero los hechos quedarán como el Avila, acusando la depresión del valle.

Las morochas, intranquilas:

—¿No vamos a ver los conejos?

—¡Cómo no!, queriditas. ¿Descansaron?

Las morochas hicieron poner en pie a Josefina y se encaminaron en busca de las crías.

Iban por el jardín con mucho cuidado por no estropear los trasplantes.

—El jardín, ¿como que va a rodear gran parte de la casa, Ruiseñol?

—El frente y casi todo el naciente, Josefina. Fué éste un capricho de mi padre. Quería que las ventanas de su habitación abrieran sobre un jardín. Lo trazó amplio como un parque y yo lo he modificado. Quiero también el jardín, pero pequeñito, que lo aspire y contemple todo desde la baja ventana de su cuarto.

—¿Y usted, ama las flores?

—Hay una trinidad que miro, con admiración devota y alucinada: Flor, mujer y ave. Cada una completa a la otra.

—Entonces...!

—Es usted, Josefina, ave y flor, como hay aves que tienen suavidades de mujer y matices de flor.

—Amaneció usted muy galante. De eso no hablan en las pulperías.

Paulo observó, malicioso:

“EN ESTE PAÍS!...”

—También lo dicen, que don Gonzalo no sirve sino para pelar la pava con las niñas de la temporada.

El reír fué jocundo.

—Los pobres, si supieran que nunca he tenido una novia!—exclamó Gonzalo.

Y en verdad, no había tenido tiempo de amar, sino sus sueños.

Caminandito fueron dando vuelta al jardín hasta llegar a los establos, separados de la casa por un hilo de árboles y un extenso herbazal.

Cuatro construcciones ligeras se alzaban en torno a un patio, de piedra tallada. Eran cuatro departamentos independientes y se llegaba a ellos por los cuatro espacios que dejaban libres entre sí. En el centro, derramábase un estanque oval, y el derrame no se consumía precipitándose por albañal alguno, sino que corría en torno de los establos, arrastrando, por el canal de concreto que los circundaba, las aguas turbias y la boñiga de los animales a un depósito especial de estiércol y de allí pasaba al pozo séptico, de donde salía limpio y bueno para el regadío.

Ocupaba una de aquellas obras una extensa pesebrera, con divisiones como para treinta vacas. El piso era de piedra, de ese mármol rústico de nuestras canteras que el uso pulimenta, asentado sobre base de concreto y cogidas las juntas con pega de cemento fraguado con lentitud. Lindas vacas de raza y otras criollas de buen trapo, en la paz del establo consumían sus racimos.

En otra enramada, con las modificaciones del caso, se apretujaban los becerros con sus hocicos húmedos y sonrosados. Amplia, cómoda y ventilada becarrera, que tenía un surtidor de aguas corrientes. Bajo ese mismo tinglado, y separado por un tabique de concreto de los becerros, se hallaba otro peseble, con separaciones especiales para

bueyes y mulas. Y cada puesto tenía puerta de reja, para que los animales pudieran gozar con holgura, libertad y descanso. Las otras construcciones eran dos salones de zinc. En el uno, no muy alto, con ventanas resguardadas por vidrios claros, se verificaban los manejos y guardaban todos los menesteres de la industria. En el otro, alto y espacioso, se enificaba el paso, la yerba del Pará, el gamelote y los malojos de invierno, para hacer frente a los rudos días del verano, cuando los mismos herbazales de los vegotes menguan su savia y su lozano verdor.

Al llegar al extenso patio del establo que brillaba al sol, las morochas, sin poder contenerse, se dieron a correr en torno a la estanque y a gritar:

—Mira, Josefina, cómo cae el agua!

Y todos los ojos se volvieron hacia el estanque. La líquida madeja se desbordaba lenta, muda y desmayada.

Josefina admiraba las obras.

—¿Y cuándo hizo usted todo esto, Ruiseñol?

—En lo que va del año.

Explicó Paulo:

—No eran estos sino pajales.

Se acercaban a los pesebres. Josefina se detenía y miraba con ojos curiosos y plácidos.

—¡Preciosos animales!

—El cuido, Josefina, el cuido los ha hecho mansos y bellos. Los criollos eran unas fieras, los americanos unos esqueletos, inquietos y golosos cuando llegaron a mis manos; hoy, los unos no cornean y los otros han vuelto a su apacibilidad natural. La dulcedumbre de los animales depende en mucho de la paz del establo, como de las costumbres del hogar, el genio de los hijos. La

“EN ESTE PAÍS!...”

voz alterada de un vaquero, seca las ubres, así como basta apagar la llama de un amor, un feo gesto. Observe usted aquélla, la de las grandes manchas grises. Nos mira dulcemente, como que sabe que es frondosa y lleva con ella la abundancia.

Paulo, entusiasmado:

—No hay cuál escoger: son unas manzanas.

Ruiseñol, tomándole del brazo, lo empujaba hacia el pesebre de los bueyes, nervioso y parlanchín.

—Acércate, hombre, acércate. Aquí tienes la alegría de los ojos.

—¡Caray! Si son unos elefantes.

—No tienen parentesco con los de mis tíos. ¡Eh! Paulo!

El mozo, remirándoles con amor, contestó convencido:

—Con éstos empujara hasta los pies del cerro. Ah bueyes! Ah bueyes!

—Es lo único en que no hemos degenerado, Paulo. Nuestros bueyes no tienen rivales. Los he visto de las cuatro partes del mundo, y se me figura que los célebres de Aníbal no les llevaban gran ventaja.

—¡Los de don Aníbal, el amo de Bucaral? Aquéllos son lo mismo que los de sus tíos, don Gonzalo. El día menos pensado no amanecen. Se los llevarán los zamuros.

—No es a ese Aníbal a quien me refiero, Paulo, sino a un General de la antigüedad.

—Cómo no ha de tener buenos bichos, si los guerreros arrasan con todo.

—¡Paulo! ¡Paulo!

—¡Don Gonzalito! ¡Don Gonzalito! Toiticos son los mismos...

Entre sonoras y francas carcajadas abandonaron los establos. Caminaban ahora al lado de una cerca para aves: una malla de alambre circunvalaba una hectárea de tierra plana. Perdidos en claros bosquecillos, fulguraban los techos de los gallineros. Se detuvieron a la puerta de la caseta del guarda a pedir la llave de la verja.

La mujer hacendosa, tendiendo arepas en un budare de hierro, contestó:

—Mi marido está dando las raciones.

—¡Qué linda casita, Ruiseñol!

—Es una construcción que he ideado, Josefina. Está del todo independiente de las aves. Los que las cuidan pueden, sin trabajo, vigilarlas desde el interior. La casa termina en una romanilla que abre sus postigos al gallinero. Así la familia no está en contacto directo con las aves y no hay temor de que adquieran enfermedades contagiosas.

La reja cedió suave sobre sus goznes. Un caminillo engranzonado conducía a los gallineros. Los tallos verdes y delgados del "Pelo de indio" vestían de esmeralda la tierra plana y libre. Aislados, veíanse aquí y allá guayabos, caujaros y semirucos, que en los días de fruto abastecían la voracidad de las aves.

Las gallinas, caminadoras y golosas, andaban regadas por la verde pradera. A veces de una manada salían corriendo algunas, con los cuellos extendidos, las alas abiertas, lustrosas, afanadas en dar caza a algún incauto insecto, de volar torpe e inseguro.

Desde las gradas del gallinero, llamó Gonzalo.

—Ño Bartolooo!

Del interior contestó una voz ronca:

—Recogiendo las ramas, don Gonzalo!

“EN ESTE PAÍS!...”

El gallinero era como un largo zaguán, con ventanas a ambos lados. El piso era de cemento, que lavaban con frecuencia, y luego esparcían sobre él menuda arena. Por las noches, al pie de los dormitorios, extendían camas, yerbazgos que recogían todas las mañanas. En una división contigua había varios ponederos. La luz y el aire los visitaban libremente y las gallinas podían reposar seguras de toda eventualidad, sin lluvias ni ventarrones que temer, ni alimañas que perturbaran el reposo del hogar.

En otro bosquecillo se levantaba un pequeño gallinero exteriormente resguardado por una cerca de tela metálica.

Gonzalo suspendió en el aire a una de las morochas para que curioseara por encima de la cerca.

—¿Qué ves, Dulce-Amor?

—Muchos pollos, lindos, pequeñitos, metidos en unos corrales.

—Estos son los criaderos, Josefina. Aquí estoy criando pollos, pavos y patos. Voy a tener que construir nuevos hogares para estas nuevas familias que se levantan.

Cansadas de aquel caminar, lento y formal, las morochas clamaban, impertinentes:

—¿No veremos nunca los conejos?

Al finalizar el rasgo enarenado, las morochas saltaron de gozo. Entre la hojarasca de la conejera hubo un correr a la desbandada. Desde las puertas de sus albergues, pequeños túneles de concreto, los conejos, asustados, observaban a sus visitantes, pestañeando. Luego fueron tomando confianza y se dejaron ver los más osados. Salían y tornaban a esconderse rápidos. Los finos pelambres al sol tenían brillanteces y suavidades de seda. El criadero era extenso para contener un centenar. Con divisiones para la ceba, para las conejas matreras y los padrotes fieros y asesinos.

Las morochas observaban al través de la tupida red de alambre.

—Si parecen unos hombres, tienen sus bigotazos.

Gonzalo especificaba sus razas y sus cualidades.

Estos, bastos y pesados, americanos; aquéllos, blancos y felpudos, españoles; los chiquitines, la última cría; los cortos de pelo y cariacos, criollos; los grandes, bigotudos y taciturnos los padrotes, que persiguen y exterminan las crías nuevas y los machos jóvenes.

Paulo manifestó, señalando la montaña:

—Se nos hace tarde. Josefina quiere subir allá arriba.

Gonzalo, ensimismado en la contemplación de sus obras:

—¡A la montaña!

En la clara serenidad de la mañana sus bocas se mantenían selladas.

De pronto, Gonzalo rompió a hablar y su habla era entusiasta y ardiente.

—Se burlan, se burlan; pero todas estas cosas son necesarias aunque parezcan ínfimas y triviales. Esto es abrir nuevos campos a la gricultura, que desfallece por falta de iniciativa. Los pueblos como el nuestro han sido siempre tardíos; les basta con poco; no tienen que imaginar largas horas la conquista del pan. De ahí que mis vecinos no admitan mis ideas y rían hasta de mis criaderos de gallinas. De ahí que me crean chiflado, porque quiero esparcir a los cuatro vientos, las cuatro ideas que adquirí, en provecho de todos. Porque sueño transformar la riqueza de este valle bajo la mano de todos los que saben de estas cosas nuevas.

Los de la caravana toparon con el cano, que mordisqueaba en los bordes de una acequia. Las morochas co-

rrieron hacia él y le sacaron un claro. Gimió bajo la carga. Ya se despedían. Josefina se volvió, señalando hacia el callejón de la estancia.

—¿Qué es aquello, Ruiseñol, qué es aquello? ¡Dios mío!

Ruiseñol, loco de alegría y exaltado:

—Josefina, Josefina! Mi gran pedido al Norte. Mis aliadas, las máquinas, los arados, los hierros, los que habrán de transformar la Floresta. Lo que ha de acallar los recelos de mis vecinos con la evidencia de los resultados. El progreso cierto, que nunca llega a medias, pues aún tras un nuevo arado se esboza una nueva concepción de la vida.

Y media Compañía de Transporte Terrestre arrastraba para Gonzalo Ruiseñol, cajas y cajones monumentales, penosamente enfilada por el largo callejón de la estancia, bajo el gritar violento de los carreteros y el bárbaro rodar de las carretas.

CAPITULO V

ALLA ARRIBA, EN EL TOPE

Los de la caravana, ya lejos de don Gonzalo Ruiseñol, tomaron camino del cerro, herbazales arriba, hacia el tope de Cachimbo. La transparencia del aire, lo despejado del cielo, prestaban más elevación a la montaña, destacándose las dos redondas cimas de la Silla, como cúpulas de un templo gigantesco, hasta perderse en las nubes. El ambiente, refrescado por las rumorosas quebradas, impregnado de oxígeno, oliente a pezgua y parásitas, acariciaba la negra cabellera de Josefina, besuqueaba las mejillas de las morochas, se entraba en los pulmones de Paulo, ensanchándolos como un fuelle; descendiendo luego al valle, azotaba las frondas, maullaba como un zorro rabioso en los ahumados torreones de los trapiches; dando resoplido aventaba la hojarasca a diestro y siniestro; precipitándose en los poblados rezongaba en todos los rincones, charloteaba en los empinados campanarios, rompíase en los ángulos de las elevadas fachadas; engolfándose en estrechas callejuelas, ahogaba sollozos, recogía suspiros, vítores e himnos, y repleto de miasmas, miserias, alegrías, se abalanzaba sobre cerros calvos y lomas áridas, donde sólo fructifican los cardones y modulan los guati-guati su canto triste.

“EN ESTE PAÍS!...”

Escabroso era el sendero, resbaladizo el luciente herbazal, pero los de la caravana cayendo aquí, resbalando más allá, alcanzaron la cima de una colina. Jadeante, asomándose a sus mejillas la poca rosa de su sangre, Josefina se dejó caer en el suelo; las morochas buscaron un mullido sitio en las yerbas donde tenderse a su gusto; Paulo, dejando en libertad al burriquillo, fué por agua al torrente cercano, trayendo en tiernas hojas de conopio recogidas a modo de embudo, el líquido apetecido, tan frío, que los venados no le beben sino con el sol de los araguatos.

De espléndido panorama gozaban los de la caravana, risueño como el semblante de una novia en la alborada de sus nupcias. Ante aquel lienzo de matices diversos, Josefina paseaba sus ojos, deslumbrados por los fulgores del sol, de las vegas a las lomas y de allí a las sierras azulosas. Vese surgir allá en una rinconada, en la estribazón de los cerros, la población de Macarao, donde crece salvaje el membrillo, prospera la verde manzana y los duraznales todo el año ostentan su fruto parcho y el moreno. Hacia ese lado, aun en lo angosto y tortuoso del valle, el de Antímano, a la falda del cerro, agazapadito en torno a la blanca torrecilla de su iglesia. Más acá, encaramado en su colina, cubiertas las laderas de frondosas rosadas trinitarias, el de La Vega, tierra clásica de los rojos budares y de las porosas múcuras. Y serpenteando, terso, cristalino, bajo frondas de jabillos, bucares e higuerotes, entre cañaverales, que sacuden sus grises penachos como indios guerreros pensativos, ondula el Guaire, el hijo de dos impetuosos torrentes, el espejo de la comarca; deslizándose apacible hasta el extremo opuesto del valle, do se sumerge por subterráneas bocas, no muy lejos de la cuesta de Auyamas, a cuyo respaldo la ciudad de Petare se baña en las reverberaciones de sus cuevas peladas. En lo más ancho del valle, Chacao, en medio de sus cafetales, bajo la púrpura de los bucares, en amplia sabana esmeraldina, que ondulando se pierde en los mil recodos del Valle de la Pascua, del patronato de San Roque, regado

por el río de las zarzas medicinales. Y casi equidistante de los extremos, como blanca garza en su nidal de juncos, sobre las suaves pendientes de las altas cuevas del empinado Avila, con sus altos y sus bajos, surcado por profundísimas quebradas, Caracas, bajo la inmensa comba azul, ligeramente gris, en contraste con toda la escala de los verdes, desde el verdín de los primeros brotes al verdinegro sombrío de la montaña, que se enrojece cuando comienza a florecer el rosal salvaje, la rosa montañera. Caracas, la amada de los poetas, la deseada de los guerreros, con sus erguidas torres, sus techumbres rojas, sus esbeltos chaguaramos, sus saucedales melancólicos; ciudad de transparencia y neblinas, que triste sonríe al sol en la algazara de la fiesta: sus mañanas son vaporosas, risueñas, cual la primavera de la vida; sus tardes, tristes cual largo invierno de los años.

Cuando los ojos de Josefina se detuvieron en la ciudad, cuando divisaron aquellas cúpulas y aquellas torres, hubo en su ser un ligero estremecimiento, como el que deben de sentir las aves viajeras al ver desde lo alto la tierra de sus crías y su amor. Los recuerdos se agolpaban en su mente como afanosas guanotas en torno de silvestre panal. Allí, en la ciudad, habían trascendido los mejores días de su juventud, cuando la enfermedad aún no le había robado los colores, y fuerte, altiva, coquetuella, loquilla, se entregaba al baile, en un vals de aquellos en que los musiquillos de la tierra, con suma maestría, interpretan lo complicado de las almas criollas, almas nuevas, salpicadas de atavismos de razas desemejantes, almas simples a la vez que complejas, producto de civilizaciones encontradas, rosa de pétalos multiformes. Oh! cómo terminaban aquellas fiestas, delirantes en alas del joropo, impetuoso como los torrentes de la sierra, repleto de sonoridades robustas y brutales, de languideces y monotonías extrañas, como el cantar doliente de soysolas errabundas! Ibase Josefina tras aquellos recuerdos en alas del ensueño, y vagaba su pensamiento como un átono luminoso suspendido en el aire.

“EN ESTE PAÍS!...”

Paulo, que se había echado en el suelo a pocos pasos de Josefina, casi acostado sobre el declive, con los codos apoyados en tierra y la cara en la palma de las manos, seguía el mirar de sus ojos, las contracciones de sus labios pálidos, las complacencias y tristezas en que se bañaba su semblante como si fuese una luz.

Reinaba el más profundo silencio, el augusto silencio de las cimas; las morochas arrancaban a puñados el aromático poleo y otras yerbas frescas y olientes con que se aromatiza la montaña; Josefina continuaba como abismada en sus recuerdos, y en los ojos de Paulo se transparentaban las hondas intranquilidades de su ánimo.

Cansados los ojos de Josefina de vagar de loma en loma, de pueblo en pueblo, de querer ver más de lo que distinguía de la ciudad y sus contornos, se encontraron con los de Paulo, que la acechaban en el momento en que aquella alma sentía profundamente lo que jamás se había atrevido a expresar de palabra.

Cuando sus ojos se encontraron, se confesaron el secreto de su amor. Repentina angustia obligó a Josefina a esquivar las miradas de Paulo; quiso decir alguna cosa, pero enmudeció al miedo de aquellos ojos, que la atraían como atraen los abismos.

¡Qué ojos los de Paulo Guarimba! Brillantes, luminosos como los de fiera a la hora nocturnal. Ojos que, coléricos, llenos de sangre, debían de anonadar; rencorosos, debían de caer como puñales candentes; rebotando amor, eran deslumbradores como el cabrilleo solar en la superficie de las aguas en reposo. Ojos éstos, que han determinado un momento en la evolución de la raza hispano-americana, que han llegado a crear una palabra, *catire*, un derivado de *cat* francés, hoy *chat*, gato. Quien posee esos ojos, tiene algo de jaguar, el gran gato montés de la selva americana, y como él es felino, fiero, rencoroso, hueraño, voluptuoso en el crimen y en el amor. En el alma que

animan esos ojos, como en un crisol inmenso, se han fundido tres ramas de la especie humana: la de los hombres de ébano, la de los de mármol y la de los de bronce. Oh! alma, multiforme y anárquica, eres una vasija repleta de perfumes y de venenos.

Al relampaguear de aquellos ojos, Josefina se había cerciorado de lo que ya había sentido alguna vez; algo de lo que ella habría llamado cariño, amor de hermano por aquel muchacho, con el cual había corrido a través de los campos, con el cual había pasado días enteros en el cafetal en busca de pichones de arrendajo y azulejos; algo de lo que había experimentado, cuando le llevaba a su casa de Caracas nidos de palomas turcas, con todos sus huevecitos, o con pichones emplumados sorprendidos en los surcos, emparamados, con el copioso rocío de la noche.

—¿Por qué me miras así, Paulo? — fué la primera palabra de su boca, después de evitar largo tiempo sus miradas.

—¿Cómo te miro, Josefina? — inquirió Paulo conteniendo el aliento.

—Como nunca me has mirado!

Y los ojos de Paulo se nublaron, bajo la selva de sus cejas castañas y gruesas; un intenso sacudimiento movió todo su ser, como los que deben de conmover en sus profundos, endurecidos senos, a las canteras graníticas, cuando revienta en su superficie la mina.

—Tú debes de tener algo, Paulo! — observó Josefina, con voz trémula.

—Sí, siento aquí adentro un bachaquero, una quemazón; —y cuando así decía, se golpeaba con los puños apretados el ancho pecho.

—¿Y de cuándo acá sientes eso? —le preguntó Josefina bajando los ojos.

—Siempre lo he sentido, pero hoy como nunquita.

Declaración con la cual Josefina se llenó del más vivo regocijo. La maligna caraqueña se revelaba en la alegría resplandeciente de sus ojos, en aquellas dos llamitas muertas que se incendian como dos cocuyos con las sombras de la noche; en aquel aire coquetuelo e indiferente con que se revistió al ver a aquel muchacho rendido, echado a sus pies cual manso cachorro. Y con aquel don del sexo, que obliga a la hembra, para luego felinamente imponerse, llevó una de sus manos a los hombros de Paulo, quien se había ido arrimandito a ella, como bebiéndola los alientos, y díjole:

—No me mires así sabes! No, que no quiero que me mires...!

Al contacto de aquella manecita más suave que las hebras que forman las barbillas de las mazorcas tiernas, se ofusca Paulo, más de lo que estaba, y dejó salir lo que sentía.

—Más que sea así, cómo no he de verte, mi lucero! En tanto estén los ojos en mi cara, tengo que mirarte, porque se van tras ti, como ojo de ladrón tras los corotos ajenos. ¿Y para qué se hicieron los ojos, sino para mirar lo más lindo que nos atraiga y embobe, como la boca para comer y la nariz para el olor?

—Calla, calla!, — decía Josefina ante aquella declaración franca y sentida.

No se inmutó por eso Paulo, sino que acercándose más a ella, y llevándose ambas manos a los ojos, la respondió:

—Pues sácame estos ojos y arráncame esta lengua. Agregando después de una pausa. —“Asina mismo, te llevaré allá dentro, como un muerto su mortaja”.

Paulo la quería porque sí; porque siempre tenía en la boca para él palabras dulces, porque había en ella un no sé qué, que le atraía, lo subyugaba; cuanto más la veía, más la deseaba, con ese ahinco con que los niños desean

los exóticos muñecos expuestos en las quincallas; y se entregaba a ella sumiso, atado de pies y manos, y decía lo que sentía porque lo sentía así y no le cabía allá dentro por más tiempo.

Sí; así se expresa Paulo, sin ambages, franca y ruda-mente: no acontecía lo mismo con Josefina, quien a maravilla sabía ocultar su sentir. Caraqueña, de culta sociedad, hecha a intriguillas amorosas, estaba como sobre sí, sin atreverse a aventurar palabra alguna que pudiera dar pábulo a aquel incendio que presentía. Además, para luchar contra esos gérmenes de amor, que de chiquilla se estaban en su alma, venían en su ayuda la educación y el orgullo, la alta dosis de vanidad que la habían infiltrado desde la cuna, haciéndole entender que una Macapo no era, como las demás gentes, lo que ella sincera y honradamente creía.

Su bondad y su dulzura, como la de todos los seres que están convencidos de su superioridad y poseen un alma generosa, eran hijas de la vanidad, como que nunca se les ocurrió fuesen sus iguales los que venían a ella. Cuando hablaba hacía por descender, para que a los otros no les apenase la propia pequeñez, hacía el cargo de que se hallaba sentada entre las nubes dejando caer, como por pura compasión, desde tan alto, la limosna de su verbo. Nada de extraño hubiese tenido, que descontenta de la vida, entrara monja o alguna otra hermandad religiosa, y derramara caridad sobre encancerados dolores, curara llagas, implorara de puerta en puerta el pan de los enfermos, como a su Dios misericordia para los infelices menesterosos, pues hasta en la misericordia divina se creía más allegada, capaz de interceder por los que se resolvían allá abajo...!

Poseíanla semejantes ideas inculcadas por sus padres, con tal fuerza, que nunca se llegó a convencer si su carne, huesos, alma lo eran como los de todos los seres, o de una especialísima materia, sólo para la ilustre cepa de los Perules de Macapo.

Con tales elementos a su favor, Josefina no era de rendirse así no más a la vehemente declaración de Paulo Guarimba, aunque éste estuviese abocado por inclinación natural al dominio de su corazón.

En tanto que Paulo no le quitaba los ojos de encima, Josefina, con los suyos gachos, se hacía las reflexiones siguientes:

“No puedo negar que le tengo mi pizquita de afecto. Ah! si él llegara a ser algo...” Y alrededor de ese algo, como una mariposa atraída por la luz, daba vueltas su pensamiento impulsado por su corazón.

La vanidosilla, como por arte de magia, en alas del ensueño, veía trocarse a su gañán, después de muchas peripecias novelescas, en gran señorejo. Pero la muy picarona, para dar tregua a que esas cosas se realizasen, tenía en mientes no sé cuántos subterfugios amorosos, porque a no ser así, como ella se lo imaginaba, aunque la matara el dolor, no se rendiría a sus ruegos.

Seducida con tan amenas reflexiones Josefina, no se daba cuenta de los peligros a que está expuesta una muchacha de buena educación, de distinguida familia, enferma, con una enfermedad que trae como consecuencia lógica la melancolía, viviendo largos meses en el campo con un amigo de la juventud, de quien es amada, llevando ella misma en el alma el germen de ese afecto, que se estaba en su corazón como un grano en la coa, en espera de un rayito de sol y una gotita de agua, para alzar la mortaja de tierra y asomar su hermoso pimpollo. Habiendo llegado hasta olvidar aquel dicho de la tierra, vulgar, pero positivo, el cual reza: “en conuco viejo nunca faltan las batatas”. Y sin tener en cuenta que el amor es como la espina de la guasaba, que si no se saca con vaina y todo, se encona la herida y no llega a sanar, sino después de haber causado mucho daño al pobrecito paciente.

Estaban como mudos, Josefina entregada a sus pensamientos. Paulo, sin tener más que decir, puesto que era corto de palabra y no sabía de medias tintes ni de penumbras, donde se refugian los enamorados, para saetearse y explotar en provecho propio las situaciones favorables.

Así se hallaban, ella, sin atreverse a levantar los ojos; él, sin quitárselos de encima, cuando vino a sacarlos de aquel atolladero la ventolina que venía zumbando de Catia, aglomerando nubes sobre nubes en la montaña, impregnada de la humedad del mar.

—Bajemos, Josefina, que ya está aquí el aguacero,—díjola Paulo.

—Sí, bajemos—le contestó Josefina sin asomo de sonrisa en los labios.

Y esquivando el mirarse, comenzaron a descender. Nubes, nubes tan espesas que no los dejaban bajar, se arremolinaban, los envolvían por completo. Los ventolinos de Catia La Mar y las brisas de Petare, engolfadas en la profunda quebrada de Tipe, se daban de topetonazos: esos dos eternos enemigos que se disputan el domino del valle, que enroscados como dos boas, se acometen como dos toros salvajes. Si triunfan las brisas de Petare, el cielo se torna azul, el aire se diafaniza, la montaña se despeja, y el viejo del Avila aparece con toda su majestad, con sus arrugas de piedra, dominando al valle que sonrío. Y si las ventolinas de Catia logran vencer, allá le van sedeñas nubes a la montaña, aires húmedos y cortantes, y tristezas para el valle, que antes parece un paisaje del Norte helado, que no de la Tórrida.

Con las morochas a cuestas, de brazalete con Josefina, se presentó Paulo a la estancia, cuando ya era toda la montaña un copo de algodón desmenuzado y el valle estaba triste y sombrío pues sólo el cristofué en la rama entumecida lanzaba su queja, en compañía de la verde rama, que en cambural lejano ensayaba su canción de invierno...!

CAPITULO VI

CIGARRONES DEL AVILA

Erase una cocina de las de campana y horno, en donde cinco hornillas y cuatro anafes no daban abasto en aquel día de trajín. Humeaba el horno, chaporroteaban las hornillas al sopla que sopla de la fregona, retaca, melindrosa y suelta de lengua. La cual traía el desjaretado túnico rodado sobre los hombros, luciendo las redondas espaldas carnosas, morenas como el barro de los budares. El fustán pringoso como el de todas las de su oficio, llevábalo arremangado a la cintura a manera de rollo, merced a la cual podían apreciarse las graciosas curvas de sus pantorrillas. Los pies traíalos metidos en chancletas, que al caminar denunciábanla con su repiqueteo. Y para adorno y complemento de su traje traía, tanto atado a la cabeza para evitar la ceniza, como a guisa de buche para resguardo del movable seno, sendos pañuelos de los de Madrás, de alegres y vistosos matices, como gayo plumón de guaca.

En abrigoño, hurtándose a la humareda entre la mesa de fregar y el coquero, se hallaba cómodamente instalada en un butacón de baqueta, él ama, misia Carmen Perules de Macapo, con las mangas de su atufada bata arremangadas más arriba de los codos; con una blanquísima toalla, a guisa de delantal, sujeta al cuello papujado y corto, des-

plumando, en compañía de doña Epifania de Pichirre, las gallinas para el sancocho y el pavo para el horno.

—¿Conque mañana estamos de jolgorio todo el bendito día? —manifestó la ciega en medio de un prolongadísimo bostezo, sin dar descanso a la mano con que maquinalmente arrancaba las recias plumas de una gallina grifa.

—Si Dios no dispone otra cosa, doña Epifania.

—Muchos serán los convidados? pues con esta bruja pasan de seis las gallinas desplumadas!

—Esperamos algunas personas. Entre ellas a las Rochela, de la ciudad de Petare; a Chavaló Monifato, de los Monifatos de Caracas; a los padres que vienen a celebrar la fiesta, si a bien lo tuviesen; y a tantas otras personas que, como usted sabe, se van presentando en estos casos.

—¡Válgame Dios! La casa se les va a llenar de gente.

—¡Y qué se va hacer! Uno no puede prescindir de la sociedad en que se ha criado y mucho menos cuando se tienen hijas casaderas y se llama usted Macapo.

—Eso mismito me rezaba mi madre: cuando se tienen hijas, se hace cualquier sacrificio, aunque cueste un ojo! Por ahí me ahorquen! Mis hijas primero que todo. Yo puedo vivir entre cuatro paredes, pero mis hijas codeándose con lo mejor, con lo que se merecen.

Charlandito las dos señoras, ya llevaban desplumado medio corral, cuando la muy atareada de la fregona, con un brazo en jarra, sin dejar de soplar las hornillas, interrumpiendo la canturria con que dulcificaba su tarea, gritó:

—Misia Carmen! ya está el agua hirviendo para el cochino!

“EN ESTE PAÍS!...”

Y como si aquel grito avivara su amor al canto, prosiguió su interrumpida canción con más brío, acompañando con el soplador la letrilla.

—Avíselo a Magalo y no cante más, que entre la humareda y su canción vamos a perder el juicio.—Contestóle misia Carmen a la fregona, agregando por lo bajo:—¡Esto es inaguantable! Ah, Monagas! Dios te tenga en la última paila, malvado!

Magalo, prevenido para el caso, en su eterna escasez de tela los calzones y sobra de faldas la camisola, se presentó trayendo a rastras un encharcado marrano, que rozaba como un bendito. Sujetándole con recias ligaduras a un pilar de la cocina, tomó una mano de pilón y, dándole volteretas en los aires, la dejó caer sobre la estrecha frente del pobrecito animal, que tras violentas convulsiones y desaforados chillidos, se estiró. Pero Magalo, con mano briosa, diligente, ajeno a los agudísimos quejidos de la víctima, sin remordimiento ante el asombro de aquellos ojos pequeñuelos que el dolor humanizaba, le sepultó en el fofo cuello, íntegra, la hoja de su cachea-blanca, buscándole, como a tientas, el corazón. Desangrádose que hubo el marrano, Magalo lo echó sobre una mesa que de antemano habíase sacado fuera, al centro del patio; y con todo el arte del caso comenzó, rabón en mano, no antes de humedecerlo con el agua hirviendo, por raparle la cabeza; por donde, diz que se conocen los diestros en el oficio, quedando en poco tiempo limpio de cerdas, más blanco y regordote que un niño de ocho meses criado a pura leche.

En tal día, la casa era una baraúnda de la cocina a la sala... Por doquiera veíanse las señales de unas manos primorosas, que armadas de plumeros y trapajos, habían pasado sacudiendo por aquí, deteniéndose, restregando más allá; manos que bien conocidas debían de tener los pulidos muebles, los jarrones, floreros y cuanto de ligero, delicado, frágil, sostuviesen los aparadores y rinconeras;

manos hechas a enhebrar la delgada aguja, a manejar el labrado dedal, el canastillo de estambres, los varios reparatimientos del viejo cofre, donde a la par de los enseres de costura, yacían los secretillos de su alma, albos, porque una niña de quince años es un lirio en la pureza de sus ensueños. Manecitas adorables, conocidas de todas las flores del jardín, de todas las frutas del cercado, y, a más de todas esas cosas juntas, de Paulo, quien con sólo sentirlas una mañanita sobre sus hombros, a punto estuvo de enloquecer. Y ahora era de ver con qué destreza aquellas manos obedecían a su dueño en la composición de la masa del ponqué y de la pasta de arena, en sacar la jalea de los moldes, en tornar el perdido brillo a los trinchetes dorados y plateados que enmoheció el desuso. Con tal gentileza y cuidado ejecutaban aquellas menudas, suaves manos, tan prosaicos oficios, que enamoraban. Nada, nada en aquel día dejó de ser acariciado por ellas, ni el más mínimo de los enseres precisos a una comilona digna de tan rumbosas y sonadas vísperas.

Si atareadita se veía la prenda de la casa, el espejo de los padres, ¿cómo no se las verían los criados con el rejo de misia Carmen y el ojo avisador de don Modesto en semejante ocasión, con toda una casa vuelta al revés y puesta al sol, donde hasta el mismísimo empingorotado don Modesto la dió en destaponar frascos de aceitunas y los de frutas en su jugo, en poner vino en las licoreras, sin olvidar el pousse-café ni los cigarros y cigarrillos?

Así como en este hogar de los Macapos ilustres, gente de copete y dineros, donde todo holgaba, se hallaban entregados a tales afanes, así en otros de menos posibles, de rústicos, acaecía lo mismo, recortando cada cual del paño de su ahorros, según sus alcances, para ver de salir del modo más decente y galano de aquella festividad, gloria y orgullo de la humilde aldehuela. Sí, señor, no había vecino, por pobretón que fuese, que no metiera la mano en aquella fiesta. El que no contribuía con la música,

“EN ESTE PAÍS!...”

daba para los cohetes y triquitraquis; tal cual se desvivía por regalar a los sobrios sacerdotes con sustancioso y oliente sancocho, mientras que aquel otro, sin ostentación de largueza, los pagaba, no olvidando los acólitos. Si éste adornaba la fachada de la Ermita, el de acá hermooseaba la plazoleta; todos de consuno, en familia, locos de contento.

Cuando el sol muriente, majestuoso, como quien sabe embellecerse para morir, se ocultaba tras las lejanas lomas, arrojando sobre los picachos de la sierra rojizos manchones, se presentó Paulo a la estancia, estropeado y sudoroso, de retorno de la montaña, a donde había ido por palma real para las arcadas del camino. En su desasosiego, en su mirada recelosa, en sus idas y venidas, en su rondar pensativo en torno de Josefina, se traslucía su afán por toparse a solas con la hacendosa niña. Lo que al fin pudo lograr, diciéndola, quedo, amorosamente, como el susurro de la brisa entre las altas cañas:

—Mira! para que se lo pongas a la Virgen, a ver si unas ligerito.

Y cuando así decía le mostraba un ramillete de cigarrones, bella perfumada orquídea, abierta en los oscuros barrancones del Avila, donde prospera dulcemente abrazada a los esqueletos de los viejos árboles, vestidos de esmeralda por el musgo, bajo la ajena pompa de las volubles trepadoras, que alegres y risueñas como un canto de amor, las circundan y se cuelgan de sus escuetos brazos, en alto, como apuntalando los cielos, en su eterna desolación.

—Se lo llevaré a la Virgen en tu nombre —le contestó la niña, bajito, muy bajo—. Y remirando los cigarrones, agregó:

—¡Qué lindos, Paulo! Si parecen que vuelan y que pican!

—Si son unos mismos cigarrones, Josefina —le objetó Paulo, y continuó diciendo:

—Míralos bien, mírales los ojazos negros, brotados como dos menudas parapas.

Y en su lenguaje rudo comenzó el mozo a describir la extraña flor, comparándola con el insecto que le prestaba su nombre, deteniéndose en cada detalle para hacer constar más la semejanza; ya era el cráneo y las gruesas mandíbulas, rojos como el cobre de las pailas del trapiche; ora el coselete y las grandes alas de un pálido amarillo verdoso como el fruto del jobo en plena madurez, en tanto que en las pequeñas alas, estriadas, rizadas en los contornos como flores de porcelana, aparecía el nuevo matiz de las pailas, pero más tenue y delicado; y contrastaba con la blancura mate del vientre, con brumas intocadas, el pálido anaranjado constelado de gotitas de sangre, de la interna coloración del coselete y de las grandes alas.

Se extasiaba Josefina, contemplando la flor, haciéndola tomar su posición habitual de racimo, pendiendo de sus luengos tallos frágiles, temblequeando de continuo en el aire; aspiraba su aroma sutil, penetrante, raro, como que sólo lo coconen las ericas de la montaña, hasta que, en un arranque de coquetería, la colocó sobre su pecho, sin dejar la orquídea de temblequear al rítmico vaivén de su respiración, semejando, en verdad, enjambre de vistosos, lascivos cigarrones adormitados en la flor de sus senos.

Josefina, que hasta entonces no había hecho sino acariciar la extraña flor, detuvo los ojos en Paulo, envolviéndolo en una de esas miradas fugaces, pero escudriñadoras, capaces de deshelar los más duros hielos del alma; y reparando en el desgarrado traje del mozo, en las manos que le sangraban, inquirió, temerosa, la causa con un hablar trémulo:

“EN ESTE PAÍS!...”

—¿Por qué estás así, Paulo?

—Por traértelos, Josefina; los ví tan requetelindos, allá arriba en los copitos del copey, que monée el palo, pero las ramas secas se astillaron, y me dejé rodar como una pereza yagrumo abajo cuando se le acaba su abasto de hojas.

—Por mí no lo vuelvas a hacer!

—Por ti, aunque estuvieran en los mismos cielos, los cogería!

Abajó la niña la cabeza como se doblega sobre sí la sensitiva, mientras que Paulo, casi al oído, con una voz blanda y quejumbrosa, la continuó diciendo:

—Por verte sanita, tú no sabes lo que yo haría! Ah! tú no lo sabes: de rodillas iría de aquí a la Ermita, besando los suelos. Y si no sanaras, por las picas del cerro contigo a cuestras, iría a Naiguatá, cuando allá, en el pueblo, se estén celebrando las fiestas de Nuestra Señora de la Coromoto, y la ofrecía más milagros a la Virgen que peces tiene el mar, aunque para pagarlos estuviera trabajando día y noche toda la vida. Y si aún no te dejara el mal, ni te volviera la color, yo, Josefina, te llevaría muy lejos de por estos lugares, a los pozos milagrosos de la quebrada de Purguey. Hay pozos para todos los males en aquellos lugares, de aguas hirviendo, de aguas heladas, de aguas sulfurosas. Yo, con mis propios ojos, los he visto; que allí estuve con mi padre, cuando se le tulleron las piernas un año antes de morir, y en aquel entonces a muchos ví sanar de las entrañas y de los miembros. Es un sitio montañoso, sin casas y sin gentes. La quebrada viene de la montaña adentro corriendo entre peñascos. Un peñón hay tan alto como una torre, donde apuntan sus nombres los que visitan aquellos lugares. A esos pozos te llevaría, a ver si se despiden tus males tomando las aguas del Santo Niño, cuya imagen apareció grabada en la piedra. Allí fabricaría

tu rancho de menudos carricillos, cobijadito de prapas, para estarnos tantos días cuantos fuesen necesarios a la salud, aunque los días fuesen años. Ah! tú no sabes lo que me duelen a mí tus males: en mis adentros los siento como una llaga de fuego.

Oía Josefina todas aquellas cosas haciéndose la indiferente, aunque plácidamente le sonaban en los oídos, sin volverse siquiera al mozo, que, corrido por su sequedad, se alejaba con cara de pesadumbre, sin atreverse a agregar palabra alguna, temeroso de desagradarla.

Oh! alma de mujer! Oh! alma cruel! que aún muriéndote de amor eres un tormento para el simplecillo que se va tras ti como un tábano ansioso de la luz que arde en la bujía! Como acontecía a Paulo con Josefina, que mientras más la amaba, la cruel, con su fingido desamor, obligábalo a ir tras ella, torturado y rendido. Mas, cuando el amor se está en el alma como una quemadura, de nada valen para ocultarle artificiosas palabras y maneras: denúncianlo los ojos, el temblor de los labios, la suavidad de las palabras, el temor y el continuo deseo, la frialdad de los extremos, y a veces, ¡ay! la aspereza para aquel que si os ve os quema, que si os habla os hace enmudecer, que si se os acerca os sofoca y abrasa, y si se aleja os deja muriendo con la más dura de las muertes.

Esforzábase Josefina en hacer ver a Paulo que recibía sus cortejos por pura broma; que aquella ardiente y constante declaración de amor, su querellar continuo, sólo eran majaderías que mucha bondad excusaban. Pero ido el mozo, la fingida indiferencia trocábase en angustia; la desventurada gemía y lloraba sin nunca acabar, que era su corazón acerico con mil prendidos alfileres. En vano aquella pobre alma hacía por deshacerse de aquel amor, que los prejuicios sociales le afeaban y que la vanidad de sus padres jamás consentiría!

Lucha sorda, ruda, se libraba en lo íntimo de su ser, entre los prejuicios sociales y sus naturales inclinacio-

nes, que la llevaban como torrente al mar. Porque no era ni la imaginación ni los sentidos, sino el corazón lo que la obligaba a amar. Amar como se ama en la tórrida a los quince años, ardiente, sincera y desesperadamente. Amar con el corazón que tempranico se despierta en medio de nuestra naturaleza salvaje y bravía, como tempranicos son los frutos y tempranica la muerte.

Lucha tanto más dolorosa sostenía aquella acongojada niña, cuanto más honrada era su alma e intenso su amor. Porque no era Josefina estatuilla de barro mal cocido, sino piedra preciosa, falta de las caricias del cincel, de una sana y robusta educación, que puliendo lo áspero y fortaleciendo lo frágil, la diera toda la belleza de que es capaz el bloque humano.

Vida de tormento era la suya, en aquel eterno torcedor de su alma, ocultándole a Paulo que lo amaba, y sintiéndose morir. ¡Pobre rosal hambriento de rocío, lánguida palmera, sedienta, en la llanura abrasada!

Con frecuencia se veía a Josefina entregada a tristes cavilaciones, pues encontraba placer de dar vueltas a aquel cedal de sus desdichás, pero sin tener en cuenta que manoseando la herida se agravaba su mal. Como todos los seres que padecen, como todas las almas a las que besa el dolor, buscaba la soledad, los lugares sombríos bajo los altos y copudos árboles, donde forjaba en su imaginación sobresaltada modos peregrinos para extirpar de una vez y para siempre su honda pena; pero los tales modos se deshacían con la misma facilidad con que habían surgido de su alma enferma, como garúas de marzo al dardeo solar.

Tales eran los bellos días de amor de la desventurada niña. Huraña y esquiva, se la veía bajo las tupidas frondas, como ave viuda entre el ramaje, alejándose si alguien venía en su busca, no dejando tras sí sino el crujir de las hojas secas y el aroma suave de los lirios con que rozaban sus faldas en la precipitada fuga.

CAPITULO VII

ALREDEDOR DE LA ERMITA

Se echó la noche sobre la tierra, y con ella cesaron los afanes de aquellas rumbosas vísperas. Mas, al primer clarear de la aurora, allá le van los cohetes, triquitraquis, tiros de mortero, repiqueteo de campanas; todas las palomas de la aldehuela volando; todos los pechos con corazonadas. Y no era para menos tratándose de la clásica festividad con que la rústica gente "doscaminuense" celebra el aniversario de su excelsa patrona.

Oh! qué amanecer tan alegre! Oh! qué repiquetear de campanas! Si parecía una loquilla traviesa, cascabelera, la campana mayor de la Ermita, dando de volteretas en el aire, prodigando notas agudas, cristalinas, penetrantes, arrebatadoras, como si el maligno y atolondrado Mandinga, a horcajadas, cabalgara en el badajo.

Tras el nutrido repiqueteo, los moradores del lugar, más listos que otras veces, en abandonando el cálido lecho, se echaron a la calle a darle la última mano a lo que les estaba encomendado: los de las carreras de cintas, a fijar los hilos; los de la cucaña, a levantar en la plazoleta el alto palo engrasado, pertrechado de golosinas y baratijas en la empenachada cima; los de la ornamentación interior de la Ermita, a colocar las ramas,

“EN ESTE PAÍS!...”

y los ramilletes improvisados con el alba, como a darle un vistazo al tocado de la graciosa patrona; y los que aguardaban a los reverendos Padres y a otras personas de pro a desayunar, a tender los almidonados manteles, a preparar la pintura del aromático café, a hervir la gorda leche de la vaca favorita, a vaciar la vieja alacena, donde, con antes, había buena provisión de bizcochos y bizcochuelos de San Joaquín y panelitas de Maracay, sin que por eso fueran a quedar burladas las cotidianas ambarinas arepas y las dulzonas arepitas fritas, ni a echarse menos el queso de Flandes, ni el de bola, ni el buen trozo del criollo, ni otras cosillas de gusto y regalo que nunca faltan en la mesa indígena en ocasiones semejantes.

Qué baraúnda, señor!... Toda una aldehuela como un avispero alborotado, dando carreras de aquí para allá, entre el llegar de los coches y el pitar de trenes, e imprecaciones hijas de la impaciencia; porque no estaba listo esto o eso otro, o porque no llegaban los sacerdotes, o los padrinos de la festividad o los amigos; y como si la animación se comunicase de las almas a las cosas, el cielo estaba más azul que nunca, los árboles más verdes, las brisas de Petare más juguetonas en las tupidas frondas, y el sol!, el pícaro sol, más caliente que otros días...

Como es de suponerse, era aquel un día de estrenos de la cabeza a los pies. Cada cual lucía alguna nueva prenda, pero, la que estaba de diez mil alfileres era la familia Macapo. Misia Carmen llevaba encima negra saya de seda, adornada con pasamanería de brillantes lentejuelas, figurando aquí y acullá, en los prendidos de la falda, rosetas sobre lazos de anchas cintas, en tanto que, en el corpiño, del abultado seno a la cintura, pendían luengos hilos de canutillos, que al dengoso contoneo de la dueña, se entrechocaban, denunciándola a lo lejos, como a nuestros ababos aborígenes sus collares de pintadas

cuentas. Cuanto a Josefina, no se hallaba ni mejor, ni peor trajeada, pues que, si aquellas sedas eran negras, estotras eran azules; así los pasamanos, las cintas y demás miriñaques, de colores opuestos, pero no menos costosos ni de menos bambolla. Las morochas, en relación con el boato de sus mayores en saber y gobierno, lucían trajecitos de blanco piqué, sombreros de amplias alas, cogidos bajo la barba con luengos lazos de cinta, lo que daba a sus facciones frescas y despiertas, un airecillo monjil. Don Modesto, en aquella ocasión, estrenaba calzones color de flor de romero, negra levita, pumpá de los que llaman "café-con-leche", amén de los dijes de su gruesa leontina, de las sortijas y anillos que en el meñique y anular ostentaba, con los que, por su medio, creía mostrar más riqueza de la que su hacienda le permitía, no sólo por vanidad, sino como anzuelo para atraer a sus mercantiles empresas a quienes juzgan al hombre, de puros incautos, por la indumentaria, por el espejismo de la facha. Ahora, por lo que toca a Paulo Guarimba, ni de lejos, ni de cerca se le podría descubrir, que así venía de embotinado y con negros calzones de paño, camisa rizada, liqui-liqui blanco, con respuntes rojos, jipijapa como un copito de algodón; peinado, perfumado, contento, feliz como una rana al borde de un pozo en verano...

Para el tercer repique; ya estaba la aldehuela que no cabía de gente: a lo largo de los caminos, con el fresco de la mañana, no se veía otra cosa que chicos, mujeres, hombres en carretas, a burro o caballo, o bien, humildemente peatones, que acudían a ella como mariposas a entradas de agua, cayendo de improviso y en bandadas innumerables sobre la florecida sementera. Asimismo llegaban forasteros, hijos de todos aquellos pueblecitos o caseríos próximos a Los Dos Caminos, que aparecen acurrucados a las faldas o encaramados en las colinas del hermoso valle de los indómitos caracas, en donde, cuentan los grandes vates, reina perennemente la estación vernal.

“EN ESTE PAÍS!...”

La familia Macapo, como gente principal, tras el último repique —y a falta de carruaje, lo que traía desazonada a misia Carmen,— echó a andar hacia la Ermita con toda la prosopopeya del caso en personas que daban lustre y esplendor a la media docena de casucas amparadas en aquella encrucijada. Abrían la marcha, las morochas, conduciendo entrambas, atado a un cordón rojo, a un gozquecillo majadero, rabicorto, muy en moda aquellos días entre las gentes de rango; luego, Josefina, quien, con la una mano recogía primorosamente las faldas, en tanto que con la otra mantenía abierta su sombrilla de blancos encajes y tules violeta, dirigiendo miradas al soslayo, las que aparaba Paulo, el cual, alejado del grupo, venía mohíno, descontento; así como ella rebosando alegría y ambos sin saber por qué. Misia Carmen y don Modesto cerraban la marcha, aquélla, esponjada más que nunca, con malhumorado gesto, porque sus plantas tocaban el suelo. Miraba por encima de sus lentes de oro a todas las personas que no calzaban como ellas y sus hijas, apoyándose en el brazo de don Modesto, el cual, erguido, con la cabeza hacia atrás, altivamente mostraba su busto de hombre importante, sin llegar a suavizar lo tosco de sus facciones, las sonrisillas protectoras que desgranaba a ambos lados de su vía, en retribución a los saludos de los convecinos, siempre que éstos se detuvieran para dejarle pasar, pues, de lo contrario, tosía y carraspeaba y se enseriaba hasta lograr imponerse en el ánimo de los gregarios lanudillos, quienes, sin premeditada intención, le revolvían las bilis.

Camino de la Ermita, toparon los Macapos con los Pichirre. Estos también venían galanos, aunque nada se traían a cuestras, a no ser unos años y unas arrugas más. Don Toribio lucía un levitín que más semejaba una chaqueta por lo encogido de los faldones. Ceñíase unos pantalones color de araguato, un si es no es tornasoles, y amedrentaba a los transeuntes en el perpetuo amargo de su pumpá de resorte, tan alto como un torreón de trapi-

che; sin embargo, esta adquisición era modernísima en relación con las otras prendas de vestir, cuyo origen se perdía en la noche de las mocedades del buen señor. Además, en tal ocasión hacía de lazarillo, pues traía como rabiata a la cuarta de faldones de su levitín, a su consorte, quien caminaba como jugando a la gallina ciega, entre tropezones y refunfuños, enjaminada, si no con prendas de abolengo, por lo menos con reliquias aún vivas de su boda.

Magalo les seguía como pisando sobre flores, a causa de los zapatos emprestillados, que eran más que grillos para quien no estaba hecho sino a alpargatas de primera. El resto de su indumentaria lo traía como asfixiado, pues los calzones eran cortos de piernas y estrechos de fondillo; el saco, —sin capacidad para las anchas espaldas y el musculoso pecho—, se encogía en los brazos hacia el codo, por todo lo cual no se atrevía el buen hombre a resollar grueso por miedo a un estallido de las costuras. Vestía, como se ve, de puro rebote, sin que por esto llamase a nadie la atención, aunque grandes y chicos, jóvenes y viejos, descubriesen a leguas al dueño primitivo de cada retazo de la colcha. No dejaba por ello el regodeado Magalo de contonearse cuanto sus piés se lo permitían, sin importársele dos alpistes las pullitas de sus vecinos indiscretos.

—Buenos días, don Toribio. No corra usted, que siempre llegaremos a tiempo—díjole el Macapo a su amigo en lo que se tropezaron; mas, el otro, sin detenerse, le replicó:

—Cómo! si ya han dado hasta el último repique!... —Y continuó aún más aprisa su marcha, sin pararse en los mil tropezones que cosechaba la ciega, ni en el emberenchinamiento de Magalo, quien, para lograr algún alivio a sus pies engrillados, sentándose a la vera del camino, se había descalzado, y tomando los botines por los orejillos, risueño y feliz, daba alcance a sus hermanos silvando iguanas.

“EN ESTE PAÍS!...”

No le faltaban razones a don Toribio; adelantada iba la misa, y la concurrencia era tan numerosa, y los reclinatorios, escaños y espacios en el recinto sagrado tan reducidos, que los fieles, en su mayor parte, para no perder la fiesta y para cumplir con la Iglesia, se postraban de hinojos en la plazoleta, alfombrada de pezguas y manzanillas, bajo arcadas de palmas y ramizas olorosas.

Gracias a los quilates de don Modesto, sin mayor esfuerzo, la concurrencia le dejó llegar hasta las sillas que, con antelación previsoras, había él mandado de su casa, sin que por esto, a sus espaldas, entre sonrisillas y guiñadas, no se alzara el sordo y malévolo murmullo de la crítica.

Era su interior, la Ermita semejaba algo como una gruta enflorada y radiante. Las enaladas paredes enramadas, entre brisera y brisera medio cubiertas de vaporoso tul, ornábanlas luengas cintas a manera de cenefas ondulantes de matizadas flores. En el fondo de la acanalada nave, el altar, todo dorado a la luz muriente de los cirios espigados, cintilaba como destello solar sobre el escarceo de las aguas... La imagen de la Patrona excelsa, sobre exornada peana, abrumaba con su gloria y pesadumbre la fuerte mesa de caoba, oculta a los ojos del creyente bajo paños azules con galones de oro y estrellas argentinas, al vivo llamear de las bujías, en medio a la profusión de búcaros de nardos, de azucenas y lirios y ñongués reales y flores de oropel. Gloriosa y plácida, parecía recibir la Patrona el devoto homenaje de la Grey. Los aromas punzantes de la pezgua, traída de las cimas del monte avileño, y el incienso, quemado en el braserillo de plata por el monaguillo vestido de azul y rojo, saturaban el ambiente, predisponían el ánimo al regocijo místico, hacían brotar de lo íntimo, como renuevos primaciales, la plegaria, fervorosa, suave, como las melódicas armonías del órgano, cuyas voces, a veces humanas, pare-

cen gemidos de un alma desolada, y al repercutir en los ángulos de la nave, ciérnese sobre las cabezas abatidas, enfrenando las torpes y mezquinas pasiones que, cual fieros cachorros de jaguar americano, dormitaban en perenne acecho allí, en la nobilísima entraña, donde, acordes los poetas, opinan que florece el encendido rosal de los amores.

Reinaba en la Ermita leve murmullo de oración que se desgrana, entrecortado sólo por la voz del preste y el retintín de la campanilla, guía de los fieles en el oficio divino, cuando, inesperadamente, la Pichirre, con voz áspera y gruesa y como hablando consigo, dejó traslucir el pensamiento que la dominaba, diciendo:

—“Hasta cuándo misa!... Ya Magalo me estará robando los huevos y curucuteando en mi cuarto!”...

La hilaridad general contestó a aquella voz rencorosa, dando lugar a hirientes cuchicheos, en tanto que allá, en la plazoleta, resonó un vocerón que decía:

—“Caray! con la ciega, que me trabaja la pita!”...

Los doscaminenses, como cosa de familia, perdonaron gustosos aquella irreverencia, pues bien se sabían ellos cómo se andaban a regañadientes tales perros y cuales gatos; ni se preocupaban siquiera de lo que pudieran decir sus muchos huéspedes; porque, si aquella basurilla en sus ojos veían, ay! de ellos!, y sus vigas, viguetones y chamizas, que para cuentos de comadre, se traían a diario de la ciudad a donde, con el alba, iban con sus asnillos cargados de legumbres y tornaban con la fresca tarde, a lo largo del camino, comentando hechos, pero ¡qué hechos!, de espeluznar al mismo Guardajumo con ser quien era, hombre que de puro travieso murió ahorcado. Mas, como un cabo nunca anda suelto, a poco de lo acaecido, cuando ya iba a comenzar el sermón, en medio del más profundo silencio, pues sólo se oía, como cuchicheo

“EN ESTE PAÍS!...”

remoto, el monótono zumbar de las abejas y ericas alrededor de los nardos y los lirios de la enflorada Ermita, allá, en la plazoleta, los feligreses, a quienes el sol acariciaba en las mulleras desabrigadas y traía quisquillosos, se arremolinaron en son de protesta ante los chasquidos del látigo que un auriga de librea, desde el trono de su alto pescante en un carruaje de lujo, repetía impertérrito rompiendo los aires silenciosos, como pidiendo vía libre para dejar sus pasajeros a los mismos umbrales de la rústica vivienda de Aquél, que nacido en humilde pastoría, allí fué objeto de la adoración de los sabios y más tarde de la de los reyes y muchedumbres... Pisotones y rasguños, miradas asesinas, puños trocados en mazas, risotadas que lloran, ternos, —florescencia del pantano—, brotaron del seno de la revuelta e indignada concurrencia de la plaza, a la brutal acometida del tufo so cochero, en tanto que, tras menudos y coquetos piececillos de hada, echábanse fuera del vehículo tres cuerpos gentiles, tres chicas comparables a las Tres Gracias iluminadas por un sol en toda su gloria...

Y, como otra campanada, dominó el oleaje de los airados murmullos de la grey, el ya conocido vocerón de Magalo, exclamando:

—Quiénes habían de ser, sino las Rochelas de Petare!.... Y que no desfondárseles el calesín, caray!....

Pero con tal antipatía y rudeza brotó del alma aquella exclamación, que, hasta los mismos sacerdotes, con los ojos muy abiertos, inquirían quien pudiera ser tan quisquilloso feligrés, y cata! que descubrieron la bestial caraza de Magalo, echando chispas los torcidos ojos, contraída la boca por gesto de honda cólera, y tan horrible, que de puro espantable ponía de punta los pelos al menos asustadizo observador...

Gallardas hembras, las Rochelas de Petare! Bellezas soberbias las de aquellos tres desemejantes tipos! Pare-

cían tres encarnaciones estéticas de un pueblo, el cual no ha desarrollado por completo su naciente conciencia nacional; urnas donde ha cuajado heterogénea florecencia, deslumbradora y vistosa, como esas grandes flores selváticas a las cuales corre a apagar la sed incontiente de sus amores, alada tropa de insectos, pero cuyos cálices, aparentemente resistentes, se pliegan inodoros, moribundos, a un solo ardiente beso del galante Sol. Tales eran Emperatriz, Susana y Gloria, no para describir en vil detalle, sino en frase relampagueante y sugestiva, así como debiera siempre describirse a la mar alborotada, a la nube encendida por el rayo, a la catarata espumante y rugiente... Mas, ahogando nuestro numen de bardo no sujeto a la esclavitud de la rima, cerraremos los ojos ante la plástica belleza de las líneas, a fin de continuar tejiendo el hilo humilde de ésta a medias urbana y rústica historieta, cuestras arriba hasta alcanzar con mano agradecida el gajito de frutos aromados de nuestros sueños.

Alta, esbelta como las palmas de la abrasada llanura; de castaña y sedeña cabellera, como las hebras lacias y tostadas de la cuajada mazorca del maíz; con ojos en que brillaban las tintas de la flor del tabaco, y en cuyo fondo parecía haberse quedado adormecido un negro pegón: tal era Emperatriz...

Susana, a quien llamaban la "negra", recordaba el durazno aguareense en su piel morena y dulcemente velluda; y en los ojos y en las trenzas, el plumaje del ave que en los trágicos días de la matanza infatigable peregrina en pos del banquete de la muerte...

Gloria no es rubia, pero tampoco morena: piel de naridos desbotonados con el sol, ojos claros, fragua de ígneas saetas... Las tres igualmente voluptuosas, con la cándida voluptuosidad de la paloma; y perversas, con esa perversidad inconsciente de las niñas y de las fieras en su primera edad. Ardientes, como un mediodía de la tie-

“EN ESTE PAÍS!...”

rra; incautas y simples en su afectada coquetería, aprehendida al azar en la lectura de novelones de aventuras de capa y espada; y, como todas, hermanas ideales de Julieta, princesas del bosque durmiente, quiméricas y vanas... florecillas silvestres en búcaros áureos.

Tal espléndida hermosura era, no obstante, racimo de flaquezas: orgullosas y vanas, el mantuanismo de las preciosas criaturas rayaba en perrería... Como se ve, eran oriundas de Petare, en donde de abolengo poseían rica hacienda, así como una hermosa casa en Caracas, y mucho más y mejor que esto, valiosas relaciones de familia con lo más encopetado del país, pues que no había tronco de cepa añeja y castiza a quien no contasen por algo en la tramada y limpia ramazón del árbol genealógico; circunstancia ésta que en vez de constituir las en ornato y gloria de la ciudad humilde, hacía de ellas más bien el tormento y el verdugo, desde luego que, en cada cual de los encogidos vecinos petarenses, veían convencidas, ora un esclavo rebelde a sus amas, ora un manumiso arrebatado a su obediencia; razones suficientes para que allí no se las amara y para que tampoco se las ofendiese.

Como es de suponer, las Rochelas encontraron buen sitio junto a las Macapo, pues que se estaban de antiguo ambas familias estrechamente amistadas, y érase la una muy digna de la otra, como que se iban juntas por agua a la fuente, al mismo pozo de vanidad, donde zambullían como renacuajos de la misma camada.

—¿No ves, niña? —dijo Emperatriz a Josefina, quien hallábase a su lado; y ocultando tras el abanico la entreabierto granada de su boca, repitió con un bisbisal monjil:

—¿No lo ves?

—No, querida, ni veo, ni oigo, ni siento nada.

—Pues, niña, mira allá, a Julio Monifato! Creo que se ha traído hasta monóculo. ¿No se te parece a aquel

conde austriaco que nos presentaron en el baile de Conchita Arenas? Es su "vera efigie", como diría Guaro, a fuer de periodista erudito.

—A no ser por ti no habría reparado en él... No he quitado los ojos del libro.

—Pero que rezanderita estás! Deja eso para cuando seas cotorróna como la tía Teotiste, quien se nos ha convertido en espantapájaros, pues, si no fuera por un bendito resfriado, ya la tendríamos aquí, pegada a nuestros fustanes y refunfuñando como la negra Tomasa.

—Chica! Déjate de hacer olla para el diablo; mira que le tengo hecha una promesa a la Virgen.

—¿Oíste, Susana? Josefina promete a la Virgen... No será ésta como la promesa de aquella tipa a San Antonio?...

—Quizás! Pero le deseo mejor suerte, porque aquella nunca consiguió novio.

—Mira, mira, Emperatriz!—dijo en esto Gloria, hasta entonces no preocupada de otra cosa, sino del examen detenido de la concurrencia: —"Mira hacia acá, con disimulo, a las que están recogiendo para la Ermita. Yo no conozco a esa gente".

—Caraqueñas son, Gloria. Ve si nó los displantes con que se acerca na Julio Monifato, para arrancarle la limosna. Y la manera de llevar el traje, es de caraqueñas puritas: andan como si el mundo todo estuviera pendiente de ellas...

—Serán; pero a mí me parece que también pueden ser unas percusias. Nunca he visto esa gente en ninguna parte—observó Susana, sin quitar de encima de las recaudadoras sus ojos negros siempre dormidos.

Como es de notar, a causa del menosprecio con que miraban a los demás, las Rochelas usaban por pasatiem-

“EN ESTE PAÍS!...”

po el malaventurado invehir. Y así fué que en aquella ocasión no hubo paciente, entre los seres y las cosas, que no dejase tiras de su piel en las aristocráticas tijeras. Ni la aldehuela quedó ilesa: a sus campos cultivados tildaron de sequeros; a sus moradores, de montunos, lanudos y gentuza; y a la gloria de la aldea a la blanca Ermita, oh! sacrilegio!, apodaron trampajaula; amén de los huéspedes, a quienes, salvo a Julio Monifato, dejaron en cueros, tostados y molidos. En su incesante invehir no pararon hasta el desaguace de las reputaciones, pues sólo ellas, las Rochelas de Petare, salieron sin máculas e intactas, que, cuanto a las de idéntico apellido, oriundas de otros pueblos y lugares remotos o limítrofes, apenas si eran unas blanquitas de orilla, mulatas, zambitas, tiñosas, cambadas, manumisas y... pare usted de contar vocablos despectivos, si no quisiera pasarse una hora larga enumerándolos jadeante.

Para descargo de las Rochelas, habremos de observar, que semejantes murmuraciones y facecias de mal género, eran aplaudidas por los oyentes, aunque con todo el miedo posible, ya que se estaban más que convencidas de haber de ser pasto de aquellos endiablados ingenios maldicientes tan pronto como volviesen las espaldas.

Finalizando el sermón, repicaron de nuevo las campanas; rompidos fueron a su vez los aires por múltiples cohetes de fábrica extranjera; reventaron por entre las piernas de la chiquillada, triquitraques y buscapiés, y tronaron en las cuencas vecinas los disparados morteretes. La muchedumbre, acalorada, ansiosa de sombra y frescor, se dispersó por las calles en busca de oxígeno para los pulmones, frescura para la piel que trasudaba a chorros y también en pos de refocilantes para los estómagos, excitados por el ajeteo de la mañana y los calores del apeñuscamiento: se apiñaba ahora ante los provistos azafates de las dulceras, cajones y mesas de los ventorrillos improvisados, los cuales, en torno a la plazoleta

habían establecido sus cuarteles, o, como decían las Rochelas, “sus trampas de coger centavos”. Había allí para todos los gustos: desde el ordinario gofio hasta el aristocrático merengue, factura de la crema social empobrecida por los infortunios. Sobre tablas, que a su vez descansaban en barriles vacíos, lastrados con pedruzcos, lucían torres de alfajoles, conservas de coco melcochudas, suspiros, besitos y naiboas y aun pastas de confitería, y en tiestos de arcilla vidriada y soperas de porcelana, frutas en almíbar. Cuanto a refrescos había poco que desear: desde el embriagador acupe —reminiscencia atávica— hasta el caratillo de arroz recargado de rajitas de canela y cogollitos de limón. En materias estimulantes, a más de las del improvisado botiquín, no faltaba ni bota ni porrón, y por adehala o ñapa, la botella de anisado, o el cintaverde, o cualquier otro bebedizo resquemante. Y en materias de frutas no había un más allá: la preñada patilla, incitaba con su vientre lustroso de un verde tierno, a ser desbandullada; la lechosa digestiva y la oliente cajúa, atraían la mirada de los dispépticos, quienes pasaban desdeñosamente ante los racimos de bananos, desde el grosero topocho hasta el titiario delicado, y se detenían, navaja en mano, y atacaban con entusiasmo las naranjas, duraznos y limazas, amontonados en pilones sobre cobijas azules y encarnadas. . .

En tanto que vendedoras y ventorrilleros hacían su agosto, y el barullo era tal que nada se entendía, las señoritas encargadas de la colecta a las puertas de la Ermita,—dos espigadas mozas en la flor de la juventud, con la sonrisa en los labios y el rubor cuajado en las mejillas,—se lanzaron en medio de la alborotada multitud, presentando mansamente sus guarnieles a la esquivada mirada de los golosos, en busca de la caritativa donación. Pero, a su paso, disolvíanse los grupos de un puesto para reorganizarse en otro, huyendo de las sonrisillas comprometedoras de las damas y de las hostigantes fauces de los guarnieles. Ello daba lugar a graciosas pantomimas,

“EN ESTE PAÍS!...”

pues había quienes, como si jugaran al “gárgaro malojo”, andaban ocultándose, corriendo de aquí para allá, tras las empalizadas o los pilones de naranjas y golosinas, y otros, como picados de tábano, presas de angustia honda, entre el saborear una de coco o engullirse un titiaro o un merengue, saltaban azorados de la sopera de frutas en almíbar al garrafón del guarapo de caña, echando miradas hacia atrás y al soslayo.

A semejantes artimañas, las doncellas, haciéndose las mosquitas muertas, en vez de plomo caliente para el enemigo que huía, tendíanle puente de plata. Dejábanlos regodearse en los puestos de chucherías y en los botiquines, mirándolos con ojos burlones o compasivos, haciéndoles enrojecer hasta la raíz de los cabellos, o bien, las de la recolecta, acercábanse pausadamente hasta el sitio en que el más humilde populacho se divertía jugando a los bolos entre apiñados mirones y obligábanlos con su sola deslumbradora presencia, como a lanudillos que eran, y además no hechos a codearse con damiselas tan bien y honestamente enjaminadas, a hurgar en el bolso de sus fajas de pintarrajeados colores, entre corridos y gustosos, el centavo de cobre, o caso de no hallarlo, a dehacerse, muy doloridos en lo hondo de sus almas cándidas, del viejo y manoseado pitador de plata. Acrecieron el caudal de los carrieles también, los que jugaban a los dados boca abajo sobre cobijas abigarradas, a la sombra de soportales de caserones mal enjalbegados, pues al ir hacia ellos las limosneras elegantes, cesaba de pronto el empedernido “paro y pinto”, el jugador mascujaba alguna oracioncilla, santiguándose compunjado con la propia ofrenda que dedicaba a la patrona del lugar, satisfecho de su obra, y la deslizaba en la bolsa pedigüeña, repitiéndose la operación a lo largo del camino y las callejuelas.

Con el traqueo de los últimos cohetes la calma tornó a la aldehuela; las asustadizas palomas dejaron de describir círculos concéntricos en el aire, descendiendo a pico-

tear en la asoleada techumbre de la Ermita, entre arrullos y requiebros; y, como no había familia en el lugar que no recibiera bajo techo y a su mesa, por lo menos media docena de convidados al sancocho de gallina, el pernil de marrano y otras cosillas apetitosas, en breve, las callejuelas y la plazoleta fueron quedando desiertas, bajo el mismo bochorno de todos los días, pues del cielo, que centelleaba como una lámina de zinc, parecía derramarse a chorros impalpables la modorra, la cual, si es verdad, que bajo el césped adormita a los lagartos, puebla también la umbría con la agreste canción veraniega, ensayada en los dúos del grillo y la chicharra.

A lo largo de los rojizos caminos se alejaban las carretas y los pesados carros tirados por panzudos y somnolentos bueyes, aquéllos y éstos enramados de verde sauce y bajo toldos de chillones colores; alejábanse dejando tras sí, entre el chirriar de sus goznes, el sonoro respunteo de los “cuatros”, el chunguear de las maracas, rumor de risas, chispeantes charlas y eróticas canciones, pues la no olvidada botella de anisete, viajando de mano en mano, rebosaba la copa de la buena alegría en almas de suyo monótonas y melancólicas; porque el campesino venezolano refleja por modo sensible la uniformidad de la naturaleza que le rodea y el medio social que lo produce.

La familia Macapo, como es de suponer, fué de las primeras en abandonar la Ermita; esto con la misma prosopeya con que se había dignado llevar a sus umbrales, pero llevaba ahora consigo a sus contadas amistades: a las pizpiretas Rochelas, a Julio Monifato, a Gonzalo Ruiseñol, al matrimonio Pichirre y al periodista Guaro; persona esta última de suma importancia en aquellos momentos, por ser, como lo era, el cronista de la festividad, motivo éste por el cual varias familias se lo disputaran, tocando la gloriosa adquisición a la de Macapo, gracias a un protector apretón de manos y a ciertos esguinces de mando del fachendoso don Modesto.

“EN ESTE PAÍS!...”

Guaro...! Pero, ¿quién no le había de conocer entre los descendientes de Paramaconi y Cuaicaipuro?... Guaro, Guarito, como le decían sus íntimos, era persona para mucho; era de los que tienen por consigna “no preguntéis de dónde vengo, sino para dónde voy”; hijo de sus obras, y esas estaban allí, en los diarios de mayor aliento de la ciudad de Caracas, en los cuales se peleaba ahincadamente su colaboración, en tanto que los periodiquillos de a centavo adoptaban en sus columnas sus faccias celebradas... Guaro! Un cachito de cebadilla: por donde se le buscaba se le hallaba, y redondo, completo. Proverbial era su actividad, y de ahí su fama, pues se le tropezaba donde quiera, listo a echar un párrafo entre dos copas, un soneto a cualquiera Laura criolla en “sus días”, y, aunque más de un envidioso colega (gente terrible por aquello de lo del mismo oficio) atribuía tal renombre, no a virtud alguna apreciable de su intelectualidad, sino a obra de su refinada malicia, era lo cierto que Guaro, Guarito, contábase entre los escasos mortales que ven espigar la propia fama o asisten a la propia apotheosis... A mas de activo, érase Guaro muy cortés, y en soplándole a los oídos alguna noticia, por insubstantial que fuera, ya se le veía con el rollo de cuartillas en la mano, tomando nota de la chismografía universal, entre expresivas demostraciones de agradecimiento, rematadas siempre en brevísimo y elocuente discurso, en el que derrochaba las galas de su ingenio, a la manera con que los dragones y angelotes de las fuentes públicas derraman y avientan el precioso líquido por fauces, ojos y narices.

Con semejantes prendas y un aditamento de noticias enciclopédicas, Guaro se había hecho el cronista imprescindible, la pluma necesaria, el censor solicitado, el periodista providencial... El hombre no perdía ripio: del banquete oficial a la jira campestre, del matrimonio al bautizo, del enterramiento a los funerales. En la gallera, el lunes; el domingo en la tarde, en el circo de toros; por

la noche, en la tertulia de alguna corista criolla o bailarina italiana, o en las "tandas"... y, al no acontecer así, murmuraba con cierto desagrado la gente: se maguó la fiesta!

La fecha era un fiel trasunto del ingenio: flacuchento, menudo, gipato, con piernas y brazos que parecían gritar las agudezas guarinas antes de asomar éstas a los labios de aquel saco andante de miserias físicas. Ojos tenía muy vivos y movibles, boca rasgada y nariz de ave mazorquera. En el traje, gastaba poco adobo y mucho desgaire, amén de alguna caspa sobre el cuello. Airecillo de poetastro con puntos de agente de negocios tenía; y semejaba, cuando puesto sobre sus fondillos, una etcétera, y cuando sobre sus pies, un espantapájaros...

Apenas si tuvieron tiempo, al llegar a la estancia, las Macapo con su cohorte, las damas, de percutir la tez con polvos de arroz, y los caballeros, de vaciar sendas copas del más estrellado brandy, cuando se les llamó a la mesa. Esta se hallaba dispuesta bajo los árboles,—sorpresa que don Modesto guardaba a sus amigos,—junto con dos mesoneros de alquiler, antillanos, por más señas, encasacados, enguantados y encorbatados, y más negros que tizones sin fuego ni cenizas, pero listos y sabios en su oficio, como dos monos de circo; adquisición que, por otra parte, traía alarmada la curiosidad de los autóctonos lugareños.

Gayas flores en ramos majestuosos y exuberantes, donde no faltaba la púdica rosa abrazada al encendido moco de pavo, ni el altivo capacho, recostado sobre un verde tierno, hacían juegos con los "centros" y fruterías, en las cuales, de antemano, acidulaba la boca la jugosa piña de El Hatillo, prez de la cornucopia de la Zona Tórrida, en medio del lujo de los postres y confituras, obra de las delicadas manos de Josefina. Allí alzaba su frágil torrecilla el tradicional ponqué, incitaba con su dorada epidermis, el pudín de jojotos y se esponjaba la gustosa colineta, luciendo un manto de grageas constelado de confites per-

“EN ESTE PAÍS!...”

linos, a la vez que los leones calmudos y pensativos y las tortugas de pulpa de guayaba y de membrillo, miraban con dormidos ojos los enormes racimos de uva guatireña, desmayados sobre alguna fuente, y a las botellas en las cuales exprimió sus caldos generosos la parra de Guatire y la industria laboriosa del cura de aquel pueblo.

Ocupó don Modesto su sitio habitual a la cabecera de aquella mesa cuya variada exuberancia habría dejado satisfecho al más descontentadizo epulón, y tomó misia Carmen a la diestra el suyo, acomodándose las demás personas como lo tuvieron a bien.

Se comía allí y se charlaba con gusto verdadero, ya que el tintillo guatireño no escaseaba para regalo del estómago y estímulos de la lengua.

El revistero Guaro, como hombre del oficio, saboreaba concienzudamente cada plato, gustaba despacio cada postre y golosina y veía a todo con mirada escudriñadora. Julio Monifato echaba flores a Josefina, lánguidas miradas a Emperatriz, sonrisas sospechosas a Susana y palabras melicuas a los oídos de Gloria; en cambio, las tres Rochelas, ígneo chisporroteo de dardos envenenados por la mordacidad de la crítica, alcanzaban con estos a Gonzalo Ruiseñol y a sus innovaciones, a don Toribio Pichirre y a los negritos antillanos.

Mientras así regalaban los de la mesa estómagos y espíritus, en la cocina se hacía servir doña Epifania de todos los platos, atapuzando de sobras a Magalo, el cual, para más comodidad, había ido abandonando las emprestilladas piezas de vestir, y, quedándose, como siempre, en camisola, supuesto que esotras se las había calado encima de su indumentaria habitual y característica.

Gonzalo Ruiseñol, inspirado por el tintillo, amén de uno que otro traguito del de “consagrar”, entre las agudezas de Guaro y las sentencias de don Modesto, salía poco a

poco de su mutismo, y echando mano a su chifladura, decía a Guaro, que le quedaba al lado:

—A los periodistas entendidos como usted es a quienes toca venir en ayuda de los agricultores iniciando al Gobierno en el conocimiento de ciertas medidas provechosas a todos...

—En ese camino me encontrará usted siempre dispuesto. Hacer de mi parte toda la obra posible del bien en servicio de las buenas causas, es mi fin gremial—apuntó Guaro con la boca completamente llena de sustancias masticables.— Y Ruiseñol, sin prestar oídos a lo que le decía su vecino y como impulsado por íntima fuerza superior, proseguía su discurso, cortando la palabra al representante de la prensa:

—Hasta cuándo, señor, esa perniciosa costumbre de concucos, talar la montaña para abandonarla luego, arruinando así, alevosa y paulatinamente al país? Porque usted deberá de saber que semejante práctica trae el empobrecimiento de la tierra: en la montaña talada y abandonada, cada aguacero equivale a un lavado de la capa vegetal, dada la situación de los terrenos. Y ello arrastra consigo, además, otra suerte de males y calamidades, como son las variaciones atmosféricas, nocivas no sólo a las plantas, sino también al hombre y a los demás animales...

—Ah!, señor Ruiseñol!—dijo al fin el periodista, después de haber engullido recio bocado.—No sólo usted madrugaba: ya en días pasados escribí algo sobre la materia, pues, como usted opina, la abundancia de conocimientos agronómicos hace falta, y mucha, en este país. Yo, en la crónica que me propongo escribir de esta festividad, al hablar de esta aldea de ciudadanos laboriosos y tocante a las clases pobladoras, asomaré alguna de mis ideas sobre el particular.

“EN ESTE PAÍS!...”

—Hágalo usted, señor Guaro, a ver si se logra modificar la mala costumbre, como también diga usted algo respecto a la iniquidad de esa guerra constante de los bosques del Avila, no tanto por nosotros, pobres agricultores, que vemos escasear el precioso elemento de la agricultura, el agua, sino por ustedes, los caraqueños, que miran impasibles languidecer su ciudad como una planta sedienta...

—Tate! Tate! señor Ruiseñol: esa sí que es cosa peliaguda en que yo no me meto, porque en esa guerra a los bosques suenan nombres de personajes... influyentes...

—Pero, mi amigo!, nada tan fácil de tratar como ese asunto: no hay que acusar a nadie, ni a Fulano ni a Mengano, sino discurrir en abstracto, aconsejar al Gobierno, interesado como el que más en conservar esa hermosa montaña, que es la vida de la ciudad y de los pueblos que la circuyen, así como de la agricultura de este rico valle. Diga usted, por Dios, como usted sabe hacerlo, con moderación y frase grata, que se declaren esas montañas, las del Avila, obra de utilidad pública, y que se pague a sus dueños conforme rezan las leyes especiales del caso; y quedarían contentos esos señores, quienes por vender dos sacos de carbón vegetal, empujan a los seres y a las cosechas a la muerte, y ¡quién sabe si no van hasta a acabar con el porvenir de una ciudad ilustre!...

—Participo y hago mías las ideas de Ruiseñol, porque sin agricultura no puede haber cambios, es decir, comercio, y el comercio es el intermediario entre el agricultor y el consumidor; ni puede haber prosperidad, o lo que es lo mismo, en síntesis, no podrá consolidarse la riqueza nacional...!—manifestó don Modesto, dando a su voz timbre y énfasis de novel diputado que ensayó el tono y el caudal de su palabra en el dormitorio de su posada antes de irse a la Cámara el día del estreno.

—Todos opinamos lo mismo; pero, ¿cómo laborar para que se haga efectiva toda la torrencial, sabia y generosa doctrina que acaba de exponer ante este auditorio el eminente Ruiseñol, sin que la perspicacia de los aduladores vea en ello un ataque embozado cuando no una cobarde censura contra un orden de cosas concreto?—objetó Guaro, accionando con ambas manos, en una de las cuales blandía como un sable una copa del tinto generoso.

—¿Por qué habría de tomarse en mala parte la desinteresada labor de un periodista, quien, como usted, no hace más que llevar poderosa voz de aliento a un país en que todos vivos como aletargados, entre el humo de los fantaseos, soñando con riquezas intangibles? Asume usted la idea de los Bancos, en los cuales entren capitales venezolanos, y se emitan acciones de escaso valor, a fin de que puedan ser adquiridas por los venezolanos todos, desde nuestro querido y acaudalado don Modesto hasta el último de nuestros peones cosecheros. En una palabra, fomente usted el espíritu de asociación, de agremiación, si es que puedo decir así, y ya usted verá cómo no habremos de temer a la competencia de los capitalistas extranjeros, ni a lo caro de sus préstamos.

—Pues bien,—interrumpió Guaro entre trago y bocado,—ya que hemos venido a parar a lo de siempre: a la falta de dinero para emprender obras salvadoras, yo opino porque se proceda a la unificación de nuestras deudas en un solo tipo, para ofrecerlas a los Estados Unidos de Norte América en cambio de algunos millones de bolíva-res, necesarios, tanto para reintegrar a los diversos tenedores, como para solucionar los graves problemas agrícolas, industriales y económicos que tenemos sobre el tapete de los intereses generales. Con este plan salvador, habríamos infatigablemente obtenido dos cosas de importancia trascendentalísima; sería la una: unificar los tenedores; reducir la variedad a la unidad en materia de acreedores; es la otra: asegurar contra todo evento el

“EN ESTE PAÍS!...”

interés, el canon de la deuda por el temor a una intervención americana... ¿Qué les parece?... Este pensamiento mío lo he de dar a la luz pública para que el Gobierno lo estudie, ahonde, medite y resuelva...

Por ventura, nunca habéis presenciado el furioso revolver de la manada de báquiros bravíos, cuando el incauto cazador, ignorante de que le va en ello la vida, malhiere a alguna res de la cerdosa tribu? Ciega de cólera, enseña sus agudos colmillos, se precipita en pos del no avisado agresor, como turbión río abajo, y en la intrincada selva, revienta, rinde, avasalla con el ancho pecho los recios bejucos y tupidos zarzales, dejando tras su paso la ensangrentada huella de su tránsito. Pues bien, así el apacible Ruiseñol, ante la doctrina descabellada y anti-patriótica del periodista Guaro: pálido, perfilado, enhiesto, temblándole el belfo y la voz, levantadas a la altura de la cabeza las manos, como para apartar de ellas las muchas ideas, el tropel de pensamientos que se le venían a la mente, exclamó, medio ahogado y tropezando, al romper el silencio, unos con otros los vocablos, de esta manera:

—No lo permita Dios, señor Guaro! Ay! de nosotros, si esos sus deseos se llegaren a realizar!... Ellos causarían más daños a la Patria que los que causan a la agricultura de este valle, los conucos y la roza de las montañas del Avila. Ellos traerían a la República, más que nuestras mismas estúpidas guerras civiles, la ruina, la muerte moral y material de nuestro pueblo. La unidad que usted proclama, vale tanto como ir con nuestros pasos contados al Protectorado yanqui, mi amigo! Lo que hasta ahora nos ha salvado de caer en sus garras, es precisamente la multiplicidad de nuestros acreedores. El interés comercial o económico de éstos ha venido siendo una especie de garantía de nuestra personalidad internacional... Comprenderá usted que, una vez vencidos y aglomerados los intereses de la Deuda Pública,—suceso fac-

tible supuesto nuestro modo de pagar a los acreedores— el tenedor único impondría fiscales aduaneros... ¿Comprende usted? Fiscales que serían agentes secretos del Tío Sam, agentes de corrupción, porque irán inoculando en el cerebro de ciertos hombres la semilla del egoísmo. de ese egoísmo que lo lleva a usted a pretender la unificación de los tenedores para asegurar el pago de los intereses de la deuda con el ceño protector del Tío! Oh! señor Guaro: y sabe usted lo que sucedería con nuestros tribunales de justicia? Como una consecuencia de la fiscalización extranjera en nuestra hacienda la habría también en la administración de justicia, la habrían luego en nuestros Congresos... y esta sería la catástrofe final de nuestra soberanía... La estrangulación habría comenzado por el estómago y terminado por la Independencia... En cambio, habría una docena de afortunados capitalistas venezolanos o... de políticos, asegurados contra el incendio de nuestras guerras civiles, asegurados contra nuestros desórdenes fiscales, asegurados contra la volubilidad de las pasiones y encariñamiento populares... ¿No es esto? Y para libertarnos de tantas injurias, calamidades y vergüenzas, cuántos sacrificios habríamos de imponernos! Que pedazo de tierra, del territorio que fué joya arrancada a la corona de la realeza española, habríamos de dejar en las garras del yanqui!... Ah! señor Guaro!— continuó sin tomar aliento Ruiseñol, rehilándole el belfo y las mejillas de indignación patriótica.—Señor Guaro! Yo, que he viajado por las cuatro partes cardinales del globo; yo, que salí en la infancia, gracias a la visual práctica de mi padre, de este querido valle que ha de comerse mis huesos, a educarme, a ilustrarme en los grandes centros de civilización; yo, que he visto muchos grandes pueblos, observando y estudiando sus costumbres y tendencias en lo que dice relación con los demás, estoy en capacidad de jurar a usted, que el humanitarismo de las naciones es una superchería, una farsa, una mentira sugestivamente hermosa, y que me ha hecho siempre el efec-

“EN ESTE PAÍS!...”

to de un camino alcorzado. Allende los mares, se nos considera, óigalo usted bien: se nos considera un pueblo semi-salvaje. Venezuela es aún Eldorado de los aventureros precoloniales; para ellos todavía se recoge el oro en las calles; todavía el indio anda por ellas en guayuco, armado de flechas, tatuada la epidermis y empenachado con las plumas elegres del guacamayo... Y óigalo usted, señor Guaro: si como nación permanecemos todavía íntegros, si no se ha resuelto a sacrificarnos como a la gallina de los huevos de oro, no es por nuestra fuerza, no es por nuestra dignidad, no es por nuestro carácter, no es por nuestra situación topográfica, ni mucho menos por el humanitarismo de los grandes pueblos... es sólo por el miedo que éstos se tienen entre sí... Vivimos, pues, del miedo de los grandes, del egoísmo internacional, y es por esto que mi criterio es contrario al de usted: para asegurar nuestra libertad debemos mantener la pluralidad de nuestros acreedores. En esto sigo el principio de Maquiavelo: dividir para reinar. Para mí, unificación de tenedores equivale o es igual a Protectorado, y soy opuesto, decididamente opuesto a la terrible cuestión... Mi amigo Guaro! Aprendamos de los pueblos que se jactan de ser civilizadores, a fomentar y a reconcentrar el espíritu nacional; porque las naciones para poder vivir, crecer y prosperar, deberán ser fatal y necesariamente egoístas; egoísmo que no es de ahora... Roma, Inglaterra, Francia, Egipto, Norte América; el pasado y el presente, los pueblos civilizadores por excelencia, no hicieron uso de otra fuerza impulsora para el coronamiento de sus fines históricos. El egoísmo les sirvió de lazarillo. De éste es la victoria. Entiéndalo usted, señor Guaro: la pluralidad de los acreedores hará imposible la intervención del cuchillo!...

CAPITULO VIII

ALREDEDOR DE LA ERMITA

Después del vehemente discurso de Gonzalo Ruiseñol, cuya palabra vigorosa hacía vibrar las cuerdas patrióticas, las fibras del provincialismo en aquellas almas alestargadas por el opio de intereses opuestos, Guaro, deseoso de borrar la mala impresión producida por el descubrimiento de sus ideas, abanábase con la servilleta, ceji-junto y meditabundo, y con estudiados movimientos apartaba los cabellos que se le desmadejaban sobre la frente; como recogido en sí mismo, en medio del silencio de todos, pues que hasta las Rochelas parecían palomas asustadas al contemplarle, Guaro, Guarito, se irguió sobre sus talones, y con voz como de ventrílocuo, soltó las cataratas de su elocuencia periodística:

—Bien veréis, señores, señoras y señoritas, cuánta y cuán hermosa y abnegada es la juventud del amigo Ruiseñol, si paráis mientes en los sombríos colores que ha puesto en su paleta oratoria, si se me permite la frase, un sí es no es decadente, para refutar mis ideas, ello, de seguro, inspirado por el numen verdaderamente santo de su inmaculado patriotismo. Mas, yo vengo a desarmar al rayo de las justas cóleras con el desnudo de mis intenciones... Apenas si ha habido una mala interpretación

de parte suya, pues yo declaro ante mi respetable auditorio, que la doctrina de Ruiseñol es mi doctrina, el fondo de sus tendencias constituyen el fondo de las más ... Oh! si yo fuera a las Cámaras... Sí, señores, con la energía, con la independencia que caracteriza, esta es la palabra, que caracteriza todos mis actos públicos y privados, me haría vocero de tan saludables y bellos principios... Defendería los pequeños capitales indígenas contra la avaricia de los especuladores, contra esos agentes de empréstitos extranjeros que desdeñan el capital nacional, porque no les produce gangas, porque los pequeños capitales no dan para chanchullos. Esto haría yo, señores, si esta localidad (u otra cualquiera) tuviese el valor y la resolución inquebrantable de escogerme para el desempeño de cargo tan honroso e importante; pero, señores amigos míos, dadas las circunstancias difícilísimas en que, por mi calidad de periodista y de hombre de causa, me encuentra, no puedo tocar semejante tecla sin exponer, no sólo mi persona, que es aquí lo de menos, sino el porvenir económico-político-industrial de las empresas periodísticas a las cuales presto mi concurso en la medida de mis conocimientos.

—Pues entonces, mi amigo Guaro,—objetó don Modesto, tomando semejante salida por sutileza intelectual,—pues entonces, despedámonos de nuestras ideas salvadoras hasta el el valle de Tierra de Jugo...

—Lo que es yo—dijo a media voz Ruiseñol—creo que los hombres de buena voluntad y mejor fé debemos obrar, cada quien, en nuestros respectivos ramos, mejorándolos, prescindiendo de los gobiernos hasta el punto de olvidar que existen, y trabajar con constancia hasta lograr establecer esta verdad positiva: que no es en los Ministerios de Estado, ni en las Cámaras, donde mejor se realiza el bien de la Patria, sino por la fuerza de cohesión de los intereses públicos, por el ejemplo sano de las clases laboriosas, arrojando, firme y periódicamente, el grano en la coa...

—Dispéñseme que le diga, Ruiseñol, —replicó Guaro, herido como estaba su amor propio por el discurso de su antagonista,—que esas son teorías e ideologismos y nada más. Con idealismos no irá usted a ninguna parte. Es necesario ser práctico y no olvidar que todo depende de arriba... (Y al decir esto, entrecerrados los ojos, señalaba en dirección a la ciudad de Caracas).

—Pues yo insisto en decir que todo depende de abajo. Sea rica la capa vegetal y será la copa frondosa. Mas, ¿cómo hacer rica la capa vegetal? Por el esfuerzo constante de los labradores, de los que tenemos interés en formar y aumentar su riqueza...

—Ja! ja! ja! ja! ja! Ruiseñol. Eso es machacar las teorías. Convéñzase usted: los de arriba y los de abajo, todos son de una misma camada. Olvida usted aquella sentencia vulgar, pero que caracteriza nuestra inmoralidad política, porque corre de boca en boca, aceptada por todo el mundo: "La tortilla se voltea todos los días", o lo que da lo mismo: "ahora yo, mañana tú..."

—¿Quién dice que no sea cierto? Pero no obstante lo dicho, creo que cuatro hombres bien inspirados, unidos en un propósito cualquiera, sujetos a una pauta de conducta, alcanzarán su fin preconcebido. Si, por ejemplo, todos mis vecinos hicieran en su finca lo que yo en la mía, donde el peonaje se instruye prácticamente en agronomía, otro gallo cantara por estos valles, es decir, otra sería la riqueza de mis conterráneos...

El viejo Pichirre, hasta entonces ocupado en engullir y tragar, hizo su estreno apagando con la suya la voz de los concurrentes, quienes ya comenzaban a hablar a la vez, pues que el tintillo desusado les había convertido de pacatos en parlanchines:

—Y ustedes le hacen caso al loco de mi sobrino? Sólo en este país es donde pueden existir hombres como él:

“EN ESTE PAÍS!...”

empeñado siempre en coger pajaritos en los aires, en almorzar con nubes color de rosa, que los vientos de Catia desmigajan y disuelven...

—En este país—decía el periodista Guaro—lo que hace falta es una prensa escudriñadora al servicio de la causa popular...

—En este país lo que necesitamos, aunque me sea feo el decirlo, es un tirano honrado... ¿Lo oyen ustedes? Un tirano que tenga mis ideas, mis propósitos, mi honradez, mi abnegación y crédito—expuso don Modesto, tomando una actitud de Dictador en ciernes.

—En este país, señor Guaro, (y dígalo usted en la primera ocasión que se le venga a manos), lo que se necesita son familias decentes con quienes tratar, porque ya desaparecen las antiguas—espetó a voz en cuello misia Carmen Perules de Macapo.

—Que no haya sangre, señores,—dijo Julio Monifato al un extremo de la mesa, en medio de las Rochelas y Josefina: brindemos por la festividad del día, por la salud de Josefina, y porque esta fiesta campestre tenga como corolario una octavita *smart* allá en Caracas...

—Bien!—dijeron las Rochelas, sacudiendo con tal violencia el mantel, que fuentes y platos se entrechocaron a punto de hacerse añicos.—Bien! Así debe ser: una fiesta *chic*, como no haya memoria de haberla habido en este país. ¿No le parece a usted, doña Carmen?...—Y la interpelada volteó los ojos hacia arriba hasta mostrar lo blanco, e hizo un mohín con la boca pequeñuela equivalente a toda una frase de aprobación y consentimiento.

Cuanto más se acaloraba la discusión, señalando cada cual lo que hacía falta, a su modo de ver, en este país, desde su aro, allá en el corredor de la casa, un viejo loro, triste y pensativo, escarbándose con la pata izquierda la mollera, repetía, de tanto oírlo, a la sordina: “En este

país”, “En este país”, y se reía cascadamente, como acostumbra los viejos loros charlatanes en este país.

A la algarada de los que almorzaban bajo los árboles, por un boquete de verdura, abierto entre las altas malezas, asomó su ancha cabeza Magalo, a quien el mucho escurrir vasos y escanciar copas, hacía relinchar de alegría, y entre dentellada y mordisco a una pierna de pavo, exclamó con su habitual gaguera:

—Caray! qué borrachera!

Y como para ponerle fin a aquel sainete, hijo del sol de la mañana y de los resquemores del viñedo guatirense, rompieron los senos de la atmósfera cohetones en copiosa lluvia y los alegres acordes de una orquesta.

—Señores! son las tres!—exclamó don Modesto, haciendo dar la hora en su reloj de repetición.— En la aldea comienza el regocijo popular. Vámonos allá, para que no murmure la gente...

En la aldehuela, con la alborotadora cucaña, las carreras de cintas, el descabezamiento de pollos y el juego de bolos, hubo rato para echar las tripas de puro reír, y lo hubo también para sustos a causa de las violentas hepatitis producidas por el alcohol, engendradoras de sañudás riñas. Por fortuna, la vecindad de la noche puso término a semejantes regocijos, y los caminos, a poco, se vieron llenos de gente satisfecha, las cuales alejábanse con la muriente luz del sol, en tanto que el ferrocarril, como un negro gusano entre el verdor risueño de las sementeras, salvaba las distancias coronado de blancos y de grises penachos, lanzando a cada quiebra del camino gritos estridentes como relinchos de un hipogrifo victorioso.

De regreso a la estancia, en el largo callejón formado por la hilera de los árboles frutales, y cuando ya las sombras habían comenzado a descolgarse sobre la tierra, Pau-

lo y Josefina se encontraron. Si ella hubiera venido sólo con las morochas, como en otras ocasiones, hubiérase detenido y dicho alguna cosa a Paulo, en cuyos ojos leía la profunda angustia y el hondo doloroso rencor que, como él mismo decía, le escocían las entrañas. Ella como a sus propias manos, le conocía ya, y estaba persuadida de que sus sonrisitas y charlas con Julio Monifato, debían de traerle arisco y celoso y dado a todos los diablos; mas, para su desgracia, seguíanla de cerca los padres, entretenidos en el comento de los hechos de aquel memorable día.

—Qué te pasó, Paulo, que no corriste las cintas? Tuviste miedo a los bríos de “Casco de Oro”?—preguntó don Modesto a su mozo de labranza, familiarmente y con un cariño casi paternal.

—Miedo a ese becerro... Yo, que le quebré el pescuezo! Bah!

—Entonces?...

—Es que no me lo pedía el cuerpo...

—No comprendo lo que te pasa. Andas triste y gazmofío —observó misia Carmen— y eso que la fiesta es por la salud de Josefina, a quien tú quieres tanto, según dices...

Con este dicho desanubló como por encanto Paulo su semblante, a la par que un profundísimo suspiro, desahogo de la pena, ponía su gota de dulzor en el vaso de retamas apurado hasta las heces y a sorbitos por él, en aquel largo día de pesadumbres...

—Sabes, Modesto,—dijo misia Carmen prosiguiendo el diálogo suspendido por el encuentro con Paulo—sabes? Si Monifato no fuera como es, tan loco, no sería un mal partido...

—Lo que ignoras es una observación que he hecho hoy.

—Cuál?

—Que a Monifato no le desagrada Josefina y que a Josefina...

—A mí? —replicó la niña interrumpiendo el diálogo paterno— a mí no me gusta ni por asomos. No lo veo, ni lo oigo, ni lo entiendo y no hago caso de sus tonterías. Para quienes sí está como mandado a hacer es para las Rochelas...

Y todo esto lo decía Josefina en alta voz, como para que llegara a oídos de Paulo, cuyo semblante era espejo de su alma y retrataba su desasosiego.

—Niña! Por qué no te ha de gustar? Le encuentras algo de malo? —insistió misia Carmen, echando sobre su hija una mirada inquisidora. —Acaso estarás prendada de algún montuno como la de Oca, quien se enamoró del medianero ño Borgoño? Pero no es Modesto don Julián, ni soy yo doña Clemencia...

Ante el inopinado sermón, bajó los ojos Josefina, y a no ser su tez morena y pálida, de envidia se habrían desprendido del arbusto los cariaquitos en sazón, encendidos granates émulos de la púrpura solar.

Era la paz en la aldea con la última campanada de las nueve, y con ella, cada cual había metido la tranca a su puerta e ídose a la cama para despertar con la aurora, los unos, a arreglar las sementeras, los otros, a marchar a la ciudad con el fruto recolectado la víspera; los amos a repartir el corte del día, a velar por la faena, y las mujeres y los niños, como los pájaros y las flbres, a llenar la casa con sus sanas alegrías...

Cuando el sueño, como sutil arenilla, caía sobre los párpados, y los pechos se agitaban dulcemente por la

pausada respiración, cuando tanto en la aldea como en la estancia “Guarimba”, propietarios y peones dormían el primer sueño de prima noche, Josefina, a quien todos los sucesos del día traían desasosegada y temerosa, saltó del lecho y abandonó cautelosamente la habitación, en la cual, junto con las morochas, dormía. A cada instante deteníase, sobrecogida de miedo; ya al percibir el propio ruido de sus faldas, ora la pausada respiración de las hermanitas, quienes dormían tiernamente acurrucadas una al lado de otra, como dos polluelos friolentos a quienes no alcanza el ala materna. Una vez fuera de la alcoba, a veces interrumpía su marcha sumergiéndose en cavilaciones hondas, no producidas por el temor sino engendradas por la vergüenza. Preguntábase en lo interior, ¿qué diría la gente si la sorprendía alguien en aquella aventura? Y, con sólo imaginarlo, grandes llamaradas quemábanle la cara, y los pies, que traía descalzos, y las manos, en las cuales apuñaba los zapatos, se le helaban... Oía su propio corazón como si fuera una sonora campana que tocase a rebato, sacudido con tal violencia y precipitación, a punto de poder ella contar sus fieros golpes, a la vez que algo como nudo apretaba interiormente su garganta hasta asfixiarla.

Pero más poderoso que todos estos temores y zozobras era en ella su amor a Paulo, en busca de quien iba, ciega e, inconsciente, como se dice de los suicidas cuando se van, atraídos por no sabemos qué fuerza misteriosa, hacia la muerte. Y no era que le hubiese dado cita. En sueños habíales oído cantar bajo la blanca rosalera, allá en el rancho del acequión, y abandonó el lecho, y salió por la puerta de campo, entrando por el tupido cafetal deseosa de decirle cuánto le amaba... Aquel “cuatro” que ella encintó con sedas tricolores y al compás del cual, Paulo, todas las noches, a usanza de antiguos caballeros, refería en coplas sentidas y dolientes, acariciadoras como un beso ideal, sus cuitas, parecía guiarla y llamarla en medio del silencio de la noche.

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

Brotaban del alma de Paulo espontáneos los cantares, tosca florescencia de la musa popular, ingenua expresión del íntimo sentir. Su voz, armoniosa y vibrante, lanzaba, a intervalos interrumpidos por el respuntar del instrumento, las endechas que mejor interpretaban el estado presente de su espíritu. En las alas del viento y por entre el follaje, viajaban sus palabras, como sollozos, y ella las recogía palpitante de emoción, caminando ya con paso rápido...

Oh! quién fuera turpialito
Y a tus hombros diera un vuelo!...
Picaría tu corazón,
Escondido entre tu seno!

Desde aquí te estoy mirando
Cara a cara, frente a frente.
Y sin poderte decir
Lo que mi alma por ti siente...

Yo tengo celos del sol
Cuando te viene a alumbrar.
Porque temo que sus rayos
Te vengán a enamorar.

Dios quiera que por ingrata
El cielo te haga sufrir,
Para que sepas sentir
Este amor que a mí me mata.

“EN ESTE PAÍS!...”

En la planta de la mano
Quisiera yo retratarte,
Para cuando estés ausente
Abrir la mano y besarte.

Fuí dichoso por tus ojos,
Porque en ellos ví tu alma
Asomada a sus balcones
Que reía y me miraba.

Tu semblante era risueño,
Como la flor de la pascua;
Pero vino el caraqueño...
Y es alegre como el ascua.

No te fíes de patiquines
Que te quieren para un rato,
De los caraqueños ruines
Es el peor el... monifato!

.....

Detúvose Josefina como herida en mitad del pecho y se ocultó tras una cepa de tague de hojas intensamente verdes y anchas, y tanto, que una sola bastaría a burlar la persistente garúa de una mañana de enero. Tiritaba de frío, y a cada nueva copla de Paulo, viéndose aludida, sentía cómo acrecentaba en su alma la mortal zozobra que la tenía enloquecida: la zozobra del amor. Jamás columbró siquiera encontrarse en situación semejante y en tal manera lastimosa. Se sentía arrastrada a correr tras aquel muchacho que se había hospedado en su corazón; se sentía sin fuerzas para la lucha y volaba hacia él como

un voluble montón de ceiba arrebatado por las brisas nocturnales.

Paulo, el rudo campesino, endurecido en las faenas de la tierra, áspero como la rugosa corteza de los jabillos centenarios, tierno como los gromos en su reventón, la atraía con fuerza misteriosa, así como al pájaro atraen los deslumbrantes ojos y adormecen los hálitos de la boa, hasta hacerlo su presa. Sí; era menester confesarlo; ya no había engaño: era el amor aquello que la obligaba a solicitar la caricia de su palabra y los brazos de aquel mozo, entre los cuales caería trémula y palpitante como una palomita casera en las garras de un gavilán. Mas, si el amor se levantaba en su alma como una hoguera purificadora, y asediábala emborrachándola, al extremo de hacerla exclamar interiormente: "Ah! Paulo mío! No te cambio por todos los Monifatos del mundo... Tienes celos? Pues ceba en mí tu encono, así como la abeja clava su aguijón en la mano hurtadora de sus mieles..." Y en efecto, se sentía capaz de soportarlo todo, todo, con la paciente docilidad de los calmudos bueyes con que bregaba él a diario bajo el bochorno del agosto caluroso; mas, si el amor parecía vencer de todas sus resistencias, algo, sin embargo, algo que las costumbres, o la herencia, o las creencias religiosas, o las tradiciones orgullosas de la casa, o todo ello junto, había depositado en lo íntimo de su ser, haciéndole una segunda naturaleza, se revelaba abiertamente contra sus esperanzas y primeros síntomas, como el murallón avileño, surgido en la entraña de la tierra en la noche de las edades, opone la soberbia de su mole a los constantes asaltos del Mar Caribe y trueca y deshace sus rugientes oleadas en alcionios. Sí, los prejuicios sociales, sedimentos de la tradición doméstica, alzábanse ante su conciencia con todas sus alarmas. Y tras el vehemente desahogo de su alma, exaltábala una idea, delineada en su cerebro de improviso, primero, vaga, y al fin, clara, definida y precisa como una sentencia de la fatalidad: ella no podía ser la mujer de Paulo! ¿Qué

dirían sus padres? ¿qué los amigos? ¿qué pensarían de ella las Rochelas, tan orgullosas y altivas con las gentes de humilde condición?... Y, como todos los seres débiles, a los desfallecimientos de su voluntad, doblegábase como una espiga, viendo tan sólo una ruta ante sí: la del martirio. Sí, sería la víctima! La víctima de qué, y de quién? De su amor, entidad batalladora; de sus prejuicios, entidad dominadora!... La despreciaría él; él la maldeciría por haber hecho de su corazón sencillo, de aquel pan de ariscas bondades, un abismo de dolor y un panal de amarguras... Y atenaceada por la angustia y enloquecida por la desesperación, la atribulada Josefina se echó de bruces sobre la hierba húmeda, apoyó los codos en el suelo y en las manos sus sienes palpitantes; ahogaba sus sollozos y hundía las uñas en su carne, deseosa de causarse daño, mucho daño, de sufrir, de ver la sangre de sus venas brotar de las heridas de su cuerpo, a fin de acallar por medio de físicos tormentos las desgarradoras torturas de su alma...

En tanto bajo la blanca rosalera proseguía el alegre respuntear del “cuatro” y las coplas alusivas a las querellas de Paulo, brotaban espontáneas como un torrente entre peñascos; coplas que eran ascuas para el pecho de Josefina, aunque todos tenían la suave fragancia de los mastrantes de la llanura.

Arrastrándose como una culebra entre las hierbas, revoloteábanle por encima de los cabellos los cocuyos como lluvia de estrellas fugaces. Arrastrábase lentamente hasta llegar hasta los bordes mismos del acequión, en cuyo fondo, por un momento, pensó encontrar bálsamo eterno a las heridas mortales de su pecho, haciendo compañía a los bagres y a las guabinas que allí se daban cita a la pálida luz de las estrellas... De repente quedó estática Josefina: oía, oía clara, precisa y cercana la voz de Paulo, llamándola, a veces quejumbrosa, como al eterno ausente el ave viuda; ora lamentándose como un huérfano abandonado a la vera del camino; ora reprochándole sus desdenes, sarcástico y airado...

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

Mientras te llamo y no vienes
Desangra mi corazón;
Tú, mi bien, la culpa tienes
De que me agote el dolor!

Es que tú ya no conoces
Los acentos de mi voz,
Y no puede mi palabra
Conmover tu corazón.

Me escuchas y no respondes
Como hasta ayer respondías:
Recuerda que la paloma
Viuda, olvida a los tres días...

Recuerda lo que juraste
Aquella noche de luna:
Las estrellas son testigos;
Y no faltaba ninguna...

No te olvides que la palma
Por subirse hasta los cielos,
La cogió un rayo en la altura
Y la tiró por los suelos!

Ten presente que hubo un ángel,
Nunca como tú tan bello,
El cual perdió el paraíso
Por ser vano y ser soberbio !

Hubo un Judas Iscariote;
Hubo un Samuel Bolibet...
Maldigo yo a los traidores
Y al que no aplaca mi sed!...

En aquel crítico momento, la desolada niña tenía toda la suprema belleza del martirio.. Sola, en altas horas de la noche, escuchaba de los labios amados los más duros

“EN ESTE PAÍS!...”

reproches, reproches de aquel amor que se había entrado lentamente y apoderábase de su corazón, como aquella higuera gigante y fabulosa —el matapalo— se apodera del arbusto en la primera florescencia hasta que la hace fenecer exhausta a la feral caricia...

A tal hora y en tal sitio, sin más confidente que la soledad, sin más testigo que el cielo, la naturaleza toda, en su despiadado mutismo, asistía impasible al terrible duelo a muerte que se libraba entre el más puro, necesario y santo de los afectos y el más vano y el más fútil de los prejuicios sociales... Entre ese generoso amor que constituye la dicha de dos seres, surgido en las primeras sonrisas de la infancia, cuando ni trabas ni distingos existían entre ambos, y reinaba la calma y la soledad a su derredor, al alcanzar para ella el ramo mejor vestido de flores o más cuajado de frutos; entre ese amor primerizo que no sabe sino de flores, de nidos y de arrullos, y camina, en felicísima inconsciencia, a cumplir los misteriosos arcanos de la vida y las salvadoras leyes de la Naturaleza y de la creación; entre ese sentimiento, condensación de todas las sensaciones, acicate de la gloria, numen de la humanidad, y el anciano preconcepto, el prejuicio vetusto, contrahecho, enteco, descarnado, pero de múltiple y poderosa raigambre, aferrada a la entraña de los siglos, imperante en las costumbres, fortalecido por los errores de una educación desleal a la verdad de convencionalismos ridículos, a los que la sociedad, inconmovible, impía, intransigente, rinde culto, porque acata la mentida del prejuicio y sólo tiene para quien cae, las mortales ironías del desdén y el estigma de la reprobación, la sorna escocedora de las almas, hiriente y pérfida, como el zumo de esas malditas hierbas que encanijan, enloquecen y matan, con malvada lentitud, como regocijándose del trágico fin de los seres intoxicados...

Presas de tan encontrados sentimientos, Josefina, irresoluta, fluctuaba a la merced de sus instintos en el agota-

miento de la voluntad. Había llegado para ella ese raro y único instante de la vida, en el cual perdemos la conciencia de nuestros actos y en el que, la hoja que cae, el ramo que cruje, la brisa que retoza en la hojarasca, o la chispa de luz que de noche atraviesa los espacios iluminándolos, determinaron la crisis de los sucesos; conflictivamente en el cual somos y no somos, y del que surgimos transformados en héroes, o criminales o santos...

Así Josefina, cuyo corazón sangraba, atenta a todos los rumores y a ninguno en concentración intensa, vivía siglos en segundos; sentía, como en el angustioso despertar de una pesadilla, allá, en el fondo de su alma, algo martirizante y terrible como un desgarramiento. Era que se desprendía así como los vapores de la tierra en busca del cielo azul, el amor virginal allí crecido; era que se apagaban los incendios de la carne al sople frío y avasallador de los prejuicios y conveniencias sociales...

Cuántas veces en sus trémulos labios palpitó el armonioso "yo te amo!" Cuántas veces las estrellas apagaron sus luces en lo alto, y las margaritas, estrellas de los campos, doblegaron sonrientes las cabezas al ver asomar a la púrpura de su boca, el embriagador "te amo!" Pero... No podía ser!... Y bañada en llanto, ahogándose en sus sollozos, echó a correr, apretadas con entreambas las sienes, hacia el caserón de la estancia, y los cocuyos que revoloteaban sobre su cabeza, como miriada de estrellas diminutas y fugaces, la oyeron decir: "No! No puede ser, Virgen del Carmen!"

Entre tanto, la luna, como un medio círculo de plata, seguida del amable lucero que va besando sus huellas a semejanza de una pareja de amantes en viaje de novios, proseguía apaciblemente su curso; derramaba su dulce claridad sobre el rancho del acequión, en donde, un corazón mordido por los celos, deshojaba la flor de sus endechas:

“EN ESTE PAÍS!...”

En su más tremenda hora
Pidió agua el Santo Cristo,
Pidió agua y no le dieron,
Sino unas gotas de vino,
Más agrias que mis dolores,
Más crudas que mi destino;
Pero yo no encuentro esponjas
Que mojen el labio mío,
Y si los Judas me venden,
No me ayudan los Longinos!...

Yo quisiera el leño
En que Jesús expiró...
Cuántos besos me daría
Mi rosa de Jericó!

Yo sangro más que la herida
Que el malvado centurión
Le abrió al Hijo en las costillas
Cuando la Crucifixión...

La Ermita allá en la plazoleta, al recibir los rayos de la luna, bajo las arcadas de palmas y de sauces, prolongando sobre el campo su silueta colosal, despertaba, en el medroso caminante, el inexplicable temor al silencio, a la soledad y a la hora... A intervalos el gañir de algún perro vagabundo ante la voluble silueta de la Ermita, hacía lastimero dúo a la voz doliente de Paulo, traída en las alas del viento y por entre el follaje de los árboles...

CAPITULO IX

R U I S E Ñ O L

Se balanceaba don Modesto Macapo en su mecedora; encasquetado hasta las mismas orejas un vistoso gorro bordado con hilos de oro, de pesada y luenga borla; gorro no abandonado ni aún para dormir; pues entre ciertas gentes de la escuela de Macapo, semejante prenda es símbolo de máxima importancia. Jugando con el dije de su gruesa leontina, también áurea, sobre su redondo, bien cuidado abdomen; reposado, complaciente, satisfecho de su hombría de bien, como todo aquel que tiene cubiertos los riñones por unos cuantos miles de sonantes; con toda la bondadosa intención de que pueden ser capaz unos ojos bajo una frente estrecha, entre mofletudos carrillos y una boca que se entreabre para dejar escapar la parda columna de humo de su capadare legítimo, escuchaba a su interlocutor, que se movía, gesticulaba, dando cuatro pasos hacia adelante y otros tantos hacia atrás, recogiendo su fisonomía como un puño o iluminándola como un convencido.

Decía Gonzalo Ruiseñol:

—Don Modesto: estoy montando una máquina de vapor en el trapiche. Conduzco hoy por medio de bombas, a las tierras altas de La Floresta, el agua con que antiguamente hacía la molienda. Lo que pondrá a mi disposición trein-

“EN ESTE PAÍS!...”

ta y dos tablones de riego, donde antes no medraba ni el rompe-saragüey ni el Juan-Zamora, por lo impermeable de esos terrenos arcillosos, que en verano se resecan hasta resquebrajarse y en invierno se aguachinan.

“Como usted ha de ver, mi amigo, no es solamente el agua lo que hace a las tierras cultivables, sino otras muchas cosas, que cuando no poseen es menester dárselas en justas proporciones. Refiriéndome a las mías, lo que les hace falta es arena, porque domina en ellas la arcilla, y además, es menester formarse una capa de humus. Lo cual tengo previsto. La impermeable la combatiré por medio del polvillo en extremo permeable y rico en sustancias orgánicas, que traeré de las márgenes del Guaire, en donde abunda. Para que sea más rápido su esparcimiento en el terreno, cruzaré aquellos campos con una red de rieles, en donde funcionará una pequeña locomotora para arrastrar varios carros al caso. Este último trabajo me será de mucha utilidad en lo porvenir, porque, andando el tiempo, lo emplearé en hacer más cómodo el transporte de los frutos.

“De lo expuesto deduzco, que tengo que duplicar el número de peones y de yuntas, pues pienso, antes que todo, romper esas tierras, para que la mezcla se efectúe profundamente. Lo que sigue es más claro que la luz del día: dejar enmontar esos campos dándoles el agua suficiente; luego, antes que las yerbas altas florezcan, hacer un desyerbo, dejándoles encima esos despojos, que unidos al abono que en estos meses he venido acumulando, me dará la capa de humus necesaria. Y no lo dejó así sino que vuelvo a arar, a mezclar, sembrando caraoas para enriquecer, por ese medio, cuanto más se pueda, la capa vegetal y echando abajo lo sembrado en lo que vaya a cuajar la flor. Cada palmo de tierra pide lo que necesita....

“Acondicionadas las tierras de ese modo, producirán el ciento por ciento. ¿No le parece? Se lo puedo asegurar: en un año sacaré los gastos, sin contar las mejoras. Las

tierras triplicarán su valor, porque dada su situación, se pueden emplear en ciertos cultivos que hace tiempo me vienen dando vueltas en la cabeza.

“Oiga, don Modesto: respecto a gastos, éstos arrojan la suma de diez mil pesos, muy económicamente, conmigo encima, que no es poco, haciendo que todo se ejecute lo mejor posible.

“Pues bien, mi estimado amigo, a tratar de esas cosas es a lo que vengo. A proponerle un negocito: ni más ni menos que la retroventa de La Floresta, por la suma que me urge. Mejor garantizado no puede estar el capital, pues vale mi finca cien mil pesos flojos, sin contar las mejoras de que hemos hablado, ni de la casa grande que acabo de refaccionar, haciendo de ella toda una casa modelo para estancia”.

—Pues, mi amigo Ruisenol, —dijo don Modesto, al compás del retintín de su leontina, que no dejaba de agitar—, siento mucho no complacerlo, pero no poseo medio centavo partido por la mitad. Ha ocurrido usted tarde, pues todo lo disponible lo he dado para la cosecha.

—Pero usted, como comerciante que es, puede conseguir dinero.

—Usted es un niño, Ruisenol! En esta situación ¿quién será el loco que exponga sus ahorros en una finca que no está dando una inmediata utilidad? Porque todas esas cosas le quitarán a usted mucho tiempo y muchísimo dinero.

—Vamos! Le parece a usted un mal negocio, quedarse con una finca en el caso de no cumplir, que vale lo que usted sabe?

—Malo no es. En caso de no cumplir, oh! yo no me quedaría con la finca, que esto sería entre amigos, y ya zanjaríamos las dificultades.

—¿Entonces, qué lo detiene?

Don Modesto se atusaba los bigotes, miraba las vigas del techo, silvaba entre dientes, en tanto que, como buen comerciante, echaba sus cálculos; recorría su larga lista de préstamos. En su memoria, como una inmensa placa sensible, hacía cálculos de fechas, sumaba, restaba, en fin, aplicaba las cuatro reglas con suma maestría y prontitud. Todo en él era cifras, sin preocuparse de que aquellas sumas eran dolores, lágrimas, desesperación. Porque en la larga lista de préstamos de don Modesto, había ciegos, viudas, huérfanos; toda esa pequeña tropa de necesitados, que en todo tiempo han sido y serán el más propio pasto para la usura. Que no se forman los grandes capitales, sino de la lenta estrangulación de los pequeños y de los débiles. Si hubiese sido dado abrir un pequeño postigo en el meollo del señor don Modesto Macapo, por donde el ojo del más avisado observador pudiera atisbar a todas sus anchas el funcionamiento de aquella masa cerebral, se hubiera quedado con los ojos claros y sin vista, tan rápidas eran las operaciones que se verificaban en el de aquel comerciante por mayor. Respecto a su conciencia, a quien se le hubiese ocurrido llamar a ella, se habría quedado llamando por toda una eternidad, porque el señor don Macapo hacía tiempo se había libertado de semejante majadería, propia sólo de los pobres de espíritu.

Está de más decir, que las sumas, cálculos de fechas, no tenían otro objeto sino buscar dinero. Ya que no lo había en caja, era preciso exprimir toda aquella masa de dolores, para con su producto, tarde o temprano, agregar otro al número de los desesperados. Así es que el dinero que iba a emplear Ruiseñol en sus innovaciones, en su noble afán de mejorar la agricultura, con el plausible objeto de que el bienestar se hospedase tanto en la casa del rico como en el estómago del pobre, pondría a prueba la virtud de la afligida viuda, llevaría al pobre viejo, estropeado por los años, a dormir con anticipación al Cementerio del

Sur; a hacer del chiquillo desarrapado, un politiquero o un comerciante de la estirpe del honorable y activo ejemplar en que nos venimos ocupando.

Convencióse don Modesto, no sin pena, después del detenido examen de sus deudores, de que por sí solo no podría reunir los diez mil pesos, sin tirar mucha gente a la calle, sin oír, por la millonésima vez, el relato de muchas desventuras, sin ver correr muchas lágrimas y más que todo, de que no vendrían a su poder con la urgencia del caso. Por lo cual se dió a buscar un socio para aquella empresa, lo que no le fué difícil, pues sin saber cómo recordó a sus vecinos, los viejos Pichirres. Estos también se ocupaban de evoluciones de dinero, pero en el pequeño radio de sus conocimientos con el mundo, que para ellos se reducía a la aldehuela de Los Dos Caminos, y a sumas tales como las que podía necesitar un arriero para comprar un pollino; el conuquero, para sembrar media fanega; el ventero, para adquirir un marrano, o la pobre del lugar, es decir, la mujer que carga agua, hace mandados, cruza el camino polvoriento a todas horas del día, por dos o tres centavos; que en la aldehuela no se conocen otros pobres de oficio, sino los de paso y a esos no les facilitarían dos centavos los Pichirres, mucho menos lo suficiente para lucir un camisón nuevo por navidad.

De aquí fué que, después de un prolongado suspiro, don Modesto contestó a Ruiseñol en los términos siguientes:

—En buen apuro me pone usted! — Y dándose aire con el gorro, y sobando con la diestra, recargada de sortijones, el grueso y recortado pelambre de su cabeza, repitió dos o tres veces la frase dicha, como si sondeara con el pensamiento la peligrosa situación en que le ponía Ruiseñol. Añadiendo en resuelto tono:

—Pero yo soy consecuente con mis amigos: aun comprometiéndome, solicitaré la suma requerida. Me glorío de haber acudido siempre con mi ayuda en apoyo de los

hombres de trabajo. Ese es mi flaco, mi debilidad, tanto, que si fuese preciso expondría mi crédito, el crédito de un hombre honrado, cimentado en su rectitud a toda prueba, en el fiel cumplimiento de sus obligaciones y compromisos. Eso sí, mis compromisos son sagrados, lo que tengo me ha costado muchos sudores, pero ante la obligación vencida, Ruiseñol, con la mano en el corazón se lo digo: todo cuanto poseo lo veré desaparecer tranquilo, orgulloso de haber cubierto mi crédito, aunque al siguiente día, ¡y me horrorizo! tenga junto con mi respetable familia, que pernoctar bajo un puente. Usted, mi amigo, que es un hombre honrado, comprenderá la magnitud de esas cosas. ¿No es cierto?

Ruiseñol, por toda respuesta, dejó caer la cabeza sobre el pecho. Así estaba de hastiado de aquella interminable peroración sobre la honradez, el crédito, la exactitud, la hombría de bien de don Modesto, quien, por su parte, poniéndole la mano en el hombro a Gonzalo, con la más protectora sonrisa de su repertorio en los labios, lo despidió, diciéndole confidencialmente, casi al oído:

—Con que Ruiseñol, pase por aquí esta noche, y veremos. — Agregando en alta voz, en el momento en que el otro salía, disparado en su machazo negro por el callejón de Guarimba:—; Por usted me comprometo, no se olvide!

No oyó esto último Ruiseñol, a quien la larga perorata de don Modesto dejara descorazonado y rendido, pues, en temperamentos como el suyo, los simples contratiempos, tamaños como un anís, se transforman en montañas como el Avila o en despeñaderos como Boquerón.

El paso que acaba de dar, los supuestos inconvenientes del otro, para encarecer su importancia, aumentaban su desconcierto. Tanto más cuanto que en cada paso veía que sus cálculos no le salían tan ajustaditos como lo estaban en sus papeles. Debido a lo cual, sobrecogíanle profundos decaimientos, después de sus largas excursiones imaginativas, refugio y sostén de su alma batalladora.

Porque es de hacer constar, que con frecuencia el innovador Gonzalo, a la sombra amiga de algún guamo en flor o caimito rumoroso, a fuerza de pensar en sus proyectos los palpaba, los daba por resueltos, que así eran de justos los detalles e intensos los matices. De los pardos terrenos de sus campos brotaban a su conjuro, estancias, trapiches, animando el tono siempre igual del nativo paisaje, o trocábase la estéril colina, donde sólo el cardo santo ostenta su rosa de oro entre sus hojas grises, en bosque cruzado de fuentes y raudales, la sequera sabana, donde sólo pace el poliino cerril y abre el infatigable bachaco su dilatado túnel, en amenísimo jardín, con kioscos de rosales y alfombras de violeta y no-me-olvides.

Si en aquellos momentos uno de esos finos partidarios de los hechos de los que llaman pan al pan, de los que prueban y comprueban que uno bajo otro forman dos, hubiese podido seguirle en su rápida excursión, con todo el recto, positivo criterio de quien es un epítome de lógica, de quien está completamente convencido de que un meteoro es una peña y no una lágrima de Dios, aseverara con todo su aplomo lo real de aquellas cosas, hijas de la frágil nebulosa de los sueños concebidos bajo los guamos en flor y a la agreste sinfonía de las hojas, que burla burlando devuelven los cálidos besos de la brisa.

Pero, como lo soñado por Gonzalo no eran sueños, sino una realidad por la cual bregaba con tesón, su voluntad, aunque de hierro, desfallecía ante los obstáculos cada vez mayores que se veía obligado a vencer para hacer real la realidad soñada. A ratos le sorprendían en medio de sus más halagüeñas esperanzas las más negras, dolorosas ideas. Hombres y cosas, los veía apaniaguarse para confundirlo criándole estorbo en la amplia ruta de sus ideas generosas.

—En este país, —decía, repitiendo lo que ya otros, en todos los tonos y a los cuatro vientos han vociferado—, en este país, la naturaleza es rebelde al bien. El hombre,

“EN ESTE PAÍS!...”

su hijo, como que ha sido amamantado por ella, participa de su sino fatal.

Otras veces, a fuerza de ahondar, de marchar a la ventura por tan escabrosa senda, caía en el extremo opuesto de los susodichos temores:

—No, no son los hombres, mucho menos las cosas; todo en la naturaleza está colocado para la armonía. Si existe algo que no ajuste en el concierto universal de los seres y las cosas, ese algo es lo llamado a desaparecer. En el presente caso, mi individualidad, mi yo, el átomo en la mesa, la burbuja en el líquido, la nada en el conjunto, es lo llamado a ser eliminado.

Tras de ese rudo reproche, como para calmar la medida y rebosar su dolor, proseguía:

—He perdido mi tiempo, los mejores años de mi juventud, mis largos estudios, para convencerme, por cierto demasiado tarde, cuando intento la obra de mis afanes, de que no poseo las facultades requeridas para llevarla a cabo. ¡Pobre obra mía!

Como consecuencia lógica deducía:

—¡Yo no puedo ser agricultor! ¡Y qué puedo ser yo?...

Un abismo se abría a sus pies. Suspenso en aquel último grito de todo su ser, se quedaba como abobado; porque hay instantes en que nuestras mismas ideas, por las que nos hemos desvivido y criado como pichones con nuestra boca, al calor de nuestro corazón, nos abandonan como palomas asustadizas, como ciertos parásitos ante la frialdad de la muerte.

Pero su alma noble, en medio de aquella confusión, como un gajo que se va desentumeciendo al sol, volvía en sí:

—Ya la cuestión no está en realizar mis ideas, sino en saber en qué puedo ser útil, porque cada hombre se debe

a sí mismo, a la patria, a la humanidad; y yo no hago otra cosa sino consumirme alimentando un sueño vano. ¡Sí, señor!

Y cuando así se expresaba Gonzalo, sentía allá adentro el escozor de una gran quemadura.

A través de esa hermosa confesión, rara por cierto, en temperamentos como el suyo, emprendedor, activo, pasional, se llegaba a vislumbrar que su alma, gracias a aquella cruel gimnasia, en un momento dado se desbordaba, se depuraba de todo lo mezquino, brillaba como perdida luz en medio de las espesas tinieblas que se descuelgan hasta el fondo de los hoyancos sin fin.

Abierta esa brecha a sus cavilaciones, se lanzaba por ella guiado por el pesimismo. Se entregaba con sumo placer a analizar sus actos. De aquel análisis torturador surgía su yo, como un convaleciente dando traspies, cayendo a cada paso, implorando el último golpe, como res que agoniza con las entrañas afuera. Todo lo cual le producía infinito placer, porque a veces se llega al máximum del goce estrujando los bordes de la herida. La injuria, la befa de sí mismo, le hacían el efecto de bálsamo maravilloso, como diz que tras la cotidiana disciplina del asceta se sucede el arrobamiento, el éxtasis divino.

Cuanto más honda era su pena, cuanto más le dolía, más tenaz era su saña. "Mi incapacidad" y gustanteaba, si es dado gustantear palabras, aquellos y los demás epítetos con que se regalaba.

—Mi incapacidad; he aquí la causa de mis derrotas. De nada me vale mi voluntad, mi amor al bien, al mejoramiento, si soy absolutamente inepto para llegar al fin que me he propuesto.

Con todo el terror de quien presiente que ha de quedarse a solas consigo mismo, interrogaba su destino.

“EN ESTE PAÍS!...”

—¿Por qué soy yo así, cuando me siento capaz de muchas cosas? Lo bueno, lo santo, todo lo que ennoblece, todo lo que dignifica, es mi deseo.

Ya allí, en el vértice, en la cima, donde nunca fué la luz, poseído del vértigo, donde otros maldicen, él, reconcentrándose en sí mismo, veía cómo de su yo múltiple surgía una escuálida figurilla, sujeta a todas las desperfecciones, informe, inhábil, que lo uncía, que lo dominaba. Yo siniestro que todos los hombres tratamos de olvidar, pero que en los momentos supremos, cuando reina el supremo desorden en las almas, asoma su faz de cretino y ríe. Plegados los labios, con el desdén de quien se desprecia profundamente, pero sin son de queja ni reproche, exclamaba:

—Lo que siempre he creído: pertenezco a la cepa de los que sirven para todo y para nada en particular, con la mortificante consideración de que me doy cuenta, de que percibo cómo se desmorona el tope de mis sueños, cómo me hundo en el estercolero humano, porque lo que no se amolda tiene que ir abajo, al gran fermento social.

En aquel estado, como quien ha sostenido una larga lucha tenaz y cruel, aparecía la esperanza, la compañera inseparable de la fe, bajo cualquier pretexto, como acontece todos los días: a veces la vulgar expresión de un gañán, el sedoso ruido de las alas de innumera bandada de verdines al caer como esmeraldas aladas sobre la gris espiga del maizal, despertaban, por una rara asociación de ideas, su ideal agronómico. Y como quien echa una raya para abrir nuevas cuentas, detrás de un ¡hum! indiferente, enderezando en la corbata su prendedor de callo de perlas, o sacudiendo el polvo de sus polainas amarillas, se decía:

—“Seré fermento, pero todo fermento es abono, como el estiércol.

Sobre la corrupción de hoy se levantarán las virtudes de mañana.

De la masa de réprobos se alzarán los aptos y los buenos.

Al vicio antiguo se debe la moral moderna.

Al sacrificio inconsciente de los unos, la gloria de los otros.

Así es como nos vamos puliendo, dejando en el estercolero lo que apesta, rehabilitándonos. Yo careceré de las cualidades que hace un hombre apto para la vida, para llegar a un fin, pero tengo fe, deseo ardentísimo de contribuir con algo en lo que yo creo que es un bien. Pero ¿quién no contribuye? Otros vendrán! Seré el estímulo! ¿Y qué más?..."

Por ese caminito, guiado por tal luz, Gonzalo Ruiseñol se iba contentando con la vida, salvando los estorbos, tonificando su voluntad, hasta posesionarse de su misión. Acabando, como siempre, por enfrentarse a los hombres y a la tierra, a las cosas, y a los cielos.

Era de verle en medio de los campos, cuando las tales ideas, instalándose en su alma, perturbaban su sosiego. Adivinábase el hondo dualismo que lo embargaba, ya fuera a la hora del alba, cuando todo promete un largo día de ventura y el Avila, desperezándose, sacude sobre el valle su manto de neblinas, en tanto que sus cumbres se doran y en el corral de la estancia muge la vacada; ya a la hora de la siesta, cuando todo reverbera y a la sombra se acogen el gañán y la yunta perezosa; o cuando el sol declina, y retornan por el largo callejón de la estancia, los peones con las herramientas de trabajo al hombro, silbando un aire nativo, doliente como el prolongado sollozo del viento entre los saucedales.

CAPITULO X

EL AUREO TINTINEO

Corría sobre los campos la brisa de la tarde, alegre y familiar. En la transparencia del aire esfumábanse las esqueléticas formas de los magros bueyes, que en un barbecho estéril, cavilaban agobiados por sus huesos. Un torete mal encarado, mugía y pintaba bajo un mango, siguiendo angustioso el desfile de una vacada harta, de retorno al potrero, por unas tierras contiguas. Saltaba y corría un pollino vivaracho, en torno a una borrica que parecía ser su abuela, se acercaba jadeante, doblaba las rodillas, golpeaba la ubre escuálida, tragaba a sorbos lentos y luego emprendía carrera como pipiolo jugueteón en el regazo de una madre apacible. Surgían en la sedosa suavidad del ambiente por lomas, vegas y recodos, cosas en las que nunca se extasió bastante la fantasía. Era la tarde para suspiros hondos y para abandonar el ánimo a su capricho, así como corren en plácido abandono, confiadas en sí mismas las aguas de algún río.

En su peruano tascador y arrogante, se aproximaba a la casa don Modesto, sentado en el galápago como un domador antiguo. El caballo era brioso, y cuando el Macapo lo cabalgaba, se hallaba en la imposibilidad de descubrirse ante sus vecinos con aquella prosopopeya cortesana, rendidora de voluntades y de testas.

Don Toribio lo veía acercarse desde el soportal del caserón, en donde doña Epifania, en una silla de cuero, pasaba y repasaba las cuentas de su rosario, desgredada en el escarmentar que una vieja negra y sucia hacía a sus cabellos enmarañados.

—¡Mujer! ¡mujer! Ten cuidado! que me vas a arrancar los sesos!

—¡Si está muy apelmazado, doña Pifa!

—En cuarenta años, no me comprendes todavía la cabeza, bruta!

El peruano golpeaba la tierra con escándalo.

—Buen caballo, don Modesto!

—A sus órdenes, don Toribio.

Era una lámina hermosa y perfecta. Cabeceaba y soltaba espumarajos.

Sin atreverse a mover en la silla, el Macapo estrechó la mano al Pichirre, y saludó chaero y familiar a doña Epifania.

—¿Qué dice mi ciegucecita? ¿por qué nos tiene tan abandonados?

—Bien. Gracias! Ya iremos a ver a los vecinos.

Suavizaba las crines del caballo don Toribio y oía a don Modesto. El habla era menuda y precipitada, un murmullo de mercachifles y tratantes ladinos.

El Pichirre sonreía y arrugaba el ceño en su natural cazarro. A doña Epifania llegaban truncas las palabras. Por fin sorprendió algo, y, desconfiada, llamó la atención.

—¿Qué negocio es ese?

—Un servicio que nos proponemos hacer.

“EN ESTE PAÍS!...”

Hizo una mueca con la boca desdentada la Pichirre, y dijo:

—Pues, entonces no es negocio.

—Cállate, Epifania, y deja que el señor se explique.

—Lo que propongo es tomar a medias la retroventa de una finca, por doce mil pesos.

Hecha la cara en una sola arruga, lo ocultó entre las palmas de las manos.

—Jesús! Qué cosas tiene don Modesto, Toribio!

Cejijunto,—observó el Pichirre:

—Hoy pocas fincas valen diez mil pesos.

—Pues esta vale cien mil. Es “La Floresta”, mis amigos.

Descomunadamente abrió la boca y enarcó las cejas el Pichirre.

—¡“La Floresta”!¡, “La Floresta” de Gonzalo, la de Gonzalo Ruiseñol!

La ciega, impasible:

—¡Estos son fines de mundo!

El Pichirre, salido de su asombro, añadió:

—Todo por esas ideas del diablo que fué a buscar a casa de los musiús. El niño no cabía en su casa, no había aquí quien le enseñara a manejar el arado. El zoquetón de mi cuñado, quien tenía más letra menuda que un breviarío, le ha perdido. ¡Dígame! “La Floresta” retrovenida! Ahora que está arruinado, viene para que le saquemos del atolladero, pero él no sabe que conmigo y la rana, es gana y que lo sepa, a quien lo quiere celeste, que le cueste.

—No hay que ver las cosas con colores tan fúnebres. Retrovender no es perder la finca: es tomar a préstamo con garantía de ella, según la costumbre.

Y arguyó doña Epifania:

—Da lo mismo. Además, no nos gustan negocios con parientes. Siempre los están robando. Ay! señor, parientes y trastos viejos, pocos y lejos.

—¿Qué opina usted, don Toribio?

—Que Epifania está en la razón.

—¿Entonces, prefieren ustedes que la finca vaya a otras manos? No es mal negocio. Buscaremos otro socio.

—¿De dónde saca usted que tenemos dinero para tanto? Aun queriendo, no podríamos; no, señor!

Mirándole a la cara, con gran sorna:

—Déjese de cosas, don Toribio, que todo el mundo sabe que tienen ustedes sus economías...

—¡Miserias!

—Montoncitos!

Pasábase la mano por la cabeza el Pichirre, como si quisiera ver claro en aquel asunto.

—Diga, don Modesto, ¿qué podremos hacer por el sobrino?

—Aceptar la retroventa con un año fijo y otro de prórroga.

—¡Así lo hace todo el mundo! ¿Qué interés paga?

—El uno por ciento.

—¿Capitalizando los intereses?

“EN ESTE PAÍS!...”

—Eso corre de mi cuenta. Necesito dinero, mucho dinero.

Doña Epifania abandonó el soportal. Los otros discutían con calor el interés del capital. Desde su dormitorio, con una vocecita quejumbrosa, clamó la ciega:

—Toribio!, oye un momento. Ven hombre!

El dormitorio de los consortes era un salón espacioso, festonado de telarañas y huérfano de luz, que la poca que alcanzaba por la entrejunta puerta no llegaba a los rincones. Era un sombrío almacén de antigüedades. Vislumbrábase en un rincón, desvestida, abandonada hacía largo tiempo a nidal de cluecas malcriadas y al gatazo barcino, que runroneaba siempre sobre las rodillas de la ciega, una cama monumental de torneados pilares. Tapaba el hueco de una ventana que daba al campo, un escaparatón de caoba de Santo Domingo, desvencijadas las hojas y en un tramo, en la penumbra, se distinguía, rebosando una totuma, la blancura nítida, calcárea, de los huevos recogidos en la mañana. Un catre camero, matrimonial y otro enjuto, de soltería, se hallaban pegados al muro, junto con dos baúles o arcones forrados en suela, y con las iniciales de los Pichirres en tachuelas doradas. Frente a la puerta se esfumaba en las sombras una sólida mesa colonial de las de travesaños, uniendo las cuatro partes y un gavetón a todo su largo y ancho, repleto de rabones, platos desportillados con emplastos de cebo y láudano para dolores de cabeza, rejos, yerbas medicinales, lazos para enjalmas, collares de tusa para ahoguios de perros y marranos, minucias y suciedades. Cuando tiraba de los guales que hacían oficio de perillas en el gavetón, se estremecía toda la casa, como si pasara un pesado carretón por la calle dando tumbos. Además, la mesa llenaba las funciones de altar; reposaba en ella un San Antonio, en su redoma de cristal, entre dos gallos de yeso, comprados a algún ambulante buhonero de Córcega o de Nápoles. Y Santos y Santas escalaban, recubrían la pared, fingien-

do la Corte celestial de un Cristo tallado en madera, colocado en su peana, sobre una repisa, en la que ardía sin tregua una lámpara de aceite de coco. Lucían entre los Santos, dos retratos de familia, al óleo, apagados y comidos por la traza. Sillas paticojas, petacas y demás cachivaches se aglomeraban en aquel salón, en el que en pasados años debió brillar la luz, entre risas finas y charlas risueñas, cuando el arpa de alguna abuela convidaba al ágil y cadencioso minué o a la contradanza, ceremoniosa y caballeresca.

Desde aquellas tinieblas continuaba llamando la ciega:

—Toribio! Toribio!

El Pichirre no quería soltar a don Modesto.

—Espera! Espera!

—Tengo que ir a la acequia. La represa está mal. Al pasar, hablaremos.

Don Modesto soltó la rienda al peruano. Bien sabía él con quien se las entendía. Los viejos necesitaban conferenciar.

A los pasos del vejete tornó a llamar la ciega. Se hablaba cómodamente sentada en un rústico butacón de atata, con respaldo y asiento de hojas de maíz.

—Acércate, hombre!

—Epifania!

—Te parece muy buen negocio? Ten cuidado!, mira que don Modesto es un bribón.

—Mediante escritura todo.

—¿Con qué dinero cuentas?

—Con lo que guardas.

“EN ESTE PAÍS!...”

—Lo mío? lo mío?

—¿Cómo sacar lo que está al pie del cauvaro?

—Ya te lo he dicho otras veces; con lo mío, santas pascuas.

—Epifania. ¡Caramba!

—No y no.

—Anda a la porra!

—Arréglate como puedas.

El Pichirre, enronquecida la voz y dilatando los vocablos:

—Epifania! Epifania!

—No creas que me metes miedo porque hables recio y despacio. Los matos son pintados y caminan empinados.

Llameándole los ojos, la sacudió violento el Pichirre, por un brazo.

—Demonia!

—Bruto!

Refunfuñaba la ciega. Sin oír sus quejas, don Toribio se agachó, y trasteando bajo el camero, sacó una totuma con muchos labrados y volteó el contenido, poco a poco, sobre el catre. Un alegre retintín repercutió en las sombras. Al ruido, se estremeció hondamente la Pichirre; intentó ponerse en pie y volvió a hundirse en el butacón, toda en un temblor. Quiso hablar y tartamudeó, sin encontrar palabras en su angustia. Su dolor estalló en quejumbres.

—¡Ay! ¡ay! mis hijas!

El barcino pegó un salto, desde el camastro monumental y corrió hacia la ciega, maullador, el rabo enhiesto y mimbrante.

Las monedas caían unas sobre las otras cantarinas. Los centavos de cobre, al chocar con el montón, sonaban como campanadas hendidas. El ligero campanilleo de la plata menuda y el vibrar intenso y claro de las viejas onzas españolas, parecían hacer burla al lastimoso gimotear de la Pichirre. Caían las monedas como cristal sobre cristales y rodaban vueltas a la luz en un reír loco de pequeñuelas alegres, traviesas y gozosas.

Llevaba doña Epifania la mano temblorosa a las monedas. Pasábala suave y cariñosa sobre ellas. Sentíase el desagradable roce de una uña fuerte y corta sobre los áuieos cantos. Entre ayes y suspiros, se lamentaba la ciega.

—No sabes lo que me cuestan! No vayas a dar mis onzas, Toribio!

El Pichirre las alejaba de sus manos y ella las apuñaba y llenaba de caricias con una ternura de abuela que besa las guedejas de su nieto. En su imaginación contemplábalas áureas, flamantes como el disco del sol. En sus insomnios se contentaba con tenerlas allí, bajo la cama, al alcance de la mano y las recontaba. En las noches foscas, húmedas y frías, al tropezarlas heladas, calentábalas al calor de sus manos y de sus flacos senos, bajo la pesada cobija de pellón, a riesgo de helarse los pies. Cuando pensaba en los ladrones y vagabundos que azotaban la comarca, ciega y todo se sentía fuerte y su oído se hacía fino y aguzábase en el silencio y la sombra. Con sus manos, huesudas, descarnadas, apretaría por el gaznate, hasta dejar muerto al osado, como los pichones que asfixiaba comprimiendo lentamente hasta que se extinguía la vida.

En sus vagos temores despertaba sobresaltada. Entonces, el viejo y gacho caserón era todo extraños ruidos, corrían y se entrechocaban por entre las mismas paredes pesadas bolas, arrastraban gruesas cadenas por los de-

“EN ESTE PAÍS!...”

siertos corredores y sentíase el revuelo de grandes alas de murciélago que se detenían torpemente en el alero. Presa de intenso miedo, atribuía aquellos ruidos a las brujas, a las comadres curiosas que olfateaban el escondite del tesoro. Se las imaginaba en su terror, allá arriba, en el caballete del tejado, viejas y feas, envueltas en sus alas membranosas, corva y afilada la nariz, entre los ojos consumidos y brillantes como las dos monedas fosforescentes de una lechuza.

En las horas calmosas de la siesta, cuando se quedaba adormitada en el butacón de atata, con el gatazo sobre las rodillas, soñaba con garúas luminosas que descendían sobre la cama. ¡Qué de cosas decíanle con su áureo tintineo! ¡Cómo sobre el duro jergón, las veía alzarse, correr, retozando como cabritas! Las onzas, las viejas onzas la conocían y llegaban hasta ella parlanchinas y removían en su memoria los decires gracejos, señoriles, de las doncellitas pizpiretas y de los galanes amartelados de su florido abril. Eran el elixir de la vida. Pensando en ellas la rendía el sueño, la sorprendía la aurora y el día se le hacía más corto y llevadero.

Don Toribio, en el amodorramiento de la Pichirre, contaba, contaba a prisa el dinero. Entre los montones de plata, como áureos islotes, lucían las onzas. Tomaba muchas precauciones el Pichirre para no alarmar la avaricia de su consorte. Como gato que se alborozaba con un ratón, así apuñaba las monedas. Beatífico arrobamiento dulcificaba las facciones de la ciega: sus onzas, como rútilo y alado enjambre, runruneaban en torno de sus ásperas greñas. Plácidas sonrisas movían sus labios, secos y crueles, como que jamás se plegaban compasivos ante el dolor humano. Iluminábale el semblante la avaricia, así como al devoto la mística visión. Por la virtud de sus onzas desfallecía de ternura y se encendía de amor, como las rosas incendian los rosales por primavera. Amaba sus onzas como la luz de sus perdidos ojos.

En su largo recuento exclamó el Pichirre:

—Diez mil pesos, Epifania!

La ciega no contestó. Se le importaba poco se llevaran toda la plata con tal la dejaran sus onzas.

—Epifania! Epifania! Diez mil pesos!

Continuaba en su ensueño la Pichirre, oyendo el áureo voceo de las onzas. Y como hablando con ellas:

—Niñas bonitas, Luceros de la mañana.

El Pichirre insistió:

—Ves ahora, el negocio es un negociazo, porque con ese vivir prestando ñapas nunca saldremos de esta miseria.

La Pichirre, sin salir de su ensueño, murmuraba:

—Corren, corren y loquean como bandada de niños.

El Pichirre, desorientando el asunto:

—¡Oye! Epifania ¡oye! Cacaraquea la jabada. Anda, mujer, despierta, ya puso su huevito.

Doña Epifania, despabilándose:

—Voy! voy! ¿Recogiste las onzas?

CAPITULO XI

¡ H A Z T E G E N E R A L !

Aquella mañana no se uncieron los bueyes en Guarimba. Los labriegos que habían logrado escapar a la callapa gubernamental, aun con el susto en el cuerpo, refirieron a los dueños de la estancia lo que había acontecido durante la media noche: Al rancho del acequión le habían echado abajo las puertas, y para más se habían llevado a Paulo, junto con otros mozos de los contornos de la ciudad de Petare, de donde sería transportada la recluta directamente al teatro de la guerra, de aquella interminable revuelta que asolaba al país. La familia Macapo, sorprendida por la triste nueva, lamentó la adversa suerte de su gañán, en el verdor de sus años reducido a semejante estado. Don Modesto, sin dejar salir fuera su enojo, por no dar importancia y gusto al comisario, en cuyo proceder veía una afrenta a su persona, hizo uno como panegírico de Paulo. Las alabanzas al mozo destilaban algo corrosivo como zumos de cocuiza, porque en ellas fustigaba a los pocos diligentes, a los que como el comisario se derramaban en malas obras, en vez de recogerse a la hombría de bien y al trabajo. Misia Carmen, sin rodeos dejó correr el torrente de su indignación. La pobre señora, con su monomanía de las grandezas y de abolengo, todo lo acontecido lo achacaba a la envidiosa gentuza comarcana, la

cual, según ella, empleaba aquellas artes ruines, con el fin de menoscabar los miramientos que se debían a una familia como la suya, por lo que vociferó en términos tales contra el arriero de la víspera, a punto de que la servidumbre de la casa como los labriegos que comentaban el suceso, se miraban unos a otros, perplejos y carilargos, más deseosos de escurrirse que de tener la honra de oír a la respetable señora, temerosos de hacerse merecedores del odio e inquina del comisario, el cual, no daría descanso a su machete, hasta no verlos, a ellos, en los puros huesos, pues tenerlo de enemigo era estar en pique de zamuro. Josefina, mientras que sus padres declamaban asombrando al palurdo auditorio, corrió al rancho del acequión presa de mortal ansiedad y con la avidéz propia de quien desea no se le escape el más pequeño detalle, la pobrecita, daba vueltas en torno el rancho, entrando y saliendo, como dicen de las fieras del monte cuando les roban sus cachorros.

Josefina, la que en una hermosa noche estrellada y de cocuyos en la fronda, ciegucecita de amor, padeció el más cruel de los dolores, al oír, sin poder aplacar el enojo, los amargos reproches, las quejas más injustas, así como acallar las torturantes súplicas, los ruegos, a cual más insinuantes y conmovedores, de boca de aquel a quien amaba, con toda la intensidad de un amor pasional espigado en el silencio, guardado en el alma con la más profunda reserva, por no darlo a conocer a los suyos ni mucho menos a aquel que así la hacía gemir, cohibida por irrisorios prejuicios, los cuales, en su estrechez no aceptaban, so pena de deshonor, que una señorita, de clara estirpe y buena sociedad, amara a un rústico mozo, sin otro abo-lengo que el humilde de labriegos y vaquerizos, sin más instrucción, que la que puede comunicar una maestra de primeras letras aferrada al Catón de San Casiano, en una obscura y pobre aldehueta; Josefina, la que desesperada y enloquecida, arrastrándose como una culebra por sobre la hojarasca mustia del oquedal, se detuvo a punto

“EN ESTE PAÍS!...”

de apagar en la clara fuente de sus amores, la ardiente sed que la consumía, sed insaciable, cual de albos lirios que en los rigores del verano sueñan con la estación vernal; Josefina, rara flor caraqueña, juguete de aparador, delicada, culta, inteligente y a quien una sociedad acaudalada y mantuana, bajo un mal barniz democrático, reservaba un novio de modales exquisitos, oliente, no a rústico romero y mejorana, sino a voluptuoso oponax; ante la nueva fatal lloró amargamente, porque amaba, amaba más que nunca.

Ante el infortunio del ser amado, los prejuicios, la vanidad, el orgullo, todo aquello tras lo cual se había escudado, para dominar los arranques de su corazón, se desvaneció como nubecilla a los resoplidos de viento huracanado. Había llegado la hora propicia al invencible amor: de constreñido y burlado hízose tirano, impetuoso y violento, y con furoros de vorágine, borró, aniquiló de aquel casto corazón, de aquella voluntad enérgica, cuanto se opuso a su absoluto dominio. Amor, el divino, el purificador de las almas, el nivelador de las castas, el travieso y el cruel, el que se complace en tierra de reyes en regalar a una pastorcita todo un reino junto con el corazón de un príncipe, y a una princesa obliga a abandonar el boato de su corte, para seguir tras un musiquillo ambulante, de poblacho en poblacho, como una gitana; el que llamando a las puertas del avaro lo hace pródigo, el que sustenta al mendigo, el que hace ahorcar de una viga a un tonsurado y alienta al mísero poeta, óh! Dios mío! en la áspera cuesta, camino de lo excelso, dueño y señor de su corazón se lo entregó de una vez y para siempre al adiestrador de bueyes, a un pobretón de los campos, sin otro capital que su ahijada, sin otro porvenir que un máusser, sin otra recompensa que una fosa a la vera del camino, bajo una rimazón de piedras arrimadas por piadosos pasajeros a los pies de una cruz.

En el rancho del acequi6n, bajo la blanca rosalera, permaneci6 Josefina largas horas en dulce quietud, presa de

inefable placer, al entregarse toda entera, aunque en pensamiento, a la dicha de amar. Hasta entonces siempre que su corazón se había agitado alegremente, como una campana en mañana de navidad, cuando el cielo todo azul y la atmósfera transparente, diáfana, idealiza las líneas y los contornos, o seguido casi con los ojos del alma el vuelo cariñoso y rítmico de las golondrinas anidadas en el alar paterno; cuando el alma de todas esas cosas y de otras muchas, sutil como la fragancia de las flores, penetrándola, despertaban la ansiedad infinita del amor, ella, acobardada y temerosa, con el auxilio de su voluntad, hacía por sosegar su corazón, no con promesas y halagos, sino con asperezas propias de ascéticos ante la rebeldía de la carne, o cerraba los ojos por no ver el paisaje conturbador y más de una vez arrojó pedruscos a las graciosas y ligeras golondrinas. Ahora allí, por completo se entregaba a eslabonar una cadena de ensueños, a avivar recuerdos, sensaciones sofocadas al nacer por temor de que, acrecentándose, algún día hicieran explosión y la cegaran, como ciegan los relámpagos al nauta perdido en medio de los mares, en la noche tempestuosa. En su divagación reconstruía su pasado, no tal como era sino como debió ser, y entreteniéndose así su pena se alejaba del mundo, a punto que el rosal se habría abrazado a su inmóvil cuerpo y vestídola con sus rosas y sus hojas siempre verdes, sin ella darse cuenta alguna. En aquella región hubiera permanecido años enteros, abismada y feliz, a no ser por una labriega, quien se detuvo a aplacar la sed de un pequeñuelo que llevaba de la mano, en las aguas cristalinas del acequi6n.

La gente campesina tiene blanda el alma como recio el cuerpo; así es que reparando la labriega el quebranto y desaliño de Josefina, la dijo con habla cariñosa:

—¿Qué tiene la niña, que está como un pájaro enfermo, triste y encapotada?

“EN ESTE PAÍS!...”

Como se estremece el temblador, cuando la brisa agita las aguas del remanso, así aquellas dulces palabras inesperadas despertaron a Josefina, e inconscientemente contestó:

—¡Se lo llevaron...!

—¿A quién, niña? ¿A quién?

—A Paulo!

—A Paulo Guarimba, al gañán! Pobrecito; más consuélase su buen corazón; está bueno que si fuera un hombre, o su taita o su hijo, llorara toítico el día, como me pasa a mí, que de anoche pa acá no tengo ojos sino para llorar; y si no fuera porque tengo que llevarle la ropita limpia, la cobija y el hijo pa que lo bendiga, allá en casa me estaría llora que llora, sin nunca acabá. Pero pa el pobre, mi prenda, hasta las penas, por grandes que sean, se achican, pues, si no, no hubiera pobres en este mundo. Vamos, criatura, que cuando vuelva, está más alegre que unas pascuas.

En alejándose la labriega, Josefina corrió hacia el caserón de la estancia. Aquella compasiva mujer le había inspirado con su desvelo por el hombre amado, una idea salvadora: volar al lado de los suyos y rogarle a su padre, libertara a Paulo, poniendo para ello en juego su influencia acerca de las autoridades comarcanas. Desayunaba la familia, cuando se presentó Josefina; en la mesa, la vajilla de cobre, sobredorado y plateado, hacía aguas a los rayos del sol que se colaba por el encañado de una parra frondosa, la cual, además de preservar al comedor de las reverberaciones de un patio enladrillado, donde se majaban caraoatas y quinchonchos y se secaba el café, mantenía todo el año el runrún, alegre y festivo de cigarrones, ericas y guanotas. Cada cual ocupa su puesto: las morochas, en sus sillas altas, con sus servilletas historiadas sujetas tras de la nuca, y entre el estirado don Modesto

y el agrio gesto de misia Carmen, la no ocupada silla de Josefina, ante una taza interiormente dorada y con una imagen al exterior de Nuestra Señora de Lourdes. Todo era allí circunspección, como correspondía a una mesa de vajilla de cobre sobredorado y plateado, la cual, a no ocupar su sitio, habría causado por lo menos falta de apetito o una indigestión al matrimonio. Antes faltaría el pan que la vajilla a la mesa de los Macapos; pobre vajilla, la cual ya dejaba ver los tonos verdes del cobre, de tanto mantenerla brillante a fuerza de restregarla con ceniza; pobre vajilla, condenada a ser vista, contemplada, admirada en compañía de una botella de champaña y de un frasco de frutas en su jugo, ornamento del ceibó, pero no a cumplir su misión de vajilla; la tetera, al menos, padecía el cruel tormento de ver llegar la caducidad, sin haber aprisionado ni por una vez sola el alma aromática del té, como las tenacillas de la azucarera, no haber tenido entre sus garras de ave de rapiña, un terroncillo sonrosado. El matrimonio contemplaba, por la billonésima vez la vajilla, cuando se presentó Josefina al comedor, nerviosa, intranquila, y acariciando con sus manecitas he-ladas, la entrecana cabeza de su padre, díjole compun-gida:

—Papá, por ahí van muchas mujeres a salvar a sus maridos y a sus hijos, ¿y nosotros no vamos a hacer nada por Paulo? De Dios abajo él no cuenta con más amparo que el tuyo. Aquí se ha criado casi como un hijo, pues su padre te lo recomendó al morir. Anda, papaíto, haz algo por él, no se lo lleven a la guerra-y lo maten como a tantos otros infelices.

—Bueno, hija, veré lo que se puede hacer en favor de Paulo. Aunque yo no debo inmiscuirme en ese asunto, porque con ello complazco a mis asolapados enemigos, que no sabiendo cómo humillarme, han inducido al desalmado comisario a cometer su atroz atentado. Sin embargo, hoy iré a Caracas, pues me esperan en la Cámara de Comer-

“EN ESTE PAÍS!...”

cio, donde se ventilarán cuestiones tan arduas que a faltar no quedarían satisfactoriamente resueltas, así es que si estos negocios no me roban el tiempo, daré todos los pasos necesarios, por ver si se logran tus deseos, cielito.

—Pero, papá, —observó Josefina— si es en Petare donde se encuentra la recluta y no hay tiempo que perder.

—Dime, pues, qué quieres tú que yo haga?

—Que fueras ahora mismo a Petare y hablaras con el Presidente del Estado, de quien eres tan amigo, como que fué caporal de las carretas de tu padre, y te debe tantos servicios como cuentas y hasta la honra, por haberle apadrinado, cuando la pérdida de aquellas mercancías, que le iban costando la cárcel.

—Cállate, niña, cállate; no todo lo que se oye se repite. Además, por qué ese dominguejo de Paulo se dejó coger? Ahora que aguante. ¡Acaso él es mejor que los otros! Si me he indignado, no es porque se lo hayan llevado, ni por lo que vale el rancho sino porque no han tenido la consideración siquiera de tomarlo en el camino real y santas pascuas. A Paulo es un servicio el que le hacen, porque con la disciplina del cuartel, aprenderá a distanciar las personas y obedecer sin replicar. Mucho me complace lo que le ha pasado, porque ya estaba tan inaguantable, que a poco andar hubiéramos tenido un señorito entre la casa.

Oída sin chistar la parolina paternal, Josefina, convencida de que nadie más cazurro que su padre cuando a bien lo tenía, con la desesperanza en el alma, se fué a la arboleda a dar rienda suelta a sus sollozos.

Bajo la esmeralda de los grandes árboles, se refugió la doncella con su dolor. Ni flores, ni pájaros, ni cielos, como de costumbre, llevaron su ánimo a revolotear cual pintada mariposa en la pradera florecida del ensueño; nada lograba distraerla de su tenaz empresa: librar a Paulo del peligro en que se hallaba porque ser soldado,

para ella, era estar de antemano desposado con la muerte. Acosada por tan cruel presentimiento, flechada en la mitad del pecho por el amor, en su ofuscamiento no hallaba cómo dar cima a su designio, cerrada la senda del amor paternal, a la cual había ocurrido confiada y candorosa, sin sospechar que la herida vanidad de su padre rotundamente se negara a su deseo.

Mas en su descorazonamiento no se abandonó a la desesperación, sino que hallando mil cándidos proyectos, donde a la par que a los santos y las santas de su devoción figuraban las hadas y las brujas de los simples y espe-luznantes cuentos infantiles, cobró ánimo y siguiendo quizás las huellas de alguna triste historia de amores desdichados, en la cual, tras dolorosas peripecias los amantes, en galardón a su constancia y a su valor, alcanzan por epílogo un idilio roto aquí abajo después de luengos lustros, en una hermosa tarde, para recomenzar por toda una eternidad, allá arriba, en un cúmulo blanco y radiante, cual si fuera una descomunal garza real perdida en medio del cielo azul; tomó en su angustia y desasosiego una resolución heroica: la de ir como las mujeres de la aldea, por el hombre amado. Y con aquella ceguedad de los amantes, cuando la sangre juvenil se agolpa en el corazón y rebosando se desborda como las aguas de un torrente, chafando con violencia los juncales de las márgenes que débil resistencia oponen a su impetuosa carrera, dijo:

—Sí, iré a buscarle; hablaré al Presidente del Estado, al señor cura, a los amigos de mi padre, a todos rogaré por él. Pues no de otro modo, en días pasados, las Rochelas obtuvieron la libertad de un pobre medianero, reclutado en su hacienda.

Así raciocinaba la enamorada niña, aunque para rebatir su proyecto, le salían al encuentro, armadas de peros y más peros, fútiles objeciones, las cuales, sin ella darse cuenta, eran pura artimaña de su mismo deseo por

“EN ESTE PAÍS!...”

verse cuanto antes realizado, pues por grandes y lógicas que éstas fuesen, quedaban burladas, como las charcas veraniegas que encontraba a su paso, salvadas de un saltito, como que sus primeros años los había pasado no respetando empalizadas y hartándose de cemerucas o manzanitas de amor.

Hilando de esta suerte la joven, se encontró fuera de la arboleda del solar paterno, en un deshecho, el cual, bajando suavemente a un sobrio cañote, subía luego por espesa pendiente a un sequedal, donde arrimándose, ora a la falda de la cerrazón, ora a las tierras de labrantía, se engolfaba en las estancias vecinas, perdiéndose en los mil caminejos, que partiendo en todas direcciones, conducen a los desparramados ranchos de los labriegos comarcanos. En su embaimiento lentamente caminaba la joven, mas cuando el sol la bañó de lleno en aquellos abiertos campos, lejos de todo paraje umbrío, acariciándola cual fogoso mancebo, en las mejillas, en las espaldas, en el seno, en la nuca, echó a andar de prisa huyendo del sol, el cual la perseguía con más ahinco, dejando en su piel tal picazón, como si todos los pelillos de los cañamerales vecinos los llevare pegados al cuerpo que trasudaba. Corría cual una loquilla, siempre hacia adelante, por el rojizo deshecho, sin mirar a lado alguno, con la frente ardorosa y fuertes punzadas en las sienes, como si éstas fuesen a reventar. Aferrada a su idea, asíase a ella fuertemente como un náufrago a cable salvador, y jadeante corría, cuanto puede una hermosa niña, delicada como un renuevo. Doblábasele las rodillas, ascuas eran las plantas de los pies, pero pensando en Paulo, redoblándose como por encanto sus fuerzas. Nunca, nunca niña de tanta cuna, nacida entre pañales de batista, se vió como Josefina, bajo un sol abrasador, atravesando lóbreges cañotes, dilatados sequerales, donde el rabo de zorro se enseña, entre guaratarillos quemantes y punzadores.

Desalada, por el tortuoso deshecho veíanle alejarse, con ojos curiosos, las zahareñas muchachas campesinas, desde

sus ranchos sombreados por algún árbol frondoso, al regar sus jardinillos plantados en tiestos y colocados en alto, como sobre trojes, para preservarlos de la cabra criada a mano, de los glotonos marranos o de la vaca buenamoza y mansa, alegría y tesoro de la casa. Mas Josefina, en nada de esto reparaba, ni aun en que a su paso las manzanas del diablo, los arañagatos, las lenguas de vaca al prenderse con sus hojas y guías espinosas a la falda, parecían decirle; "No corras, hermosa niña, detente, que el rojo polvillo torna grises tus coquetos zapatos, tus medias azules, tus blancas enaguas, tu lengua crineja; no corras, hermosa, que el rojo polvillo aplaca su sed empañando tu piel de morena; no corras, hermosa, que el rojo polvillo es dañino a las niñas que siempre han vivido en alcoba aromada; no corras, hermosa, si quieres no estar a la noche malita, no corras, hermosa". Mas ella, sorda a todo reclamo, corría, corría como una venadica herida en busca de alguna clara fuente, donde calmar la sed que la devora...! Cuando llegó a las tierras altas, a los laderones incultos de Gonzalo Ruiseñol, estropeada, muerta de fatiga, sedienta, jadeante, envolviendo en una mirada el paisaje agreste, divisó como una mancha verde el cambural de hojas frescas y lustrosas recién plantado por Gonzalo, en torno del estanque, para aprovechar el derrame de aquellas aguas, llevadas hasta allí por medio de bombas y molinos, desde las tierras bajas a estotras bravías, como que su costra nunca había sentido la caricia prolija del arado. Abandonado el deshecho, buscó hacia aquel sitio de verdor lozano en medio de aquellos sequeadales entrecortados por estribazón de la cordillera, y que Gonzalo soñaba transformar en campo deleitable y productivo. Allí, en aquel esfuerzo de Gonzalo, porque era allí que el tenaz mozo desfogaba sus energías emprendedoras, su fortuna se consumía y su imaginación forjaba maravillas agronómicas o bien, en sus momentos de amargas desilusiones, cuando la realidad se le imponía despiadadamente con su lógica brutal, deducida de los he-

“EN ESTE PAÍS!...”

chos, se denostaba, se injuriaba a sí mismo con cuanta afrenta e improprio se le venía a la mente. Allí se detuvo Josefina, otra alma enferma, pero del mal de amores, y calmó su sed en las aguas del estanque, donde la brisa juguetona y apacible levanta suaves ondulaciones. Desvanecida, el cambural, el estanque, los cerros, todo le daba vueltas, por más que llevándose las manos a la cara cerrara los ojos. En medio de su desfallecimiento, la pobre niña se decía a sí misma: “Si esta nube no se me quita de los ojos, si esto no se me pasa, al pobre Paulo se lo llevarán. ¡Virgen mía! dame fuerzas para llegar hasta allá, no me abandones, madre clemente, deja que le salve, aunque muera después”. En ese lastimoso estado, marchando como que si a cada paso tropezara con un escalón invisible, la doncella se encaminó hacia la amplia carretera, a través de las tierras de regadío, salvando los profundos surcos, sepultándose sus pies en los camellones al desmoronarse, heridas las manos y arañando el cuerpo al salvar los vallados y setos espinosos. Ya en la carretera rojiza y polvorienta, repentinas tolvaneras danzando a su alrededor, la arrojaban a los ojos nubes de polvillo cálido, adornaban su cabeza con las hojas secas y las basurillas del camino, o tomándola por eje la envolvían en su embudo rojo y polvoriento, empeñándose en levantarle las faldas, en arrastrarla como las hojas secas a lo largo del camino o subirla al hilo telegráfico, al copo de los árboles, zarandeándola sin cesar por ver si la golpeaban contra algún tronco seco o la echaban de bruces al fondo de algún barranco; ciega, abrumada por el polvo, en medio la carretera, la infeliz niña no sabía cómo orientarse, cuando la buena mujer del chiquillo que horas antes se había detenido en el acequión, saliéndola al encuentro dentro de un matorral vecino, comenzó a llamarla, diciéndola:

—Venga, niña, que el sol le derrite los sesos,—y tomándola de la mano, la condujo al matorral, donde su rapaz dormía sosegadamente echado sobre la cobija.

Con sus anchas manos la caritativa labriega arreglaba las faldas a Josefina, ponía remedio en cuanto le era posible y decíale como para consolarla:

—Muy grande debe ser su pena, pero no se desviva, que toíticos tenemos nuestro penar y a toíticos parece el nuestro peor.

—Ay!—dijo la niña,—mi pena es cual ninguna otra; si usted la conociera, vería que me sobra razón para enloquecer.

—Nadie, niña,—observó la buena mujer—, ve el mal de otro sino con los ojos de la cara, y el propio con anteojos aumentativos.

—No miro así el mío, ni lo comparo con otro,—objetó Josefina,—mi dolor es la misma muerte.

—Niña, niña, no llore, que se le secan las fuentes, y présteme su atención, y añude mis referencias, pa que vea, como con el congelo que llevo adentro, me aguanto y no muero; que asina se ejecuta con las penas que le descalabran a uno el alma. En los ranchos de Galipán me he criado, y si no pregunte por Colaza, pa que vea. Ahí mismo conocí mi hombre, y he dao cinco frutos de mi seno, y uno no más queda, que los otros murieron de mosezuelo en naciendo y están allá arriba entre los coros de serafines. Naide más feliz que yo en mis días de felicidades: un hombre con mucha querencia pa mí y con mucha vergüenza, que es lo primero pa que una mujer no pase trabajos. Mi hombre, de todo saca provecho; cuando no quemaba carbón está con el machete socalando un monte pa plantá el conuco en cuanto asomen los nortes, o macaneando un callejón, o desmochando los membrillales pa vender la vara, o cogiendo moras y fresas en sus días o buscando parásitas, que él conoce el mayo blanco y el morao, cigarrones y mariposas y cuanto nace pegao a los palos, allá riba en la montaña. Pues bien, mi niña, aunque nada me faltaba, que tenía mi rancho y en su plan un

“EN ESTE PAÍS!...”

jardín, de donde sacaba pa la venta el romero, la ruda, la albahaca, a veces me creía desgraciada porque fulán tenía un burrieco más que mi hombre, o su mujer quien la ayudara a tender el pan o a rayar la yuca, que asina nos ponen las comodidades. Pues cátrate que un día, cuando estábamos lo más contentos, se presentaron los guerreros, primero los del monte, por sonsacarme el hombre, pues todos eran compadres, y en la misma noche llegaron los del gobierno, tumbando y capando y mi hombre ganó el monte, y estuvo huyendo mientras la guerra ardía. Desde entonces, de mal en peor, pasando la mar negra hasta hoy. Ya en el rancho no quedan sino las cuatro topias del fogón, y en lo que cuaja el topocho en el conuco, ya lo estamos asando pa engañar la vida: que no hay tiempo pa más, que cuando una guerra se acaba otra comienza.

¿Qué le parece ahora mi pena? ¡qué feliz fuera yo, con la pocaza riqueza que tenía y mi hombre en casa!

Oía Josefina la historia de Colaza, con muestras de sumo interés y cuando aquélla calló, díjola:

—Su mal es grande, pero el mío es un mal!...—Y las mejillas de Josefina se llenaron de rubor en aquella confesión tácita de su amor.

—Grande debe ser la historia de su pena,—díjola Colaza,—pues por encima se le conoce, como el asno la matura aun con la enjalma a cuesta. Y si quiere que le diga más y no se ofende, la niña puso los ojos muy abajo, pa quien como ella todo lo tiene de sobra y es de buena cuna.

Como sobre ascuas se hallaba Josefina, sufriendo aquel rudo examen, pero al mismo tiempo sentía gran alivio al hablar de su pena; su corazón se desahogaba y se sentía como más liviana, como si le hubieran quitado un enorme peso de sobre el pecho. Así es que a las rudas observaciones de la labriega manifestó:

—Es verdad, pero le amo desde niña, le amo no sé por qué, porque le amo, Colaza, con todo el corazón. Todo se opone a nuestra dicha, lo sé. Y aunque mil años viviera, mil años le amaría. Y mis padres no lo permitirán jamás, antes con gusto amortajada me vería con cuatro luces por delante. Y yo qué puedo hacer, amándole como le amo, sino morir de dolor!

—Qué tristor, niña, me entra, qué tristor!—exclamó Colaza,—qué malo es ser gente de cuna. En los días de Dios que llevo, he escuchao historial como el suyo.

Y Colaza, con los ojos preñados de lágrimas, en tanto que se echaba sobre el hombro el dormido niño y se terciaba sobre las espaldas la capotera, cortó la triste plática, diciendo:

—Vamos andando, criatura, que ahí está Petare agazapadito.

Caminaba la una al lado de la otra, como si de antaño fuesen dos buenas amigas! Y acaso no lo eran ya cuando una misma causa las llevaba a la ciudad, a dejar, cada cual y a su modo, su gotita de miel en el vaso de retamas que apuraba aquel que en mirándolas en vez primera, hizo latir la noble entraña inusitadamente!

Cuando llegaron a la ciudad Josefina y Colaza, la recluta ya se hallaba en el tren, que debía transportarla a la ciudad de Caracas. Y entre el trapaleo de la muchedumbre, ofanse mezclados a crueles sarcasmos, amargos sollozos, quejas y ayes, consolaciones, frases inolvidables, ingenuas promesas, tristes adioses, los cuales se iban en pos de los que se marchaban a la muerte en verdor de sus años.

Rota, molida, estrujada, dando empellones a éstos, codazos a aquéllos, Josefina se abrió paso por entre la muchedumbre en solicitud de Paulo, por quien preguntaba en su ansiedad a todo el que hallaba a su paso, sin alcan-

“EN ESTE PAÍS!...”

zar razón alguna. Así iba de grupo en grupo, sin poder escapar a los dicharachos vulgares y soeces, con que la regalaban tanto los pisaverdes de la ciudad como los mocetones de los campos, cuando ella se les acercaba apenada y trémula, rogándoles la informaran sobre el paradero de Paulo, o al pasar junto a ellos, hecha una lástima, tambaleándose y quejumbrosa; pues éstos, al verla en ese mísero estado, tomábanla por una buhonera ambulante, y como a tal la requebraban y floreaban; cada cual con las flores de su cercado, por lo que ora le llovían clave-linas y miosotis, ora rudas y hongos de los fangales.

Padecía horriblemente Josefina en medio de aquella muchedumbre, la cual la golpeaba brutalmente, la arrastraba en su flujo y reflujo como un madero en medio de las aguas. El semblante de la pobre niña era espejo de su dolor; sus ojos reflejaban el asombro de su alma, ajena por completo a cuanto la rodeaba, pues hasta entonces para ella la vida se había reducido a un hermoso ensueño de primavera, al mundo ficticio y dorado de las relaciones paternas, donde ella, cual preciosa joya, brillaba y era adulada y admirada.

—Paulo, Paulo!—clamaba en su desesperación Josefina, yendo de un vagón a otro, cuando, oh, dolor! vió en el último de éstos a Paulo, como escondido entre dos compañeros tan taciturnos como él. Turbadora emoción sobrecogió a la enloquecida niña; en aquel instante creyó morir, el sol se eclipsó para ella, la tierra huyó de sus pies; en su aturdimiento, ora sonreía, ora se entristecía, en tanto que el rústico mozo la contemplaba con devoto embelleso, cual si de hinojos estuviera ante la veneranda patrona de la aldea. Abismábanse unos ojos en otros, sus almas cándidas asomábanse a ellos, sus hermosas almas purificadas en el crisol del amor, albas como una hostia.

Roto fué el idilio...! Margaritas silvestres, plegad vuestros broches; soi-solas, lamentaos de jaral en jaral. Roto fué el idilio al emprender su marcha triunfante y

majestuosa la locomotora, hacia la ciudad lejana, pues Josefina fué separada violentamente del ventanillo por el cual contemplaba a Paulo. Oh! entonces, en una frase condensó todas sus promesas, todas sus esperanzas.—Paulo, —dijo,—Paulo! hazte General!

Extraño adiós...! Pero es lo cierto que Josefina, siempre cohibida, atormentada por el orgullo y vanidad de sus padres, como alarmada por el incesante progreso de su amor, ante el abismo que veía entre su amado y su casta, ante aquel imposible, se refugiaba en el alcázar de su fantasía, donde colmaba a su amado de todo aquello de que andaba escaso, y al mísero gañán trocaba en acaudalado señorejo o bien, reunía tal número de circunstancias que de un alba a otra, la garrocha del boyero, convertida en lanzón invencible, daba honra y fama a su dueño, el cual, en la apoteosis de su gloria, venía por ella, como la recompensa más grata a sus marciales proezas.

Y el mozo de ojos de jaguar, que sollozaba ruidosamente en el fondo del vagón entre sus dos compañeros taciturnos, al recibir aquel adiós, se estremeció, cual si el bélico clarín le anunciara las huestes enemigas, y vió como una luz y se sintió fuerte, capaz de muchas cosas; y confiado y tranquilo dejó caer sobre sus ojos de fuego los párpados, para mejor entregarse a la dicha de soñar con la amada. Mas aquel adiós, que era un "hasta mañana", tierna promesa de amor, fué celebrado por la multitud que se hallaba en la estación con una rechifla general. Y la enamorada niña, llena de asombro, buscó amparo en las personas que la rodeaban, y sólo encontró caras rudas, que refan despiadadamente, mofándose de aquel grito de su amor en tan honda desesperación...!

Sí; fueron las morochas, quienes dieron la voz de alarma...! Acostumbraban éstas en compañía de Josefina, a zambullirse en la linfa frigidísima de Tócome, en cuan-

to el sol se avecinaba al zenit, cuando los desgarbados sauces contemplaban sus siluetas en el cristal, de aquellas aguas y en vano habíanla buscado y llamado a grandes voces, en todos los sitios a donde de ordinario se retiraba con sus enseres de bordar o su canastillo de costura, para en la dulce paz y soledad de los campos, entre tanto de sus delgados dedos salían pájaros y flores, fantasear a su gusto y satisfacción, sin testigo alguno que interpretara sus suspiros y el rubor con que a veces se teñían sus pálidas mejillas.

Sí, fueron las morochas quienes dieron la voz de alarma...! Y amos y criados buscaron a la niña, tanto en la casa como en sus dependencias, mas viendo que sus pesquisas resultaban inútiles, comenzaron a inquietarse y a temer no la hubiese acontecido alguna desgracia. Misia Carmen, a quien las contrariedades de la mañana aún mantenían indignada, injuriaba a los criados por no andarse listos en dar con el paradero de Josefina. Ciega de ira, arrojaba lejos de sí los trastos colocados al alcance de su mano, gritando y zumbando recorría toda la casa, iba de la sala a la cocina. Y el grave don Modesto, como un mozuelo ante el furor de su consorte, sin gastar propopeya huíale, evitaba todo encuentro, que así era el terror que le inspiraba su dueña y señora, en circunstancias como aquellas, en las cuales salía a relucir tal cual ella era, con todos sus resabios de nieta de la ilustre cachapera del valle de San Roque.

De puro acoquinado don Modesto, sin ánimo para correr el temporal de portazos y de injurias, se echó al campo en busca de su hija. Y era de ver al señorón, ir a campo traviesa en pantuflas y gorro recamado en oro, echando los bofes y sudando la gota gorda, detener a las gentes campestres con un además e interrogarlas ansiosamente por ver si alguna noticia le daban acerca de la niña. Mas los interrogados, viendo a señorón de tantas campanillas en semejante estado, no le huían, temerosas de habérselas

con un desquiciado de sentido, que tal era el aspecto del Macapo. En su andar a la ventura, don Modesto se encontró en la estancia de los Pichirres, quienes informados de lo ocurrido, no pudiendo dar razón, llamaron en su auxilio a Magalo, por ser éste gran madrugador, andar con el alba ya en el campo y ver y saber todo lo que en él acontecía. Para dicha de don Modesto, aún Magalo no se había atiborrado de aguardiente y en su habla estro-pajosa, dijo haber visto pasar corriendo por los sequeros de la estancia a Josefina. Para un hombre como el Macapo, listo y perspicaz, lo dicho por Magalo bastó para explicar la ausencia de la joven, tanto más cuanto que sin saber por qué, su ánimo receloso, abrigaba sus sospechas respecto al paso dado por Josefina. Así es que puesto en la pista, salió disparado hacia el camino real, ocupada la mente en hacerse los cargos siguientes:

—No, no sé cómo se me había escapado, pero la culpa la tiene Carmen, quien con sus gritos y aspavientos me saca de mis cabales. He debido comprenderlo esta mañana; sus insinuaciones, sus ruegos, son indicios que me aferran en mis suposiciones. Ella, viendo que yo me negaba a sus súplicas ha ido personalmente a Petare. ¡Qué locura! Si entonces hubiese sospechado esto, con dos letras me lo habría evitado!... ¡Qué dirá la gente? porque a todas luces esto se ha de traslucir, aquí y en la ciudad.

En tanto que así racionaba el Macapo, ya en pleno camino real, en una de sus pausas, en las cuales se detenía y dirigía una mirada hacia todos los vientos de la rosa, como que si oyentes invisibles estuviesen pendientes de sus palabras, llevándose las manos a los ojos a modo de visera, exclamó:—¡Qué es aquello!—y luego añadió:—¡Si es Josefina!...—Y en el camino rojizo, demarcado por los árboles de los cercados, casi blancos con el polvillo cálido que les echaban encima los repentinos ventarrones y tolva-neras, a la hora del bochorno, dos mujeres, dos figuras es-cuálidas, apoyándose la una en el brazo de la otra, marcha-

ban lentamente, seguidas de un chiquillo mugriento y asaz moreno, quien lanzaba a lo alto puñadas del polvillo de la carretera, el cual, al descender, formaba uno como halo luminoso, en medio del cual se destacaban las dos figuras míseras y dolientes, en el desolado paisaje veraniego.

Con los brazos abiertos corrió don Modesto hacia las dos mujeres, pues en aquel instante el rencor que guardaba a su hija se desvaneció ante los sagrados fueros del amor paternal y las recriminaciones trocáronse en frases bondadosas. Y Josefina por toda contestación echó los brazos al cuello de su padre, llorando y gimiendo, pues traía destrozada el alma y agotadas las fuerzas. Pobre niña! gentil recental, obligado a destiempo a pacer en los herbazales ásperos y amargos de la vida!

—Señor, señor,—decía Colaza—, usted no sabe lo que ha sufrido la criatura, he tenido que correr tras ella, que asína venía de cieguita y se hubiera esbarrancado, con los dichos que le soltaron esos lambíos petarenses.

En el soportal, en medio a los criados y labriegos, que se habían ido reuniendo a la noticia de acercarse Josefina, pues hubo quien atisbando tras alguna cortina de verdura diera con don Modesto y la joven camino de Guarimba, aguardaba misia Carmen a su hija. En lo inmóvil de su mirada, en su agrio gesto se traslucía todo el encono de su alma que veía roto, deshecho a su pies su más caro ideal, el por qué de su existencia, la mentira vital con la cual se había alimentado y nutrido; porque aquel paso de Josefina era la humillación de la familia, dolorosa y cruel herida al orgullo y vanidad de la casta, hasta aquella hora menguada, ilustre y sin mácula. Sin asomos de bondad, ahogada la maternal ternura por el desbordamiento de la cólera, al ver a su hija que se abalanzaba hacia ella trémula y suplicante, la contuvo con un ademán, cual si fuera una leprosa, pues en aquel instante con sus propias manos e impasible, en holocausto a la vanidad y al orgullo, único Dios que llevaba en el corazón, hubiera sacrifica-

do a la doncella, ajena a todo remordimiento. Erguida y con una severidad puritana y deajo desdeñoso, mientras que uno que otro sollozo escapado a los pechos humildes, a los pechos plebeyos de criados y montunos, se dejaban oír en medio de aquel profundo silencio, a donde sólo llegaba el borboteo burlesco de las aguas del acequi6n, en su correr precipitado por derramarse sobre la fértil vega o sobre el barbecho de recia y reseca entraña, misia Carmen interrogó a su hija:

—¿D6nde estabas?—Y como la niña no contestara, prosiguió: —Mira como vienes, hecha un andrajo; tú como que te olvidas de quien eres! Lo que has hecho está bueno, está bueno que lo hiciese una compañera de Paulo, una mujerzuela, como esa que te acompaña, que no es nadie como lo es él. Pero tú, lo entiendes, jamás, aunque lo hubieran degollado. Anda, anda, dí cómo se te ocurrió semejante infamia.

Y la abatida niña, a quien el amor no le cabía en el pecho, contestó sosegadamente: —Porque le amo— y ambas manos se llevaba al corazón, como si el amor rebosando se desbordara. Ahora, que la constreñida pasión en toda su plenitud, tras un largo forcejear en la cárcel de los prejuicios, se veía libre, sin rebozo alguno, a los cuatro vientos hubiera gritado: “Lo amo, lo amo, como la tierra al sol”. En su delirio, dolíale no haber correspondido a aquel amor, y extrañas torturas se posesionaban de su corazón con sólo pensar que Paulo no se creyese amado con aquella pasión que abrasaba su sér, cual si fuese una llama. Así, así la mantenía el amor, delirante, en uno como sonambulismo amoroso.

—Qué dices? qué dices?—exclamó misia Carmen, con una cara de asombro y llevándose las dos manos a los oídos, como si una centella hubiera caído a sus pies.

—Que lo amo,—volvió a decir la niña.

—Santo Cielo! ¿qué es lo que oigo?—exclamó misia Carmen. Mas, recuperándose del asombro, dijo echándole

“EN ESTE PAÍS!...”

lumbre a los ojos, la sulfurada matrona: —Una hija de Carmen Perules de Macapo, amar a un gañán! Tú no eres mi hija, lo que eres es un miserable ser. Me inspiras grima! Oh! qué infamia! no hay nada peor que vivir la gente decente entre gentusería! Miren cómo nos paga el Paulo. Así es, uno los alimenta con las sobras de su mesa y en vez de lamerle la mano, lo muerden.

Entretanto misia Carmen, anatematizaba la conducta de su hija, paseaba a grandes pasos don Modesto, del uno al otro extremo del soportal, majestuoso y magnífico en su arrogancia, como que si los improperios que lanzaba su consorte a la desdichada niña vinieran a recordarle el papel que le correspondía en aquel trance, como padre de nobleza y arraigo. Así es que a cada lindeza de su mujer, se esponjaba cuando no añadía algo al discurso, con el cual debía aterrorizar a sus oyentes, gregarios lanudillos, y acabar de lacerar el corazón de la frágil niña, tan necesitado de consuelo como de un sabio régimen moral, único anestésico, que no turba las hondas perturbaciones psíquicas, al menos las adormece y contiene, hasta que la muerte apaga de un soplo el inflamado corazón.

Con la última pausa de misia Carmen, don Modesto, tomando todo el aire posible de que eran capaces sus pulmones, comenzó su parrafada:

—Desgraciada niña, oprobio de los tuyos, bien dice tu madre: no eres nuestra hija... Tu conducta no es consecuente con nuestra hidalguía, y, si al encontrarte no te arrojé de mis brazos, fué por el respeto que me debo a mí mismo en el sacrosanto carácter de padre, aunque de una hija sin asomo de vergüenza y de respeto, al confesar con la mayor naturalidad que ama a un gañán. De ti han huído todas las virtudes que han hecho de los Macapos y los Perules, de los Perules y los Macapos, el espejo de la sociedad, no descaminuense, sino de la República, pues no fué la raíz de nuestro abolengo como el de la mayoría de los advenedizos peninsulares, sino de cepa muy ilustre. Y

a estar aquí hay ese vil canalla que osó poner en ti sus miradas, le arrancaría la lengua y sacaría los ojos; mas Dios que es todo justicia y vela sin cesar por los padres, hará que le maten en el primer encuentro y tú, ruín, manci-lla de este techo immaculado, no debes, no puedes presentarte, y es mi voluntad que no te presentes delante de tus padres; así es que olvídalos y no cuentes con ellos en este mundo. — Así dijo el Macapo, y girando sobre los talones, llamó a su mujer hacia el interior de la casa, mientras que los montunillos gimoteaban muy de veras en compañía de Josefina, pues ellos afortunadamente no recordaban tener otro abuelo sino el palurdo Adán de la leyenda, el cual, sin saber cómo, se encontró un día hecho y derecho en el herbazal del Paraíso.

De qué artes y qué maña se valieron los Macapos para ocultar la realidad de los hechos a las muchas personas de su amistad, así como a los curiosos vecinos, que so pre-texto de haber ocurrido una desgracia en la estancia, se fueron presentando en el resto del día ¡sábelo Dios! pero es lo cierto, que al abandonar éstos la estancia, sonreían maliciosamente. Sobre todo, los montunos que iban para mantuanos, tales como los medianeros, aparceros y terrazgueros de algún posible y que a fuerza de entregar malas cuentas a pique estaban ya de ser terratenientes o los terratenientes, quienes jamás en su rudeza habían logrado soltar por completo la costra de barro de humildes medianeros, aparceros, y que para mantuanizarse iban a presentar, o soñaban dar algún doctorcico al país o canónigo a la Catedral Metropolitana; es decir, uno de tantos seres esclavos de una levita rucia y de un pumpá grasiendo, que son estorbos para toda faena o empresa humilde.

Sólo con la noche se vió libre el matrimonio Macapo de sus muchas amistades y pudo, sin testigo, entregarse a su desesperación, porque desesperado, acoquinado se halla-

ba el matrimonio con el proceder de Josefina. Misia Carmen se hallaba inconsolable, lloraba y rabiaba a un tiempo mismo. Don Modesto, siempre prudente, lamentábase de haber llegado a tales extremos con la niña, que no hubiera en la aldea quien no les tuviera a ellos en la punta de la lengua, cuando entre familias de su rango semejantes cosillas se ocultan y no se gritan a los cuatro vientos, como ellos lo hicieron llevados del primer arranque de su justa cólera. Haciendo por consolar a su mujer, decía el Macapo:

—Carmen, hemos sido demasiado violentos, nos ha cegado la rabia, hemos procedido sin juicio, cuando lo que nos tocaba era reprender a solas a la niña, porque todo eso no es más que caprichos de la juventud. Con sacarla de estos contornos y poner cuatro bailes, bien seguro estoy de que se le borra de la mente Paulo y de que se llenaría de rubor si en público llegara a sospechar que Monifato o cualquier otro joven de los que le pasean la cuadra allá en Caracas, estuviera en cuenta de semejante pecadillo.

—Déjate de componendas, lo que hecho está, hecho se queda. Si ha de morirse que se muera, lo que es para mí se acabó, como si no hubiese existido jamás.

—Carmen, Carmen, mira que es tu hija!

—Aunque así sea, lo que siento es que no existan conventos, porque a estas horas, ya estaría despachada con su petaca y sus quinientos pesos y olvidada del mundo.

—Sí es verdad, así debía ser, pero estos malos gobiernos han acabado con todo eso por cogerse los reales, cerrando a las familias decentes ese refugio de la honra para caso semejante al nuestro.

Mientras que así, en espera del sueño platicaba el matrimonio, bien cerrada la puerta de su dormitorio, un rayo de luna entraba por la ventana del cuarto de Josefina y

caía sobre la blanca camita, donde entre sollozos y gemidos se había quedado dormida, oprimiendo contra su corazón el ya diseco ramillete de cigarrones que Paulo le trajera la víspera de cumplir la promesa a la patrona de la aldea, festividad de grata recordación en los anales doscaminuenses y que ella desde aquel entonces colocaba bajo su almohada, para llenar de besos al terminar sus nocturnas oraciones, en las cuales pedía a la virgen sanara su corazón. A la dulce claridad lunar, la doncella tenía la palidez de los lirios, que lentamente se marchitan lejos del sol. Sobre la alba almohada, llena de luz plata, su cabellera en desorden parecía más negra, lúcida y abundosa, en tanto que el diseco ramillete de cigarrones sobre su seno, casi en la penumbra, semejava una monstruosa araña que chupaba su corazón. Por su entreabierto boca de cuando en cuando se escapaban ligeros suspiros.... ¡Quién sabe si al quedarse dormida con el último beso al mustio ramillete pensaba en Paulo, y aun en sueño continuaba besando aquel único recuerdo de su amor, porque Paulo no poseía oro, ni perlas, ni diamantes con que colmar el cofre de su amada, pero para rebosarlo abundaban en el empinado bosque avileño los grandes cocuyos azules, las hojas olorosas, los cigarrones y la flor de mayo, de aroma tenue, exquisita y rara!

CAPITULO XII

A L S O N D E L T A M B O R

—¡Sargento Guarimba; forme la gente!

Los soldados corrían a la formación. Eran, como él, todos bisoños, rudos campesinos, salteados en sus conucos, en sus ranchos y en los caminos. Pobre carne de cañón que a la ligera se disciplinaba y aprendía y enseñaba el manejo del máuser. El enemigo multiplicaba sus guerrillas en el país. De javal en javal, de arcabuco en arcabuco, los fogonazos de las facciones distraían y diezmaban las fuerzas veteranas. Poblachos y casales se rendían a sus amenazas. La osadía de los cabecillas alentaba el espíritu de rebelión. Los desafueros y crueldades ensañaban los odios. La Patria ardía, como una sabana, por sus cuatro extremos. Cada cual creía tener en las manos el remedio de los males que la consumían, sin saber que las enfermedades en los pueblos, como en los hombres, han de seguir su curso natural, en la lenta eliminación de elementos nocivos a su desarrollo y vida.

—Sargento Guarimba, oído al tambor!

El pelotón evolucionaba en la tarde triste y opaca por los corredores del cuartel.

El sargento Pellejos dejó caer su bandola sobre el cabo Rimales.

—¡Animal! que cojas el paso!

El cabo Rimales era un negrazo de Barlovento, fornido como un Hércules. Al reír enseñaba todos los dientes, en una mueca fiera, sanguinaria y sumisa.

Se llevó la mano al cuello, en donde la bandola dejara un verdugón.

—Está bueno, mi sargento.

—No replique!

La bandola silbó de nuevo en los aires y el carrillo de Rimales se hizo sangre.

—Sargento Guarimba! esfondíguele la lipa a ese zambo!

Un baquetazo cayó sobre los lomos de un soldado.

—Que meta la barriga pa dentro, amigo!...

Paulo Guarimba prometía ser tan buen sargento como había sido buen gañán. Paulo Guarimba no pestañeaba, no reía, no caracoleaba nunca en el cumplimiento del deber. Era como esfinge de piedra. Lacónico, grave, disciplinado: sus ojos no interrogaban jamás indecisos: miraban aguardando la orden que cumplir y la cumplía rápida, inexorablemente. Y todo porque alimentaba dos sueños, el uno consecuencia inmediata del otro: su amor y su generalato. Aquellas dos fuerzas le sostenían e impulsaban a traginar por nuevos y desconocidos derroteros. La flor de una noble ambición apuntaba en su cerebro, y su amor, deshecho por el desastre, resurgía fuerte y eterno, como fundamento de su vida espiritual, como acicate de aquella ambición, en el tenaz empeño de alzarse hasta ella, que era suya, que le pertenecía como el aire a las aves y el aroma a las flores. Se asía a su

“EN ESTE PAÍS!...”

amor, como el poeta al hilo de oro de sus sueños, para fortalecerse en su desamparo. Más feliz que otros hombres, que ven consumir sus días en la eterna ignorancia de su destino, había tropezado con lo que habría de determinar su existencia. La vida no es sino una trayectoria más o menos luminosa, fuegos, exhalación en noche de verano, pero que necesita de la fuerza oculta y misteriosa que le impulsa a su fin. Y el amor en él determinaba ese instante; correría su trayectoria con la inconsciencia de la piedra que mano imprudente lanzó a los aires, ajena a sus estragos. Regocijo de los hombres, noche de tormento de la humanidad, Paulo Guarimba, sin darse cuenta, iba atado al potro de su destino como Mazeppa a los lomos del caballo salvaje de la estepa.

—Batallón! A formar, por cuartas sucesivas, sobre la escolta de bandera, desfilando a derecha e izquierda!

—Guarimba, oído al tambor!

Y no se oía sino el jadeo de los bisoños y el chocar de las bayonetas, en la tarde triste y opaca del cuartel.

En la calle, las cajas y los pitos resonaron con estrépido. El pelotón rompió filas. En la iglesia vecina plañía una campana.

Allí, en el cuartel, fuera de las horas de servicio que lo ponían a vibrar los nervios, entre los baquetazos de los sargentos y los sonos marciales de las cajas, vivía bajo la presión de sus temores y de sus anhelos, sin que su ceño se desarrugase nunca, a no ser cuando la blanca visión de Josefina pasaba ante sus ojos nublados, con la niebla visionaria del amor. Mientras los otros reían y se injuriaban, él, inmóvil, tras algún pilar, o sentado en un rincón en el suelo, limpiaba su máuser y pensaba en ella. Estaba seguro de su amor, pero desorientado en medio de la vida nueva y brutal que lo rodeaba. Se recogía en sí mismo y deseaba ardientemente sacaran al campo de la guerra el batallón que organizaban. Poseído de su pensa-

miento, sólo el ruido, el alboroto y el trajín ahuyentaban la confusión de sus ideas. A ratos, cuando se sentía sin libertad, olas de soberbia y coraje sacudían su cuerpo y estallaban en sofocados sollozos y sordos rugidos. Impulsos violentos obligábanle a ponerse en pie y a andar a zancadas por los corredores, como fiera enjaulada que olfatea inquieta por entre las rejas. Comíanle las entrañas las ganas de lanzarse sobre la guardia y deshacer entre sus manos los máuseres y las espaldas y aplastar a sus opresores en un esfuerzo hercúleo de su brazo y en un desbordamiento espumoso de su bilis.

Con el pensamiento se transportaba a "Guarimba", a los campos dorados por el sol. Bajo la mirada lánguida y tierna de Josefina, veía pasar las horas en la paz campesina, en tanto los canarios se desgañitaban trinando en los corredores silenciosos del caserón de los Macapos. Sonreía interiormente y llamábala anhelante, así como por entre las yerbas a su compañera la inquieta perdiz. Y era presa de desfallecimientos inefables, como si una emanación de aquel ser querido le compenetrara y se derramara sobre su angustia, como sobre el ascua de una quemadura se esparce un soplo tenue. A veces en su añoranza, pasaba de la dulce melancolía a los entusiasmos bélicos. Una nube roja, insuflada por el loco alboroto de los redobles y clamorear de los clarines, le arrastraba en el torbellino espantoso de una carga, en medio de caballos que se embarrancaban, sodados con las caras negras de pólvora, manos ensangrentadas, banderas que llameaban y el ulular frenético, inconsciente y fiero del pelotón que conducía a la victoria, recibiendo cargas nutridas y tronantes. Y volvía de sus ensueños heroicos, fatigado, como el águila nueva que batió las alas hacia el señuelo solar. Excitada la imaginación, entregábase al sueño, tendíase en el suelo del cuartel, y bastábale cerrar los ojos para ver surgir de la nada a Josefina, rodeada de un halo luminoso, de un resplandor de plata, con la sonrisa apacible y el ademán piadoso de la virgen de la aldea, sacada en

andas por la calle enflorada, entre la liturgia mística de los cantos y el relumbrar al sol, como una pedrería, las faldas y el manto sembrado de lentejuelas. Ayes, rugidos, se le agarraban a la garganta; rodaba por el pavimento, lo comprimía con el pecho, golpeábalo con los puños, hasta que un empujón y el terminacho injuriante y sonoro de un camarada, despertábale de súbito. Le obligaban los ensueños a abrir los ojos sonambulescos y a sentarse sobre la cobija, aun presa de horrible pesadilla.... Hallábase en “Guarimba”, en el rancho de la blanca rosalera, bajo el encanto de la luna pálida. El cuatro en sus manos, como de costumbre, alborotó en su nido los íntimos cantares, las endechas ardientes, dolorosas y suplicatorias con que su amor abejeaba en torno al panal de sus desasosiegos. Su alma vibró como un dardo que parte a herir en la mitad del pecho a la que incendió nuestro ser y puso en él el deseo de una caricia eterna, la sed inagotable de una ternura insaciada. Con el nombre de ella en los labios rendíale la fatiga, tras el trabajo rudo y paciente por vestir los campos con la esmeralda de los renuevos y la alegría de las promesas. En el sueño reparador y profundo, bajo la confiada paz del rústico alero, en la brumosa media noche, despertó alarmado a las voces y los golpes con que llamaban a su puerta. Por un ventanuco atisbó, sigiloso. En la sombra vió brillar chopos y machetes conuqueros. Era la patrulla. ¿Qué quería? Golpeaban de nuevo. No contestó. Pensó en hacer creer que el rancho estaba abandonado. Se irían. Descargarían el cambural. Arrasarían con cuanto estuviese al alcance de sus manos. Los golpes menudeaban. violentos y las voces injuriaban. Agredían. Sintió crujir la puerta. La derribaban. La sangre se le subió a la cabeza como una llamarada. Lanzó un grito terrible de coraje y odio. Todos sus músculos, elásticos como los de un león, le lanzaron de un salto a meter las manos a la puerta que cedía descuajaringándose entre ayes, como si lo inanimado, los maderos, los clavos y los goznes se resistieran a entregar al úl-

timo vástago de una obscura familia de destripa-terrones. Mas, de nada vale la resistencia de una vieja puerta, deteriorada por los años, ante los fuertes culatazos de una autoridad constituida, y en un borbollón, como salen los bachacos del bachaquero, se precipitaron al rancho, ansiosos de apresarlo. Saltaba él por encima de los trastos derribados. Hacía por escapar, entre la lluvia de cintarazos de la quisquillosa autoridad, —un manso arriero de la víspera—, por la magia de los tragos, del principio de autoridad mal entendido y de un cintajo destenido en el sombrero, transformado, per saltum, de buen arriero, inofensivo y hasta honradote ciudadano, en terror de sus vecinos, amenaza constante de vidas y haciendas cuando no de honras.

Subyugado por el número, le ataron codo con codo, y del rancho sacáronle a empellones. Ahogábale la rabia, pero marchaba, con paso seguro, sin preocuparse de los golpes recibidos ni de los guarales que se le incrustaban en las carnes. Pensaba en Josefina. Don Modesto no lo abandonaría; le devolverían la libertad y entonces todos aquellos canallas, borrachos, vagos, rateros, a quienes apandillaba el comisario, le conocerían mejor. A cada uno le pondría su marca. Les mocharía las orejas, les abriría dos canales en los cachetes, una cruz en la frente, les tumbaría los dedos, su machete despuntaría las narices. Y gozaba viéndose con su machete en las manos. Si cortaba hasta por el lomo! ¡Qué carnicería! Y mascujaba entre dientes el viejo refrán de la loca: "A cada uno cuando le toca!"

Las estrellas comenzaban a apagarse con el albor de la mañana. Los picachos de la sierra coronábanse de castillejos que se derrocaban lentamente al abismo. En las vegas levantábanse fantasmas tamaños como torreones de trapiches que se deshacían entre contorsiones. Bueyes deformes rumiaban a las orillas de las acequias, que se alejaban musitando una letanía sin fin. Arboles solita-

rios, bajo un sudario de nieblas, lucían como espesas torres al borde de pedregosos caminejos. Por en medio de las sementeras marchaban, en travesía, los reclutadores. A aquella partida se agregó otra y otra. Iban enrundados y silenciosos. “Guarimba” quedaba atrás. Se arrebolaron los cielos y las aves, con gran alborozo, comenzaron su gran parlería.

Ahora estaba allí, en el cuartel y las horas se le deshacían pensando en Josefina, en “Guarimba” y en hacerse General.

Aquella noche, como tantas otras, cuando se tendió en la cobija, al conjuro de su amor, Josefina surgió a su lado, muy cerca, cerquita y lo miraba y le sonreía como a veces, pensando en ella, le sonreían las estrellas en el fondo arenoso de la acequia....

Los preparativos para la diana le despertaron bruscamente, cuando iba por una carretera amplia, entre campos abiertos a la luz, relumbrando las armas de su batallón como las púas de un puerco espín de plata. Suspiró hondo y se restregó los ojos. Estaba en el cuartel! Los soldados se formaban en los corredores y en el patio. Se iba dar una pela a un desertor. El jefe de día lo apresó en el barrio de unas mujeres de mal vivir. Amparábale una vieja alcahueta, enloquecida por el amor de los soldados mozos y bisoños. Hacía cinco días se preparaba para volverse a su casa y errar por los montes, hasta la extinción de la guerra. Y con palabras dulces e inesperados contratiempos, la alcahueta le entretenía. Cantaba canciones y bebía ron, cuando la curiosidad de un alférez, amigo de los cantares y las mozas, lo descubrió. Le habían condenado a cien latigazos. Ya estaba allí, en el suelo, echado sobre un costado, aquel hombrecillo de ojos vivaces y asustadizos, con la desconfianza y el espanto pintado en el semblante. En obligado abrazo estrechaba las rodillas, ceñidas las muñecas por un guarnal. En aquella innoble posición, soportaba el peso de

un máuser atravesado por entre los brazos y debajo de las corbas. Contra las frías baldosas, semejaba un ratón magullado. Un cabo se acercó al desgraciado y con la punta de un cuchillo le echó abajo los calzones, y la parte pulposa de sus carnes, que reclamaba desnuda el castigo, apareció magra, flaca y terrosa. La tropa se formaba en cuadro a su alrededor. Los cuatro cabos de su compañía acomodaban los haces de chaparros. Un capitán, de ojos de aceituna, siempre torvos, muy hecho cargo de la importancia de su cometido, se preparaba a leer la sentencia.

La sentencia, leída en voz alta, fué ante todo una arenga contra el imprudente, que dejándose llevar del impulso de libertad y rebeldía, —iguales en la conciencia de los hombres—, abandonara las filas; y en nombre de la disciplina, del honor de la bandera y del santo amor a la causa, se le imponía como castigo, y para ejemplo de los demás, la pena de cien latigazos. El silencio era profundo. Una cantimplora rodó bajo los pies de los soldados. La diana comenzó triste. El primer cabo quebró la primera vara y el primer ¡ay! de aquella iniquidad encendió el alma de los clarines y el redoblar frenético de los tambores, como si aquellas notas marciales, amadas de los valientes, trataran de ahogar los lamentos de una víctima irresponsable, condenada a sufrir aquel vejamen y hasta la misma muerte, en nombre de unas tantas cosas que no le habían enseñado a amar, ni a respetar los mismos que se levantaban ante él como sus jueces.

Gritaba, gritaba desaforadamente el soldado, a cada latigazo que caía sobre sus carnes ya amoratadas.

Los cabos, impasibles e indiferentes, descargaban sus varas como si majaran caraotas en la era. Y por encima del voceo de los clarines y el ensordecedor golpe de los tambores se oyeron en los comienzos de la bárbara faena, pugidos secos y resistentes, luego lamentos agu-

“EN ESTE PAÍS!...”

dos, roncós, apagados, clamando piedad para el dolor que vencía destrozando fibras, precipitando los latidos del corazón, entenebreciendo el cerebro, aniquilando la voluntad y la vida.

El cabo Rimales, mostrando sus dientes blancos y con una placidez de caníbal y de niño en el semblante, descargó sus varas, con todas sus fuerzas, contra aquellas carnes vivas, como si golpeará en las ancas de un potro cerril.

Paulo Guarimba no quitaba los ojos del soldado. A los latigazos que los cabos infligían, pestañaba y sus músculos se contraían temblorosos, como si se preparasen a repetir el bárbaro castigo. En tanto el vigor acompañó al soldado, una cólera sorda roía su corazón. En un arranque se hubiera plantado en medio de aquellos verdugos y liberatado a aquel hombre, como una fiera liberta y defiende los cachorros. Mas, cuando el soldado comenzó a desmayar y sus gritos de protesta se trocaron en un pugido doloroso e inconsciente, hubiera arrancado de las manos del cabo Rimales las varas que le quedaban y golpeado él también, hasta agotar la poca vida que aun animaba aquel miserable ser. Al encontrarse en semejante caso, su boca no se hubiera abierto jamás. Muerto a palos, quedaría con la cara pegada contra el suelo, ahogado por el coraje y el encono en que herviría su corazón.

Sus ojos se encendían bajo su ceño cruel. El gesto denunciaba la arrogancia del espíritu. Todo erizado como un gato montés, oía la voz muerta, el hipo espasmódico del soldado. Calló la diana. Se suspendieron los látigos. El soldado no gemía. Le soltaron las muñecas. De abajo de las corvas engarrotadas sacaron el máuser. Una sonrisa espiritualizada por el sufrimiento, vagó en sus labios, se reflejó en sus ojos entenebrecidos como los de una res, a la que se degüella.

Rota la formación, un cabo y cuatro números se apoderaron del desdichado. No se le podía incorporar. Era todo un ¡ay! Las carnes, majadas como para albóndigas, chorreaban sanguasa. Dos soldados compasivos preparaban, en una totuma, salmuera con el agua helada del depósito.

Paulo Guarimba se acercó al grupo. El soldado se desmadejaba entre lamentos en los brazos de los camaradas. Se abrió paso hasta ellos. Levantó en el aire al apaleado por un brazo, y lo llevó a la cuadra respectiva, con el gesto fiero y bello de un jaguar que se aleja por el breñal con la presa codiciada.

Paulo Guarimba comenzaba a imponerse a sus camaradas. El Coronel reía. Le protegía abiertamente. ¡Si era Mala-rabia, el viejo carretero de las Rochelas!

CAPITULO XIII

LA SANGRE DEL ALCARABAN

El gigante, la mole, el Avila, no existía. La bruma se le echó encima espesa, densa y lo borró. Garuaba, garuaba sin cesar. En los mogotes, los guaití-guaití lloraban sus pesares. A ratos, en algún confín lejano, brillaba la alegría medrosa y fugaz de un rayo de sol, sobre la greña de los montes y el verdor de los cañamelares.

En "Guarimba" la noche fué de congojas y pesadumbres. Josefina se hallaba de muerte. Largos días de enfermedad manteníanla postrada. En un aniquilamiento increíble, era un haz de huesos envuelto en la seda de una piel que parecía deshacerse. Al verla no se comprendía cómo el alma no había abandonado ya aquel cuerpo dolorido. Era de cera transparente y los ojos, agrandados por la enfermedad, vagaban inquietos y brillantes. Los ojos angustiaban; un alarma continua asomábase a ellos. La muerte se aguardaba. Cuando algún sopló helado movía las cortinas del lecho o la entrejunta puerta cedía sobre sus goznes, todos los ojos se encontraban, como si las dos grandes luciérnagas que iluminaban el rostro de la niña se apagaran con la ráfaga que agitaba las colgaduras y ponía a bailar la llama de su lámpara de aceite que ardía a los pies del Cristo.

Misia Carmen y la Pichirre velaban a la cabecera del lecho. La enferma, desde la madrugada, había entrado en un sudor copioso y en un sueño profundo, después de un ajeteo de inyecciones hipodérmicas. Los párpados caían dulcemente sobre los ojos, y las facciones en reposo, acentuaban sus líneas; se perfilaban. Las dos mujeres, adormecidas, daban grandes cabeceadas, vencidas por el trasnochar perenne. En postreros estertores, finalizaba una vela, entre rojos reflejos, en una palmatoria de cobre. Por la entrejunta puerta se colaba la humedad de la mañana y refrescaba la caldeada habitación, impregnada de éter y otras emanaciones picantes y acres.

Don Modesto, en el comedor, hacía compañía al médico, un joven que comenzaba a encanecer. Era el médico del lugarejo y en su faz reposada reflejábase un algo de aquella tranquilidad campesina donde hacía años se refugiaba. Desayunaban. Monótono, uniforme, goteaba en un rincón el tinajero. De tiempo en tiempo, en el silencio de la casa, se desataba como un raudal de plata, el gorgear fuerte y apasionado de un canario vistoso. La sirvienta entraba en puntillas y servía de manera automática.

—¿Mi Doctor, no hay esperanza?

Contestó distraído:

—Hasta el último instante.

—¿Pero usted no observa ninguna mejoría?

Masticaba el médico, con gran calma, pedacitos de pan embarrados con mantequilla. Se volvió de pronto y explicó:

—El mal hace crisis. Anoche estuvimos ahí, ahí. Si no nos falla el corazón...

Inquirió anhelante:

—¿Tiene mal el corazón?

—Todo en ella está acabado. En esta niña no hay nada bueno. Tiene un gran desequilibrio nervioso. En este estado, cualquier cosa precipitará la muerte.

—¡Doctor! ¡Doctor! ¿no hay esperanza?

Como si se abismara en la deglución, el Doctor enmudecía.

No ignoraba la causa de la enfermedad. Sabía que el amor fuerte y libre se ensoñoreaba de aquel corazón como el vendaval del mar; y que, avasallador y absoluto, triunfaba a costa del organismo que le nutría, en su recio forcejeo contra falsos sentimientos e ideas preconcebidas. Reprobaba la conducta de los Macapos, quienes encastillados en su vanidad, no acudieron a tiempo a socorrer y libertad a su hija, sino que la abandonaron, rencorosos, en su desolación, como si aquel amor, nacido entre los surcos, fuese un delito, sólo porque el amador no contaba con rancios pergaminos ni con otro tesoro, sino con la sinceridad de la pasión con que asediaba. Sin comprender que el amor que nos sale al encuentro y nos detiene y vence, es imposición ineludible de fuerzas ajenas a nuestra voluntad, cuya raigambre, soterrada más allá de la individualidad, se extiende en los subsuelos de la especie y nutre y alienta el reclamo pertinaz y apremiante de afinidades misteriosas.

Tras aquella intensa sacudida la predisposición que acechaba se erguía amenazadora en la ruina del organismo. Y el médico, tras una serie de complicaciones, se empeñaba, confiando en su juventud, en devolverla a la vida, convencido de que la salud del cuerpo como la del alma, si no retornan en absoluto, se apuntalan, y la alegría y el optimismo renacen y la vida se torna dulce, buena y llevadera, en medio de penas y quebrantos. Masticaba el médico, y don Modesto, distraído, hacía bolitas con migajas que arrojaba al patio, en donde un enteco alcarabán corría tras ellas y daba caza con garbo y gentileza.

A la entrada del corredor se detuvo el viejo Pichirre. Venía chapaleando agua al través de las sementeras. Los zapatos, encharcados, dejaban tras sí su huella; los calzones, salpicados de barro, los traía arrollados a la mitad de las flacas pantorrillas. Embusacado en un saco de cobija que chazos y remiendos arlequinaban, impresionaba cómicamente bajo el descomunal paraguas, que chorreaba hilos o madejas de agua celeste.

—¿Cómo sigue la enferma?

El alcarabán corrió tras él a picar sus vellosas piernas, con el largo cuello tendido y los ojos fijos. A la agresión se volvió hacia el ave, cerrando el paraguas.

—Este animal no sirve sino para ensuciar. No sé cómo han podido pasar la noche con este bicho cantando las horas!

El médico y don Modesto se vieron las caras. La noche transcurría para ellos tan afanosa, que no se habían dado cuenta de los gritos del pajarraco.

Afirmó supersticioso Pichirre:

—Este animal es de mal agüero en casa de un enfermo de gravedad. Quién sabe si es la causa de todos los males que le afligen, don Modesto. Mátelo.

Bonachón, observó el médico:

—Déjese de patrañas, don Toribio. Y viva el alcarabán. Usted no sabe que don Modesto lo tiene para que le avise las visitas.

—¡Patrañas! Eso es lo que los tiene a ustedes perdidos: no creen nada. ¿Cómo sigue la enferma?

—Lo mismo, don Toribio.

—Pues, buenas las tenemos, todas son desgracias y cosas raras.

“EN ESTE PAÍS!...”

Contestó el médico en broma:

—Así van las cosas por el mundo.

—Debieran ir de otro modo, si no fueran todos locos.

—Eso es viejo.

—No tanto. Nunca se han visto cosas como ahora.

—Porque las tiene olvidadas.

—Jamás se vieron.

—Usted ha visto algo mejor.

—Los buenos tiempos. Se fueron para no comenzar.

—Pero, si no han comenzado nunca, don Toribio!

—Si usted es de ayer, Doctor!

Terció don Modesto:

—Todos los tiempos son iguales.

Replicó el médico:

—No; ahora vamos mejor.

Se encolerizó el Pichirre, agregando:

—¡Mejor! y nos morimos de hambre? Mejor! y no contamos con brazos con qué trabajar? Mejor! y a fuerza de exprimirnos nos arruinan? Mejor! y la riqueza de todos no la vemos los pobres? Mejor! y no se respeta nada?

—Sí, mejor, a pesar de todos sus comentarios y aspavientos.

—¿Pero, dónde tiene usted los ojos?

—No tengo ojos, ni boca, ni oídos.

—Usted es un loco! Loco como mi sobrino y como todos los hombres que se levantan ahora.

—Su sobrino es un hombre inteligente y batallador y no sé de los demás.

—¡Mi sobrino! Ay!... Si usted supiera... Oiga, que a eso he venido. Pero que no salga de los tres, que no quiero verme en líos.

El Doctor, impaciente:

—¿Qué trae en el agaje?

El Pichirre escudriñaba al través de sus gafas todos los rincones.

Los dos hombres se repantigaron en sus asientos, plácidos y maliciosos, como si se prepararan a asistir a algún sainete. El viejo había cogido la chochera con el sobrino. Era su más cruel mofador.

—No lo digan! Mi sobrino se fué a la revolución. Se ha alzado.

La risa borbotaba en los labios.

Don Modesto ocultaba la boca en el pañuelo.

—Por Dios, don Toribio, está usted de remate.

—No me creen!

El Doctor, mechificándose:

—Y usted, ¿por qué no lo siguió en su potranca diluviana?

—El reír es de necios.

Apoyados los brazos en la mesa, don Modesto ocultaba la cara entre las manos.

El Doctor, fingiendo seriedad:

—No reíamos de usted. La ocurrencia de Gonzalo nos saca de quicios.

—Sí, señor, como lo oyen: Se ha ido a la guerra.

Don Modesto, alzando la cabeza como un niño cogido infraganti:

—Pero, ¿cómo? ¿cuándo?

Con gran sigilo, el Pichirre:

—Trajo la noticia el negro Cacao.

El Doctor, siempre guasón:

“EN ESTE PAÍS!...”

—Sería sábado y los vapores del alambique lo tendrían viendo visiones.

Explicaba convencido el Pichirre:

—El fué de la partida. Se revolvió del alto de Sartenejas, porque las piernas ya no le ayudaban. En plena tempestad salieron anoche de “La Floresta”. Gonzalo reunió la gente con una bebedera de aguardiente y unos tapiramos con cabeza de marrano. Iban todos borrachos.

El Doctor se gustanteaba:

—No estaba mal la comida.

—La parranda fué el pretexto.

—¡Con que a estas horas anda Gonzalo por los montes, dragoneando su partida!

—Con todos sus peones y los que pudo seducir.

Don Modesto, descreído:

—¿Eso es cierto, don Toribio?

—Como el sol que nos alumbrá!

El médico frotándose las manos:

—¿Se le puede creer?

El Pichirre, besando la cruz que formaron sus dedos:

—¡Por esta!

—Pues, estoy muy contento.

El Pichirre, asombrado:

—¡Contento!

—Eso es lo que debemos hacer todos los hombres que pasamos por las aulas. Ir a la guerra para civilizar la guerra. Nuestro soldado, hasta el día, no es sino una máquina de matar gente, sin ningún valor moral en el ejército. El guerrero debe ser caballeresco y noble hasta la exageración. Como su hermano el lírico, su trascendencia es fundamental. Por los héroes y los líricos se cuentan las jornadas de los pueblos. Al ejército debié-

ramos concurrir todos, para entrar de lleno en la acción, en nuestra vida tal cual es, y no abandonar el país a sus fuerzas ciegas e inconscientes, so pretexto de evitar calamidades, amparándonos cobardemente en un falso patriotismo. Todo hombre debe vivir la vida que le toca, con la mayor intensidad y buena fe posible. La vida es como el oro, no vale por lo que es, sino por lo que se puede lograr con él. Todo no es vivir, sino emplear bellamente la vida.

El Pichirre, extendiendo hacia él su brazo como para alejarlo:

—Las ideas de mi sobrino!

—Pues, en estos tiempos tendrá usted muchos sobrinos.

—Estas son sus ideas!

—No, señor, estas siempre fueron mías. Y si es verdad lo que dice, estoy de plácemes. Un paso tal en Gonzalo, obedece a una idea noble y generosa. Mientras los hombres de un país se sacrifican por palabras, por ideas, por ensueños, este país está vivo y en medio de sus calamidades verá brillar la aurora.

El Pichirre sonreía impertinentemente.

—Salir del atolladero a donde le llevan sus locuras. No tener con qué pagar a los acreedores; eso y nada más le obliga a huir a los campamentos. Por lo tanto, es un pícaro.

—Ojalá poseyésemos diez mil pícaros de esa calaña!

—Los tenemos y algunos más.

—Dios lo oiga, don Toribio!

—Para que los extermine. En este país se cuentan los buenos con los dedos. Si yo fuera Gobierno, acabaría con los estorbos de una vez. Al que cogiera, lo fusilaba.

“EN ESTE PAÍS!...”

—Con sangre es como se abona mejor la tierra.

—Con sangre de pillos haría una laguna para engordar mis cochinos.

—¿Y al último de nosotros quién lo degollaría, don Toribio?

Misia Carmen se acercaba y llamaba con voz temblorosa y emocionante:

—Doctor, Doctor; venga; Josefina tiene una cosa.

Don Modesto se puso de pies y acudió precipitadamente a la alcoba de la niña.

El Doctor se enderezó con calma; dió dos o tres chupadas al cigarrillo y se alejó lentamente hacia la enferma.

Misia Carmen se dejó caer en una silla. Lloraba, oculto el rostro entre las manos.

El alcarabán corría de un extremo al otro del patio, lanzando cascados gritos.

El Pichirre se aproximó a misia Carmen: puso una mano en su hombro y dijo solemne y misterioso:

—Misia Carmen: mande usted matar el alcarabán, para que vea cómo desaparecen los males de esta casa. Son de muy mal agüero cuando hay enfermos de gravedad. Estoy seguro de que les ha traído la desgracia. Que lo degüellen y arrojen la sangre a la candela. Después, que lo claven en la pared o lo guinden del techo de la caballeriza, para así ahuyentar a las brujas y a los murciélagos que se chupan la sangre de los animales.

Al través de las lágrimas, misia Carmen le veía con ojos asombrados y supersticiosos.

El Doctor volvía en compañía de don Modesto, plácido y charlador.

Misia Carmen le salió al encuentro.

—¿Cómo sigue mi hija?

—Con ganas de comer pollo sudado, con migas bien olientes a ajo, como dice sabe usted hacer.

—No se chancée, Doctor.

—Sin chanza. Si se acentúa la mejoría, a comer pollos y migas cuantos quiera.

—¿Y qué le dió?

—No le dió nada, señora. Lo que tenía era hambre. Esta hambre que tenemos todos los venezolanos desde que nacemos hasta que morimos.

—Siempre de juego!

—Digo la verdad. La peor enfermedad es el hambre. Nuestra alimentación no es racional. Se nos ha de enseñar hasta el comer. El hambre fisiológico es la ruina moral y material de este país. Donde no hay estómagos llenos no hay virtudes. Para ser bueno, justo, talentoso y noble, es menester poseer glóbulos rojos. La conciencia de nuestra fuerza nos hace generosos. Un país de anémicos y palúdicos, no engendra sino locos y talentos malos.

—¿Y Josefina, lo que tiene es hambre?

—Hambre vieja, como todos los venezolanos desde hace cien años la padecemos.

Arguyó el Pichirre:

—En mis tiempos no hubo hambre.

—Usted no sabe de eso, porque nunca ha querido ni sabido comer.

—Oh! Yo como mucho!

“EN ESTE PAÍS!...”

—Usted ultraja su estómago como el más miserable de sus peones!

—¡Hambre en casa!

—Hambre! La prueba de ello es que desaparece nuestra tradicional cocina de campana y horno; porque nuestras mujeres no saben para qué sirve eso. Nuestros bisabuelos ahumaban en ella lenguas, chorizos, carnes, jamones; y conservaban otras cosas más. Y nosotros las derribamos, porque como no comemos, no las necesitamos.

Exclamó escandalizada misia Carmen:

—¡Caramba con usted, Doctor, cualquiera que lo oye cree que eso es verdad!

—No miento. Gran parte de las cosas que nos pasan, son obra del hambre. O como diría un sociólogo entendido: Nuestro gran problema es el económico. Mientras los pueblos no lo resuelvan no entran de lleno en la civilización. Todos esos pueblos que usted ve marchar hacia adelante, es porque ya han resuelto la cuestión del estómago. Con que, a comer y a buscar el medio de que los otros coman. Y los glóbulos rojos se encargarán de lo demás.

Saltó el Pichirre:

—¿Y mi sobrino?

—Ese es otro hambriento, pero de cosas nuevas. Y déjele usted en paz.

—¿Y su última locura?

—No la creo. Y si fuera cierto, mejor, está viviendo nuestra vida; haciéndose venezolano hasta la médula de los huesos. Allí aprenderá a conocer a sus conciudadanos y la guerra nos le devolverá desilusionado. Porque la resolución de nuestros problemas políticos-sociales no está en la guerra, sino en la paz. La paz es el mejor depura-

tivo para un pueblo que se agita por encontrarse a sí mismo. Paz, paz, paz! sea como fuere la paz. Ha llegado para nosotros la hora de la paz, de la reposición, de la estabilidad, del engorde, aunque después la matanza sea espantosa, sanguinaria y cruel. En esta paz consciente, hija de nuestra voluntad, es en donde habrá de forjarse el eslabón que nos unirá con nuestro pasado, cuando un gran ideal nos esparció como un inmenso río por casi toda la totalidad de un continente.

Dolores, la barrigona, recogía el servicio de la mesa. Con sus ojos grandes, húmedos y negros, envolvía en su mirada lánguida la juventud en otoño del Doctor, como envolvía en ella a todos los hombres jóvenes y fuertes que iba tropezando por el mundo.

Misia Carmen la llamó sigilosa y le cuchicheó al oído. La Dolores respondió, apiadada:

—¡Pobrecito! ¿Cómo lo cojo?

La otra afirmó al tirar:

—Eso es cosa suya.

Don Modesto dejó escapar un profundo suspiro.

—Todo eso es verdad. ¿Cómo seguirá Josefina?

Enmudecieron y se pusieron en pie.

El Doctor observó, pidiendo su mula:

—Lo de siempre, donde se tropiezan dos venezolanos, salta la eterna cuestión, la política. Está relacionada con todo, con el vaso de agua que me bebo y con la pesadilla que me asalta a la media noche. ¿No está en ella concentrada nuestra vida? Como todos los enfermos, nuestro pensamiento gira alrededor del mal que nos aqueja. Mi mula! mi mula! Desde ayer estoy con usted y me reclaman los otros.

Misia Carmen le interrogó:

—¿Se va usted sin dar una vueltecita a Josefina?

El médico se calzaba las espuelas.

—Vamos a decirle, que mañana puede comer pollo con migas.

Josefina, entre la albura de las sábanas, sonreía dulcemente.

El Doctor llegó alborotado y mientras le tomaba el pulso, ordenó:

—Aire! aire! Abran de par en par esa puerta! Si te portas bien, Josefina, mañana tomarás pollo, un pedacito, para oler. Las migas para después, con bastante ajo y doradas como maíz tostado.

Los semblantes rebosaban de satisfacción.

El Doctor se despedía a la puerta del aposento.

—Hasta luego!

Allá, en la cocina, reinaba inusitado alboroto.

Don Modesto frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué ocurre?

A sus espaldas respondió el Pichirre:

—El alcarabán. Acérquese. Vea desde el pasadizo.

Y se asomaron a la boca del pasadizo. Allá, en el fondo, después de un extenso patio sembrado de rosas y malabares, y por entre los sarmientos vestidos de hojas y racimos de una parra que agobiaba a la troje, se distinguía la entrada a la cocina: un inmenso arco. Allí, colgando de una solera, aleteaba el alcarabán, en el esfuerzo de Dolores la barrigona, por degollarlo. El rapaz de las vacas metió una cazuela bajo el animal para aparar la

sangre. En el momento en el cual se asomaban a instancias del Pichirre, el cuchillo de la fregona entraba en la carne viva. El ave dió un fuerte aletazo y la cara del chico se bañó en la sangre cálida. La gente del servicio reía en coro, batiendo palmas.

El Doctor se adelantó, furioso, por el pasadizo, exclamando, apostrofando:

—Asesino! Asesino!

El ave sacudía blandamente las alas y sangraba en la agonía.

El rapaz retrocedía perplejo, ante el ademán y el apóstrofe.

El Doctor lo detuvo. Bajo el centellear de sus ojos, el niño doblegó la cabeza, murmurando cándida y supersticiosamente:

—Si no, no se salva la niña Josefina!

El doctor le puso la mano en la frente salpicada de sangre y le obligó a mirarle a la faz, acompañando tal acto con estas frases sentenciosas:

—Matar por matar, es un crimen. La vida es sagrada bajo todas sus formas. La tuya, tu vida y la de él, es una. En esencia, no hay sino una sola vida universal...

Esto dijo y se alejó; mientras hilillos de púrpura caían pausadamente en la cazuela del rapaz que yacía en el suelo bajo el cuerpo aún convulso del alcarabán, recibiendo el holocausto de los prejuicios y supersticiones seculares.

CAPITULO XIV

¡QUE VIDA!

Ah! días largos y de hambre! Por encimita todo era disciplina y relumbrón. Caras lavadas y brillar de charrteras y uniformes. El rancho era del Coronel. La ración no alcanzaba para nada, pues la mayor parte se la guardaba a cambio de un guarapón en ayunas; de algo al medio día, como sancocho de carnes magras y recortes de verduras. Para beber el caldo, el caldito, era menester soplar hacia los lados la queresa desprendida de los huesos con que lo sustanciaban. Por la tarde, frijoles o tapiramos o quinchonchos meteorizaban el intestino. En tanto, a puro afrecho y avena redondeaban la mula y el caballo del Coronel, y tres queridas, llamábanle su hombre y se chupaban la sangre del cuartel.

A fuer de muy económico sí quedaba una locha para tabacos, de los cuales uno era para el Capitán. Y no era su suerte para quejarse, que otras las había peores. Soldados los había que se alimentaban con las sobras, que vendidas tenfan sus raciones.

¡Qué vida! De noche pasaban en el cuartel cosas extrañas. Fantasma, sombras se escurrían. Dormidos-despiertos, se iban rodando como en busca del calor del compañero hasta esconder los dedos en el bolsillo ajeno. Para

evitar escamoteos, orejas, narices, bocas, transformábanse en alcancías; pero los otros eran tan listos, que de los tales escondrijos desaparecían el cuartillo, el medio, la peseta, sin sentir ni dejar rastro. Para vivir era menester estar sobre aviso. Tal y tan abundantes eran las malas mañas, que desde el Coronel al toca pito, todos dormían con un ojo abierto y el otro medio cerrado.

Lo único que consolaba a Paulo en medio de aquella vida, era que veía en ésta el único medio de acercarse a ella, a Josefina. "O me matan o me hago General"—era su cantinela. Había en él una absoluta confianza en sí mismo; aquella suprema confianza que hizo a los héroes y a los santos y a la obra insigne e imperecedera del sabio y del artista. Ahora amábala más que nunca y aparecía a sus ojos más bella y hacendosa. Contemplábala en todas aquellas actitudes familiares gratas á su recuerdo, en la dulzura de la tarde, sentada al borde de la acequia, con el bastidor por delante, haciendo aparecer con puros hilos de seda, como si estuviesen vivos, a los mismos azulejos, a los rojos cardenales y a las rosas de la blanca rosalera.

Entre sueños y ejercicios, pelas y cepos, pasaban los días para Paulo, unos hartos de padecimientos, otros cortos de pan y todos largos, muy largos para la ausencia. Así iba tirando de su vida de soldado, como los magros bueyes de Magalo del arado, a ratos desfallecidos, a ratos a puras amenazas, a ratos sostenidos con la esperanza de alcanzar un pasturaje por verdes vegas. Hasta que un día hubo inesperado movimiento en el cuartel. Al fin salían para el campo de la guerra. Se organizaba un gran ejército expedicionario. De una vez marcharían contra el enemigo tres mil hombres. Pero aquella noche, su batallón repentinamente recibió orden de salir camino de "Los Altos" y "Mala-rabia", su Coronel, de hecho lo hizo alférez; porque quería oficiales y no niñas bonitas entre su gente. ¿Y quién iba a contrariar el capricho de "Ma-

la-rabia”, cuando éste era el único hombre, por sus conocimientos del terreno, con el que contaba el Gobierno para escarmentar a los facciosos por aquellos cerrajones?

Aquella fué una noche de tropezaduras por un mal camino pedregoso. Los hombres resbalaban a punto de rodar peñas abajo. Los burros que llevaban los pertrechos se atollaban en los barrizales o se echaban en las cuestas; así era de precipitada la marcha. Noche de contratiempos, de pestes y amenazas. Hostigados los soldados por sus superiores, más de una tira de pellejo se quedó adherida a los guarataros del camino.

Con el frescor de la mañana todos los instintos selváticos del batallón, adormecidos por la vida de cuartel, despertaron. Aquellas bocanadas de aire, aquel conjunto de lozano verdor, aquel sol tibio, sólo de las mañanitas de “Los Altos”, colmaban el alma de contento. Retozona alegría impulsaba a saltar, a amar la vida, a correr, como acontece al rebaño de cabras encerrado toda la noche al correr las varas del corral.

Hallábanse en su elemento. En las llanadas, la marcha era un pasitrote voluntario. Las cuestas las subían canturreando y animándose los unos a los otros. Pero en lo que la tierra comenzó a emborracharse de sol, los árboles a amortiguarse, el fresco y los aires a refugiarse en los lejanos y profundos barrancones por donde se despeñan los torrentes, entonces todo lo que había de manse dumbres y de contento en el ánimo del batallón, desapareció, como las azules neblinas de la sierra al claro brillar del sol.

Los días de cuartel vividos lejos de la naturaleza despertaban la malignidad en los ánimos y el amor a las sensaciones fuertes. Traviesos e indisciplinados, con su Coronel a la cabeza, el batallón iba, sembrando estragos. Todo era risa y sarcasmos. Movidos por el deseo de rapiña y el espíritu de violencia, los soldados prácticos en

la vida de campaña saqueaban los hogares abandonados. Ollas y cacerolas, todo cuanto tras un rápido inventario aparecía a sus ojos, so pretexto de ser útiles necesarios para el rancho caía en sus manos. Entre cuchufletas y gracejas todo lo pillado desaparecía en sus morrales. El mismo Paulo, no era el Paulo de todos los días, el de siempre: comedido, reflexivo. Su ánimo, como el de los otros, tendía a la disolución y a la guachafita. Los soldados, al notar aquella desacostumbrada placidez, estimulaban su camaradería con displantes y paradójicos decires. El desarrugaba el ceño y los dejaba hacer. Mas, cuando el primer baquetazo rodó a sus pies la primera gallina: dando saltos mortales, hubo en él un arranque repulsivo, que así se estaba en su alma cimentada la honradez. Ante aquel simple hecho, el labriego que llevaba adentro, con su gran apego a la propiedad, se alarmó. Reprobaba aquel acto; hubiera castigado a aquellos hombres, pues siempre le chocaron los ladrones de gallinas; pero al instante cayó de la cuenta de su niñada, y sintió que se ruborizaba. ¿Qué habría dicho "Mala-rabia"? ¿que él era un hombre blandido, con el alma de mujer? Arrugó el ceño y trató de desechar aquel pueril escrúpulo. Si eso no era ni de hombre, pero no estaba en él; podría hasta matar, robar, incendiar, pero aquellas pequeñeces contra los infelices no las aguantaba.

Estaban en una cuesta pelada, bajo un sol que asaba las espaldas. Allá, en una hondonada, se veía una umbría. Los soldados marchaban con la esperanza de encontrar agua en abundancia y solazarse allí. De aquel bosqueje en adelante, el camino de recuas se tendía como un gusano rojo de loma en loma, árido, desierto y relumbrante. Paulo marchaba al lado de su gente, taciturno. Los soldados iban lentos, agobiados por el calor. El pensaba, no en Guarimba, ni Josefina, ni hacia donde conduciría aquel camino largo que llevaba por delante caracoleando por las cuestas de aquella serranía sin fin; repensaba en las expresiones que más le impresionaron, salidas de bocas de su-

“EN ESTE PAÍS!...”

periores, como sentencias o apotegmas, en el cuartel. Quería borrar de su corazón todo pretexto de debilidad o cobardía. Todas esas cositas son estorbos; y repetía, como repite un niño su lección:

“Se pelea, peleando. A la guerra se va a matar y a que lo maten. El que tenga lástima, que se quede en su casa. El que se para en pelos, está frito. Los corotos no son de su amo, sino de quien los necesite. A la guerra se va a sacar el frío a los demás, sin morisquetas. A la hora de la carga, no hay que ver a las espaldas. Al enemigo que huye, plomo caliente”. Y agregaba, reforzando sus pensamientos: “La cosa está en echar para adelante, sea como sea; si es necesario, le como la mazamorra a un Zute; me trago un burro muerto y no eructo”...

La mosca iba lejos, oteando. El sol acogotaba. Desde las doce de la noche marchaban sin hacer alto. El hambre comenzaba a rabiarse en los estómagos. La mosca llegaba al boscaje. Sonaron unos tiros. Desde un cerro alto y parado, unos hombrechitos disparaban sobre la mosca. “Mala-rabia” mandó hacer alto. Inspeccionaba parado en los estribos. El comandante Perú, con su cara marcial, sus bigotes largos y atusados, hablaba a “Mala-rabia”. A un ayudante catire, grueso y pechón, de botas altas, pañuelo de madrás anudado al cuello y pelo de guama nuevecito, le temblaban las manes, que apoyaba en el pico de la montura para ocultar el temblor.

“Mala-rabia” observó:

—Ya me lo sabía yo, que en la Mora nos los íbamos a encontrar.— Y ordenó:

—Ayudante Manrique: Dígame al capitán Camejo que coja por esa cuesta y le haga unos tiros a esa gente!

El catire, fanfarrón, sacó su caballo a volatería.

“Mala-rabia” se volvió al Comandante:

—Perí; ese es un espionaje; de aquí a la tarde, zamuro come gente.—Y gritó:

—Que siga la marcha!

El capitán Camejo había destacado a Paulo Guarimba con su guerrilla. La cuesta era casi vertical. La escalaban a gatas. Paulo iba a la vanguardia; al llegar a un altico rompió los fuegos. Los hombres arriba batían una bandera. Paulo y su guerrilla subían y disparaban. El resto de la compañía venía atrás. No se veían los hombres. Minutos después, Paulo Guarimba ganaba el pico de "La Mora". Y en aquellas soledades, el viento batía un guiñapo de bandera. Desde la altura no se oteaba sino cerros y bosques negros. Allá, muy lejos, se distinguían cuatro hombrecitos que buscaban una montaña sombría.

Los tiros enardecieron su sangre. Cuando se vió allá arriba con aquellos horizontes iluminados, Paulo se sintió capaz de dominarlo todo.

El Capitán llegó y le tendió los brazos.

—Así me gusta, alférez. Dándole a la matraca, es como se dice la misa.

El ayudante Manrique intentaba subir a caballo. La bestia se resistía. Echó pie a tierra. No podía subir; se resbalaba con las botas. Hacía ademanes y gesticulaba.

El capitán Camejo dijo:

—Ese ayudante es una mona; ¿por qué no soltará todos esos peretos con que carga?

Paulo inquirió:

—¿Usted no lo conoce, Capitán?

—Nunca lo he visto en el cuartel.

—Ese es un coge raciones. Ahora que las sude.

“EN ESTE PAÍS!...”

El ayudante se sentó en el suelo. Después se paró y adelantaba penosamente. Llegó ahogándose y sin poder hablar.

—Que baje y deje al teniente Guarimba inspeccionando el camino y a “Teta vieja”, un cerro pelado que se ve allá en el fondo, en medio de aquella montaña tupida.

Abajo, en la carretera, en medio del bosque, se hallaba la casa de la hacienda “La Mora”. Las fuerzas estaban tendidas en el camino. En el corredor de la pulpería descuartizaban una vaca. “Mala-rabia”, en un cuarto contiguo, se mecía en su chinchorro. Los oficiales se regaban por la casa y se aglomeraban a la puerta de la cocina, pidiendo café. El comandante Perú, instalado en un catre bajito, boca arriba, con los brazos abiertos, arrojaba bocanadas de humo al techo.

“Mala-rabia” gritó:

—Manrique! ayudante Manrique! Ya estará con las mujeres!

Manrique se presentó con un pedazo de queso y otro de papelón en la mano, a la puerta del cuarto.

—Suelte eso. Y busque las cosas para ponerle el parte al jefe!—y agregó, golpeando con el machete el catre de Perú:

—¿No le parece, Comandante?

—Ahorita mismo, pa que sepa que no andamos con juego.

—Así, he y le digo que tropezamos al enemigo en “La Mora” y que juyó a los primeros tiros. Que no hay bajas que lamentar y que cayó en nuestras manos una bandera y que se la quitó cargando el teniente Guarimba. ¿No es verdad? Ese muchacho es bueno y hay que ayudarlo.— Y llamó:

—Manrique! Manrique!

—Escriba!...

Comenzaban a chamuscar carne. "Mala-rabia" bostezó:

—Tengo hambre. Me está oliendo. ¿Cuándo estarán mis costillas?...

Desde aquel día todo fué subir cerros y cambiar tiros. El enemigo era un fantasma. Nunca se presentaba sino en partidas pequeñas, que huían a los primeros disparos. "Mala-rabia" era una fiera y estaba hecho para aquella guerra. De un extremo a otro se movía, activo e incansable. Dondequiera que se formaba un núcleo se precipitaba él, lo batía y perseguía sin descanso ni tregua, hasta que se disgregaban sus elementos. Unas veces dividía su gente en compañías y hacía una persecución simultánea y barría de cabecillas una localidad. Otras, la reunía toda y se metía en un poblado, ponía telegramas a su jefe, pedía unos reales y bagajes y se echaba de nuevo a trepar cerros, a dormir en las cumbres peladas, vecinas a las estrellas, como un pastor con su rebaño. El enemigo, por su parte, corría los mismos caminos; bebía agua en los mismos pozos. Nunca se presentaba en masa ni comprometía su acción. Pero sus fuerzas aumentaban. En todas partes encontraban recursos y aliados. La rebeldía fué siempre bella y sugestiva.

De regreso "Mala-rabia" de una persecución que lo llevó a Barlovento, una partida numerosa y mejor armada que las otras, entraba a los pueblos y se abastecía. Las pequeñas guerrillas se le incorporaban. Desde los bajos del Tuy a los valles de Aragua, no se hablaba sino del general García, un viejo astuto y samarro de San Casimiro, que una noche pernoctaba en El Sombrero y otra en Santa Lucía; marchaba por el camino real y mantenía a distancia respetuosa a sus perseguidores. Sus soldados tenían gran confianza en él. El viejo—decían—no pelea sino cuando le da la gana y no la va a perder.

“EN ESTE PAÍS!...”

“Mala-rabia” se reía de aquellos decires.

—He! Perú! Ese viejo ya no pela bollo.

—El viejo lo que tiene es maña.

—Pa bachaco, chivo.

—Ya estamos en sus comederos.

—Lo vamos a coger durmiendo.

“Mala-rabia” no daba descanso a su tropa, desde que García se paseaba por el camino real como por la sala de su casa. No se paraba sino el tiempo necesario para soazar la carne y seguir adelante. Los soldados se decían, bajito: “Mala-rabia” tiene mal de rabia”. Hacía a García a cuatro o cinco leguas, encaramado en la fila, pronto a correr a Aragua o al Guárico. Ya le arreglaría las cuentas. Pero el viejo García se le presentó improviso en “Las Bonitas”, cuando estaba comiendo carne, a la una del día, a disputarle la ración. Se guindaron. En la primera embestida se empelotonó la gente a “Mala-rabia”. Los que estaban beneficiando las reses salían corriendo y las dejaban a medio desollar, brincando, como si saltaran por encima de un bracero. Los soldados abandonaban sus peroles en los fogones y se armaban. “Mala-rabia” daba órdenes y corría a caballo con la cincha suelta y la espada en la mano, de un extremo a otro de su campamento. En medio de las detonaciones se oía su voz, que alentaba a sus oficiales. Con los tiros se ponía locuaz y contento, como un arrendajo en la copa de un guamo. Sus soldados, acostumbrados a vencer, lo admiraban. Cogía las balas con el sombrero. Era temerario y heroico.

El viejo García rompió los fuegos sobre toda la línea. Pero personalmente cargó con lo mejor de sus tropas sobre el parque, que custodiaba el capitán Camejo y su compañía. “Mala-rabia”, con la corneta en la mano, tocaba fuego a pie firme. García cargaba, cargaba pero para

adentro. Camejo mantenía el fuego nutrido y parejo. La corneta de "Mala-rabia" vibró heroica e incendiaria. En medio de la humareda de la fusilería, Camejo distinguió clarito al viejo García, que caracoleaba en su caballo azuzando a los suyos. Una descarga a quema-ropa envolvió al viejo. Pero ya estaba allí, en el parque. Camejo lo vió entre la humareda, inmenso, con el caballo parado de manos y la espada en alto y los soldádos se venían tras él con la cabeza gacha y los chopos en balanza. Abrió desmesuradamente los ojos y dió la espalda. Los soldados se empelotonaron. Se caían sobre las cajas de parque. Una espada relampagueó en los aires y le cayó de filo en la cabeza. Una voz estruendosa mandó a cargar de firme y los soldados se contuvieron a los cintarazos de un brazo que se alzaba largo y amenazador. Paulo Guarimba se le enfrentaba al viejo García con su rojo pañuelo de madrás amarrado a la cabeza y los ojos llameantes. Defendía el parque que la cobardía de Camejo abandonaba. "Mala-rabia" acudió en su auxilio y le gritó, enardecido:

—Muchacho, muchacho, así es como es!

García se retiraba después del choque. Los soldados llevaban varias cajas de pertrechos. Se iba, se iba en retirada, tocando la pava. "Mala-rabia" echaba pestes. El enemigo se alejaba sin poderlo perseguir. No estaba contento de nadie, sólo Paulo Guarimba era el héroe de la jornada. Su voluntad omnipotente lo hizo Capitán. Camejo expiraba. Se libertaba de cuatro tiros.

Se levantaba el campamento; era menester perseguir al viejo García. Los muertos se dejaban para que los enterraran los vecinos o los quemaran. Los heridos se mandaban para el pueblo. Se habían hecho varios presos: todos soldados. Con ellos se llenarían las bajas que hizo el enemigo. "Mala-rabia", bajo un samán y a caballo, los examinaba. Todos aquellos hombres más parecían enfermos prófugos de un hospital que soldados. Habían sido re-

“EN ESTE PAÍS!...”

clutados por García del mismo modo como lo hacía el Gobierno. Para ellos era indiferente andar con el uno o con el otro. Siempre el mismo máuser.

“Mala-rabia” interrogaba a un negrito, a quien las calenturas tenían cenizo:

—¿Cuánta gente carga García?

—Algunita.

—¿Como cuánta será?

El soldado cavilaba para responder.

—Bastante, mi jefe!

—¿Quiénes lo acompañan?

—Con él andan ahorita, ahorita, Pantaleón el arpista con su gente, el negro Rompelaja, el comandante Aguilita y El Venao, con todos sus muchachos.

—¿Y cuánta gente tiene el Venao?

—Todos los negritos de la hacienda “Santa Teresa”, y carga cuatro mujeres con sus máuser: la Mapanare y la Raboegallo. Las otras son dos muchachas nuevecitas que se sacó hace poco.

—¿Qué otras personas andan con el viejo García?

—Un Doctor que se agregó con una peonada. Ese es el plumario.

—¿Usted no sabe cómo se llama?

—El general Ruiseñol.

“Mala-rabia” se quedó pensando.

—Yo no conozco a ningún Ruiseñol. Perí! Perí! ¿Tú conoces a Ruiseñol?

—Será de los nuevos!

En esto Paulo Guarimba se presentó con un hombre.

Era un abejorro pati-zambo, con los ojos cerrados como un miope y la boca de rodete, gruesos y vueltos hacia arriba los labios. Paulo caminaba plácido a su lado.

Cuando estuvo cerca del Coronel, se lo presentó:

—Coronel: aquí tiene usted a Eustoquio.

El abejorro sonreía.

“Mala-rabia” lo examinaba.

—¿Y este muchacho, quién es?

—El yerbero de casa. ¿No se acuerda de Eustoquio, el de Pancha?

—Ajá! ajá! ¿Qué hace este muchacho aquí?

—Anda con la revolución.

—¿Desde cuándo andas con esa gente, muchacho?

—Desde que el niño Gonzalo nos embaucó. Ya anda para dos meses.

—¿Qué Gonzalo?

—Pues, Don Gonzalo Ruiseñol, el de “La Floresta”

—¡El Doctor!

—Sí, señor, él anda con todos nosotros.

—¿Cuánta gente carga?

—Como sesenta hombres. Too los peones.

—¿Cuánta gente por todo tiene el viejo García?

—Un pelotón. Sus cuatrocientos hombres flojones.

“EN ESTE PAÍS!...”

—¿Cómo están armados?

—De eso están mal. Habrá como doscientos. Lo demás, machete, escopeta y lo que se presenta.

—¿Qué armas cargabas tú?

—Yo no cargaba armas. Le cuidaba el macho al Doctor.

—¿Tiene mucho parque?

—No tiene mucho, pero sí tienen sus bichitas.

Traían otro hombre que parecía un cadáver.

Paulo, solícito:

—¿Me llevo pa mi gente a Eustoquio?

“Mala-rabia” se lo quedó mirando con ojos bondadosos. Era un pobre imbécil.

—Lléveselo pa que le espante las moscas.

Se pegaba el parque. Los burros, con las orejas gachas y los hocicos embarrialados, se dejaban hacer la carga, indiferentes a su perro destino. Paulo daba vueltas vigilantes. Se detuvo frente a Eustoquio, quien bajo un árbol comía carne y casabe. Lo miró con ojos dulces. Se acercó y se acuclilló a su lado. No podía contenerse y le dijo bajito:

—¿Cómo están allá, en casa de Josefina? ¿Está buena ella?

—Pua allá están asina. La niña Josefina, después del brollón, se puso mala.

Paulo se alarmó.

—¿Qué tuvo, dime?

—El médico se la pasaba allá to el día dando carreras.

—¿Cómo la dejaste?

—Lo mismito.

—¿Y qué decían?

—Que en lo que mejoren se iban para Caracas y no volvían más nunquita.

Paulo suspiró.

Eustoquio se le quedó mirando con los ojos apeñuscados, y dijo como para consolarlo:

—Pero la muchacha le dijo a misia Carmen que te quería.

Paulo se estremeció.

Eustoquio se enderezó para coger una tapara con agua que guindaba de una rama del árbol.

Paulo le detuvo.

—¿Eso dijo?

—Sí, lo dijo, como pa que lo oyera too el mundo.

Paulo no se pudo contener y lo estrechó en los brazos.

—Ah! Eustoquio. ¡Qué vida!

En aquel instante la sentía allá adentro, en el alma, dueña y señora de su corazón. Y estrechaba a Eustoquio como hubiera besado las piedras con que tropezara su pie, porque le traía un algo de ella, de su amor y de su dicha.

CAPITULO XV

A LA HORA DE LA MARCHA

Entregado a sus afanes, olvidado del mundo, ajeno por completo a los mezquinos acontecimientos que se desarrollaban junto a él, Gonzalo vivía para su obra. Como buen trabajador, todas las mañanas, antes de salir el sol, ya estaba en pie, acucioso y vigilante. Los días eran cortos para sus quehaceres y las noches para sus ensueños. Vivía una vida de acción y pensamiento. Mientras sus vecinos murmuraban de los Macapos y los amores de Josefina, y los Pichirres recontaban los áureos frutos de sus naranjales y el país se extenuaba en una guerra larga y cruel, él trabajaba, luchaba, aislado y solo, por su ideal: la transformación de soledades estériles en campos de cultivo, según los últimos métodos y procedimientos. Como todo hombre fuerte, como toda voluntad enérgica, encontraba en sí mismo recursos con qué imponerse y contrarrestar las contrariedades del momento. Era un batallador de raza. Pero por encima de su voluntad, de su energía y su saber, abrumador como un círculo de hierro, el medio, sin darse él cuenta, le restaba elementos, le obstaculizaba, le envolvía como a todos los seres que se agitan en su seno. Mas no desmayaba nunca, luchaba con nuevos bríos, porque él, como esa hilandera familiar,—la araña,—poseía una madeja inagotable para reparar

las redes: la voluntad. Pero su obra tenía un lado vulnerable; era costosa y necesitaba un capital doble y triple del que consumía. Sus recursos escaseaban y acudió al comercio; retrovendió sus fincas con la esperanza de llegar cuanto antes y aún le urgía dinero y más dinero, y éste se escondía y se hacía caro y las tierras tragaban plata, como si fuese agua. Hasta que el último céntimo estuvo en caja, un mundo de trabajadores no abandonó la finca. Pero, llegó un día en que no hubo más y todas las puertas se cerraron a la exigencia cotidiana. Entonces se dió cuenta de la situación y de su aislamiento. La fe en sí mismo le había sostenido como envuelto en un marasmo. Lo que acontece siempre a los fuertes en medio del peligro.

Así despertó a la realidad Gonzalo Ruiseñol, una mañana en "La Floresta", después de un año de lucha sin tregua ni descanso en pos de su ideal.

Cuando el sol entró en su aposento, saltó de la cama, murmurando:

—Giro desorbitado en medio de mis sueños!

Y se acercó a la ventana, aquella ventanita de su cuarto, baja, casi sobre el suelo del jardín, de donde emanaban perennes efluvios primaverales y a la cual gustaba asomarse el viejo Ruiseñol, porque desde ella admiraba el siempre nuevo panorama del Avila. Con sus dorados y sus gasas violetas desvaídas. Apoyada la cabeza en los fríos balaustres, con una claridad inusitada se daba cuenta del verdadero estado de sus negocios. Por primera vez desde que emprendiera sus radicales reformas, sentía como si un velo se desprendiese de sus ojos y la escueta realidad se irguiese ante ellos amenazante. ¿Cómo había llegado hasta allí, impulsado por fuerza poderosa? Porque no eran pocos los imposibles vencidos! Pero ya no podía más. Estaba completamente falto de recursos. Las últimas órdenes de pago le habían sido rechazadas. No sabía

cómo, pero estaba arruinado. Ni tierras, ni casas, ni crédito: todo estaba comprometido y no podía contar con nada. Las cuatro casucas que aún quedaban sin gravar, apenas si daban para sacar la casa solar de la familia, la vieja casa de los Ruiseñol, sin otro mérito que el de estar bien situada y ser un arcaico y noble caserón, solicitado por los advenedizos para transformarlo en sus ensueños de grandeza en uno de esos palacetes modernos, sin historia, sin alma, sin recuerdos, sin espíritu. ¿Lo demás? Nada! Perdido! ¿Las otras casas, “La Floresta”, cómo libertarlas? Ah! si tuviese dinero, las salvaría, porque estaba convencido de que el dinero en “La Floresta” no estaba perdido, arrojado al mar; era dinero en una alcancía, que pagaría su interés. ¡Si le faltaba casi nada, una miseria, para ver el resultado y comenzar a disfrutar! Pero así era; a la hora de llegar, le flaquearon las piernas. La mañana estaba hermosa, espléndida. Una gran placidez se echaba sobre los campos y “La Floresta”, dorada por el sol, lucía como una muchacha campesina, bella y simple. ¿Qué hacer? ¿A dónde ocurrir? ¿Cómo abandonarla? El quería aquellos terrenos como otros a sus novias. ¿No había vivido allí meses y meses, apartado de todos y de todo, luchando solo, entre privaciones y estrecheces, por ver de realizar el ideal de su vida? ¿Qué dirían sus vecinos y sus tíos, los Pichirres, al imponerse de su fracaso? ¿Cómo sería la burla y la mofa? ¿Cómo le desacreditarían en las pulperías y los corrillos sus mismos peones? Y pensaba en todas aquellas cosas tristes y dolorosas, en medio de la mañana suave y linda, que convidaba al ensueño y a la paz. Así era: le sorprendía la ruina en medio de sus afanes, como a veces la vejez a los hombres en plena juventud, cuando todas las cosas bellas y gratas de la vida les tienden los brazos, les besan en la frente y los encantan y los excitan a correr tras ellas, llenas de promesas y provocaciones. ¿A qué atribuir aquel desastre? ¿qué extraña fuerza desbarató sus cálculos? ¿qué mano invisible se interpuso entre él y su obra, su

esfuerzo y su constancia? En cualquier otro rincón del mundo, todo aquello hubiera sido la cosa más sencilla y práctica, una verdad tangible, un hecho, como el de la piedra que cae y el del péndulo que se agita isócrono. Pero él siempre tuvo algo como una sombra por delante, que se complaciese en aglomerarle imposibles. Y aquel era el último; sus cálculos habían fallado. Con lo empleado allá, en otro lugar de la tierra, menos pródigo, el resultado fuera prodigioso; se recogería el oro entre los surcos.

No era la ruina material lo que le mortificaba; para él, el dinero no servía sino para arrojarlo a las estrellas. Era la ruina de su ideal lo que le dolía, cuando todos los elementos estaban en sus manos, cuando comenzaba ya a aceptarse y a admirarse la utilidad de sus esfuerzos. Y Gonzalo se quitó de la ventana. Aquel sonreír plácido de la mañana le mortificaba, le hacía daño. Parecíale que la tierra le llamaba, reclamaba sus cuidados, le suplicaba no la abandonara. Y pensó que los campos debían tener un alma dulce y buena, el alma universal que todo lo envolvía, y que toda aquella placidez de la naturaleza era una gratísima caricia a los seres bajo sus múltiples y diversas formas, puras, en su inconsciencia relativa. Y se dijo: No, no puedo pasar aquí todo el día: este silencio y esta soledad me empequeñecen y aniquilan; y siempre que me asome a la ventana, los campos me estarán diciendo cosas, divagaciones. ¿A dónde ir? Y recordó a la ciudad. Hacía tiempo que no urbanizaba. Algo podía tropezar en ella que le fuera favorable; por lo menos se despejaría su cabeza. Y comenzó a vestirse y mandó a pegar el viejo quitrín de su padre.

Las gentes hormigueaban en las calles. La vida los aglomeraba hacia el centro en su flujo y reflujo. Detenido en la esquina de Las Gradillas, donde un carro volcado interrumpía el tráfico de carruajes y carros, contemplaba a la muchedumbre que se alejaba por las ace-

“EN ESTE PAÍS!...”

ras, que se detenía, tropezaba, desparramándose aquí para encontrarse más allá con un runrunear de colmena, siempre agitada, siempre corriendo, sin descanso ni tregua. Pero en todos aquellos semblantes que movían ideas y pasiones diversas, en todas aquellas bocas que gesticulaban, en la inconsciencia de los ademanes, en los ojos, que parecían precipitarse a la concepción de los pensamientos, en todos y cada uno de ellos observaba una inquietud, una idea dominante fuera de todas aquellas otras que le impulsaban a correr y agitarse. Y pensó en la revolución y la neurosis de la guerra civil. Era éste todo un pueblo sacudido por las pasiones, en el cual, cada victoria o derrota de los amigos o de los enemigos producía el efecto como de una inyección del mal, de la enfermedad. Y en aquel estado de ánimo, la sobreexcitación se extendía a todos los centros y manifestaciones de vida: al hogar, a la ciudad y a la Patria. Y todos los seres y todas las cosas se movían presas de la neurosis de la revolución. Nada, nada escapaba a su influjo; era un pueblo enfermo, impresionable, sugestionable y que por todo vibra con una intensidad suprema. En medio de aquella muchedumbre, un solo semblante no se distinguía en reposo, un alma tranquila, que pudiera ver serenamente desenvolverse los acontecimientos y dar un consejo, aplacar aquella efervescencia con una sola palabra. Y no se explicaba cómo no había llegado antes hasta él aquel estado mórbido, aquella excitación enfermiza, que hacía de la patria una casa de cartón que se caía por sí sola. Y entonces fué cuando el doctorcito Urdiles, el activo ciudadano Urdiles, lo engarzó por el brazo y lo arrancó a su abstracción, en medio de la muchedumbre que se detenía, se tropezaba y se desparramaba en un flujo y reflujo continuo por la garganta de la calle estrecha y comercial.

Se volvió sorprendido y se encontró con la faz del Doctor y su eterna sonrisita y sus ojos plácidos, con aquella mascarita congénita, siempre igual para amigos

y enemigos, a las buenas como a las malas noticias, a la alegría como al dolor, sin que desequilibrase su serenidad ni perturbase jamás su buen humor.

—¿Qué haces, hombre, qué haces?

Y el Doctor le arrastraba consigo, hacia el Sur.

—Urdiles! Urdiles!

El otro le traía a remolque hacia la botillería próxima.

—Vente conmigo. Son las diez.

Gonzalo se dejaba llevar. Era amigo de Urdiles desde cuando mocitos. Le gustaba porque era apasionado, ardiente y algo iconoclasta en sus ideas. Cuando estudiantes, siempre estuvieron juntos. En los pocos días que pasó en la Universidad, antes de irse al extranjero, fueron inseparables. Tenían muchos puntos de contacto: eran radicales y hasta nihilistas. Querían la transformación de la Universidad, hacer de ella un gran centro de vida y de asociación, arrojar por las ventanas a los viejos y empolvados textos y a los decrepitos profesores que no aceptaban la ciencia moderna, que ellos no conocían, pero que presentían como si, al través del espacio, una corriente invisible pusiera en comunicación sus almas, sus anhelos, con las almas y los anhelos de otros jóvenes que allende el mar discutían y propagaban las nuevas teorías sobre las ciencias y las artes.

Se sentaron en una mesita aislada, en un rincón de la sala, escasa de parroquianos.

—¿Qué tomas, chico?

Gonzalo no sabía qué tomar; no tenía la costumbre de las botillerías.

—Lo que tú tomes, querido.

—Yo tengo mi cosita. Toma brandy.—Y ordenó en voz alta:

“EN ESTE PAÍS!...”

—Eh! chico! Tráeme lo mío y un brandy para el señor...

Urdiles tomaba a sorbitos un menjurje negro, mezcla aromada de varias cosas buenas que al juntarse se desteñían ensombreciéndose.

Gonzalo bebía brandy con soda de sifón.

Urdiles quería saber de su vida; hacía tiempo que no se veían.

—Cuenta, chico! cuenta!

Gonzalo estaba como distraído.

—Pero chico, parece que estás bobo. ¿Por dónde andas?

—¿Y qué quieres que te cuente!

—Lo que haces. No se te ve nunca.

—Trabajar, o mejor, antes trabajaba: ahora no hago nada.

—¿Y tus campos y los negocios?

—Abandonados, no sé por cuánto tiempo!

—Esa vida cansa. ¿No es verdad? Uno necesita estar con la gente, cambiar ideas. Se vive de las relaciones.

Gonzalo, displicente:

—Cómo no!

—Pero tú tienes algo. Te veo triste, preocupado. ¿Qué te pasa?

Gonzalo, acodado en la mesa y con la cara en la palma de la mano oía a su amigo, como un resignado.

—Despiértate! ¿Qué se hacen tus nervios?

—Contrariedades, chico.

—Amorcitos, eh?

—Para mí no existen las mujeres.

—Pues, querido, eso sí que está mal! Si lo único amable de la vi...

—Mira, Urdiles! Si tú supieras... Estoy arruinado!

Urdiles, incrédulo:

—¡Cómo es eso! Si ustedes son ricos! Es inexplicable; en esta tierra las fortunas son de espuma; se deshacen. Ve usted hombres trabajando toda la vida y después resulta que no tienen sino deudas, que lo de ellos es de todo el mundo.

—Así es, en Venezuela no puede haber nada sólido, porque ella no se ha solidificado. Es un país construido sobre arenas; es movedizo e inestable.

—Sí, es verdad; somos una masa en fusión. Todo lo que nos pasa es necesario, es una consecuencia de tal estado. ¡Pero, por qué estás tú mal, cuando eres de los pocos que saben lo que tienen entre manos, que piensan, que no tienen desagüaderos? Está bien que un bárbaro de esos, a quien un golpe de fortuna hizo rico, otro golpe lo arruine, pero ¡tú, que lo eres desde hace doscientos años!, que tienes la tradición de la riqueza, del trabajo, de la honorabilidad, cosas todas esas que constituyen los verdaderos valores; porque los hombres son su pasado, y cuanto más profunda es su raíz, más grande, más esbelto, más frondoso es el árbol! Yo, sobre la vida, tengo teorías viejas y teorías nuevas. Pero desgraciadamente son teorías, simples teorías.

—Precisamente por eso es que estoy arruinado; porque tengo por detrás doscientos años; porque soy raíz en la tierra movediza. Porque tengo en mí y llevo conmigo

“EN ESTE PAÍS!...”

las aspiraciones y los ensueños de mis abuelos. Soy de aquella cepa vieja que si no hizo grandes cosas, por lo menos atentó grandes ideas. Esas ideas y esos sueños heredados me han empujado a la ruina, como arruinan a los árboles las grandes enredaderas que se les echan encima.

—Verdaderamente, uno es el pasado, y si la patria se salva es por el pasado, por la tradición, por la cepa, por las grandes ideas fundamentales, pues los hombres en sí no somos sino ideas.

Gonzalo, entusiasmándose;

—Sí, sí, un gran ensueño me ha arruinado. Y mejor es así: otros se arruinan en la pata de un gallo. Oye: como tú sabes, mi padre fué siempre un soñador; soñaba con la patria futura, grande y próspera. Siempre estuvo aguardando un día, una hora en la cual el país volviera en sí y continuara la carrera emprendida hacia el progreso. A veces yo dudaba; me parecía ese día muy lejos y que íbamos a la disolución. Pero él, lleno de fe, me decía: “Todos los pueblos han sido así, hijo; han ido por tanteos entre revoluciones y crímenes”. Y cuando le proponía ciertos problemas dolorosos, la cuestión de razas, por ejemplo, me observaba: hoy todos los pueblos son híbridos y sangre negra y asiática tienen todos los pueblos del Sur de Europa. Además, la humanidad tiende al cosmopolitismo, lo que no es nuevo, sino muy viejo; la antigüedad fué cosmopolita en cierto modo. Cuando los pueblos llegan al apogeo, se abren como una granada y se nutren de humanidad. No hay que tener miedo, sino fe. A los pueblos los hacen sus ideas. Y nosotros en América tenemos nuestra fisonomía. Tú ves un negrito de esos, con la pedantería de sus lentes, que te parece ridículo, desligado, híbrido, pues bien, ese hombrecito, que de un salto se nos incorpora y entra en la civilización, y la civilización le arruina, ese hombrecito, —te digo— lejos de aquí, fuera de la patria, jornalero en Pekín, tití

en Londres, rastacuer en París, tiene en sí todas las características del venezolano en Carabobo y Ayacucho. En un instante dado, aquel hombrecito vibrará y en el ademán, y en el gesto, y en el arranque y hasta en lo vil y lo canallesco, será un venezolano: sabrá morir y amar con el odio y el amor venezolanos.

Urdiles, apurando de un trago el menjurje:

—No le faltaba razón al viejo. Yo jamás he denigrado de mi país. Y creo en esa Venezuela y aguardo como él la hora santa de verla resurgir como un resalvo. Sí, Rui-señol; los pueblos no son sino la raíz.

—Pues, Urdiles, esas ideas inculcadas me han perdido. Me han puesto a vivir con antelación en esa Venezuela prometida por el esfuerzo de nuestros héroes, de nuestros líricos, de nuestros mesías. De regreso de los Estados Unidos, no pudiendo ahogar lo que tenía adentro, quise derramarlo. ¿En todas partes los hombres no luchan y viven y hacen cosas nobles, bellas y generosas? Pues yo quise emplear mis ideas, mi dinero, mi juventud, todo lo que podía dar por transformar nuestra agricultura embrionaria. Mi padre me había hecho ingeniero agrónomo con ese fin, cooperando a la Venezuela de que te hablo, y, con campos propios y con dinero me embarqué en esa empresa que es mi ruina. He luchado un año, y salgo, como dicen, con las tablas en la cabeza. Mis cálculos fueron todos ajustados, pero no conté con lo imprevisto y he gastado mucho dinero y me encuentro todo retrovendido, faltándome una nada para salir adelante, porque la tierra es la más honrada de las alcancías y la más puntual pagadora de sus deudas. No sé cómo enderezar esto. Lo único que se me ha ocurrido es entregarlo todo a mis acreedores. No ocuparme de más nada, porque ya estoy cansado.

Urdiles, oyéndolo con atención:

“EN ESTE PAÍS!...”

—Pero, chico, no seas tonto! Hay mil modos de hacerse de dinero o de crédito, qué es lo mismo.

—He agotado todo mi crédito. El comercio está sobre mí como una bandada de zamuros sobre un asno muerto.

—Y sobre el comercio están las águilas y los buitres. Todas las aves de rapiña son iguales.

—¿Entonces, qué salida tengo?

Urdiles meditaba. La mascarita de su rostro conservábase impenetrable. Su eterna sonrisita y el guiñar picaresco de sus ojos, desorientaban.

—Urdiles, ¿qué me aconsejas?

Pero los labios de Urdiles no se movían, ni su semblante traslucía nada. De repente insinuó:

—¿Qué te parece la revolución?

Gonzalo, desabridamente:

—No me ocupo de revoluciones. Vamos por caminos tan opuestos...

—Las revoluciones a veces son una necesidad. La espada, la espada es la que puede cortar nudos, es decir, la fuerza.

—Yo creo en el poder de la palabra. Una palabra honrada acaba con la más potente revolución.

—Pero cuando esa palabra no se ha oído o no se cree, porque tras ella no hay una conciencia honrada...

—Acepto la fuerza, como acepto el terremoto.

—Este es el caso. El país íntegro está comprometido en la guerra, porque en esta vez sus causas son justas.

—¿Cuándo se cerrará el ciclo de las revoluciones!

—Cuando se abra el otro, Gonzalo. Todos los pueblos viven en una revolución continua, bajo formas distintas, según sus estados de cultura. Son una necesidad social. El hombre no obtiene nada del hombre, sino desgarrando al hombre. Como los perros, andamos a puras dentelladas por el pan, que en este caso es la defensa de las leyes fundamentales violadas.

—La ley, la mentira de la ley. Urdiles, ¡cuánta sangre cuesta!

—Y habrá de costar; porque los pueblos como los hombres no viven sino de mentiras, Ruiseñol. ¿Tú no te has arruinado por un ensueño, por una idea generosa?; ¿por qué pues, el pueblo no se ha de sacrificar por lo que cree la base de su bienestar y de su dicha?

—Es que no me gustan las revoluciones, chico. Las condeno.

—Pero ¿no me decías que en ciertos y determinados casos, las aceptabas como una necesidad, como algo inevitable?

—Sí, Urdiles, convenido.

—¿Te haces revolucionario?

—Me hago!, ¿qué voy a hacer? Cuando me da fiebre tengo que tomar quinina o soy víctima de ella.

—Pues yo creo que tú debes tomar quinina, ya ya!

—¿Yo?

—Sí; tú!

—¿Qué haría yo en la guerra?

—Sacrificarte por los demás. Hacer muchas cosas buenas. Así, por ejemplo, lograr que la guerra no se personifique, sino que conserve su abstracción, su idealidad.

Y evitar las mil calamidades propias de la guerra en países incultos y semi-primitivos.

—No está malo, Urdiles. Conque ahora me debo meter a General, después de arruinarme?

—Porque creo que ahí está tu salvación. Oyeme, que te voy a hablar con franqueza. ¿Tú no te irías a la guerra? Necesitamos un hombre como tú para secretario de un jefe importante. En cambio, podemos (yo soy del comité), parapetarte tus asuntos. Tú lo debes todo al comercio; yo te respondo de una prórroga de dos años para el vencimiento de tus obligaciones y se te concederá algo más; que mientras dure la campaña te cobren sólo la mitad del interés que estás pagando hoy. ¿Aceptarías?

Gonzalo, maravillado:

—¿Me prometes todo eso?

—Sí, chico, si tú aceptas, dicho y hecho, y así le encuentras por ahora una solución a tus problemas.

—Bueno! Cuenta conmigo. Palabra empeñada.

—Espérate; tengo que hablar con el comité. Y tú le vas a gustar. Mira lo que dice aquí el general García: (saca un papelito muy arrollado) “El hombre que me han de mandar debe tener el fuste de hierro y que en caso dado sepa donde le queda el macoco”. Y ninguno está más pintado que tú; eres inteligente; te sabes insinuar; tienes ideas nuevas y eres al mismo tiempo un hombre fuerte, rudo, vigoroso, hecho a la fatiga. Y ¡quién sabe te hagas General! Nosotros necesitamos un caudillo así: dúctil, flexible, que si sabe calzarse un zapatico de salón, también sepa bajarle la cabeza a un bárbaro de un solo sablazo.

Gonzalo, compadecido:

—Yo como que no soy de la materia de los caudillos. Me haré matar llegado el caso, porque a ciertos hombres no nos está permitido dar las espaldas nunca. Tengo la seguridad que haré lo que hagan los demás. Pero...

—Pues, eso es todo. Un gran dominio de sí mismo.

—Tiene el caudillo algo por dentro, que no tienen los demás; es un representativo. La humanidad está llena de esos gonfaloneros, que son sus grandes hombres, sus guidores, sus poetas, sus sabios; porque toda esa es una misma familia; manifestaciones de ese éxito que te digo.

—Pero, ¿estás convenido?

—Cuenta conmigo. No tengo sino una sola palabra.

—Mañana a las diez, aquí. Esto tiene que ser ya. Ve arreglando tus cosas. Dalo por hecho.

Gonzalo se levantó para irse.

—¿No tomas otro brandy?

—¡No!

El otro día, a las diez de la mañana, Gonzalo se hallaba en Las Gradillas. Esperaba. Urdiles no aparecía. Caminaba a lo largo de la calle, deteniéndose en las vidrieras, sin perder de vista la esquina. Cosa rara, no se movía con la libertad acostumbrada; andaba receloso; cualquier ruido lo obligaba a volverse inquieto. Pensaba que toda aquella gente que se ajetreaba a su lado lo examinaba, y veía de soslayo. Estaba impaciente. ¡Cuándo se presentaría Urdiles! Una vendedora de billetes de lotería se detuvo a su lado y abrió su carriol:

—Doctor! cómpreme ese pedacito.

El contestó sorprendido:

No compro billetes.

“EN ESTE PAÍS!...”

—Si este es para usted.

Se alejó. Le parecía que la mujer le observaba. Pensó en los espías. La degradación social era tan espantosa, que bajo el cogollo y el pumpá, bajo manteletas y pañolones, se ocultaban insidiosos. Se plantó en la esquina: oteaba a los cuatro vientos. Un policía se le aproximó cortés, diciéndole:

—Desocupe la esquina.

Tembló de pies a cabeza y se escurrió a lo largo de la calle. Si no venía Urdiles, se iría a casa.

Por la acera de enfrente distinguió a Urdiles. Caminaba con lentitud, con dos señores de la Cámara de Comercio, altos, graves y estirados. Urdiles le hizo un guiño. Se revolvió con disimulo. Al llegar a la esquina, Urdiles abandonó aquellas reputaciones y vino hacia él, jugando con el bastón en alto. El policía se acercó. Urdiles lo saludó.

—¿Qué hay, Tomás?

—Nadita, Doctor!

Urdiles, volviéndose a Ruiseñol:

—¿No te acuerdas de Tomás? Fué nuestro condiscípulo en la escuela. ¿No te acuerdas de Rabi-pelado?

—Sí, sí! Ahora sí!

Gonzalo saludó cariñosamente:

—¿Cómo te va, Tomás?

—Esperando que acaben de caer estos demonios a ver qué hago. Me estoy muriendo de hambre y me he tenido que meter a policía; a media ración y sueño entero.

Urdiles, indiferente:

—¿Cómo van las cosas?

—Anoche se fué el retén de Catia. El día menos pensado me voy yo también con la carabina.

Urdiles se despedía:

—Hasta ahora, Tomás!

El policía lo llamó y le habló paso. Urdiles oía con su mascarita plácida. Engarzó su brazo al de Ruiseñol y se alejó, despacio.

Gonzalo le preguntó, curioso:

—¿Qué te dijo?

—Que están haciendo muchos presos; y que vigilan a todo el que entre o salga de casa de los Marquinas. Sigamos para abajo. Ya nos meteremos en alguna parte.

Al pasar junto a un zaguán ancho y colonial, Urdiles lo hizo girar inesperadamente sobre los talones. Se introducía hacia el interior de la casa. Grandes bultos ocupaban los corredores y el patio techado con zinc. Al través de una vidriera se veían a unos hombres encaramados en sillas altas, ante viejos escritorios, con las cabezas bajas y abstraídos. Era un caserón oscuro y en todas las habitaciones se aglomeraban cajones y fardos. En el fondo, en un patiecito estrecho y sucio, en medio de unas grandes cajas y el W.C., se detuvo Urdiles, hablándole casi al oído:

—Todo está arreglado. No pienses por ahora en los acreedores sino en prepararte para salir.

Y sacó de la cartera un paquetito muy arrollado, agregando:

—Esta es la correspondencia para el viejo García. Aquí le digo que proteja tu salida. Ya mandaremos un baquiano para que te saque. Contigo irá un poco de gente que está lista. Desde hoy la comenzarás a recibir co-

“EN ESTE PAÍS!...”

mo si fueran peones. Pasado mañana te marcharás. ¿A cómo estamos?

—A cuatro.

—Yo no me embarco en pares. De aquí a tres días.

—Bueno. ¿Y qué más?

—El viejo García es rudo y callado. Sueña con la Presidencia de la República, pero eso es difícil. Esa es la chifladura general. No se anduvo a tiempo y... Ya lo sabes, para que te manejes bien. Serás una gran figura. — Y sacando del bolsillo interior del saco un macito de billetes, se los ofreció, añadiendo:

—Ahí tienes quinientos pesos, para lo que se te presente. Esa gente sabe hacer la guerra; no lecherea centavos. En política, quien no da está perdido... La bolsa y la mano abiertas franquean todas las puertas.

Gonzalo se negaba a aceptar:

—No seas tonto; la plata siempre es buena y necesaria. Te la manda el comité. Con dinero se es jefe. Tienes que embarrarle la mano a tus soldados para hacerlos fieles.

Gonzalo los tomó persuadido.

—¿Estoy listo? ¿No hay más órdenes?

—¡Despachado!

—Bueno. Entonces!

Urdiles le tendió los brazos:

—Que vengas hecho General.

—Que le sea útil a la Patria.

Gonzalo atravesó el largo y oscuro caserón. Los hombres, en sus sillas altas, se mantenían abstraídos. Urdiles lo veía alejarse.

—Es un lírico todavía. Anda enamorado de la Patria!

Era la hora de partir. La gente enviada por Urdiles había llegado en aquellos dos días. En un rancho ruinoso, abandonado en medio de aquellas soledades, aguardaban a dos cabecillas. La noche era tempestuosa, relampagueaba. La tempestad venía de más allá de la fila de Turgua; pero se acercaba rápida. El cielo estaba negro, fosco, y la oscuridad era profunda. Gonzalo, sentado a la puerta del rancho, envuelto en un capote, bajo la lluvia menuda y helada, meditaba. Mientras sus hombres bebían aguardiente y se atracaban de tapiramos, en espera de los cabecillas, abismábase él en sus pensamientos. Nunca su mente supo estarse quieta. Su intranquilo y acucioso espíritu complacía en desmenuzar sus sentimientos, sus causas y sus efectos. Buscaba, buscaba en medio de aquel caos de acontecimientos, el por qué se encontraba enrolado en todas aquellas cosas, como que si una fuerza ciega se distrajera en llevarlo al desastre primero, para luego precipitarlo en aquel otro círculo más amplio y oscuro. ¿Cómo explicarse que él, tan lejos de la guerra, de la revolución, del suicidio colectivo, se viera allí, a aquellas horas, capitaneando a unos cuantos desgraciados y a unos cuantos facinerosos, que iban a la guerra, algunos, sólo por conseguir una buena cobija, pillándose al primer muerto de calidad, otros, arrastrados por su amor a la vida vagabunda, movidos por el sedimento migratorio de la tribu, aún vivo en las masas o por la necesidad de estirar las piernas el viejo castellano, que en el torrente de la sangre llevamos y aun sueña con la vida libre y aventurera, confiado en el esfuerzo de su brazo y en las energías de su corazón?

“EN ESTE PAÍS!...”

El Avila pareció incendiarse. Lucía inmenso, descarnado y bello, envuelto en la coloración violeta de un cobre en fusión y un nácar azulado. El trueno estalló con estrépito. En el aislado rancho, los hombres, al estampido, se echaron unos al suelo, otros se paralizaron, asombrados. Gonzalo retornó de su cavilación y preguntó al baqueano, que estaba cerca:

—¿Estamos completos?

—No se han presentado los dos hombres que se aguardan.

—Que se queden; son las doce de la noche. En marcha!

Bajo la lluvia menuda se formaban los hombres. Era una partida triste. Se hablaba poco. A la gente la organizaba un zambo alto, con las facciones de caribe, reconocido por segundo jefe de la tropa y llamábanle Rompe-lajas o Eleazar el patón. A la cabeza marchaba Gonzalo en su macho, calzando amarillas polainas y envuelto en su gran capote. A su lado, el baqueano, un rudo viejo, con ojos de guaima. Los soldados venían detrás, pequeños, delgados, hepáticos; hombres de la ciudad a quienes la miseria flagela y enferma y a quienes el aire libre los tornaba alegres, valientes y ladrones. Cerraba la marcha, luciendo alto como una torre, como un pastor gigante con su grey, Eleazar el patón.

El baqueano guiaba evitando los ranchos y las casas de las haciendas. Tuvieron que pasar el Guaire. Las aguas venían crecidas y fangosas. El macho de Gonzalo resistía. El baqueano lo golpeaba con un cogollo de caña amarga. La lluvia era menuda y relampagueaba. Eleazar se adelantó. El macho desconoció el paraje y el ruido, y retrocedió acobardado. Eleazar le dió un empujón y cayó en el agua. La tropa reía y vadeaba con el agua a la cintura, una agua torrentosa y pestilente. Gonzalo iba clavado en la silla como si fuera de hierro. Así se

perdieron en la oscuridad de la noche. Un relámpago dilató su pupila de fuego y se les vió en la cuesta de un cerro montuoso. Gonzalo, en ese instante miraba hacia la ciudad y sólo distinguió a través del cortinaje de la lluvia fina, una gran claridad, un gran resplandor como el que debió envolver la tierra prometida a los ojos visionarios del Profeta.

CAPITULO XVI

L A A R A Ñ A

Como arbusto a que ruda y copiosa poda arruina y las aguas primaverizas lentamente visten de hojas nuevecitas, así Josefina restablecía. Su cuerpo y su alma renacían como renace la cepa que el fuego de la quema aniquila por el ardiente estío. Su corazón, que el amor reboseó de amargura, se asía a la dulce esperanza. Y la niña, bajo el susurro de la umbría arboleda que amparó la trágica leyenda de su amor, añoraba por los tiempos felices en que ajena a su honda desventura, ansiosa esperaba como una gracia celeste verse a los ojos de su amador, aquel cachorro de los campos, rudo y fiero, que al halago de su sonrisa turbábase y al contacto de su mano linda y breve, estremecíase, como si eléctrico temblor se escurriese entre sus ásperas manazas, hechas a uncir levantiscos bueyes y a herir con el hacha seculares troncos.

Estaba en ella el amor como en un viejo vaso el alma del perfume que encerró. Amor llenaba todas sus horas; poseíala como poseen a los desnudos cuerpos, con su blanda caricia, las serenas aguas. Día y noche su pensamiento no se separaba de Paulo. Nada sabía de él. Nadie se lo nombraba, pero a solas pronunciaba su nombre y en sus divagaciones, cuando se abismaba en sus recuer-

dos, a veces volvíase sobresaltada, como si un soplo vago y familiar la envolviera suavemente y al alejarse dejara fogaie en sus pálidas mejillas.

Las albas volcaban unas tras otras sus aldadas de rosas y las puestas gastaban sus oros fúlgidos y magníficos y su llamear crepitante y Josefina aguardaba, aguardaba noticias de Paulo. Sus ojos interrogaban a todas las personas que se acercaban a la estancia, pero las miradas la evitaban y el mutismo sellaba los labios, como si guardaran la más severa consigna. A su alrededor siempre había una atmósfera de silencio y ella era como una sombra que arrancaba a las almas compasivas algún comprimido y fugaz suspiro. Entre ella y sus padres reinaba un frío alejamiento, toda franqueza y comunión desaparecían, como si se interpusiese inquebrantable abismo. Los criados viejos de la casa la veían venir y callaban, como que si siempre tuvieran su nombre en los labios y cuando se creía más a solas sorprendía tras entornados postigos, tras enmarañados boscajes, el atento mirar de algún ojo en acecho. Se la vigilaba y seguía por temor a que los duendecillos del hogar le trajeran las anheladas noticias. Pero ella adivinaba en los labios que enmudecían de repente, en las miradas que se tornaban indiferentes, que había noticias de Paulo. Y cierto día, muy de mañana, cuando se paseaba por el largo callejón de la estancia, vió aparecer ante ella la grotesca figura de Eustaquio, el yerbero, renegrado por el sol y renqueando, con las piernas llagadas, la capotera al hombro y cubierto de harapos como un mendigo vagabundo.

El se detuvo.

—Gracias a Dios, la niña está buenecita!

Ella le miraba sin reconocerle.

—Muchos saludos le manda Paulo.

La niña, asombrada:

“EN ESTE PAÍS!...”

—Paulo! Paulo!

—Sí, sí. ¿No se acuerda de mí, de Eustaquio?...
—Y dejó caer en el suelo el miserable hatillo de sus ropas.

Afanosa lo interrogó:

—¿Está vivo?

—Y es capitán y es guapo! En “Las Moras” desparajó al enemigo con cuatro tiros y en “Las Bonitas” ganó él solo la pelea. ¿Usted no lee los papeles? Ahí está toda la historia. Fué una pelea grande.

—¿Estabas con él?

—Hasta que me licenciaron por cosa de las llagas. Ese “Mala-rabia” es un chivo pa subí cerro; con él, quien tenga las patas blanditas se queda extraviado en un peladero de esos.

Josefina murmuraba:

—Paulo; pobre Paulo!

Eustaquio, admirado:

—¿Aquí no saben nada? Ah! caray! yo sé más cosas! Lo que le digo es que si la suerte no se le cambea, Paulo ahorita se hace General. Allá lo quiere toíto el mundo. Donde la cosa está maluca, pa allí lo mandan. Y no vive sino pensando en usted. No habla de otra cosa. Cuando me venía, me llamó solito y me dijo: “Mucho cuidado; no hable con nadie y cuando la encuentre a ella sola, dígame que no la olvido”. Y qué la va a olvidá, niña! si usted es más buena que la hambre y más bonita que una rosa y un gajo de clavellinas.

Josefina oía aturdida. Todo su ser conmovióse profundamente. Eustaquio contemplábala complacido. Josefina murmuró suavemente:

—¿Sabes muchas cosas? me las vas a contar todas.

—Ay! niña, si es un rosario! En cuanto yo coja letra no se acaba el ovillo. Deje que descansen y refresque pa que vea. Coja en tanto los papeles pa que se noticie.

—¿Los periódicos?

—Sí, los papeles!

Eustaquio recogió su hatillo y se disponía a seguir hacia la casa, que lucía a lo lejos, con sus techos humeando al sol mañanero, todo blanco, resaltando dulcemente en medio del verdor intenso de la arboleda.

Josefina le observó.

—Mira, Eustaquio, no subas hasta la casa. No te lo consentirán. No quieren nada de Paulo.

Eustaquio se rascó la cabeza:

—¿Y qué me hago? Venía contando con el arrimo. ¿Esa no es mi casa? ¿No he vivido ahí toda la vida?

—Pero ahora no; si vas, te echan como un perro.

Eustaquio, pensativo:

—¡Qué lava, qué lava!

—Coge para otra parte.

—Por los caminos será. He de seguir la mendicidad, ya que no tengo amparo en la casa. ¿Si me echan, qué pan como?

Josefina repetía:

—No subas, no subas, te espantarían como a un perro. Eustaquio, haciendo ademán de conformidad:

—Bueno, niña, si así lo quiere el que está allá arriba entre las nubadas, ¡qué vamos a hacer! El me puso

en el atajo y me habrá de sacar al camino. Es el amparo del pobre y del que llora sus penas.

Eustaquio se regresaba por el callejón. En la diafanidad del ambiente su figura se dibujaba grotesca y mísera. Josefina lo veía alejarse dolida de su mal. Al estar en sus manos le hubiera sentado en la mesa, en su propio sitio y servido ella misma, para oír a su lengua contar las historias de aquella guerra que la tenía loca. En ella cifraba todas sus esperanzas. Con semejante noticia su corazón daba vuelcos jubilosos y la imaginación fantaseaba. ¡Cuál fué la dulce amante que cohibida en su amor no lo alimentara con el inagotable tesoro del ensueño? En el sueño es en donde espiga el amor y en la soledad y en el silencio es en donde aprendemos a amar. En la apacible quietud de aquellas horas largas y monótonas de la vida campesina, resurgiendo a la vida en una dulce y lánguida convalecencia, Josefina sentía cómo su amor sin violencias, sin voracidades de llama, tornaba junto con el color de sus mejillas, puro, simple y bueno, como florecita de los campos. Su amor se transformaba. La pasión, ciega, cruel y devastadora, ahora era algo así como una clara fuente que de su interior manase y corriera suavemente hacia un dulce paraje. Era un amor lánguido, de niña enferma, nostálgico. Semejaba una ave aterida que esconde la cabeza bajo el ala, en tanto que la friolenta mañana calienta lentamente con el sol...

¿Cómo fué? ¿Quién lo dijo? Pero es el caso que se supo aquella misma tarde en “Guarimba”, que Eustaquio se encontraba en el pueblo y que hablaba de las proezas de Paulo. Y nadie ignoraba que se había tropezado con Josefina en la boca del callejón. A la siguiente mañana los carros de la estancia eran cargados con baúles, cestos y colchones a la puerta de la casa. La familia, repentinamente, salía para Caracas. No volvería en mucho tiempo. Arrendarían la casa y las tierras. Don Mo-

desto estaba aburrido de habérselas con peones y animales. Misia Carmen no tenía gente con quien tratar y no aguardaba más. Las morochas, según ella, crecían muy a prisa y se le enmontunaban. Era una necesidad regresar; darse un bañito de sociedad. Ella misma, misia Carmen Perules de Macapo, se encontraba pesada y dormilona. No echaba sino barriga y la cara y el cuello enrojecían hasta ponerse morados en cualquier esfuerzo. Y como que había perdido hasta sus modales señoriles, la elegancia y la espiritualidad que siempre la distinguieron. ¡Qué cosa tan horrible era el campo! Aquella familiaridad campechana le era insoportable, todo lo relajaba; hasta las criadas se habían echado a perder. La Dolores, la barrigona, tan respetuosa y servicial, estaba inaguantable; se había convertido en una mantuana; no cabía en ninguna parte desde que Froilán, el cochero, la cortejaba como presunto marido. En Caracas toda aquella vida cambiaría, tornando a su centro. Sería otra cosa. Nada de dormir siestas, de batas sueltas, amplias como fundas, sino corset y cuerpos entallados: la etiqueta, la distancia. Cargaban las carretas, y el coche de la casa esperaba enganchado bajo la sombra de un manguero.

El Pichirre se presentó, ahogándose. Vigilaba un riego. El diablo de Magalo había soltado toda la acequia para regar cuatro maticas, y el agua arrastraba las sementeras. En las carreras, la casualidad le había hecho volverse hacia aquel lado y vió los carros que cargaban y se le puso que la familia se marchaba. ¡Qué malos amigos! Nadita le habían dicho. Así se hubieran ido y a él le urgía hablar dos palabras con don Modesto. Dos palabritas que deseaba decirle desde hacía muchos días. Pero, ¿qué era aquello? ¿por qué se iba tan pronto, cuando comenzaban los buenos tiempos en el campo? Refrescaban los calores, todo estaba verdecito; los naranjales perdían las hojas y lucían doraditos con la fruta.

Misia Carmen, que inspeccionaba la carga de los carros, le tendió su mano preciosa.

—Al fin nos vamos, don Toribio!

El Pichirre, mostrando la azada que portaba:

—Dispense no se la estreche, pero las mías están enterradas. ¿Dónde se encuentra don Modesto?

—Arreglando las cuentas a los peones. Todos los trabajos se van a parar.

—¿Y ese rialero que está en las siembras?

—¡Que se pierda! La cosa es irnos, irnos cuanto antes. Aquí no se puede vivir más. Yo odio a toda esta gente y a todos estos campos.

El Pichirre sonreía, incrédulo.

—No diga esas cosas. La ciudad sí que es un hospital, un nido de vagos y hambrientos. En ella todo huele a moho y aguas sucias. Estos campos son la pura salud.

Misia Carmen, con un dejo despreciativo:

—Pero usted está hecho a esta vida. Levantarse con las estrellas y acostarse con las gallinas.

—Es cierto: en lo que luce el lucero me enderezo en la cama como la clueca en el nido.

Don Modesto apareció con el mayordomo, un negro tinto y lustroso, con lo blanco del ojo brillante y húmedo. Daba sus últimas órdenes.

—Los muy necesarios. Para los otros no hay trabajo. Daré mis vueltas.

Don Toribio le saludó, quejoso:

—¿Cómo no me había dicho nada? Se escapaba calladito!

—Todo esto es cosa de Carmen: quiere almorzar en Caracas.

El Pichirre, chancero:

—No le gustamos nosotros, ni los resoles del campo. Le hacen falta sus alfombras y sus espejos.

Misia Carmen, mal humorada:

—Lo que no me gusta es vivir entre gentuzas. Me chocan. Cada mujerzuela de estas se cree una señora y cada patón un igual.

El negro reía con el sombrero en la mano y asentía con la cabeza.

Don Modesto, amenazador:

—Carmen exagera. Hay buenas y malas; gente sin educación.

Don Toribio, mirando al negro:

—Lo que son es ladrones. ¿No es verdad, Encarnación?

El negro encogíase, retorciéndose con una mueca en los labios.

—Algunos.

El Pichirre, apremiado:

—Sé franco, hombre! No te conozco del otro día para acá.

—Usted lo dice.

—Y tengo razón. Y aprovecho, ya que de eso hablamos, para decirte, que tus muchachas no me dejan una berenjena en las matas. Dile a Tomasa, que cuando quiera berenjenas, me las pida. Yo no le niego a nadie una berenjenita.

El negro blanqueaba los ojos y sonreía.

Don Modesto, volviéndose al mayordomo:

—Ya está en cuenta de todo. Encarnación, puede irse.

El negro se alejó, refunfuñando:

—En lo que se descuide le manco un buey.

Don Modesto, viendo alejarse al negro:

—Pobre Encarnación; le han puesto en apuros.

El Pichirre, profetizando:

—Yo le contaré un cuento, don Modesto. Váyase y vuelva. Ese negro es un ladronazo.

Los carros cargados hasta el tope, emprendieron la marcha, bamboleantes, entre ásperos crujidos y sordos traqueteos. Misia Carmen fué a cambiar de traje. Las morochas, dando guerra a Dolores la barrigona, se asomaron al soportal a medio vestir, con blancas enaguas rizadas y los bracitos desnudos, saltando en la punta de los pies como dos diminutas bailarinas. Los cachidiablos, al ver al Pichirre, se alejaron dando griticos y haciendo piruetas. Don Modesto se paseaba de extremo a extremo del soportal. El Pichirre, arrimado a un pilar, descansaba el cuerpo en el cabo de la azada y veía por encima de las gafas rodadas. Don Modesto pasaba ante él con el ceño adusto. El Pichirre le llamó la atención.

—Se va, mi amigo don Modesto, y yo quisiera que me arreglara mi asunto. ¿Cuándo volverá usted a Guarimba? En negocios de interés, la mayor claridad. Los años, los achaques, las ocupaciones me impiden ir con frecuencia a la ciudad, además, uno es hijo de la muerte y bueno es tenerlo todo acomodado. Por todo eso es que quiero arreglar el asunto. Ya se venció el plazo de los reales que le dí para la refacción de esta casa. Como no

ha pagado los intereses de este año, sube la cuenta a cinco mil pesos.

Don Modesto, muy cortés:

—Es cierto. Descuidos. Se los daré juntos.

El Pichirre, apremiando:

—Los necesito con gran urgencia. Si los tiene ahora mismo, los recibiría.

Don Modesto, esquivando:

—Lo siento en el alma. No tengo en este momento. Le iba a pedir una prórroga.

Alarmado, el Pichirre:

—Prórroga! Necesito el dinero. ¿No tendrá misia Carmen sus economías? Epifania me saca de apuros. ¿No se acuerda del negocio de Gonzalo?

Manifestó sonriente el Macapo:

—Carmen es de las que no arrojan por la ventana.

El Pichirre insistía:

—Pero usted tiene mucha plata. En sus manos está el Banco y ustedes, los negociantes, meten y sacan como les da la gana. Los Bancos están hechos por ustedes y para ustedes. Nosotros tenemos los centavos contaditos.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Que me saque del apuro.

Aquellos dos hombres, a cual más astuto y samarro, se pulsaban. Don Modesto no quería sacar un centavo, en conocimiento de la ruina total de Gonzalo e intentaba llevar a cabo una transacción comercial, por medio de la cual le saldría de balde la refacción de la casa, con

“EN ESTE PAÍS!...”

algo más a su favor. El Pichirre también estaba en cuenta de la bancarrota de su sobrino y deseaba ponerse en “La Floresta”, su sueño dorado, pero temía a don Modesto. La quería para él solo y comenzó a llorar miserias, necesidades y urgencias, que oía don Modesto, indiferente, hecho al lloriqueo de las víctimas. Por fin, el viejo se aventuró a proponer la fórmula deseada.

—Pero hombre, si está en sus manos arreglar este asunto. Traspásente sus derechos en “La Floresta” y santas pascuas.

Don Modesto, rehusando:

—No, mi amigo, ¿cree usted que no tengo con qué pagarle?

Fría y rotundamente replicó el Pichirre:

—Pues, pague!

Ya en el terreno estrechaba al enemigo, acostumbrado a chupar la sangre a cuantos caían en su red. Insistía cada vez con más ahinco. Don Modesto resistía. El viejo se tornaba amenazante e injurioso. Don Modesto carecía de un centavo en caja, pagaba con su crédito, comprometido con la cosecha y otros negocijos. El viejo escogía, terco y rudo, al tanto de los negocios de su socio. Temblábale la rugosa y colgante barbeta de puro furor. Echaba chispas. Se agriaban los ánimos. Don Modesto sonrió de pronto: había echado nuevos trazos; arreglaría el asunto. Le cedería su parte al vejete por todo lo que le debía. Siempre saldría ganancioso. Su vieja máxima macapera quedaría ilesa: “De lo ajeno, un pelo”. Se acercó al Pichirre familiar y bonachón:

—Por qué incomodarse si somos viejos amigos? Si usted lo que quiere es “La Floresta”, se acabó; no hay para qué hablar más: es suya!

El viejo con zalamería:

—Ah! don Modesto, usted sabe mucho: me deja a mí todos los enredos. Sólo por ser un capricho de Epifania, le propuse esa solución. Pero lo que necesito es metálico. Mañana arreglaremos el traspaso.

Misia Carmen, impaciente recordaba la hora al Macapo.

—Las diez! aguardamos por ti, Modesto.

Don Modesto se despedía del Pichifre:

—Mañana se firmará la escritura. Daré órdenes a mi apoderado hoy mismo para que lo arregle todo.

El Pichirre, con desinterés:

—No hay apuros: un día más...

Don Toribio quedó solo en el soportal. Al través de sus gafas brillaban sus ojos. La araña se chupaba al moscardón.

Los carruajes de alquiler llegaban a la puerta. Las morochas ocupaban su puesto en la calesa de la casa. Josefina, pálida y resignada, se hizo sitio en medio de sus hermanas. Sus ojos se llenaban de lágrimas que lentas resbalaban por sus mejillas descoloridas. Los carruajes se deslizaban suavemente por el vial enarenado y sombrío. Don Modesto, iba malhumorado. Misia Carmen, rebosaba contento. El Pichirre con la azada en el hombro, se alejaba hacia sus labranzas. En medio de las sementeras, Magalo luchaba con las aguas del riego, que se escurrían y precipitaban andariegas por entre los terrones. La soledad y la tristeza se apoderaban lentamente del viejo caserón de Guarimba, abandonado como un nido roto y sin cría.

CAPITULO XVII

LA DECISION

La revolución triunfaba. Era unánime su opinión en el país. Desde hacía muchos lustros no se viera otra igual. Sólo los movimientos emancipadores y los federativos conmovieran tan hondamente los espíritus. Sus mismos adversarios, en el fondo, simpatizaban con ella, a pesar de sus máculas. El pueblo parecía tener conciencia de su situación y acudía espontáneo y entusiasta a los campamentos revolucionarios, por ver de libertarse a su negro destino, como si los pueblos y los hombres pudieran evitar lo inmediato, si con antelación no lo hubiesen previsto. El paso que aventuramos está ya determinado en el pasado; en cierto modo, el futuro no existe; no andamos sino sobre huellas. Los pueblos y los hombres sensatos ante el hecho que escapa a su previsión, no intentan volver sobre sus pasos, sino que preparan los que le han de seguir, para corregir en el tiempo la causa de sus fracasos.

Las montoneras revolucionarias eran ejércitos: sus victorias se contaban por sus encuentros. El país le pertenecía. Las temeridades y hazañas de sus soldados corrían de boca en boca entusiasmando como un diabólico sortilegio. El sedimento heroico de la raza llenaba los corazones. Las mujeres veían con desdén al pusilánime y al cobardón. Los niños se bautizaban con los nombres de sus

caudillos favoritos. Fingían bandos y reñían. Los ancianos hablaban con calor de las proezas de sus tiempos ya remotos.

Lo épico encandilaba a la juventud que corría a los campamentos por laureles. Ya era aquello una marcha triunfal. En las ciudadades del tránsito, por donde se suponía que el ejército victorioso marcharía a posesionarse de la Capital, preparaban recepciones y festejos, los mismos que salían con musiquillas y vítores al encuentro de las fuerzas gubernamentales. El ejército revolucionario, según la opinión pública, era enorme; le calculaban miles y miles de soldados. Los héroes de la última hora abandonaban ya sus hogares apacibles para incorporarse a los vencedores y participar de la apoteosis a los invictos y de las justas recompensas a tanto esfuerzo y heroísmo. Se libraría una gran batalla, un golpe decisivo, que decidiría de la suerte de la Patria y de la tiranía. La revolución se concentraba. Contaba con ejércitos en el Centro y en el Oriente. Del Occidente se le incorporaban cuerpos aguerridos, belicosos y bárbaros. Iba para un mes que ocupaba posiciones inexpugnables y se dilataba como un boa en aquel valle resguardado por cerros estratégicos, donde se librara más de un sangriento encuentro y de una feral batalla. Partidas numerosas, cuerpos volantes, recorrían los contornos molestando al enemigo y vigilándole.

El viejo general García fué de los últimos en incorporarse a las reiteradas y terminantes órdenes del Jefe Supremo. Daba tiempo al tiempo, mangoneando con pretextos más o menos aceptables. Hombre práctico, conocía el verdadero estado de la revolución y desconfiaba. Su cuerpo de ejército no era una montonera, sino una división aguerrida y disciplinada. En sus marchas y contra-marchas formó y educó soldados. Era por excelencia un organizador. Su oficialidad era brillante y no seguía a nadie más que a él, a quien miraba como un ídolo. Los soldados tenían plena y ciega confianza en sus determinaciones.

“EN ESTE PAÍS!...”

Siempre mudo, adusto, sus ojos pequeños eran los únicos que brillaban autoritarios y dominadores. Nunca un gesto le traicionó, no dijo palabra en balde. Fusilaba a un hombre sin alterarse y seguía la suerte de un combate con la calma suprema de un estoico. Sus órdenes, eran secas, escuetas e inapelables. Se le obedecía fielmente, sin interpretaciones, persuadido de lo irremediable de su dictamen. A su paso los soldados se cuadraban militarmente, como si fueran de una sola pieza, y a su voz se arrojaban decididos e impetuosos. Era un verdadero sugestionador de voluntades. Al verlo, viejo y marcial, revisar las filas se pensaba en grandes batallas regulares. Era el único caudillo a quien rodeara un verdadero ambiente militar. Si como soldado fuera digno de combatir al lado de Sucre en Ayacucho, como político no se le conoció sino un defecto que había dado al traste con sus aspiraciones: su indecisión. Hombre frío y calculador, en el campo de batalla era un hábil y temible ajedrecista, pero aquellas mismas virtudes guerreras le fueron siempre contraproducentes en política, en nuestra política ajena a todo cálculo y orientación determinada, alardeadora de un maquiavelismo falso y candoroso. Cuando García llegó al cuartel general, al jefe supremo rodeaban núcleos compactos y fieles que afeaban su conducta, y, aquel que pudo imponer su voluntad, por la pericia de su arte y lo aguerrido de su ejército, vino a ser un simple jefe divisionario, a quien se veía con desconfianza, y en ocasión propicia lanzarían a lo más cruento y peligroso de la batalla, para deshacerse de él o amenguar sus fuerzas. Y como en toda revolución, fué en el ejército una pieza encerrada, con un solo juego, que le costaría un sacrificio: Empeñarse por obtener la victoria.

Ruiseñol, por su parte, no había sabido captarse la estimación del General: demasiado ideológico, el viejo García prescindía de él, por soñador e impresionable. Era un ser extravagante. A sus ojos, aquella sensibilidad y exquisitez, aquel opinar vehemente, aquellos arrestos caballe-

rescos y nobles, parecíanle cosas teatrales, cómicas. No era un hombre. Le habían engañado. Juzgábale incapaz de sus confidencias, creía ver en él un niño grande, temido y cándido. Sólo una vez, en un combate, había hablado de él, para ordenar a sus jefe de Estado Mayor, que en otra ocasión debía arrestarse al doctor al romperse los fuegos. Lo matarían inútilmente; era un desquiciado por el que tenía que responder a sus amigos de Caracas.

Aquella vez Gonzalo, en un arranque y con gesto heroico, se había lanzado a toda impetuosidad de carrera sobre el enemigo, disparando el winchester. Descabalgáronle de un tiro, e, incorporándose, avanzaba sereno por una sabana limpia, disparando tiros, apuntados con gran tranquilidad, como si cazara patos en una laguna.

Gonzalo, en medio de los campamentos, andaba aburrido y desilusionado. Toda aquella matanza tenía por inútil y criminal. Reinaba en su espíritu un gran desconsuelo desde que estaba en contacto con el alma bárbara del pueblo. Parecíale alejado por siglos de la civilización. Sufriendo, resignado, valiente y heroico, era una materia prima excelente para forjar en la fragua del tiempo un gran pueblo. Admiraba más que nunca al venezolano y considerábalo hecho para grandes cosas, pero todas tardías, con relación a los años que puede mantenerse una generación sobre la tierra. De ser el jefe supremo de la revolución, disolvería todo aquel ejército con una sola dulce palabra: paz! Era menester vivir siglos alejados de la guerra. Levantar ocho o diez generaciones en la paz, salvarlas de la neurosis revolucionaria, que no engendra sino juventudes marchitas y extravagantes, desequilibradas y locas. Vefía como un clarividente el por qué de los fracasos de la patria y ganas le entraban de sentarse a la orilla del camino mientras los otros pasaban alboratadores y risueños al sacrificio inútil, y llorar, llorar a lágrima viva la ruina de sus ensueños patricios. Oh! intenso amor! Y él no lo sabía, que amaba a todos aquellos hombres míse-

ros, con un amor tan profundo. Cuán cerca de él estaban todos!, cómo descubría en ellos aquel mundo infinito de contactos que lo ligaban a su raza y a su pueblo. En el fondo, él no era sino un barnizado; lo único que lo diferenciaba de los demás, era la inquietud del espíritu y su barniz de civilizado. Y esas eran cosas secundarias; en el fondo, era un hermano, un hermano mayor, consciente de los dolores y amarguras íntimas, del desastre del hogar paterno y que veía a su derredor, el desastre. El viejo García, a pesar de su máscara de hierro, era un hombre simple, candoroso y bárbaro. Desde su juventud soñaba con la Presidencia de la República y se le escapó siempre, porque, en el fondo, su alma estaba llena de vacilaciones, como la del mismo Gonzalo Ruiseñol. Fusilaba hombres y daba batallas como éste roturaba tierras y regaba semilleros. Todo consistía en una inversión de oficio y nada más. En aquella campaña, cuántas cosas maravillosas llevó a cabo aquel hombre! Formó ejércitos de la nada; venció al enemigo sin los elementos necesarios y atrajo hacia sí gran parte de la opinión pública, y a la hora de imponerse era todavía un simple jefe de división! Fracasado el ensueño, ahogaba su ambición, temeroso de que se trasluciera. Y así, como el viejo García, todos aquellos otros caudillos, más o menos crueles, ambiciosos y heroicos. El jefe supremo, a quien ya adulaban, y corrompían las turbas incondicionales de todos los tiempos, ¿qué poseía más que sus camaradas, sino la obediencia de los otros? Por el contrario, faltábanle muchas virtudes de que no andaban escasos los demás jefes. Y era tan pobre hombre como García, sin aquellas condiciones de guerrero del viejo militar; y si se le examinaba bien, se descubría en él un titiritero político, un comediante, armado de palabras huecas y rotundas, y, si se imponía, era porque poseía una facultad esencial del carácter: la resolución. Aquel hombre se encontraba allí, porque supo decidirse a tiempo. Era pronto y audaz y al valor personal unía el valor guerrero. Los otros le traían en hombros con su pericia y sus ejércitos. Fuera de aquella situación excepcional, donde le colocaban

los acontecimientos, apenas si sería el orador demagogo de su parroquia.

Y aquel ejército, aquel gran ejército que se tendía a lo largo de la carretera y ocupaba colinas, collados y cerros estratégicos, ¿qué otra cosa era sino una montonera indisciplinada, en la que cada cabecilla se creía jefe y centro de la revolución y obraba libremente porque se juzgaba necesario para el triunfo? Eso era a sus ojos la revolución. La hidra de la discordia. Tan sólo en una cosa estaba de acuerdo: en derribar todo lo existente para entrar ellos a improvisar y regodearse con la cosa pública. Ninguna idea superior movía aquellos hombres. El pueblo nuevamente se veía burlado en su candor. Aquel no era el camino de redimir a los humildes, de salvar la República, de incorporarse a la civilización. El corazón de la revolución estaba podrido. No venía sino a sustituir individualidades; las máculas quedarían siempre las mismas. A su juicio, Venezuela no podía darse gobiernos mejores. Por lo tanto, ir contra los gobiernos constituidos por medio de la violencia y las armas, era atentar contra la República, alejarla de su destino. La evolución lenta y pacífica era la fórmula salvadora, plenamente convencido de que cuanto pasaba era necesario y fatal. En aquel calvario de la Patria, los patriotas, haciendo sacrificios generosos, debían ser los cirineos. No abandonarla, no ridiculizarla, porque los que de ella se alejan, la traicionan. Los que en su egoísmo la quieren mejor; los que le piden lo que no puede dar, porque no han hecho por ella ningún sacrificio, porque con nada han contribuido a su consolidación y a su grandeza, no serán sino sombras errantes en la historia. Fuera de la Patria nada somos; los que se desconcentran, se decapitan. Era menester sentarse al burdo telar y trabajar la tela grosera del día y cubrir con ella nuestra desnudez, para que nuestros hijos pudieran luego vestir el paño fino que les preparó nuestro amor.

Con gran desaliento Gonzalo asistía a los preparativos de la batalla. Aquella soldadesca desaforada, mísera, en-

vuelta en harapos, tumbada en el suelo en espera de la hecatombe final, era la imagen fiel de la Patria, en su ruina y agotamiento. Mientras que cada uno de aquellos hombres no tuviera conciencia de su esfuerzo, sería en balde la matanza. Antes que un ejército semejaba la soldadesca una tribu impulsada por las hambres y las necesidades a errar de comarca en comarca para satisfacer las exigencias de su menguado organismo. Tales eran los invictos; hombres semidesnudos, palúdicos, llenos de llagas y lepras. Era de verlos a la hora de la ración, danzar ante un pingajo de carne revolcado en ceniza. Era el antiguo siervo de los señores feudales. Estábamos en plena edad media. La esclavitud existía bajo la forma militar: no como un hecho aislado, sino como una de tantas manifestaciones perennes. ¿Acaso la propiedad aun no era feudal? ¿El señor, a su antojo, no talaba, quemaba, arruinaba los manantiales y se hacía a veces justicia por su propia mano? Eso era la verdad, lo práctico, lo corriente. ¿Las conquistas civiles?...

Al sol, el campamento lucía como una llaga, afeando la eglógica belleza del paisaje. El hombre, en aquella oportunidad, era el único intruso en medio de la naturaleza que lo envolvía con su serena bondad. Brillaban las armas, y lentas columnas de humo se alzaban pardas y caprichosas. Se cocía el rancho y la soldadesca, con su alegría primitivamente patriarcal, rodeaba a la renegrida cacero-la, en donde hervía el caldo, y, con cariño, al rescoldo de la inquieta llama, volvía sin cesar el rústico asador.

Ante la poderosa reconcentración revolucionaria, el gobierno compactaba sus elementos. Rodeado de amigos íntimos y fieles, en su seno reinaba gran actividad. En todas partes se defendía con ahinco. Sus tropas regulares, diseminadas y diezmadas, se batían con valor y denuedo, a pesar del número avasallador de las enemigas y de su falta de opinión. Había sufrido mil reveses, pero conservaba íntegra su unidad y la entereza de su caudillo. A

pesar de estar asediado por todas partes, contaba con elementos de guerra y medios rápidos para trasportarlos. Obraba como un amo en su casa y la revolución como un intruso. La lentitud de los movimientos revolucionarios en la movilización de un gran ejército heterogéneo, le daba tiempo a prepararse para la batalla que decidiría de la suerte de los contendores. Como se veía obligada a mantener soldados en muchas partes, sólo podía enfrentarse al enemigo con reducido número de tropas, pero escogió los cuerpos más aguerridos y la oficialidad más experimentada. Entre ellos vino a incorporarse Mala-rabia. De lejos se le presentía, a sí como en el amplio y limpio cielo veraniego, por el rumor lejano, sin distinguirlos aún, se espera ver pasar, como una inmensa mancha, la innúmera bandada de pericos, terror del conuquero. Cuando Mala-rabia, tras marchas forzadas, se asomó a la cumbre, desde donde se divisaba los campamentos del gobierno, reinó en éstos gran entusiasmo. Las banderas como que las batía más alegre el viento y la hueste indisciplinada y heroica descendía saltando de risco en risco, cargada de botín y regocijo. Nada prohibía Mala-rabia a sus soldados; sólo castigaba la falta de valor. Robaban, saqueaban, violaban; pero morían mordiendo el último cartucho. Cuando le asediaban las quejas y reclamaciones, como un bondadoso pater-familia, se restregaba las manos y exclamaba:

—Esos diablos me tienen loco! — Y si era de pagar, pagaba con largueza, mas, si eran males irremediables, bonachón ofrecía hacer escarmientos, pero la hueste pasaba como una rozadora por los campos. A la hora de la ración, la devoraba rodeado de sus oficiales y aceptaba finezas de sus soldados. Bebía agua en sus taparas y repartía entre ellos sus tabacos. Cuando impulsado por su arrojo se batía como un soldado, cubríanlo éstos con sus cuerpos, y a su alrededor, encarnizada, se extendía la matanza. Conocía el nombre de cada uno de ellos y el lugar de su procedencia. Su cólera era un trueno que aplayaba en lo infinito, pero que pasaba rápida, sin mayor estrago. El

“EN ESTE PAÍS!...”

enemigo temía, cuando tenía que habérselas con él; no daba ni pedía cuartel. Su fama era universal: Mala-rabia! —exclamaban amigos y enemigos. Sus cargas eran espantosas: destrozaban. La gente, en aquella ocasión, estaba dividida en tres batallones y una sagrada, compuesta de soldados viejos, zafios y crueles y de oficiales pendencieros, indisciplinados, sin Dios y sin Ley, desechados de todos los cuerpos regulares, por bandoleros, indomables y fieros, y comandábalos el ya coronel Paulo Guarimba, porque, en la opinión de Mala-rabia, era el único que poseía el alma y los puños de hierro para habérselas con aquel atajo de facinerosos.

Paulo ascendía rápidamente en el escalafón militar; Mala-rabia, enamorado de su valor, mirábale como a un hijo y no perdía ocasión para ascenderlo. No telegrafió al Gobierno sin recomendar a Guarimba. En la ciudad, la leyenda ya comenzaba a florecer a su alrededor. Guarimba, a quien nadie conocía, era el hombre de los trescientos, el que entraba a decidir (para las multitudes) con sus cargas formidables de machete, las batallas. Guarimba! Guarimba! Aquel nombre dulce y misterioso, por virtud del valor de Paulo, hacía leyendario. Guarimba, invocado por los soldados en la carga, equivalía al estrago, a la muerte, al exterminio, que pasaba como una hoz tendida, segando, segando. Pero Paulo, en medio de sus triunfos y hazañas, continuaba el mismo: simple y bueno. Como un héroe antiguo, exterminaba, pero conservábase candoroso como un niño. En su alma no había sino cabida para una ambición: Josefina! y por ella, en los hombros, transportaría montañas; escalaría los escarpados farallones de la sierra, por alcanzar para ella el nido de las águilas o el racimo maravilloso de cigarrones avileños.

Aguardaba tan solo el gobierno la incorporación de Mala-rabia para abrir operaciones sobre el enemigo. La revolución no se movía de sus posiciones. Sus banderas flameaban día y noche en los picachos y su numerosa ca-

ballería se formaba en el valle. El Gobierno decidió atacarla. Aquella situación era inaguantable. Dos de sus divisiones salieron a ocupar el pueblo de "Lomas Azules". Desde ahí inspeccionarían de cerca al enemigo y podrían comprometer la batalla y ser reforzados o retirarse al cuartel general. La revolución, a la noticia de que tales cuerpos se aproximaban y tomaban posiciones ventajosas, avanzó, dispuesta a terminar de una vez con un ejército que creía anarquizado. Dividió su ejército en dos partes, una que avanzaba por la carretera con la caballería, a salir a la llanura y a la retaguardia de "Lomas Azules". Y la otra, por el escabroso camino de la sierra, entre picachos abruptos, a salir a la vanguardia de "Lomas Azules", que de hecho quedaba dominada por aquel nudo de cerros y cuevas azulosas. Por medio de aquella operación, "Lomas Azules" quedaba interceptada y las fuerzas del gobierno que lo ocupaban serían destruidas, imposibilitadas de cubrir las alturas erizadas de bayonetas y obligada a retirarse al cuartel general, en su derrota; porque la caballería saldría a su encuentro y la dispersaría. En tal confianza, avanzaba la revolución en el silencio de la noche, para caer como de sorpresa, con la aurora sobre el enemigo, el cual debía suponerle aguardándolo en sus posiciones. Los cuerpos del ejército avanzaban con cautela. Con el alba, los de la sierra romperían los fuegos y los del llano, al pasitrote, cargarían sobre "Lomas Azules". La caballería quedaba emboscada, en los chaparrales de la sabana, por si el enemigo se retiraba.

La noche era negra y el viento corría húmedo. Los soldados, encapuchados en sus cobijas y trapos, con el máuser bajo el brazo, penosamente marchaban, cabizbajos y silenciosos. Era una tropa de fantasmas y de harapos. En lo alto, como un fregonazo, se asomaba el relámpago. El viento soltaba sus jaurías, que pasaban rápidas, con un clamoreo de selvas y torrentes. Las tronadas distantes empujaban hacia aquellas cumbres el rodar de sus cien mil esferas de bronce. Al latigazo luminoso del relámpago se

veían avanzar como compactos batallones, los alfilerazos de la lluvia. Los torrentes comenzaban a bajar, impetuosos, de la sierra. La lluvia caía con estrépito sobre la calvicie de los cerros. En las selvas, el viento furioso aullaba con su furor milenario y a su empuje se desprendían rotos gajos inmensos. Los soldados, emparamados, marchaban pegados los unos a los otros. A cada paso hacían alto para salvar un torrente, evitar un derrumbe. Los asnos del parque tropezaban y caían por aquellos caminejos de cabras. La lluvia descendía monótona y continua, como el aletear de un murciélago. Al relampagueo el ejército parecía como una culebra dividida en trozos. El agua fué siempre el peor enemigo del soldado venezolano. El llover torrencial de la tórrida que trueca simples vertientes en impetuosos torrentes, que desmorona cerros, inunda e inutiliza las vías de comunicación, hace más estragos en el ánimo de las tropas que las balas que los diezman. El venezolano carga de frente hasta que lo aniquilan o lo arrollan, pero el agua de los cielos le derrota con su tamborileo. La naturaleza impone al hombre, en estas soledades salvajes, su divino imperio.

Si el cuerpo del ejército revolucionario que comandaba el jefe supremo en persona, avanzaba maltrecho por los caminejos de la sierra, el que marchaba por la carretera a salir a la retaguardia de “Lomas Azules”, sin contratiempos mayores, aunque la lluvia le flagelaba, alentado por su caudillo y con la esperanza de un triunfo cierto, se encontró tan cerca del enemigo, que su vanguardia tuvo que enmogotarse y echarse a tierra entre el espeso cañaveral que cubría la margen de un simple riachuelo que lo separaba del enemigo, en espera de que el grueso del ejército diera la señal convenida de ocupar las cuestas azules y rompiera los fuegos. Pero el ejército no se presentaba. Las brumas mañaneras disipábanse, y al sol rebrillaban las armas. Del campamento enemigo, los soldados venían por agua al riachuelo y las mujeres que compartían con ellos los afanes de la guerra, bajaban a lavar sus trapos en las claras y corrientes aguas.

El ejército, agazapado, guardaba el más profundo silencio, en acecho para caer sobre el enemigo, envolverlo y destrozarlo en un solo y sangriento encuentro. Pero pasaban las horas y el temor de ser descubierto manteníanlo inquieto y nervioso. Una hoja que caía, un caballo que relinchaba, llenaba a los soldados de sobresaltos y empuñaban los fusiles, avizorados.

Una mujer metida en el río, lavaba en la orilla y de cuando en cuando batía ropa contra los peñascales, al son de una cantar triste y monótono. Un perrillo le hacía compañía y cuando su dueña golpeaba la ropa, ladraba furioso y obstinado. La mujer espantó al perro.

Este no callaba; latía con furor y ahogaba el cantar acompasado y doliente. La mujer le arrojaba puñados de arenas húmedas. En perro desgañitaba. La mujer, incómoda, lo espantaba y el can danzaba a su alrededor, ladrando sin cesar. La mujer corría tras él, ganó la orilla para echarle a trapazos y pedradas. Desde lo alto de un montón de arenas vió al perro que huía a sus pedradas, pero también y con espanto, distinguió al enemigo, desparrramado en el cañaverál. Las armas cabrilleaban al sol y mil ojos angustiosos se fijaron en ella. De un salto cayó en medio del río, y dando grandes voces, alertó a los suyos:

—El enemigo, el enemigo!

Por el callejón del río acudieron en pelotón los del gobierno. La vanguardia revolucionaria ya descubierta, se lanzó impetuosa sobre los otros. Los arrolló. Y comenzó la batalla. El primer encuentro fué terrible. En una sola carga la revolución se encontró en la plaza del pueblo, en el corazón del enemigo, que se batía con denuedo, desplegándose hacia los cerros azules. La batalla se hizo encarnizada. El gobierno se empeñaba ahora en desalojar al enemigo y la revolución en sostener la plaza y ocupar aquellos cerros azules, que eran su triunfo.

“EN ESTE PAÍS!...”

De pronto los fuegos de la revolución dejaron de ser nutridos. A las descargas atronadoras del gobierno, contestaba con un tiroteo. Su parque se agotaba. El gobierno la desalojaba sin gran esfuerzo. En lo alto sonó un cañonazo. La revolución rompió los aires en un solo vítor, inmenso, unánime, e intentó de nuevo el asalto, volver sobre sus pasos, pero no había parque! Los oficiales, llenos de furor, dando alaridos, increpaban en sus propias barbas al Caudillo, que a destiempo comprometió la acción por haber hecho avanzar las fuerzas tan a boca del enemigo. Se retiraban con la rabia en el corazón cuando los suyos comenzaban a desplegarse en las alturas, empeñados en recuperar las cumbres azules: la victoria!

Por pelotones llegaba el ejército revolucionario y entraba en acción. La lluvia le había detenido en el camino y dividido en trozos. El gobierno, con nuevos refuerzos, clareaba las filas enemigas que se formaban bajo sus fuegos. Los pelotones revolucionarios desdoblaban sus fondos impávidos y tomaban posiciones. Durante horas se oyó una sola descarga, cerrada y nutrida: el traqueteo de las ametralladoras y el zumbir del cañón. Un clamoreo salía de los campamentos y envolvía el campo de la acción. Se atacaban con furia, a pie firme, sin ceder. Atardecía y la refriega continuaba en el mismo estado. Las tropas veteranas del gobierno mantenían a raya al enemigo. No avanzaba, pero rechazaba las cargas impetuosas de la revolución, que se estrellaba contra su disciplina y aguerrimiento. La revolución ordenó un ataque general. Trató de envolver al enemigo y arrebatarse aquellas cumbres, desde donde las ametralladoras mantenían un fuego mortífero. El viejo García, que se había quedado zaguero, porque sus tropas fueron las que más sufrieron con la lluvia, entraba en acción. Sus soldados llegaban contentos y rientes. Tenían confianza en sus máuseres. Bromeaban con la muerte. Un soldado decía a otro:

—Vale!, cuando dé el asalto, me avisa!

El otro cargando el máuser, contestaba:

—Ya le veré mascando tabaco, mi viejo!

El general García se adelantaba a sus fuerzas. Ganó un riscal y mandó hacer alto. Inspeccionaba. Su ojo práctico, por un instante, siguió el curso del combate y ordenó a Ruiseñol, que estaba a su lado:

—Doctor, diga al General que la carga es por el centro y esto se decide.

Sus tropas entraban por el centro, reforzando la línea. Los soldados despleaban ante el viejo García con los semblantes resplandecientes y algunos le vitoreaban y se despedían con frases cariñosas.

—Adiós, mi viejo!

García, como esfinge, los veía entrar en el fuego. Sus ayudantes corrían de un punto a otro. Las tropas cargaban a pie firme y el ataque, que languidecía en toda la línea, se vigorizaba. El General en Jefe, desde una loma distante, tenía clavado el binóculo en el viejo. Era la esperanza del ejército. García servía de blanco en la riscalosa eminencia. Su caballo amugaba las orejas cada vez que una bala pasaba silbante o se aplastaba bajo sus cascos. En medio de aquella granizada, dos ayudantes abrieron los brazos, se desgonzaron sobre las monturas y cayeron. Los caballos, sin jinetes, corrían enloquecidos. El machazo de Gonzalo Ruiseñol pasó como una flecha y se embarrancó por un peladero. El viejo García se volvía y dijo al que se encontraba a su lado:

—Ya tumbaron al Doctor!

Gonzalo, en cuatro patas, se levantaba del suelo, a pocos pasos del general. El machazo, espantado, reventó las charnelas aventándolo como un pelele de la silla.

Los cornetas, en un clamoreo luminoso, vibrante y enardecedor, tocaban "fuego y adentro", degüello. Toda la

línea avanzaba en un solo movimiento. De repente las gentes del centro se precipitaron con furia sobre una colina, la escalaban dando alaridos y trabóse una lucha cuerpo a cuerpo. Una vocería espantosa y salvaje ahogaba el estruendo de la fusilería y del cañón.

El viejo García, impávido, como enclavado en la eminencia, con su mirar de halcón, fijo y tenaz, seguía los movimientos, y en medio del mutismo que lo rodeaba, exclamó, lacónico:

—¡Esto se ganó!

El enemigo retrocedía; abandonaba las posiciones que desde el amanecer sostuviera heroicamente resistiendo carga sobre carga de un ejército numeroso y convencido de su triunfo.

Las hondonadas se llenaban de sombras y las últimas claridades de la tarde se apagaban suavemente en el cielo. La revolución pernoctaría en el campo enemigo. El viejo García sintió que un peso enorme le abandonaba; volvía a ser el mismo, el necesario, el imprescindible general García.

El Gobierno se atrincheraba y rehacía en otras hondonadas, a favor de las sombras.

En el lejano cuartel general del gobierno, los partes se sucedían de continuo: pasaron el día contando con el triunfo y enviando elementos, soldados y municiones. Desde el anochecer, el General en Jefe comenzó a estar intranquilo. ¿Por qué no le habrían comunicado ya la derrota del enemigo? La revolución no era sino una montonera que no aguantaba dos rascadas. No habrían sino cambiado tiros y gastado parque, cuando todo se reducía a cargar, a cargar. Hizo falta su presencia. ¿Por qué no venía el parte?

A la media noche llegó el posta. Le habían despachado tarde. Se salvó milagrosamente. Las partidas revolucionarias se cruzaban en el camino.

El General en Jefe reventó con los dedos el pliego de papel de barba donde venía el parte. Todos callaban. Leyó y arrojó al suelo el papel con furia. Se paseaba y pateaba, encolerizado. Se llevaba la diestra a la cabeza e introducía los dedos entre los cabellos y exclamaba en voz alta:

—¡Son unos imbéciles!

Se detuvo en medio de la pieza y gritó a sus ayudantes:

—Llamen a Mala-rabia!

Mala-rabia incorporóse, ya cerrada la noche, al cuartel general. Durante el día salió a dar una batida a las guerrillas revolucionarias que intentaban unirse al grueso del ejército e interrumpir la comunicación con Caracas. Vino desde su campamento.

—¡Mi jefe!

El general se paseaba y volvió a gritar, como un energúmeno:

—Ese Mala-rabia, ¿cuándo viene?

Mala-rabia se adelantó, familiarmente.

—Aquí me tiene, mi jefe, pa lo que necesite.

—Va usted a salir inmediatamente: Derrota al enemigo o lo fusilo.

Mala-rabia, ante aquel gesto, se irguió y giró sobre los talones.

—Serán cumplidas sus órdenes.

De nuevo gritó el caudillo:

—¡Mala-rabia!

Acudió el General.

—Mi jefe!

“EN ESTE PAÍS!...”

El caudillo se lo llevó aparte y estuvo hablando con él. Daba sus instrucciones. Mala-rabia oía, sin atreverse a objetar nada. Cuando el caudillo se desfogó, hizo servir brandy. Bebía seguido una tras otra copa y hablaba vertiginosamente. Fueron llamados otros generales. Se combinaba un nuevo plan de ataque. Mala-rabia salió a cumplir órdenes.

Paulo Guarimba dormía entre sus soldados, lejos del cuartel general, en la carretera. Lo tenían de tapón, cerrando la vía. Sus trescientos eran gentes experimentadas y dormían empuñando las armas. Cuando el ayudante de Mala-rabia dió con él, después de pisotear muchos soldados, que abrían los ojos alarmados y recobraban los máuseres, ya se encontraba sentado sobre su cobija Paulo, con la espada en las piernas. Dormía poco desde que estaba en la guerra y comandaba a los trescientos, gente brava, altanera y quisquillosa, los cuales se acometían los unos a los otros por cualquier tontería. El los tenía en un puño, comprometiéndose a cada instante en un lance personal. Los dominaba como hombre y como jefe. A su lado levantaban las cabezas, como dos serpientes, echados en el suelo, dos hombres que no dormían nunca y los ojos le relumbraban como los de las fieras: “Agua-Bendita”, ladrón y asesino, a quien Paulo salvara de cuatro tiros, y un zambo, ojos verdes, —“Mono con sueño”— a quien acusaban de haber comido carne humana y degollado niños. Eran dos hombres adictos a su persona, dos de esos monstruos que no obedecen sino a un amo, a una voluntad de hierro que los doblega, domina y subyuga y ejercían a su lado de asistentes. A la proximidad del ayudante, alzadas las cabezas, empuñaron los machetes. El ayudante se detuvo, respetuoso. Paulo le ordenó avanzar.

—¡Coronel! Mala-rabia, que levante su campamento sin hacer bulla.

Los trescientos, al entrar en formación, metían siempre gran algarabía.

—¿Qué hay, ayudante Manrique?

—Que nos vamos a quemar la cotonía, Coronel.

—Ese fandango sin nosotros no terminará nunca.

—Parece que ayer nos pelaron.

—Porque no mandaron a Mala-rabia. Ya estaría eso listo.

—Que nos aguarden!

—Les daremos un gusto.

Paulo Guarimba se puso en pie.

—¡Agua-bendita! ¡Mono con sueño! Alza arriba!

Se incorporaron de un salto los dos hombres.

—Mono con sueño, ensille la bestia y recoja los corotos.

—Ayudante Manrique: dígame a Mala-rabia que estoy a la orden.

—Hasta la vista, Coronel.

En la obscuridad se iban levantando las sombras del suelo.

Paulo veía cómo las sombras aumentaban a su alrededor. Todas aquellas fieras humanas, en sí no eran sino pobres soldados, cubiertos de harapos, sin alpargatas, sin cobijas, acabados por las fatigas, por el paludismo y la fiebre de los combates que exalta y aniquila. No todos tenían su contextura. De antemano, la mayor parte de aquellos hombres estaban muertos, no conocerían la vejez; si las balas les respetaban, las enfermedades, la miseria o el presidio acabarían con ellos. Serían segados en flor por la muerte. Eran demasiado impulsivos y violentos.

“EN ESTE PAÍS!...”

Cuán triste es el despertar de un ejército que se prepara para ir hacia la muerte! Sobre el corazón del más valiente corre un soplo helado y asoma a sus labios un ¡qué importa! Sí, qué importa la vida, si la muerte de todos modos ha de venir! Por eso es grande y bello, y salva y redime el valor, al hacernos superiores a nuestra misma naturaleza. Por eso llenan la historia los hombres y los pueblos valientes. Por esa virtud máxima, la fama les adula y el mundo se les entrega. Eduquémonos en el valor y en el desprecio de la muerte. Ahoguemos en la cuna a los cobardes, como en la antigua Esparta a los que no poseían la característica de la raza: la belleza y la fuerza. El hombre sobre la tierra, en todas las manifestaciones de su actividad, jamás deje de ser un soldado, y el valor, su único escudo. Redimámonos de la cobardía bajo todas sus formas múltiples. Leguemos a nuestros hijos, por herencia, una tradición de valor.

Paulo, por la primera vez en su vida de soldado, pensó en la muerte. No era temor: no conocía el miedo; siempre que le anunciaron un combate, su alma se llenó de júbilo. Era que ya cerca de su ideal, veía en la muerte una intrusa; la despreciaba, pero sabía que podía alejarlo de unos brazos que, en sueños, ceñíanse a su cuello. Aquel amor era su única debilidad; mas, pronto las energías de su alma devolviéronle el dominio de sí mismo. Era un valiente. Mientras que el ejército, con la naciente claridad del día tomaba forma humana, interiormente se decía:

—Todo por ella, por alcanzarla, porque sea mía!

De su amor se nutría; en su amor se amparaba y por su amor desafiaba la muerte, con el gesto despectivo de un gladiador adolescente.

Paulo Guarimba, tras aquella debilidad de un instante, fué el mismo de siempre. Sus trescientos no vislumbraron en su faz reposada la más ligera turbación, sino la suprema tranquilidad, la serenidad habitual, la confianza absoluta en su congénito valor y en su osadía...

Cuando ya el sol calentaba los senderos, Mala-rabia se puso en marcha con su división, reforzada por tres batallones y los últimos restos de parque de que disponía el Gobierno, por el momento. El General en Jefe marchaba a la cabeza del ejército. Quería ordenar personalmente la última carga. Al montar a caballo, había dicho a Mala-rabia:

—Aquí se rifa todo!

A su espalda quedaba sólo un batallón: soldados enfermos y varios pequeños cuerpos volantes que mantenían en jaque a las partidas revolucionarias que intentaban morir en retaguardia e incorporarse a la revolución.

Antes de amanecer, la revolución ya había roto los fuegos. Los soldados peleaban, envueltos en sombras. Tiraban sobre los fogonazos. El viejo García mandaba la acción. Los soldados se batían flojamente; no veían al enemigo; no se daban cuenta de los que caían. Se mataba y moría en la oscuridad. Cuando lució el sol, el combate se enardeció. El tiroteo del alba fué creciendo y generalizándose. Comenzaron las cargas, el zumbido del cañón y matraqueo de las ametralladoras. La revolución cargaba impetuosa y el Gobierno la rechazaba bizarramente. Los ánimos se excitaban y los soldados se batían delirantes, con aquel furor que enloquece a los hombres en los campos de batalla. En el cielo, de un azul intenso, rutilaba el sol, abocado al zenit, y el combate continuaba con el mismo ardor. El viejo García se impacientaba; la artillería enemiga diezmaba sus fuerzas. Por un instante pensó en la derrota. No podía continuar bajo aquellos fuegos. Y ordenó una carga simultánea y cerrada, una de aquellas cargas a que debía su fama y que no aventuraba jamás, sino en condiciones ventajosas. Aquellas ametralladoras de que carecían ellos, eran la fuerza del enemigo; sin ellas, haría tiempo, la envolviera y destrozara como de costumbre. Era menester apoderarse de los cañones. Desde la mañana aguardaba el momento. La carga fué espantosa!

El viejo García andaba impasible en medio a la granizada de balas, estimulando a los suyos. Su presencia infundía valor y se combatía con entusiasmo. El gobierno, con gran esfuerzo, rechazó al enemigo, pero cesó el cañoneo y las ametralladoras comenzaron a aflojar. Había aniquilado aquellos cuerpos. El viejo García ordenó otra carga. Lo había comprendido todo; había dejado al enemigo sin artillería y le faltaba parque. Y pensó que ya era suya la victoria. En las filas del Gobierno se observaba como una gran zozobra. El viejo se dijo: “Pegan el parque que les queda y se van. Ahora, con ellos”. Y lanzó el ejército contra el enemigo, como una sola masa. Pero los diezmados, los que pegaban el parque, los que se retiraban, lo esperaron a pie firme, y los cañones y las ametralladoras rompieron de nuevo un fuego terrible. Las cumbres enemigas se llenaban de gentes, y nuevas banderas tremolaban en el aire. Mala-rabia cargaba. Había llegado a tiempo, cuando ya se iban, los suyos, agobiados y deshechos por las cargas victoriosas de García.

No era el viejo García de los que se amedrentaban ante el número; nacido para la guerra, de todo sacaba partido y al instante comprendió que el triunfo consistía en no dejar al enemigo tiempo de conducir a la acción el nuevo ejército. Trató de impedirlo, envolviéndolo y cortándolo por todas partes con cargas simultáneas, continuas, cerradas, espantosas, donde sus soldados caían acribillados. Y cortó, desalojó y envolvió cuerpos y la batalla recomendada, se hizo indecisa. El enemigo comenzó a ceder. La victoria, su fiel compañera, batía las alas sobre su ejército. Sus fuerzas se movían, no como un turbión, sino uniforme y acompasadamente, en un solo movimiento ante el fuego endemoniado del enemigo, pero arrollaban cuanto encontraban a su paso, avanzaban y estrechaban; y cañones y soldados enemigos caían en su poder.

El gobierno hacía esfuerzos inauditos por contener aquella onda avasalladora a que no intimidaba su granizada

de balas, ni el fuego de la artillería. El General en Jefe recorría las filas, seguido de Mala-rabia, quien, impaciente, quería lanzarse de una vez y comprometer la victoria en una sola carga. Pero el caudillo reforzaba los puntos débiles; sacaba personalmente del medio del fuego a las compañías destrozadas; las municionaba, organizaba y de nuevo las movía, comunicándoles su ardor y su confianza. Pero llegó un instante en que la derrota se tuvo por inevitable. El viejo García apagaba el fuego de los cañones; ya se había apoderado de dos piezas y su avanzar acompasado sembraba el pánico. Sólo entonces el General en Jefe se decidió por el parecer de Mala-rabia.

Voceaba, enardecido, Mala-rabia.

—Me matan, General, pero le respondo del triunfo—. Y corrió hacia Paulo Guarimba, que aguantaba las cargas furiosas de García y le gritó, abrazándole como un padre, y vuelto al General:

—Paulo! Paulo! Aquí está el jefe. Si cargas por el flanco derecho y lo destrozas, te haré General. Ese flanco es la lavativa!

El General en Jefe ordenó:

—Cargue, que usted decide el triunfo.

Paulo contestó:

—Se agotaron las cápsulas!

Mala-rabia se les vino encima, con los ojos centelleantes:

—Pero carga! todos cargamos;— y retumbó un ¡ajo!

La corneta de Mala-rabia, como soplada por un vendaval, repercutía fiera, angustiada y acuchillante.

Paulo Guarimba se precipitó sobre el enemigo. Trescientos machetes brillaron en el aire. Sus hombres saltaban por encima de los muertos. Era como una jauría ham-

brienta tras el rastro de la res bravía, que huye, después de haberla revolcado. El viejo García lo barría con sus descargas y avanzaba. Paulo Guarimba corría a la cabeza de los suyos; las puntas de su rojo pañuelo de madrás lucían en su cabeza como dos alas de sangre, como dos llamas encendidas. Se encontraron y repelieron como dos turbiones y volvieron a chocarse, a arremeterse cruel y feralmente. Relampagueaban los machetes y retemblaba la tierra. Paulo, en el corazón del enemigo, desbarataba, confundía y sembraba el pánico entre los más osados. El enemigo cedía arrasado, perseguido. El gobierno ahora era el que avanzaba. El viejo García intentaba aguantarse. Sus soldados caían en el último esfuerzo. Paulo, en un instante, en medio de aquel acometerse sin tregua, delirante, alejado de los suyos, perdió la luz de los ojos en el frenesí de la batalla, y cuando volvió a ver, se encontró con Mono-con-sueño, quien de una estocada le quitaba de encima a un negrazo inmenso: Rompe-hojas, el más sanguinario oficial de García. Agua-bendita, a su lado, tambaleaba, con la cabeza hendida de un machetazo. Lo que quedaba de los trescientos cargaba frenético, inconsciente, sin dar ni pedir cuartel. Un ulular inmenso ensordecía, entre el zás-zás del machete, que caía, como si macanearan un callejón de pomarrosas. El desguace era cruento, el viejo García retrocedía, paso a paso. Sostenía la retirada de todo el ejército, bizarra y gallardamente. La revolución estaba perdida! La derrota era un hecho. Gonzalo Ruiseñol peleaba como un loco a la cabeza de un puñado de soldados. Al igual de los demás, desafiaba la muerte. Los soldados daban la espalda y él se empeñaba en contenerlos con su ejemplo, obligándolos a cintarazos. Se iban: de un culatazo rodó por el suelo. No podía incorporarse, había caído en un zanjón. Por encima de él saltaban los soldados, poseídos del pánico. Todo un pelotón pasó como una ráfaga, volando. Tras él, como un colosal pastor, con una gran camisola de arriero y un luengo mandador, estimulando la huída, iba Eleazar, “el patón”,

inmenso como una torre, con todos los peones de su hacienda, los de sus amigos y vecinos. Y pensó en el doctorcito Urdiles, y en su loco empeño de verlo convertido en General. Había fracasado en todas partes. Su esfuerzo estaba condenado a ser inútil. Sí; esta era la tierra de Eleazar "el patón", de la camisola y el mandador.

Alguien se detuvo al borde de la zanja. Gonzalo alzó la faz; estaba como derrengado entre dos peñas. Sus ojos tropezaron con la caraza de la "Mapanare", que asomaba. Traía los fustanes arrollados a la cintura, las masudas pantorrillas y algo de los gruesos y duros muslos al aire. La cota hecha jirones, por donde asomaban su morbidez los dorados senos, recios y fuertes como los de una Eva salvaje, que nutriera a una tribu. Sobre sus espaldas encorvadas traía un bojote de trapos y bastimentos y dos o tres cobijas arrancadas a los moribundos. Sobre un hombro, un "porsi-acaso" nuevecito, lleno de alimentos, pillados a algún muerto de alta graduación. Del cuello pendía una marusa con cápsulas; empuñaba un máuser y le sangraba un pie. Sus ojos examinaban, como si se dispusiera a pillar a un moribundo. Reconoció a Ruiseñol.

—Si está vivo, Doctor!

Gonzalo le contestó, dolorido:

—Estropeado y nada más.

La "Mapanare" se echó boca abajo al borde de la zanja y le tendió los brazos nervudos. Gonzalo, agarrado a ellos, trató de incorporarse. Sintió que el mundo se le iba y su cabeza golpeó el seno de la "Mapanare". La mujer tiraba de él por debajo de los brazos. Apoyó la cabeza que bamboleaba en uno de sus muslos, entre sus piernas; con los dientes quitó el tapón de madera a una tapara larga y vació un trago, luego otro en la garganta de Gonzalo. Por las comisuras de los labios chorreaba un licor negro. Gonzalo abrió los ojos y escupió con desagrado.

“EN ESTE PAÍS!...”

La “Mapanare” exclamó, risueña:

—Buen trago, Doctor!

Gonzalo, con una sed horrible, reclamó aun al calor de su regazo:

—Dame otro!

Ella le aproximó la tapara y él tragó como un desesperado. Cuando la alejó de los labios, inquirió con disgusto:

—¿Qué infamia es esa?

—Guá, mi hijo! aguardiente con pólvora. Eso calienta la sangre.—Y añadió: —Anda, pronto; el enemigo viene.

Gonzalo se sentó al borde de la zanja. Sonaban tiros aislados. La “Mapanare” recobró el máusser. Lo llevó a la altura del seno y lo tendió.

—Allá va ese mamonazo pa el que coja, Doctor. Párese y nos vamos.

Gonzalo contestó, indiferente:

—Yo me quedo, que me cojan.

—Le van a estacar el cuero!

—Que me hagan picadillo!

—Me voy, Doctor. Ahí va mi hombre. Arriba va el Venao. Tiene la canilla flaca, pero se bebe un cerro.

Insistía, complacida:

—Arriba, Doctorcito. No se aflija!

Gonzalo contestó con gran desaliento:

—No quiero más guerra!

La “Mapanare” se alejaba, renqueando. En la planta del pie llevaba una profunda y ancha herida. Subía la

cuesta. Se detenía y descargaba el máuser. Era la matriz de los Guarimba y de los Mala-rabia.

La revolución se iba, pero en orden. El viejo García mandaba la retirada y era fama que cuando el veterano daba la espalda, era más temible y peligroso. A veces se revolvía, acometía y sembraba gran estrago. En el campo quedaban muchos muertos, muchos heridos y muchos soldados desperdigados, extraviados, enloquecidos en la impetuosidad de las cargas.

Recorría el campo el Gobierno, y organizaba fuerzas para la persecución. En las cumbres azules no flameaba ninguna bandera. Algunos trozos de sabana ardían. Entre los prisioneros se encontraba Gonzalo Ruiseñol. Aquella alma rebelde, de innovador, caía en el más profundo desaliento y pesimismo. Cuánto le pesaba haber salido a campaña y no permanecer en su engaño, aguardando de un momento a otro, la era de verdadero progreso moral y material ambicionado!

A poco abandonarle la "Mapanare", le hacían prisionero. Lo esperaba impaciente, decidido como estaba a no continuar más, totalmente desprestigiada a sus ojos la guerra. Por mucho tiempo repercutió en sus oídos, la brutal y fiera insinuación de un hombre, que alzaba sobre su cabeza una espada tinta en sangre, corta y ancha:

—Ríndase o lo mato, piazo de. . . .

Cerraba los ojos y contemplaba la ferocidad de aquella faz. Una boca abierta, guarnecida por una fuerte dentadura de jaguar, unas narices comidas de gálico y unos ojos chispeantes y siniestros.

El, con una calma sin límites, contestó:

—Lo estoy!

Con la misma le ataron codo con codo con una soga cruda que apestaba, y con ella le latigearon el rostro, porque

protestaba. ¿No estaba rendido? Registráronle. De un tirón, le arrancaron el reloj con su monograma. Dedos burdos y asquerosos se sepultaron en sus bolsillos y se adueñaron del poco dinero que portaba.

Reclamó el reloj. Era una prenda de familia. Ofreció comprárselo al chingo, que en la palma de la mano lo examinaba. Un jinete pasó a todo correr y se lo arrebató. El chingo reía de la ocurrencia y gritaba:

—Cachicamo trabaja pa lapa.

Gonzalo reclamaba.

El chingo se le vino encima y lo derribó de un golpe. Cuando trató de enderezarse, cayó de espaldas con otro en la cabeza. Allí, el chingo le hubiera dado la muerte, a no ser porque una voz que creyó reconocer, se interpusiese.

—A los que se rinden, no se les mata!

El chingo replicó:

—Coronel Guarimba, si este hombre es un patiquín.

Paulo se aproximaba. Gonzalo se incorporó. Bajo su costra de sucio y sangre, Paulo lo reconoció.

—Doctor! cómo se mete usted en estas cosas?—Y ordenó:—Suéltelo, suéltelo. Ese preso es mío.—Se desmontaba de su caballo y hacía subir a él a Gonzalo.

Ruiseñol reclamaba su reloj. Todo había sido por el reloj.

Se informó Paulo.

—¿Qué hay del reloj?

Entre carcajadas contestó el chingo:

—El reloj lo tiene aquel ayudante de Estado Mayor. El catire, que va allá, el del caballo rucio, pasó y se lo llevó.

Era un joven blanco y barbudo, quien aspiraba, desde hacía mucho tiempo, como recompensa a sus servicios, a la administración de Rentas Municipales de la ciudad de Caracas.

Paulo se dirigió a Gonzalo:

—Eche para adelante, Doctor. Ya conseguiré otro reloj.

Mientras Paulo lo sacaba de aquella hecatombe, donde los heridos se arrastraban como animales despachurrados, entre alaridos y ayes, Gonzalo pensaba en la inutilidad de aquel gran sacrificio. ¡A qué extrañarle nada! En la guerra llegó a conocer íntimamente el alma de su pueblo, fiero y cruel como todos los pueblos cuando el instinto reclama sus fueros. Siempre la bestia, el hombre de la horda y nada más. En aquella guerra-muestuario del alma nacional, porque a ella contribuían hombres de todas las entidades políticas de la agrupación venezolana, qué de arcanos descubrió! Por localidades podía clasificarlos y anatematizarlos, porque en cada uno de ellos florecía una virtud o un vicio. El alma colectiva no era tal como la concibiera, anhelante de la paz, del trabajo, del orden con una concepción rudimentaria de la vida, pero sana, en medio de un gran fondo de bondad y de dulzura. Rudo, tosco, primitivo, sin un gran ideal que determinara su existencia en el concierto universal, arrastrábase, todavía con adherencias de barro, a los talones palmípedos. Con gran apego a la guerra, al desorden y a la guachafita. ¿Sería aquel un estado momentáneo de la conciencia, o el producto de la herencia, de sus factores étnicos. Sobre su alma descendía la tristeza como las nieblas avileñas sobre el valle. Viviera siglos, para que el tiempo le descifrara aquella incógnita. Porque no podía convenir en el desastre de la patria, en la inutilidad del sacrificio de los buenos. Y sin querer, el innovador, el luchador de raza forcejeaba en él por asirse siquiera a una momentánea y fugaz mentira.

Por cuántas cosas no había pasado! Se veía en “La Floresta”, lleno de entusiasmo. En un principio todos sus vecinos lo rodeaban, oían sus consejos, ponderaban su saber; su boca era un pozo de ciencia, pero luego, en la práctica, qué de resistencia que vencer! y en la hora del desastre, ¿no le acusaban hasta de buscar la celebridad con aquellos manejos? ¿No había quien le tuviese como un embaucador, por charlatán, por una suerte de jugador de manos? ¡Cuántas amarguras! ¿Y no acababa de caer-sele el alma a pedazos ante aquel desastre y su total desilusión de los hombres que prometían salvar a la patria? ¿A qué se reducía todo aquello? A una matanza para que se hartaran otros. Los ideales de la revolución estaban muertos; nunca oyó hablar de ideales, sino de anchetas y gavelas en la cosa pública. Palabras de odio y de venganzas mezquinas. Los ideales, ¿dónde estaban los ideales? La idea salvadora de la patria, por la que corrían a sacrificarse en un principio las muchedumbres? Música de palabras! En llegando la hora, todo era lo mismo. ¿Dónde estará el mal? ¿la raicesilla enferma, sino en la conciencia de todos, en la colectividad? Ella era la enemiga de sí misma, no el individuo, ni la agrupación. Y prisionero, con la cabeza sobre el pecho, dejábase guiar por Paulo Guarimba, salvando así la vida del furor de la barbarie, gracias a la generosidad de un brazo bárbaro que se extendía protector, así como en la inclemencia del estío, el soleado rebaño se acoge a la sombra espesa de formidable samán, solitario en su piedad, en medio de la abrasada llanura.

Si el abatimiento y la tristeza se señoreaban del ánimo rebelde de Gonzalo Ruiseñol, a Paulo Guarimba acontecía todo lo inverso: inmensa satisfacción rebosaba en su interior. Era un sueño, un imposible, que de recluta se encontrase convertido en General, estimado por sus superiores, querido y admirado de todo un ejército de valientes. Y cual nunca lo hubiera experimentado, sentíase bueno, grande y magnánimo. Hasta entonces, su alma

arisca no conociera aquella íntima y honda complacencia, ni tan entrañable regocijo. Aquello era nuevo, completamente nuevo; se encontraba otro hombre, no el Paulo antiguo, receloso y huraño, considerando agresivos a los seres que juzgaba superiores. Ya era General y su frente podía erguirse, arrogante. Su psiquis transformábase, tal cual nos acontece a los humanos, cuando el triunfo coronó nuestros esfuerzos, cuando la abundancia repletó nuestro granero, cuando nos vemos acariciados y adulados; cuando las manos se nos tienden y todos nos reconocen. Paulo, sin dejar de ser, en el fondo, un gañán, se daba cuenta de que comenzaba para él una nueva vida en un nuevo mundo. Mas, cosa rara, todo aquel cambio de su vida parecía que le estaba reservado y que ya alguna vez lo presintiera, cuando ansiosa de ternura su alma se asomara a los ojos para confundirse con el alma de Josefina, que le subyugaba, vencía y esclavizaba. Josefina! Ella era, todo, el móvil de su vida y sus acciones. Ella era la que triunfaba y prendía a sus hombros aquellas ambicionadas charreteras. Y Paulo, feliz, nombraba a la que amaba; y era una delicia para su alma juntar las sílabas de aquel nombre. ¿Quién se la arrebataría? ¿No la había conquistado? Ay! de los Perules y los Macapos! Bien conocía su vanidad y orgullo, pero ya él era el general Paulo Guarimba.

Recorrido el campo, organizada la persecución del enemigo, vencida con aquel golpe la revolución, tras algunos días de descanso, el gran ejército victorioso hizo su entrada triunfal en la ciudad de Caracas. La ciudad aguardaba a los héroes. Grandes manifestaciones partidarias! Preparábanse ovaciones y festejos al caudillo temerario y heroico, que venciera con un puñado de soldados a la más potente de las revoluciones. Pronto la paz sería un hecho.

El caudillo a la cabeza del ejército, entre vítores y aclamaciones recorría las principales calles de la ciudad hasta la Casa Amarilla. En las ventanás y boca-calles se

aglomeraban los mirones. Por las aceras, la muchedumbre acompañaba en su marcha al ejército. Las tropas desfilaron al contorno de la Plaza Bolívar. A la retaguardia venían los presos, entre dos filas de soldados, amarrados codo con codo y algunas con un lazo echado al cuello. El último, por una gran condescendencia, cabalgaba en un pollino. Venía enfermo y el estado de su salud le impedía seguir la marcha a pie. A cada instante el asno tropezaba y un soldado gracejo lo empujaba con gran aspaviento. Era Gonzalo Ruiseñol, ensimismado; parecía no darse cuenta de cuanto pasaba a su derredor. La muchedumbre aclamaba un héroe; un nombre extraño y desconocido resonaba en las calles.

—Viva el general Paulo Guarimba! Viva el héroe de “Lomas Azules”!...

Aquel nombre se hacía sugestivo y legendario. El aura popular lo esparcía a los cuatro vientos de la ciudad. Paulo marchaba a la cabeza de la división de Mala-rabia, en calidad de segundo jefe, pues, al comandante Perú lo malograba un tiro aislado, de última hora, después de haber hecho proezas en toda la campaña. La fortuna se complacía en adular al joven héroe y le tendía senderos de rosas. A la retaguardia se formó una gran rechifla: el pollino, a un empujón del soldado, falseó de las delanteras y Gonzalo, asentando los pies en el suelo vió levantarse entre sus piernas al desmadrado animalucho. La chiquillería gritaba, regocijada con el espectáculo. La rechifla era general; era menester silbar a alguien: el alma guasona de la ciudad no podía prescindir de la nota cómica. Algunas viejas, en los huecos de los portones, se lamentaban. Las mozas de servicio, reidoras y bullangueras, oían complacidas los requiebros que, al pasar, les dirigían los oficiales, quienes tras largo tiempo de andar por despoblado se entusiasmaban por cualquier fustán. En la Plaza Bolívar, la oratoria popular se congratulaba con el caudillo por medio de cierto oradorcillo há-

bil en incrustarse en todas las manifestaciones. Su decir era un alarde democrático y liberal. El nombre de Paulo Guarimba corría de boca en boca, con un sonar heroico. Las puertas de la Rotunda se abrían para Gonzalo Ruiseñol. La alegría oficial subía a los cielos en forma de cohetes y en el retumbar de los cañones. Gruesos goterones de agua, hijos de una nube errabunda, desparpajaban la muchedumbre.

CAPITULO XVIII

L A S A S P A S

Reverberaba el sol sobre los campos. De tiempo en tiempo las taras en los boscajes chirreaban. Grandes nimbos, en el cielo espejeante, resplandecían como los guarataros en los pedregales. Tumbados a la sombra de los árboles, los peones seesteaban con los sombreros sobre los ojos, hurtándose al urente resplandor del medio día. Por el desharrapado callejón de los Pichirres, arrojaba su sombra escuálida, el desmirriado Secretario del Juez, comisionado en Petare para poner en posesión a los Pichirre de la estancia "La Floresta".

El pobre hombre caminaba de prisa con su rollo de papel bajo el brazo por ganar la umbría. Al acercarse a la casa salieron a su encuentro, ladradores, los canes flacos y rabiosos del Pichirre. Desde el soportal llamaban:

—¡Onza! ¡Tigre! ¡León! ¡Sapo!

Los canes ladraban furiosos, con los ojos inyectados y los rabos entre las piernas. Traidores, acorralaban al escribano, que daba voces:

—Don Toribio! don Toribio!

Apareció don Toribio en mangas de camisa. Se agachaba y recogía pedruscos con que espantaba a los canes, que huían espelusnados y torcidos.

El Secretario estaba lívido y reía forzadamente con el rollo de papel en alto.

Don Toribio se excusaba:

—Todo es bulla. Nada hacen.

El Secretario avanzó cortés, como si tratara de disculpar su cobardía para con los canes.

—¡Qué fieras! El Satico no me quitaba los ojos de encima.

Observó el Pichirre:

—Sapo es receloso y muerde calladito.

El Secretario se volvía, avisorado.

El Pichirre le tendió la diestra.

—¿Trae los papeles?

El Secretario, siempre cortés:

—Estos son. El Juez no pudo venir y me encargó ponerlos en posesión.

El Pichirre caminaba a saltitos a su lado.

—Por fin, nos hemos salvado. No sabe usted la desconfianza que me inspiran los abogados.

—Su asunto era claro. Le debían la cantidad y un pico más.

Llegaban al soportal. Al Pichirre le temblaba, emocionado, la barbata. Ofreció una silla al Secretario y llamó.

—Epifania! Epifanita!

“EN ESTE PAÍS!...”

En el lúgubre aposento, la voz calmosa de la ciega inquirió:

—Qué me quieres, Toribio!

—El Secretario! Los papeles!

Replicó la ciega:

—Papeles; siempre papeles; yo no quiero más papeles.

El Secretario se afanaba por explicar.

—Vengo a ponerlos en posesión de la finca, señora doña Epifania.

El Pichirre entró en el aposento. La vieja descansaba en su camastro. El gato dormitaba en el butacón de enea. A las voces del Pichirre, saltó maullador sobre el lecho. La vieja lo espantaba, cariñosa.

—Tate quieto, Zapirón!

El Pichirre hablaba nervioso y entusiasta.

—De nosotros todas esas tierras! Anda; levanta, hijita!

Pestañeaban en el fondo del lecho los ojos muertos y musitaban los labios con un temblor senil:

—Nuestro; todo nuestro, Toribio!

—Sí; nuestro, nuestro...

—¿Y qué vamos a hacer con esas tierras nosotros dos?

—No te calientes los sesos. Anda; nos aguarda el Secretario. Ha de ir con nosotros para entregarnos la finca.

Sentóse al borde del lecho la Pichirre con gran destreza. Con los pies, buscaba en el suelo las chancletas. Se enderezó como una sonámbula. Y fué derecho al butacón de enea y en el espaldar alcanzó su mugriento pañolón negro. Y preguntó:

—¿Estaré bien así, Toribio, o he de calzarme tus zapatos? No he de llevar mis botines por esas tierras. Se me acaban.

—De cualquier modo, mujer; no saldremos al camino, sino muy adelante, lejos del poblado.

—Pues, entonces, cuando tú quieras.

Tenían que caminar como medio kilómetro para llegar al callejón de “La Floresta”, sembrado de naranjas tueras, aguacates de Mamo y limón francés.

Se pusieron en marcha los vejetes, en compañía del Secretario. Guiaba don Toribio; sabía un caminejo que los sacaría a la carretera por travesía y de allí, a dos pasos, abría su portalón de hierro “La Floresta”. El vió hacer aquella puerta. Su cuñado pasó dos noches con unos alemanes coloradotes trazando el diseño. Fué obra de pura mandarria. Era gente hábil. Hicieron el nombre entrelazándolo con flores, y ellos mismos le aseguraron a los postes de piedra. No había nacido Gonzalo. Epifania aun no era ciega.

Don Toribio olvidaba sus años e imprimía a los movimientos de su cuerpo de octogenario cierto airecillo juvenil. No cabía de contento y remolineaba en el aire su paraguas verduoso. La Pichirre se sujetaba a su brazo y contenía su andar apresurado. El tomaba su parecer al Secretario.

—¿No es mal negocio?

Afirmaba el escribano.

—“La Floresta” siempre tuvo fama. Su grano de tierra es parejo.

El Pichirre volvióse a la ciega.

—Y a ésta no le gustaba. Todo era oponerse. Desde cuándo estoy tras esa finca! No necesitaba más. No quería ya más tierras.

“EN ESTE PAÍS!...”

El Secretario manifestó:

—Y a tan poco costo. Vale un capital. No se explica cómo don Gonzalo la dejara perder.

—Mi sobrino es un loco. Diga usted, como no cayó en manos de don Modesto. Se la he arrancado de las uñas. Epifania tenía un miedo, como si yo me fuera a ahogar en una batea. Para pícaro, pícaro y medio.

La ciega terció:

—No has sido tú solo. Gran parte me toca a mí. Sin mi promesa a San Antonio, ¿en qué te hubieras visto, con el enredo del Banco y don Modesto, que no quería soltarlo?

—Qué San Antonio! Ese es un bebé. Convéncete, mi maña, si no me degüellan. Pero a mí nadie me quita lo mío.

—No reniegues, hombre, no reniegues. Sin mis oraciones, de nada valdría tu astucia.

—Mira, Epifania, sin tus onzas; dilo claro.

—Sin mis onzas, sí. Porque como eran mías, el santo tenía que devolvérmelas.

El Secretario marchaba detrás del matrimonio y sonreía a aquella charla de avaros, infantil y picaresca.

Iban por el camino: él, alabándose de su astucia; ella, defendiendo al santo. Salieron a la carretera y a poco andar, el portalón de hierro de “La Floresta” rechinó sobre sus goznes. El vial era extenso, enarenado y suave. Bajo la arcada rumorosa de dos hileras de árboles extendíase como un largo sendero de ensueño en aquella hora ardiente del estío. Por dos canales de concreto corría el agua a los pies de los árboles, dulce y apaciblemente. Los limoneros vestían su jazmín y el bambual movíase caden-

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

cioso, todo lleno de musiquillas imperceptibles. Todo aquello era obra de Gonzalo, empeñado en embellecer y en hacer grata su residencia campesina. Muchos de aquellos árboles fueron sembrados por su padre, con sus propias manos, cuando él pasaba de unos brazos a otros, como un muñeco lindo.

Al distinguir el Pichirre, a lo lejos, la casa grande toda blanqueada, con el soportal resguardado del resplandor solar, por las frondosas y tupidas trinitarias rojas y azules que entrelazaban sus guías y racimos de flores, su instinto de propietario, se alarmó:

—Señor Secretario, ¿qué le parecen las cosas de mi sobrino?: echarle a esa casa una enredadera encima y de esa especie.

El Secretario callaba su parecer y admiraba en silencio la bella perspectiva de la vieja casona, en medio de aquellos campos soleados. Una atmósfera de paz y de ventura envolvía y convidaba a detenerse bajo aquel techo, en el presentimiento de que en el interior de aquella casa, almas generosas y buenas saldrían a nuestro encuentro al llamar a la puerta.

El Pichirre murmuraba:

—Hay que echarla abajo. De eso se encargará Magalo. Se detuvieron ante la verja del jardín. El Pichirre no daba con la llave y agitaba impaciente el manajo. El Secretario vino en su ayuda. Era un llavero pequeño y dorado. El Pichirre reía burlador.

—Si es la llave de un cofre! Mi sobrino tiene algo de mujer. Con eso, cerrar una puerta de hierro. Un buen candado le he de poner.

Los rosales en el jardín se retorcían agostados y a las matas de aromas las arruinaban las hormigas. Las palmas, achicharradas, se doblegaban. Los cujés de olor, los

“EN ESTE PAÍS!...”

naranjos y granados de jardín, lucían sus hojas apelmazadas y endurecida la tierra de sus arriates. Malabares, tulipanes y violetas habían desaparecido. La resedá era un tronco seco que a manos del Pichirre se resquebrajó, como un esqueleto. Un cactus australiano sólo prosperaba en aquella ruina, como si fuera un símbolo de desolación en medio del jardín abandonado, antes siempre verde y lozano y lugar preferido para ensayar su canto dulce y melódico, hasta muy entrada la tarde, el pardo y familiar cucarachero, que en el hueco del alero ocultaba su prole.

Exclamó el Pichirre:

—Buen corral para gallinas, Epifania. Aquí podemos encerrar los pollos con moquillo.

Subían las gradas del soportal. Las enredaderas extendían sus guías al interior, deseosas de espacio para prender sus zarcillos. Las matas de hojas y los muebles habían desaparecido. El Tribunal había hecho llegar a manos de la familia de Gonzalo todo aquello que no estaba comprendido en la retroventa. Avanzaba el matrimonio y ante ellos se abrían piezas vacías que el Pichirre examinaba detenidamente. Los techos, los techos eran su preocupación. Después de mucho andar llegaron al depósito de las herramientas: un vasto salón de zinc que Gonzalo construyera. El Pichirre soltó el brazo a la ciega. Estaba asombrado.

—Qué locura! Esto es una ferretería. Una maestranza. ¿Para qué tantas máquinas? ¡Hasta una guillotina, señor Secretario!

Más allá rompió en carcajadas ante una grada de discos:

—Esto! esto! ¿pero qué puede ser esto? Mire, mire! Son rodajes como platos.

A cada paso abría la boca.

—Ah! Ah! Esto es para volverse loco.

Registraba, escudriñaba y todo era volverse asombrado. Se plantó ante una incubadora.

—Diga usted, ¿qué es esto, señor Secretario?

El Secretario examinaba a su vez:

—Esto, señor don Toribio, creo que es la incubadora. Primera vez que la veo, pero así describen el aparato. No hace mucho tiempo leí en un periódico americano que una máquina de estas incuba centenares de pollos.

—¿Esta es la que hace pollos?

—La incubadora.

—Déjela; no la toque; no quiero nada con el diablo.

La Pichirre rogaba:

—Toribio, por Dios, ten cuidado! Que la saquen de aquí. Esas son obras de la mano izquierda. . . .

El Pichirre la veía de lejos, tenazmente, con las antiparras rodadas a la punta de la nariz. La Pichirre observó:

—Aquí hace mucho calor y se cuele un airecillo frío. ¿Ustedes no lo han notado? Mejor es que salgamos de aquí.

Don Toribio se volvía, receloso.

—¿Y en esos otros cajones, cuántas cosas infernales tendrá escondidas mi sobrino? Por eso se ha arruinado.

La Pichirre suplicaba:

—Salgamos. ¿Qué tienes tú que hacer con máquinas, Toribio?

Don Toribio se empinaba en la punta de los pies y echaba desconfiadas ojeadas.

La Pichirre tiraba de su brazo. El la seguía y miraba como si de alguno de aquellos cajones esperara de súbito ver aparecer al gran señor Lucifer.

El Pichirre corrió los cerrojos.

—Nadie comprará esto. Así se quedará per sécula seculorum.

La Pichirre, convencida:

—Gonzalo tenía pacto con el diablo!

De allí pasaron a los establos. Un vasto establo, lleno de aire, de luz, de paz y de comodidades para los animales y los manejos de la industria. De las hermosas vacas de raza apenas si quedaban media docena y un toro que moría de papera. Los puestos eran ahora un estercolero y las ubres, antes sonrosadas como las mejillas de una niña en abril, tenían una costra de sucio. Los motones de lbs rabos, apelmazados, salpicaban de horrura el establo. Los becerros, encanijados, se morían de diarrea. Las vacas, convertidas en esqueletos, se movían angustiadas, acosadas por las moscas. Las ratas corrían por el patio y entre las patas de los animales, sorprendidas de aquella visita desacostumbrada. El Pichirre se aproximó.

—Las vacas, las vacas para nada sirven. Se comen cada una la ración de tres criollas y la leche es una agua azul. Hay que venderlas.

A los pobres animales apenas si le daban dos miserables raciones de monte al día y jamás los bañaban y aseaban, desde los tiempos de Gonzalo. Y enfermaban y morían, faltos de higiene y de alimentos.

Ante las mulas americanas se volvió el Pichirre, todo improprios para con su sobrino:

—¿Para qué tener aquellos animales, el mentecato, el necio? ¿Para verlos gordos? ¿En tirar máquinas infer-

nales? Para arar le bastaban sus bueyes. De todos aquellos animales saldría pronto. A jalar carreta, que para eso se habían hecho las mulas.

El pobre hombre no comprendía el ahorro que representaban aquellos frugales animales en el cultivo de un campo científicamente explotado. Para él, el tardo buey era el único aliado del agricultor, como el arador sabino, el único arado con que al hombre le fuera dado arrancar a la tierra su sustento.

Peludas y flacas, las mulas representaban doble edad de la que tenían. Con los dientes habían destrozado las tablas del pesebre, en largos días de hambre y de sed. Y aquellos fogosos animales que en manos de Gonzalo no tenían descanso, y se mantenían lustrosos y redondos, encanijados y tristes se encontraban, a punto de perecer, como habían perecido la mayor parte de los animales de la estancia, por el hambre, la sed y la falta de higiene. Todo era peste y suciedad. Por los suelos de la caballeriza se estiraban perezosos los gusanos del estercolero, y los depósitos hervían. En el patio se calentaban al sol millares de moscas y moscardones de vientres azules. El Pichirre caminaba por entre las boñigas como sobre una alfombra; estaba en su elemento. Así se encontraba siempre su propia caballeriza, como que era Magalo el que atendía a los animales y sólo en días de festividad iba a restregarse las manos en la acequia.

Se encaminaron a los gallineros. La caseta del guarda estaba desamparada y la verja abierta de par en par. Las gallinas habían desaparecido. El Pichirre las había hecho vender como a los pavos, a los patos, a los marraños, a los conejos, a las lapas, para atender a los gastos del pleito. Todo estaba en abandono, suciedad y ruina. De ahí, siguiendo los rieles por donde debía correr la pequeña locomotora para transportar más fácilmente los frutos de los nuevos tablones con que había enriquecido

“EN ESTE PAÍS!...”

su propiedad Gonzalo, llegaron a aquellas tierras que se tragaron su fortuna.

En el transcurso de un año, el erial se había convertido, en parte, en un bosque. El Pichirre nunca se había acercado allí. Aquellas tierras acondicionadas por Gonzalo, en su abandono se cubrieron de altas malezas. Los arbolillos y el cambural que Gonzalo plantó se habían desarrollado de una manera asombrosa. El gran estanque que había construido, sembrado de grietas, mañana y tarde se desbordaba cada vez que el colosal molino lo rebosaba. La maraña era espesa y tupida. Las trepadoras formaban pórticos caprichosos y la perdiz y la tórtola escondían sus nidos en los mogotes. Desde lejos, desde el poblado sólo se distinguía un manchón verde. Un matapalo laurel, que lo sembrara de un estacón, comenzaba a alzar su rumorosa copa de hojas perennemente verdes y lozanas. En la esterilidad de la sabana era el oasis donde se refugiaban las aves con su gran parlería. Era una pequeña selva, una isla de verdura al pie de los laderones escarpados del Avila. Era como obra de milagros. Los vientos de Catia la Mar y las brisas de Petare habían arrastrado hasta allí extrañas semillas que germinaron, se entrelazaban y confundían en un solo esfuerzo por conquistar la gloria de la luz. Sin duda que Gonzalo depositara en aquellos suelos elementos generadores en justas proporciones; pero su demasiada impaciencia, su obstinado someterse al plan científico, sin tener en cuenta los elementos libres de la naturaleza, le habían detenido y estorbado en la consecución de su obra. Había cavilado mucho sobre los libros, aplicado su saber, pero sin tener en cuenta el medio. Y el medio le habría vencido, porque en la tórrida, hombres, animales, plantas, métodos, ideas, se modifican o desaparecen. Cada zona hace a su hombre y sus enfermedades, como cada sabana da su pelo y cada comarca el casco del cuadrúpedo que la ha de trajectar. Seres y cosas se hacen a la naturaleza que los circunscribe o los elimina. Conforme a ello, el hombre vive,

piensa y cumple su destino. Y Gonzalo, el innovador, olvidó en su loco afán, esta ley inapelable, y llegó a convertirse en estorbo y la naturaleza, que siempre busca su equilibrio y va a su fin, se impuso al verse, triunfando en un esplendor de savia, de juventud y vida.

Ante aquella maraña espesa se detuvo el Pichirre. Era una selva lo que salía a su encuentro, que avanzaba amenazando extenderse por las tierras bajas y húmedas.

—¿Dónde estarán, señor Secretario, los tablones de Gonzalo, aquellos tablones donde consumió su dinero?

El Secretario no los conoció.

—¿Usted no ha oído hablar de ellos? Todo el mundo los mienta.

—Sí, he oído decir que don Gonzalo se empeñaba en convertir unas sabanas estériles en campos de cultivo.

—¿Será esto? En mis buenos tiempos conocí estas sabanas, limpias y planas. Sólo daban tomates y auyamas en los inviernos copiosos. Esto no puede ser. Y que remontarse así aquellos terrenos, imposible! Yo no recuerdo este paraje. Será obra de encantamiento. Las aspas del molino giraron a un golpe de viento, en un sordo crujido. La maraña se sacudió en un intenso rumor. La ciega temblequeaba y las palabras se entrecortaban en sus labios, toda trémula.

—Será la obra de Satán!

El Pichirre buscaba con espanto, en lo alto, la causa de aquel ruido inusitado, y exclamó por último, indignado:

—Esta es la obra de mi sobrino. Miren las aspas del molino.

Así, en aquella tarde dorada de estío, tomaron los Pichirre posesión de "La Floresta". Y las aspas, símbolo del progreso y del esfuerzo, aleteaban en alto, alarmando al viejo espíritu, al anunciar un nueva concepción de la vida en las agrestes faldas del Avila milenario.

CAPITULO XIX

EN LA PAZ DEL ARCHIVO!

Cuántos meses? De ellos perdiera la cuenta.

Llegado había a la Rotunda, tan abatido, tan enfermo del ánimo y del cuerpo, que vió en el rinconcito que le cedieran dos presos criminales, un dulce refugio, pues no deseaba en aquellos instantes sino una paz honda, una paz de celda conventual. Nada se le importaba a Gonzalo Ruiseñol, le abandonaran entre los criminales, entre los que torpemente habían roto sus vidas y cubiértolas de ignominia. Bien se estaría allí, entre los compañeros que le dieron: un ladronzuelo que reía siempre y le bailaban los ojos, y un ensimismado homicida, de pocas palabras y de menos pelos en la cara.

La Rotunda, como la "Bastilla" y "La Torre de Londres", célebre, estaba llena, en un hacinamiento de hombres de todas clases y condiciones sociales. Imberbes estudiantes y viejos demagogos paseábanse cogidos del brazo y desahogaban su bilis, en un apóstrofe perenne al pasado, al presente y al porvenir. Hombres de guerra, languidecían en la inacción, roídas por la soberbia sus almas férreas, anhelantes de un desquite cruento. Letrados comedidos, buscaban en desencuadrados infolios o en pláticas amenas, el ambiente de sus academias y estudios.

Comerciantes de ánimos inquietos, fatigaban la imaginación en el recuento de sus negocios, ganancias y pérdidas futuras. Políticos de provincia, astutos y maliciosos, paseaban de continuo sus cavilaciones. Animos despreocupados, distraían el ocio con interminables jugadas de pájara pinta. Hombres huraños, arrancados a sus lugarejos, se morían de hambre en los rincones, desamparados en su anonimía. La cárcel era un barullo y una casa de orates. Se silbaba y reía; se discutía y politiqueaba a toda hora, y seguía el curso de los acontecimientos. La chismografía era el pasatiempo habitual. Cuanto pasaba al otro lado de los muros, se sabía en ella a veces con anticipación. Se vivía en un eterno sobresalto, fraguando planes y huyendo a espías imaginarios. Cada cual desconfiaba del compañero. Y como siempre, odios y rencillas separaban a los venezolanos. Odios y rencillas, merced a los cuales déspotas y tiranuelos medraron. Odios y rencillas que justificaron las violencias y torpezas de un siglo, en el cual la patria fué sólo un campamento. Pero, encima de esas miserias y dolores, el alma, la grande alma venezolana, que no se abate, sino momentáneamente, en sus más duros trances y reveses, reía y burlaba. Pues, la risa y la guasa son la formidable cota con que el venezolano se abroquea para hacerse más fuerte que el desastre, en el perenne derrumbamiento de sus más caros ideales, ensueños y anhelos. Y al cabo, de esa risa y de esa guasa, que es salud, la lúgubre Rotunda se llenaba, se llenaba de alegría y de esperanzas. A veces un simple chiste prendía en las almas, llenas de temor o adormecidas en la añoranza, la llamarada de la risa, y por virtud de su gracia, alcanzaba por fugaces instantes unir a todos los venezolanos en una sola comunión. Bendita sea la risa y benditos sean los pueblos que saben reír ante sus quebrantos y fracasos; porque cuando muera la risa será cuando se apagará la última esperanza.

De los días allí transcurridos, Gonzalo Ruiseñol perdía la memoria. Sucedíanse lentos, tristes y penosos, mas en

ellos completaba su aprendizaje de la vida, de aquel vivir venezolano, todo tormentoso y pleno de inseguridades. En medio de aquella heterogeneidad de caracteres, se convenció de que la discordia y la anarquía eran un viejo patrimonio que unas generaciones legaban a las otras. Que en la Rotunda, como en el campamento, el alma enferma del venezolano, en su afán de salud, inconscientemente demolía, y que aquella demolición era necesaria, porque todo organismo, a costa de su propia vida, solicita el equilibrio de sus funciones, la armonía, la salud perfecta. Pero que existen males en los pueblos como en los hombres, incurables, y a sus ojos ese era el peligro y su pronóstico fatal. No veía remedio para aquella vieja dolencia, que todos los días se complicaba más y más.

Clando aquella mañana el señor alcalde se acercó para comunicarle cuasi confidencialmente:

—Está usted en libertad! Lo espera un coche a la puerta.

Sonrió indiferente. Todo daba lo mismo: Vagar por las calles o vivir en la Rotunda. Luego, una loca alegría le poseyó. La alegría del ave que agita las alas hacia el verde y rumoroso alcázar de hojas, que le hace guiños desde la pradera. Corrió a su calabozo. Con cautela seguíanle algunos presos por indagar la causa de su libertad. El alcalde apremiaba. Pasó por el ignominioso buzón férreo, sin darse cuenta de ello. Atravesó el cuerpo de guardia y se encontró de un salto en el coche, que arrancaba. Bocanadas de aire y destellos de sol, le recibieron. Se sintió feliz. Rodaba el coche hacia la casa lejana. Las gentes circulaban pausadamente, como si nada les preocupase; movíanse perezosas en el suave ambiente de la mañana. Todo lucíale nuevo; hasta las piedras de las calles como que rebrillaban y sonreían. Al pasar por la calle del mercado, obstaculizada por asnos y carros, el vehículo moderó su rodar y un gran vaho de tierra, frutas y legumbres, le desvaneció, como si el alma de un

vino viejo y fuerte, nublara el cerebro. Y aquel vaho y el sordo clamoreo de la ciudad que se abastecía, hurtáronle al dulce bienestar que le embargaba. Suspiró profundamente. Pensó que le aguardaban las mismas cosas y los mismos afanes. La vida sin objeto, con luchas mezquinas e insidiosas. Y a la placidez que alumbraba su semblante, sucedió aquel aire desolado y triste que los sinsabores sufridos le prestaban. Tal le dejaban los últimos acontecimientos; diéseca y desolada el alma como la duna coriana. Los meses vividos tras aquellos muros, poblaron su cabeza de extrañas paradojas: Venezuela y Rusia eran hermanas! El mongol era el lazo de unión de estos pueblos semi-bárbaros. El fatalismo que devoraba unas almas, devoraba a las otras. El enanismo moral era el rasero común. Toda idea de sacrificio había desaparecido; nadie era capaz de abogar por otro, ni de dar calor a otra cosa que no fuera la lisonja o alguna desastrosa combinación hija del interés y el egoísmo arriba como abajo: todo estaba podrido y el único servicio que podía hacerse era precipitar por todos los medios posibles la putrefacción. Y ante la imposibilidad de ese anhelo final, lo único que restaba a ciertas almas nobles, era hacerse indiferentes al bien y al mal. Ampararse en el más riguroso estoicismo, convencidas de que no existía sino una sola puerta para la liberación: la muerte; la que siempre estuvo al alcance de las almas libres. ¿Cuál sería, pues, la última generosa palabra, para aquellas generaciones desligadas y anárquicas, cuya única misión era la de enriquecer los subsuelos de la Patria, como decía su padre? ¿Cuál? La de apresurarse a morir, a caer en la gran fosa común. La muerte, esperanza de un perfeccionamiento milenarío.

¡Qué de íntimas tristezas y derrumbamientos hondos le embargaban! A partículas,—como una dura roca,—se disgregaba su alma. La cárcel, la cárcel, la más objetiva de las escuelas, hábale aleccionado para la vida en adelante, al mostrarle en su deformé desnudez el alma indi-

vidual y el alma colectiva. ¿Así sería el alma de todos los pueblos, como un negro diamante irregular y torpemente tallado por las vicisitudes de la vida en el rodar de los años? Oh! incertidumbre! tú, a veces eres la aliada del hombre, al sostenerle en medio de sus esperanzas y temores, ante el enigma, en la ansiedad de su interrogación!

La cárcel, pozo de ignominias y espejo de deformes imágenes, donde nos miramos y nos miran, acababa de rebosar su alma de amarguras e incertidumbres. Como una pesadilla que atormenta a una conciencia aparecían ante él, en su ínfima pequeñez y miseria detalles y más detalles de aquel vivir. Simplicidades a veces, pero que a manos de un observador, eran lo que un huesecillo, una concha, un pedrusco en las de paciente naturalista, clave por donde llegar a una familia, a una especie, a un estado. Así cuando vió solicitar de manos del cabo de presos un pan, y presentar con gran desparpajo una caja de fósforos, un gofio de tres días, un tabaco que se deshacía, pero que era menester salir de ellos, para que el negocio con el señor alcalde no naufragara, dió en la raicesilla del abuso, al amparo siempre da la fuerza. Cuando la vara del cabo, por cualquier pretexto, caía sobre los lomos de los presos criminales, rehacios a la jugada, para ver de obligarlos a contribuir con la peseta de sus raciones a la caja de sus ahorros, como decía; cuando éste y otros atropellos contemplaba, la indignación y un sordo furor le poseían, sobre unos y otros, por igual derramaría su ira hirviente y corrosiva. Cuando ayes y lamentos le despertaban tiritando de frío, recordaba terrorsíficas leyendas, contadas en silencio por labios trémulos y acaecidos a seres que pasaran toda una noche en una pipa de agua helada, amenazadas durante horas por el filo de una espada que pasaba constantemente rozando las barras de un tonel sin nombre en la nomenclatura de las perversidades. Visiones, muecas, esqueletos desarticulados, ojos como carbunclos, lividetes de aquellas no-

ches insomnes, por siempre estarían en su cerebro como una cinta maldita.

A poco rodar el vehículo se detendría a las puertas de la vieja casa de los suyos, donde unas ancianas tías paternas le aguardaban ansiosas y trémulas de emoción. ¿Para qué pensar más en cosas tristes? Era menester olvidar todo, desprenderse de todos sus ensueños y hasta de sus mismas amarguras y comenzar una vida nueva. La vida que se había propuesto llevar, cual si fuera una reeducación de su carácter. Un amoldarse al medio y proceder con la calma fría de quien se posee a sí mismo.

No aventuraría palabra ni se alarmaría por nada; sería un pozo de aguas heladas, indiferente a cuanto se sucediera, encerrado en el más estrecho egoísmo. Nada ni nadie valía un sacrificio. Ya estaba curado. Viviría por vivir, como de seguro vivieran otros hombres a quienes tocara idéntico destino, por llegar demasiado temprano a un mundo demasiado nuevo, que no era el de ellos. Pobres seres extemporáneos, obligados a perecer faltos de un sustento especial para su arraigo. Sí, él era un extemporáneo, un fruto anticipado; sus hermanos, sus iguales, aun dormirían por mucho tiempo en el misterio. El era como un jalón, como un punto de mira, como una muestra de lo que serían los otros, los que habrían de venir, los que no conocerían de sus dolores y sus angustias, de sus afanes y luchas por dejar su huella, porque todo hombre estaba en el deber y el derecho de dejar como una estela luminosa. Tal era su concepción de la vida.

Así se derrumbó aquel gran esfuerzo humano llamado Ruiseñol, en el anonadamiento. A ratos, cuando le salían al encuentro sus viejas ideas y aspiraciones, iba contra ellas, enconado. Nada quería con su pasado. En su encono, llegaba hasta dar la razón a los viejos Pichirres, sus tíos, quienes olvidados del mundo, en su duro egoísmo campesino, devoraban cuanto estaba al alcance de sus in-

“EN ESTE PAÍS!..”

cisivos. A don Modesto Macapo, quien bajo su capa de honorabilidad y decantada honradez, estrangulaba y deshacía de sus víctimas con sonrisas y ademanes de gran señor.

El coche se detuvo a la puerta de la vieja casa solar. Llena de austeridad y de silencio, de calma y de sosiego. Las tías, se adelantaban por el corredor. Eran dos viejecitas ochentonas; llenos de arrugas y bondad los plácidos semblantes. Una venía apoyándose en su muleta, la tía Eladia, la dulce y bondadosa Eladia, que le prestara calor de madre en su regazo, Josefa, la más joven, su madrina, se le acercaba con los brazos tendidos y un alborozo de abril en los ojos azulescos. Cayó en aquellos brazos. En el viejo corredor de arcadas de piedra, estalló un gran sollozo. El sollozo de tres seres que se estrechaban en íntima y fraternal caricia: él y sus tías. Ellas, vestigio del pasado, que dulcemente se extinguían en la sombra y el silencio; él, lo incierto, lo fugaz, lo porvenir; el resalvo bendito de aquellas cosas viejas, desteñidas, rotas; cruelmente castigado y combatido por las inclemencias de los tiempos nuevos, en su afán de arraigar profundamente, de incrustar su raigambre en la hosca armadura de la tierra, como el samán milenario de la selva.

En el seno de los suyos, se impuso de cuanto pasara. Las tías estaban espantadas de la avaricia de los Pichirres, sus tíos maternos. No se trataban, no se entendían, desde hacía mucho tiempo. No comprendían su codicia, el empeño de amontonar oro, cuando no tenían en el mundo más heredero sino aquel sobrino que desvalijaban. Ella, Epifania, no se movía ya de su butacón de enca. Magalo, idiotizado, nunca veía aplacar su sed de alcohol. Toribio, no tenía tripas; se moría de hambre. Pero amontonaban oro, oro en todos los rincones del hogar, melancólicamente silencioso.

Los Pichirre disfrutaban de “La Floresta” y sacaban gran provecho. Aquellas tierras parecían que retornaban

a su juventud primaveral. Bajo la mano avara, la tierra se hacía locamente pródiga; cosechas que no vieron nunca y que se las recordaba como cosas de leyenda, se sucedían unas a otras. La tierra, remozada y fertilizada por el esfuerzo y la ciencia de Gonzalo, se complacía en la abundancia, en rebosar, en llenar las trojes de los Pichirres, con exceso, con lujuria. Y en medio de sus quebrantos y amarguras, fué una gota de miel para Gonzalo, saber que los tablones estériles, arrancados al erial, eran hoy tupida montañuela, donde amparo encontraban a su amor desde el brillante gusanillo de luz hasta la huraña y esquiva camata. Y hubo en todo su ser como un resurgimiento de aquella juventud, emprendedora y tenaz, gloria de sus hermosos días. Por un instante, el que quería huir de sí mismo, hacer del egoísmo su lazarillo por los senderos de la vida, volvió a encontrarse, a poseerse al saber que unos cuantos principios científicos salvaban su reputación. No dirían ahora sus convecinos que la agronomía era una maraña, sino sólida verdad, ante el hecho de su paciencia y aplicación. Pero sus antiguos vecinos no eran de su pensar, no andaban acordes con su parecer; opinaban: que la tierra sin él, hubiera llegado a ser lo que era, con sólo sembrarle cuatro matas, o arrojarle la puñada de semillas, porque su grano nunca conoció rival, siempre que el agua de los cielos empapó su ubérrima entraña.

Después llegó al colmo su admiración, cuando supo que su libertad se debía al General Paulo Guarimba y que éste desempeñaba la cartera de Guerra y Marina desde hacía ya dos semanas; que cambiara mucho la política y que todo estaba al revés de como lo dejara. Supo que Paulo Guarimba era el héroe y la esperanza de aquellos días. Que la guerra sin cuartel durara meses y Paulo fuera factor principalísimo en la pacificación. Que se le tenía por un gran organizador de montoneras. Que en todas partes aniquilara al enemigo. Que a fuego y sangre sometiera provincias, altivas y guerreras. Que saqueara tem-

plos y amparara, con el esfuerzo de su brazo, la propiedad y albergue de los humildes. Que la sierra andina no tuviera para él escondrijos, como las sabanas guariqueñas y el Alto Apure misterioso. Y todo aquello, como obra de milagros, cosas de un año. Que era querido de las multitudes, porque el oro fluía de sus manos sin conocer remansos. Que su vivir era austero y que todos los que iban en su busca salían agradecidos. Era un Paulo que nunca soñara ni llegara a comprender, bajo la huraña ceguedad y las reservas de su carácter. Para él Paulo, aparecería siempre a sus ojos, con su garrocha de guayabo y sus fogosos bueyes, arañando la tierra, para el amo soberbio y desdeñoso. Aquel Paulo que se desenvolvía como los jabillos de la tierra, empinado, potente y frondoso, lleno de sonoridades metálicas, bélicas, como las grandes y estruendosas maracas aborígenes con que el fiero y conquistador caribe dotaba a sus curiaras de guerra, para ir sembrando el espanto, al anunciarse en su correr sobre las aguas, con el mortal cascabeleo, no lo adivinara jamás.

Las viejecillas contaban cuanto llegara a ellas, aumentado, deformado por el correr de boca en boca y Gonzalo todo era asombro. Paulo se portaba muy bien con ellos. Escribíanle y contestábales al punto, prometiendo cuanto exigían. Allí estaba la carta. Entre muchas cosas que se refería, hablaba de Gonzalo, del cual se decía excelente amigo, dispuesto a servirle en todo lo que estuviera a su alcance, sin restricción alguna.

Gonzalo oía, caviloso.

Nunca comprendiera aquel hombre, ni que aquella reserva y taciturnidad, traducidas en fuerza acumulada, fueran la envoltura de una voluntad fuerte y confiada en espera de la hora propicia para dejarse sentir. Era aquel un caso extraño. Los venezolanos del día, en general, eran todos abúlicos, míseros abúlicos, llevaban en sí el germen de la propia destrucción, y el valor y el espí-

ritu de sacrificio, lo único que les restaba, les abandonaban, porque el abúlico es incapaz de la perseverancia, de toda energía, de la voluntad, dueña del mundo. El mismo Paulo ignoraría la virtud que encerraba. Todos los sinos eran herméticos como un huevo, y atravesamos a veces la vida en el misterio del destino. Y era ahora cuando él, Gonzalo Ruiseñol, comenzaba a comprender aquella vida, a ver en ella los indicios de la pronta y deslumbradora transformación.

Aquel Paulo, a su modo, fué siempre un ser raro, sin ningún parecido con los otros hombres de su baja extracción. Era la espiga más alta entre numerosas espigas que necesariamente debían caer para que él se singularizase. Y como a otros para imponerse les basta un puñado de pinceles y una caja de colores, una piedra y un cincel, a Paulo le urgía una hecatombe: Tal se cumple el destino en el mundo, el de la verde araña y el del héroe.

Muy de mañana, al otro día, Gonzalo Ruiseñol se encaminó a casa del general Paulo Guarimba. En nada tenía que emplear el tiempo y deseaba aprovecharlo. No sabía estarse mano sobre mano. Le daría las gracias por su libertad y se pondría a sus órdenes. Si le ofrecían algo, aceptaría, por no aburrirse e incrustarse en aquella situación, porque le dejaran en paz. Hacerse de un empleo y vivir, callada y silenciosamente, como tantos otros. Nada más le restaba después de sus desilusiones y fracasos.

Caminaba acompasadamente. Hacía mucho tiempo que sus nervios y su intranquilo espíritu no gozaban de aquella inefable tranquilidad.

A lo lejos se distinguía la casa de Paulo. Era un caserón antiguo, recién reformado, con cuatro ventanas y ancho zaguán. Resplandecía el sol y un soldado, zambo y taciturno, se adormitaba a los destellos mañaneros, recogido en la silla de su portería, como para no interrumpir

“EN ESTE PAÍS!...”

el entrar y salir de las personas que llamaban a la puerta.

Gonzalo se acercó para informarse si el General se encontraba en casa y recibía.

El soldado alzó los ojos y lo examinó con un mirar lento y dormido, y llamó:

—Agua-Bendita!

En el entre portón apareció una faz inquieta, de mirar de halcón, con una anchurosa cicatriz en la frente.

—Mono con sueño!

—Este señor desea ver al General!

Gonzalo dió su nombre.

Agua-Bendita lo veía sonriente, y exclamó:

—Usted es el doctorcito que nosotros cargamos preso; pase, que esta es la casa de todos los amigos.

Mono con sueño le seguía con los ojos, como el tigre a su presa.

Al entrar, Gonzalo se tropezó en el corredor con muchos militares, tirados en sillas y poltronas y rebosantes de familiaridad entre sí; eran todos oficiales y compañeros de armas de Paulo. Agua-Bendita gozaba entre ellos de gran camaradería. Entraba y salía de las habitaciones de Paulo y les traía recados o los llamaba a la presencia del jefe.

La sala estaba llena de mujeres y hombres que aguardaban ver al General y eran todo ojos hacia la antesala, que tenía las puertas cerradas. Estas se abrieron parca- mente y apareció don Modesto Macapo. Gonzalo le salió al encuentro y lo saludó afectuosamente. Sentáronse en un confidente de damasco. Don Modesto le felicitaba.

—Don Gonzalo, yo sabía de su libertad. En este momento hablábamos de usted. Paulo desea emplearlo. ¿Le avisamos que se encuentra usted aquí?

Gonzalo contestó:

—He dado mi nombre.

—Mejor es que le aguarde. Ya va a salir. Se está poniendo en traje de calle.

Se volvió a entreabrir la puerta de la antesala. Un joven alto y rubio que salía, se aproximó a don Modesto.

—Ya está hecho el negocio.

Gonzalo reconoció al peli-rubio del reloj.

Don Modesto los presentó.

—El Secretario de Paulo!; don Gonzalo Ruiseñol!

Gonzalo hizo una cortesía y musitó su nombre. El otro apenas movió los labios con desdén y se volvió a don Modesto.

—Es lo mejor, que Paulo se quede con la finca. Será su regalo de novio.

En ese instante, el peli-rubio los abandonó, para atender a unas señoras trajeadas de negro que le solicitaban.

Gonzalo inquirió:

—¿Se casa Paulo?

—Sí; pronto; estamos de casorio. Esperábamos la reposición de Josefina y el Ministerio.

Gonzalo se inmutó, pero luego volvió sobre sí mismo.

—¿Josefina, muy contenta?

—Y todos nosotros; la familia de plácemes. A Carmen se le pasaron las bravatas de aquellos días; la pobre te-

nía razón; creía que la salud de su hija peligraba con aquellos amorcillos. Josefina fué siempre voluntariosa y apasionada. Por lo demás, ¿cómo no habíamos de querer a Paulo? Es como nuestro hijo. De huerfanito lo he hecho un hombre que se honra y me honra. Lo que es, nos lo debe; con mi ejemplo se ha formado. Si fuera mi hijo no se reflejara tanto en mí. Posee mi carácter, altivo, tenaz, emprendedor, consecuente; todas mis humildes condiciones. ¿Cómo no darle nuestra hija, si se aman desde niños? Eso hubiera sido un crimen oponerse, torcer esas voluntades que se formaron al calor de mi hogar. Pocas satisfacciones serán como ésta; ¿no es verdad Ruiseñol?

Ruiseñol escuchaba con los ojos bajos y llamaradas de rubor subían a sus mejillas y orejas.

—Es cierto, don Modesto, Paulo se ha hecho un hombre de merecimientos.

—Yo lo esperaba, Ruiseñol. Desde pequeño, ese niño se dió a conocer.

—Paulo fué siempre reservado y de carácter.

—Un hombre, un hombre!

Gonzalo trató de dar otro sesgo a la conversación.

—¿Y los negocios, don Modesto?

—Supóngase. Mi crédito comprometido, casi arruinado, pues Paulo me ha metido en mil enredos con el Gobierno, que, acá entre los dos, se hallaba en bancarrota.

Pero ¿cómo no meterle el hombro a Paulo, cuando ya el muchacho estaba arriba? Tan comprometido me encuentro, que estoy en vísperas de salir de Guarimba. Esa finca en mis manos, nada produce; afortunadamente, Paulo, que me ve en el apuro, me la compra. Natural es que él, pudiendo, se quede con ella. Porque usted ha de saber que todos los Guarimbas han nacido allí; además, cuán-

tos recuerdos conservan para él aquella casa y aquellos campos! En todas partes se reverá niño, corriendo con Josefina de la mano.

Gonzalo no sabía qué contestar a todo aquel historial.

—Es una buena adquisición por Paulo; siempre fué él un hombre de trabajo.

—Sí, a pesar de la guerra ha hecho algo, pero conmigo al lado. Lo voy poniendo en camino de un porvenir que le asegure una vejez tranquila a él y a su mujer. La tranquilidad, la tranquilidad, Ruiseñol. Si usted supiera lo enamorado que está de la finca. Me habla de levantar un establo como el que usted levantó en "La Floresta", pero de piedra; quiere obra sólida. También desea conejeras, laperas y jardines. Ah! Ah! está loco; quiere todas aquellas comodidades de que usted dotó su hacienda. Ya le hablará; tiene mucho que hablar con usted. El lo estima!

La cara de Gonzalo, con aquella plática, se encendía. ¡Hasta dónde llegaba la miseria humana! Era todo aquello una sarta de ruindades. ¡Qué bribón el Macapo!

Se presentó Paulo. Los presentes salieron a su encuentro, entre reverencias y agasajos. El se acercó a don Modesto.

Gonzalo lo estrechó en los brazos; él se los tendía, espontáneos.

Era el mismo Paulo. Más fornido; más jayán. Sonreía satisfecho, como un niño cándido.

—Ya está arreglado lo suyo, don Gonzalo. Mi Secretario, el Doctor y General, le dirá.

El peli-rubio hizo una graciosa inclinación de cabeza, y, afectuoso, le tendió la mano a Gonzalo.

“EN ESTE PAÍS!...”

—Está usted nombrado archivero del Ministerio: una canonjía. El General desea ayudarlo.

Gonzalo dió las gracias. Para él todo era igual. No sabía nada de oficinas públicas.

Paulo hablaba a su suegro, cariñoso y confidencial. Luego, haciendo señas con la mano a un jovencito, dijo:

—Ahí viene el ingeniero del Ministerio de Obras Públicas. Nos vamos a Guarimba. Entre los dos le explicaremos, don Modesto.

Algunos señores que aguardaban verle, le rodeaban. El estrechaba manos confusamente. El peli-rubio, su Secretario, le presentó con humildad su jipijapa y su bastón de puño de oro. Hasta el coche venían asediándole las mujeres y él, a todos, indicaba hablaran primero con el Secretario. Partía la calesa. Paulo sacó la cabeza y gritó a Gonzalo:

—Mañana, don Gonzalo, nos vamos los dos a Guarimba!

Los oyentes se volvieron, admirados.

¿Quién era aquel señor a quien no habían visto nunca y que tenía tanta influencia con el Ministro, con el general Paulo Guarimba?

A la hora de oficina, Gonzalo se presentó al Ministerio. Eustaquio, el patizambo, el asistente de sus andanzas bélicas, ocupaba la portería. Cuando éste le reconoció, salió a su encuentro con cara de pascuas.

—Dotol, mi Dotol! ¿Usted y qué viene pa cá?

—Sí, Eustaquio. Seré tu compañero.

—Eso es güeno, Dotol, porque estaremos toos juntos. ¿Se acuerda del macho? ¿y que se embarrancó? Aquel macho era güeno y picarón. Zamurito se llamaba.

—¿Todavía no ha llegado nadie?

—En toavía, Dotol. Estarán en la indigestión.

Gonzalo pasó adelante y se encontró en aquellas oficinas, solitarias y silenciosas. De ellas ignoraba todo des-
empeño. No sabía en dónde instalarse y se sentó a espe-
rar.

A poco más de las tres comenzaron a llegar los ofici-
nistas. Ocupaban sus puestos, tardíos y perezosos, esti-
rando las piernas debajo de las mesas; miraban con el
rabillo del ojo al nuevo camarada. Largo rato después
se presentaron Paulo Guarimba y su Secretario. Al sen-
tir el coche, los escribientes recogieron las piernas y se
armaron de sus palilleros, todos circunspectos y con aire
de esperar órdenes. Gonzalo se puso de pie y saludó a
Paulo.

—Aquí estoy!

—Entiéndase con el Secretario; él es quien sabe de eso.

El Secretario, muy complaciente, se volvió y dijo:

—Hay que conformarse, don Gonzalo. Ya tendrá algo
mejor. Los compañeros le irán diciendo lo que habrá de
hacer.

Gonzalo pasó a un salón próximo, lleno de estantes y
de infolios. Allí, hizo a poco amistad con un jovencito es-
cribiente, de ánimo alegre y criticón. Sacaba éste una co-
pia; mojaba la pluma; escribía un renglón y soltaba una
puya.

—¿Qué le parece a usted, don Gonzalo, este Ministerio?
Aquí nadie sabe de lo que tiene entre manos. Del Minis-
tro abajo, todos somos improvisados. Juzgue cómo anda-
rán los otros. Usted está fresco. En esta oficina de la
muerte, no hay archivo; todo el papel lo gastamos en
tacos.

En esto llamaron a Gonzalo para recomendarle la busca
de un expediente. Un viejo General hablaba al Ministro

“EN ESTE PAÍS!...”

y al Secretario, acaloradamente; era Mala-rabia. El escribiente se presentó para que el Secretario autorizara con su firma la copia. Se sentó al lado de Gonzalo, sonriente y zumbón.

—¿Qué te parece, Mala-rabia? Es el amo del Ministerio!

Varias personas aguardaban terminara Mala-rabia, para hablar a Paulo. Entraban y salían en la punta de los pies, como en un salón de baile. Mala-rabia echaba cuentos y Paulo y el Secretario reían. Se marchó Mala-rabia, dando palmadas a Paulo en el hombro. El Secretario indicó a un señor muy cortés y correcto en el vestir, la silla que abandonaba el General. El escribiente zumbó:

—Usted ve a ese, ¿no sabe quién es? Hombre! hombre!, el miembro de una Academia, de no sé qué cosa, que trata de convencer al general Guarimba de que debe aceptar un sillón vacante. Pero el General que no quiere enmabitarse, dice que no sabe leer.

—¿Y el otro? Ese sí, el calvito y ceremonioso, el Presidente de una sociedad o asociación benéfica, creo que reparten pan a domicilio, el cual hizo nombrar Presidente honorario al General. Por ahí lo sangran. El General da hasta el dormán. El Presidente efectivo ya goza de una ración de Coronel. Esa gente sabe mucho, caridad con lo ajeno y con uña. Esos son modos de vivir. En esta tierra nuestra se especula hasta con la miseria y después se habla del Gobierno.

—Y aquel que parece una aceituna, y que por todas partes le sobran los calzones, a Guaro, al periodista Guaro, ¿no lo conoce usted? Es muy amigo del General, y dice que en las elecciones próximas lanzará la candidatura de éste, para la presidencia de algún Estado, por lo menos. Que algo pesca el General. Ya le están pasando para el periódico, para el que va a salir, cinco grullos dia-

rios. Saquemos un periódico. ¿Usted no es amigo del General?

Gonzalo callaba y oía la cháchara del amanuense, travesía e intencionada. Qué se le importaba a él nada de aquello! Se encontraba muy feliz en su calidad de archivero: afortunadamente el otro Gonzalo Ruiseñol, progresista y enamorado de la agronomía, se había quedado en la Rotunda, junto con su quimera.

El amanuense zumbaba y su agujijón se metía hondo.

—¿Ve usted aquellos jóvenes? Son los *smar* de la ciudad, que han relacionado al General con lo *chic*. Están empeñados en ponerle monóculo.

—Mire qué pose la del poeta de las trepidaciones! Ahora dedica sus noches y sus días a escribir en verso la vida, hechos y heroicidades del "Héroe de Lomas Azules". Viene para que le den datos y tinta. Nos tiene locos.

—Se presentó don Gregorio. A ese traído se lo tropezará en todos los Ministerios. Se dedica a prestar servicios íntimos, ¿entiendes? ¡Íntimos!

El despacho quedó solo. Paulo Guarimba, con la cabeza sobre el pecho vigoroso, se adormecía. El escribiente se puso en pie, para acercarse al Secretario y zumbó.

—Duerme el jefe, caídos los bigotes de chorro de agua y sus ojos de gatos entreabiertos. ¿Sabe usted cómo se llama ya?

—El gran Mogol!

Nada objetaba Gonzalo a aquella necesidad de reír y burlar de su joven amigo, pero a ojos más expertos que a los de su compañero de archivo, no escaparía que tras aquella sonrisa de indiferente asentimiento, se estaba un alma en pugna con todo lo circunstancial. Uno de esos raros seres que para dicha de la humanidad tiene casa so-

“EN ESTE PAÍS!...”

lar en el país de Utopía y que con frecuencia se encuentran solos, aun en medio de las muchedumbres, porque viven como repletos de ellos mismos. Para más, esclavos de un yo implacable, fiero, fiscalizador de actos propios y ajenos, el cual no les abandona jamás. Yo terrible, que Gonzalo, —en aquellas dolorosas circunstancias, en las cuales, para entretener el tiempo, se vería obligado por días indefinidos a entrelazar mayúsculas de gruesos pares y perfiles ideales en la paz del archivo—, percibiría sin tregua, apoyado cariñosamente en su hombro, enjuto y pensativo, triste e irónico, hurgando en el fondo de todos los pensamientos, hasta cuando menos lo esperaba, en aquella nueva forma de su chifladura: el creerse libre de su ideal y amoldado a nueva vida y despertara el otro Ruiseñol y diera al traste con todo lo edificado en la paz del archivo, al emprender con más tesón y brío la reconstrucción de algún otro hermoso castillo ideal, de algún otro noble y generoso ensueño, por los suyos y para los suyos, cual nunca jamás lo imaginaran “En este país”.

CAPITULO XX

L A S N U P C I A S

El sol amanecía más temprano y rubio. Mayo comenzaba. Vestía primavera su cerúlea gasa sembrada de rosas y jazmines. Mariposas y libélulas hacíanle la corte. Grullas y saltones, el luengo y suelto velo sostenían, cual pajecillos. Dulce, muy dulce, era el cantar de la viudita y del negro y galante tordo real. La rústica moza de los campos, distraída, rebosaba hasta botarse, la artesa de los puercos. Pensaba en el gañán que la otra tarde diera de beber a su yunta en el paso de los verdes cedros. En la tumultuosa ciudad, la hija lánguida del ataudista, en la trastienda, en medio de los blancos ataúdes de doncellas y parvulicos, furtivamente besaba a su novio en la oreja. El escorpión solicitaba a su compañera, y la luciérnaga, con su fanal, alumbraba el sendero de sus nupcias. Paulo Guarimba, diera su Ministerio, sus presillas, sus más heroicos hechos, por ver cuanto antes entre sus brazos a la amiguita de su juventud, a la vaporosa y delicada Josefina, bibelot de los salones caraqueños. Por las noches, en el muelle confidente de púrpura, el uno junto al otro se miran y embeben, languidecen y abrazan al dulce calorcillo que de sus seres emana. Misia Carmen, a la luz de la lámpara, lee los periódicos del día y carraspea. Las morochas en el poyo de la ventana, trajean sus muñe-

cas. Han de casar a Juan, el marino, con Rosita, la de los ojos garzos. Don Modesto, en el Club, a sus amigos hablaba de las hazañas de su presunto yerno e invita al casorio. Será magnífico, rumboso, soberbio. La novia, un botón de azahar; el galán, varonil y apuesto. Era llegado el día; Mayo comenzaba. Josefina era preparada cual reina. Paulo apuraba. Las modistas trasnochaban con la aguja en la mano. El caserón de la estancia Guarimba se hallaba de un todo reformado en gran parte, imitándose las innovaciones de Gonzalo en "La Floresta". Jardín y huerta, gallineros y establos y numerosas colmenas. Todo lo muelle y confortable con que la ciudad puede hacer más grata la vida campesina, se instaló en Guarimba. Allí irían, a esconder su dicha, los que se amaron desde cuando iban por nidos a los barbechos, y las moras hurtaban a los pajarillos y a la codicia de los Pichirres. Aquella mañana Josefina saltó del lecho gozosa y alegre como un pajarillo en su jaula. Su corazón latía precipitadamente. Nunca amanecer alguno fué para ella más claro y hermoso, nunca niña alguna fué más feliz al ver a su amor, a su sufrido amor, imponerse y triunfar. Cortas parecíanle las horas de sus pasados martirios como largos los breves instantes de poseer toda la dicha soñada, en luengos días de angustia y pesar. ¡Paulo! ¡Paulo! Aquel Paulo adorado, sería de ella; lo poseería; nadie lo arrancaría de sus brazos. Si era un cuento de hadas, parecía un sueño y a veces sobrecogíale el temor, como si todo aquello fuese a deshacerse al abrir los ojos, al resplandor del día. Su corazón latía ya violento y la cabeza comenzaba a dolerle, de tanto soñar. Misia Carmen Perules de Macapo, severa, adusta, daba órdenes a los criados. No hablaba una palabra. Se dirigía a su hija por monosílabos. Impasible, su gesto no dejaba traslucir la acritud de su espíritu. Don Modesto, en cambio, tenía cara de gozo. Su faz contrastaba con la de su mujer. A todas partes acudía, a todo encontraba arreglo y acomodo. Aquel matrimonio era su obra; su obra piramidal, co-

“EN ESTE PAÍS!...”

mo decía. Su ojo avizor a los primeros triunfos de Paulo, vió en él al hombre nuevo, que se imponía por el propio esfuerzo y el cual no desistiría de su grande amor, de su única ambición, ahora que la suerte coronaba su éxito. Sabía que Paulo amaba a Josefina, como ésta a aquél, con un amor fortalecido en la desesperanza y el deseo de ser el uno del otro; como el río del mar, como la abeja de la flor. Sabía que cuando existe un amor de esta suerte, es el Señor absoluto de nuestros corazones, no hay obstáculos, por imposibles que sean, que no los venza. Que ni hombres, ni leyes, ni cortapisas sociales, son valla a su poder omnímodo. Que el amor es el amo y el sostén del mundo, por más que los hombres traten de someterlo, medirlo, mancillar y empequeñecerlo. Que todo lo embellece y purifica, cuando es puro, noble y sincero, por más que parezcan turbias las fuentes de su origen. Que por él y para él los seres viven sujetos a la eterna y misteriosa ley que rige inexorablemente los destinos del Cosmo. Todo esto lo sabía don Modesto Macapo desde cuando le echaron en el mundo, pero el interés y la vanidad ahogaban en él todo otro sentimiento, aspiración que no fuera alimentar su pasión dominante. Mas ahora que Paulo surgía, como un futuro ídolo de muchedumbres, su vanidad y su interés le ponían de rodillas, no por la hija; sino por satisfacer mezquina e imperiosa necesidad de su ser. Y el fachendoso don Modesto dejaba correr el oro, su oro de comerciante fraudulento, de político de chanchullos; su oro leproso en la celebración de aquellas nupcias, que hoy eran su orgullo como ayer fuente de escándalo e ignominia. Desde la mañana comenzaron a llegar presentes a los novios, y ramos y cojines y cestas de flores. La casa toda era jazmín y azahares. Brillaba y lucía. De continuo se detenían a las puertas parihuelas con postres y manjares, que el rumboso don Modesto aglomeraba para el obsequio. Paulo, a quien parecía todo poco para la magnificencia de sus nupcias, remitía por su cuenta cuanto a su juicio y al de su secretario, se le antojaba: toneles de vi-

L. M. URBANEJA ACHELPOHL

no, cajas de champagne, conservas y otros comertibles, barriles de cerveza de sifón y cajas de golosinas. El Presidente de la República apadrinaría a los desposados, junto con los colegas en el desempeño de las Carteras Ministeriales. Concurriría a las nupcias lo más grande de la ciudad. No desdeñarían asistir los mismos Embajadores de Suecia y Noruega, el alemán y el inglés, y hasta un Príncipe de las Indias Orientales de paso por la ciudad, quien convertía cabezas de ajo en azahares y llevaba a viajar, con el solo poder de su mirar, al ajeno pensamiento, por los márgenes floridos del Ganges, entre lotos y loritos acuáticos. Caracas, la Caracas de la banca, de la política y las letras y las ciencias; la Caracas de las mujeres lindas, de los recibos ceremoniosos y artificiales, luciría en los salones del Macapo su polvo de oro y de arroz, sus risas finas y sus chistes alados y malévolos. Y todas aquellas gentes en la casa bien provista y alhajada, se dieron cita a la hora de las diez, cuando todos los luceros y las más remotas estrellas envían su luz y misterio sobre el terrón de nuestro dominio. Los coches se aglomeraban a lo largo de la calle y la muchedumbre a las puertas de la casa en fiesta. Las rumbo-sas nupcias del "Héroe de Lomas Azules" y la Macapito, ponían en movimiento hasta a la gente de los suburbios. A lo lejos, la casa brillaba iluminada, y por sus cinco ventanas se escapaba el alma de las flores y el perfume de las mujeres.

La comitiva se puso en marcha a poco de llegar el Jefe de Estado. El largo cordón de carruajes se alejó tronando por la calle empedrada. En el Civil, la concurrencia era inmensa. La Policía tuvo que abrir paso a los novios. Paulo lucía arrogante: parecía haber nacido para la casaca y los guantes blancos. Josefina semejaba un hada, bajo la gasa vaporosa y el relumbrar de los brillantes. Cuando los novios salían, la muchedumbre se abrió en alas y los saludó respetuosa. El vulgo murmuraba, como de costumbre. Lo que era el poder y el dinero: Macapo, en-

“EN ESTE PAÍS!...”

tregaba su hija a un gañán. Y qué niña! ¿Qué le encontraría a aquel hombre que parecía tigre con sus ojos de fuego? Ignoraban que aquel amor espigó en el silencio y se fortificó en el dolor. Y que si aquel hombre alcanzaba en la más alta rama la más jugosa fruta, sólo era por virtud del Amor, que todo lo transforma y embellece cuando es grande y es sincero.

Regresaban los novios. La muchedumbre ocupaba la calle. Todos deseaban verlos y se empujaban y remolineaban. Paulo traía del brazo a Josefina. En un kiosko levantado en el anchuroso patio, preludiaban los violines un vals, dulce, suave, tenue. “Cuando el amor se acerca” y era de un musiquillo de la tierra, que ponía el alma, su alma enferma de amores imposibles, en aquellos melodiosos acordes. La concurrencia era inmensa. Las Rochelas, de Petare, que apadrinaron a Josefina en la iglesia, mantenían a su alrededor numerosa corte de adoradores. Julio Monifato, conservábase el mismo, galanteador y majadero. Champagne desataba todas las lenguas y las mujeres echaban largas y profundas ojeadas. Todos los ojos estaban húmedos y brillantes y las bocas sonreían. El Presidente de la República, después de brindar por la felicidad de sus apadrinados, se retiraba, en medio de sus engalanados edecanes. Los ministros diplomáticos se despedían, entre reverencias. Sus respectivos países sabían de aquel matrimonio. El Príncipe indio, puso a cantar al agua de una fuente una romanza vienesa. Y llenó las manos de una doncella de perlas, con sólo tocar un sandwich de caviar. Ya se estaba como en familia. Algunos ministros se quedaron a cenar. Como no había en la mesa puesto para todos, los platos con lonjas de jamón y pavo, postres y dulces en caldo, circulaban por encima de las cabezas de los otros. Gonzalo Ruiseñol, gracias a la acuciosidad del amanuense compañero de oficina, cenaba, de pie a la puerta del improvisado botiquín, donde ya se discutía acaloradamente y se destaponaba sin cesar. El amanuense engullía a dos carrillos y soltaba sus puyas.

—Compañero! hé ahí a los hermanos Prosopopeya; no cenan. Están indignados porque no se les reservó sitio en la mesa.

Eran siete los hermanos, todos tiosos, todos doctores, todos generales, todos aspirantes a ministros y todos enamorados de las siete más claras doncellas de la ciudad.

—Ayayay! Vea al doctorcito Urdiles; no abandona la mujer del Ministro del Interior; aquella tan vieja. Ese se sube por cualquier mecate.

Urdiles era todo regocijos a la dama y complacencias al Ministro, quien olvidado de su consorte, solicitaba, impertinente, aceitunas para una rubita cascabelera.

—Vea usted, a nuestro joven diplomático Rediño; no suelta los lentes ni los guantes blancos. Toda su diplomacia consiste en mirar por encima de los lentes y con desdén.

Y Rediño, el aprovechado Rediño, no se atrevía a moverse por no separarse del Ministro del Exterior, el viejo Miguel Corchetes, ex-ministro en Francia e Italia, general de Semana Santa, ignorante y palurdo, pero cuñado del general Tirantes, del célebre Tirantes, violador, saqueador, malversador de los fondos públicos, ex-candidato a la Presidencia de la República, sanguinario y cruel y caudillo prominente entre los cocuizas. Imprescindible en todas las situaciones, a las cuales acompañaba hasta el momento del fracaso, que presentía a tiempo para in crustarse a los vencedores.

La cena era interminable. Los que cumplían con el estómago paseábanse por los corredores iluminados como si fuera el día. Dejaban la mesa hartos de vino y de fiambres y emprendían una caminata digestiva. Caballeros muy serios y circunspectos se iban de la mesa directamente a sus casas, con los faldones de la casaca abombados. Jóvenes de la crema se escurrían hacia la calle,

“EN ESTE PAÍS!...”

ocultando bajo el frac botellas de champagne, para continuar los brindis con sus amigos o queridas, que los aguardaban impacientes a las puertas de la casa. El obsequio era copioso y abundante. Los criados, a insinuaciones de cocheros y amigos, salían a la puerta con grandes azafates de champagne. En el zaguán se aglomeraba la gente, que pedía vinos y dulces. Paulo Guarimba, en una de sus vueltas por los corredores, embelesado con las sonrisas y suspiros de su mujercita, se aproximó a la puerta de la calle. Al verlo, enmudecieron los del zaguán, pero del fondo de la turba salió una voz pedigüeña:

—General! ¿no hay nada para nosotros? Para sus amigos! Para sus hermanos!

Paulo los invitó a pasar adelante.

—Para todos hay. Adentro muchachos!

A la campechana invitación, gran parte de la turba callejera se precipitó en el comedor, husmeando y hurgando. A poco, la canalla se hallaba en la cocina, trasteando ollas y cazuelas, peleando a los mesoneros los esqueletos de pavo y huesos de jamones. Misia Carmen, de ira se mordía los labios. Ahogábale la indignación:

—Sólo al animal de su yerno pudo ocurrírsele hacer de su casa, la casa de doña Carmen Perules de Macapo, circo de toros y dar puerta franca. Hábitos de cuartel y de gentuza.

Paulo no cabía en sí de gozo. Comunicativo, expansivo, reía y bromeaba. A veces, detenía a alguna vieja que se escapaba envuelta en su pañolón, después de haber hecho copioso abasto.

—¿Comadre, cómo va la cosa? ¿Se pesca algo, vieja?

La vieja sonreía y contestaba:

—Algo, mi General. Dios lo bendiga.

Desde las ventanas de la calle, los mirones, las gentes de los arrabales, pedían, no vino y comestibles, sino algo sonante y contante. Paulo se aproximó a las ventas y vació sus bolsillos. El oro brillaba en sus manos y lo arrojó a puñados. La muchedumbre rodó por las aceras y resonó un víctor inmenso, retumbante en la casa, en la calle y en la manzana. Toda la concurrencia de casaca acudió al salón, ansiosa de saber la causa de aquella entusiasta aclamación. Los de la calle victoreaban y pedían. Paulo buscó en sus bolsillos exhaustos, sin dar con nada. Entonces desprendió la cadena del reloj y lo arrojó todo a la muchedumbre, gritando:

—Ahí tienen; al que le toque!

Gonzalo Ruiseñol, a la puerta del salón, contemplaba cuanto pasaba. Aquellos arranques de Paulo eran bárbaros y primitivos, pero revelaban una alma generosa y buena. Aquel hombre sin educación, sin ideas fundamentales, valía más que aquellos encascados de la crema y toda la presuntuosa pardocracia allí reunida. Toda aquella gente era insidiosa, cobarde y vil. Mejor, mejor mil veces era para Josefina ir a aquellos brazos bárbaros, que no a los de sus iguales o de algún pardito petulante y vanidoso. Era toda una generación enana, incapaz de ideas sólidas, ni del valor ni de la perseverancia de Paulo Guarimba. Este era un hombre simple y basto, pero un hombre. En aquella alma, estaba seguro, no había cabida para las mil pequeñeces de la turba de casaca y guantes blancos. Si aquellos seres eran hasta ridículos; las casacas, en sus cuerpos desgarrados y enclenques, lucían desairadamente! Bien hacía Josefina en asirse a Paulo; la sutil, la graciosa y espiritual Josefina ganaba al injertar, al unir su vieja savia gastada, podrida, con el vigor y la salud que representaba aquel hombre, heroico, bondadoso y bárbaro.

Así cavilaba Gonzalo Ruiseñol, aislado en medio a la general alegría, recostado al marco de una puerta. Su

“EN ESTE PAÍS!...”

faz reflejaba gran dolor y desaliento. Ante él, risueñas y charlatanas, se detuvieron dos damiselas vestidas de rojo y echando chispas los ojillos, a causa del champagne consumido. Llamáronle la atención:

—Don Gonzalo! Don Gonzalo! ¿cómo están los conejos?

Como si volviera de un largo ensueño, contestó

—María de las Nieves! Dulce-amor!

Ellas inquirieron, reidoras:

—¿Y los pollos pelones?

Les estrechó y besó cariñosamente las manos. Allá adentro se sentía una gran emoción, una desgarradura profunda. Como dos rojos botones, se balanceaban ante él las morochas, mas a los vítores a Paulo Guarimba, curiosas lo abandonaron. Dos lágrimas, suavemente resbalaron por sus mejillas. Y en medio de la algazara de la fiesta se escurrió pegado a la pared, con el clac bajo el brazo, hasta la puerta de la calle. Semejaba un malhechor que huía, con la cabeza baja y el cuerpo ligeramente encorvado.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS



Reg. 79675

Clas. V-5214

38

EN ESTE PAIS...

SE TERMINA
LIBRO EN L
IMPRESA
CAS, EL D

IR ESTE
DE LA
N CARA-
MBRE

V-5214

